

J. M. Caballero Bonald

En la casa del padre



Lectulandia

El capellán don Ismael sufre una caída aparentemente accidental. A través de lo que parece una simple anécdota se inicia la crónica de tres generaciones de un clan de la industria vinatera, los Romero-Bárcena, que, desde la nada, conseguirán llegar a lo más alto del poder económico y social. Página a página, el lector descubrirá que esta posición privilegiada tiene un precio.

La historia del ascenso de los Romero-Bárcena es también la historia de su decadencia moral. En un escenario que se reconoce como andaluz, los intensos acontecimientos que aquí se narran trascienden el ámbito privado y entroncan con la realidad social, política e incluso ética de nuestra historia más reciente.

Lectulandia

José Manuel Caballero Bonald

En la casa del padre

ePub r1.0

Titivillus 29.05.2019

José Manuel Caballero Bonald, 1988

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

En la casa del padre

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

SEGUNDA PARTE

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

TERCERA PARTE

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

CUARTA PARTE

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

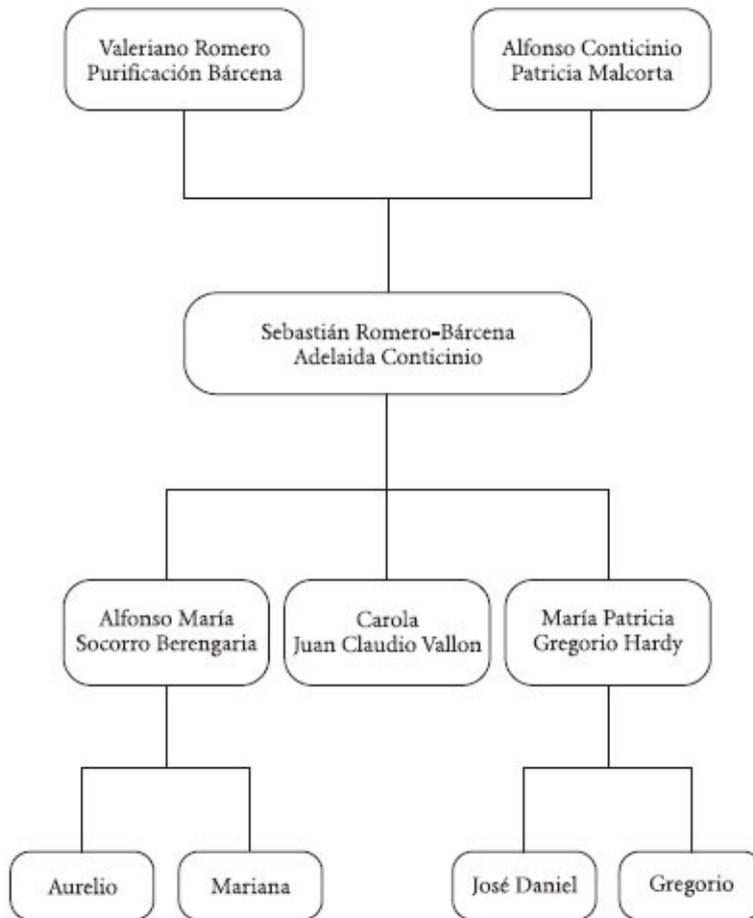
Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

*A Juan García Hortelano, in memoriam,
y a Ángel González*



La familia Romero-Bárcena

PRIMERA PARTE

1

El capellán se desplazaba en su silla de ruedas con una velocidad y una pericia inadmisibles. Yo no estaba allí cuando, dos meses atrás, una caída estrafalaria lo dejó mudo y medio inútil. Pero desde que regresó a la casa en situación de estorbo vitalicio, don Ismael no había hecho otra cosa que registrar sañudamente todo el piso bajo, impelido al parecer por una especie de celo que ya no podía tener nada de apostólico. Era como si se le hubiese activado de repente un viejo instinto de venganza contra tantas sumisiones piadosas y quisiera demostrarlo por medio de una furibunda libertad de movimientos. A primera vista, eso era lo que parecía deducirse de la engorrosa desobediencia del capellán, pues no hubo forma de mantenerlo en esa reglamentaria quietud, que era la que mejor convenía a su presunta condición de inválido. Lo cual también podía resultar sospechoso por más de un motivo.

Tía Carola fue la primera en sugerir que, caridades aparte, aquellas correrías impropias y tozudas agotaban más a los testigos que al culpable, y que a ver si no sería sensato reducir como fuera —incluso mediante cerrojos o detectores de mentiras— el excursionismo desaforado del capellán. Pero el capellán no parecía disponer de ningún excedente de resignación en este sentido. La verdad es que tampoco se le obligó más que de un modo prudencialmente pasajero. Y por allí seguía deambulando, empujado por las averías circulatorias del cerebro y dispuesto siempre a traspasar los tupidos vericuetos del patio, entre los tinajones de aspidistras y las ánforas primorosamente decoradas de pétreas gusaneras submarinas. Una imagen inverosímil desarticulando las secuencias de la realidad como en una proyección equivocada de ritmo.

Yo no andaba por allí el día del accidente. No sé por dónde andaba. Pero el caso fue que una tarde húmeda de octubre, a la hora del rosario vespertino, ya con toda la familia —a excepción del abuelo Sebastián— postrada en los reclinatorios y la servidumbre amodorrada en las bancas, sufrió don Ismael aquella caída incongruente. Tropezó tal vez con el mamperlán de un escalón, o tropezó con algo insidioso que llevaba dentro de la cabeza, y se fue

incorregiblemente de espaldas, la sotana a guisa de pañolón y las magras piernas sometidas a una gimnasia estrambótica. No lo ayudó ni el ángel custodio ni el alivio superfluo de las risas de los primos ni la última jaculatoria que musitaría en vida, porque su nuca chocó de mala manera con uno de los angelotes labrados en el remate del altar. El golpe sonó a cántara cascada y, cuando levantaron a don Ismael, tenía los ojos como bolindres opacos y un moco con aspecto de oruga le salía por un agujero de la nariz. La santita Micaela y Epifanio, el cochero, lo reclinaron a duras penas en una banca, mientras al capellán se le iba poniendo en la boca una mueca displicente, como si coincidiera con los primos en reírse de su propio y descomunal batacazo.

Las prolijas versiones del percance —unánimes sólo en lo indiscutible— propiciaron de inmediato una maraña de desacuerdos y malentendidos que nadie pudo o se permitió entonces desenredar. Y menos aún cuando la santita Micaela, en uno de sus privados fervores indagatorios, descubrió que el peldaño causante del tropezón había sido provisto de una capa de cera cuyo espesor resultaba a todas luces temerario. Eso, por lo pronto, porque luego estaban los tapujos sin aparente justificación, los silencios de contagiosa desconfianza y, sobre todo, la actitud de tío Alfonso María, el cual ni siquiera se movió del reclinatorio en el momento de la caída del capellán, quedándose en una postura de sumo recogimiento hasta que se llevaron al desnucado, que tenía ya más bien apariencia de insepulto. Sólo entonces levantó la vista tío Alfonso María, se restregó el meñique por el lagrimal y se volvió para Epifanio diciéndole:

—Te mudas esa mierda de camisa y luego te mudas a la bodega y me traes el coche.

Así de raro. No se refirió para nada al accidente: ni preguntó si había sido fortuito —que a lo mejor era lo más indiscreto— ni se interesó por sus probables consecuencias, que tampoco estuvieron por entonces demasiado claras. Se limitó a actuar como solía hacerlo antes o después de aparecer por la capilla, o sea, componiendo un gesto que igualmente podía ser de fastidio prolongado que de ganas de beberse otra copa. Un comportamiento tan estrictamente habitual que alentó desde un principio otras dudosas anomalías. Lo de abuelo Sebastián fue menos llamativo: aunque no se había querido enterar de nada de lo que pasó, quizá tampoco habría llegado a enterarse ni aun queriéndolo.

Algo más de mes y medio se pasó don Ismael en la cama de un hospital que tres generaciones de Romero-Bárcena (y otras dos de Hardy Romero-

Bárcena) habían financiado en calidad de benefactores exclusivos. De todas formas, tan generoso tratamiento se debió antes a la inercia que a la eficacia, ya que por más ingenios de cuerdas en que situaron al capellán como si se tratase de un torturado de galeón, nunca volvió a hacer uso adecuado de las piernas ni de la facultad de hablar. O eso era lo que se suponía, porque también hubo sus discrepancias sobre el particular.

Así que lo trasladaron de nuevo a la casa y allí se estuvo, inmóvil y callado, hasta que le sobrevino aquel trastorno viajero, una extravagancia de lo más incómoda en cualquier caso. Y más teniendo en cuenta que don Ismael se metía con su silla de ruedas incluso en las habitaciones que él mismo se había modestamente vetado durante sus casi dos años de capellán familiar en activo. Desarrolló entonces una muy meritoria habilidad manual para darle impulso a la silla, la cual más parecía obedecer a una tracción milagrosa que a un simple recurso muscular. De hecho, en el mes largo que llevaba actuando de tullido ambulante, nunca incurrió en atropellos por negligencia o graves errores de tránsito. Decía el ama Remedios que por muy corto de luces o muy torpe de andares que hubiese sido don Ismael, ni se había quedado tan lerdo como aparentaba ni cabía en la cabeza de nadie que le permitieran andar suelto e incordiando todo el santo día.

—A ver si alguien me explica qué hace aquí ese marmolillo —solía murmurar—. Me gustaría saberlo.

Y no le faltaba razón, desde luego, aunque sólo tía Carola parecía dispuesta a secundarla. No por ninguna afinidad pasajera, sino porque tía Carola solía tener muy pocas cosas en común con el resto de la familia. Era como una desavenencia previa que lo mismo podía depender del color de los ojos que de la manera de comportarse. Y eso se le notaba enseguida, sobre todo a la hora de decir lo que pensaba o de tomar una decisión: rara vez coincidía con los demás, a no ser en la perseverancia minuciosa de los desacuerdos.

El trayecto preferido por el capellán para sus descubiertas venía a reducirse a la galería porticada en que se inscribía el rectángulo abierto del patio. Sin excluir algún esporádico desvío por la que fue sala de juegos o por el que todavía es recibidor en desuso, cuyas puertas permanecían abiertas durante la limpieza de los martes. El capellán se apostaba esos días desde bien temprano y con pinta de centinela alerta en algún recodo del patio desierto, preferentemente junto al fanal del leopardo disecado y, al menor descuido, se internaba con astucia frenética por aquellas habitaciones que sólo alcanzara a entrever durante alguna humillante tregua de confesionario. Más de una vez

también, al encontrar la cancela entornada, se había deslizado cautamente hasta el portón, si bien desistiera en el último momento de salir a la calle, ya porque así se lo aconsejara la altura de los dos escalones que bajaban del zaguán a la acera, ya porque realmente no entraba para nada en sus cálculos la eventualidad de abandonar la casa. Seguía ejerciendo de afásico, por supuesto, pero emitía de continuo una cantinela monosilábica que, aunque ininteligible, servía al menos para prevenir de los peligros de su proximidad.

—Una deferencia que lo honra —repetía la santita Micaela con abnegación irreprochable.

Que yo sepa, sólo en una ocasión había atropellado el capellán a alguien de la casa, como era desde hacía poco Custodia —una sobrina del ama Remedios—, que se ocupaba entonces de ayudar en la costura. El choque no rebasó, sin embargo, los linderos del susto, aunque todo parecía indicar que don Ismael había embestido a la muchacha con codicia tajante, un destello mojado de lascivia en cada ojo y el péndulo de la baba rozándole la pechera. Custodia se apartó a tiempo, sólo que no tanto como para poder evitar que uno de los brazos o ruedas de la silla (o a saber si la mano ávida del capellán) le hiciera perder el equilibrio. Pero ella se levantó enseguida como si se desperezara sin ninguna necesidad. Y ya no hizo otra cosa que ajustarse el elástico de las bragas, manipulando indolentemente por encima del vestido y observando con meticuloso descaro al capellán, que frenaba en aquel momento la silla justo a un milímetro del plinto de una columna.

—Te conozco —dijo ella por lo bajo, eso fue lo único que dijo.

Y no hubo más, salvo que el episodio fue presenciado por tía Carola desde uno de los ventanales de la galería alta. Allí estaba ella, en efecto, una estampa apenas estable de espectadora melancólica, el celeste de los ojos acentuado por un resplandor neto que incidía en aquella parte de la cristalera. Nimbada por un polvillo de oro que parecía salirle de la piel y la dotaba de esa especie de irracionalidad que poseen los cuerpos secretamente deseados. Un olor triste a ropa colada y a tejas calientes bajaba desde la azotea, descolgándose por un extremo del toldo que había quedado sin tensar. A tía Carola le debió de llegar con el olor alguna idea vacilante, pues se quedó un punto como desconcertada, la vista perdida por los alizares blanquiverdes del patio, antes de hacerle señas a Custodia para que subiese. Ya estaba más que mediada la tarde y tío Alfonso María había dado por terminada —o estaba a punto de hacerlo— una siesta de la que siempre salía desmejorado y con aspecto de ver moscas volantes. Pero a quien en realidad debió de ver entonces fue a tía Carola, ya reincorporada a sus funciones de disidente y

dispuesta a presentarle al hermano la última prueba irremediable de las argucias del capellán.

A partir de ese percance, no mucho más enojoso que otros de parecido cariz, algo empezó a funcionar de un modo distinto en el periódicamente averiado engranaje doméstico. Esa cuña hostil, esa reticencia que se intercalaba de pronto en la rutina (o la provisionalidad) de las normativas familiares y que fue poco a poco enconando algunos remanentes de la convivencia. Quizás habría que situar ahí mismo el más severo turno de discordias en torno a las maniáticas andanzas de don Ismael o al carácter irreversible de sus lesiones. Y sobre todo al hecho de que su caída no hubiese resultado mortal de necesidad, que es de lo primero que quiso enterarse abuela Adelaida inmediatamente después del accidente.

En cualquier caso, tampoco tenía mucho sentido que una desgracia como aquélla, cuyos efectos no tenían por qué desbordar el natural conducto de la beneficencia (a la que tan propensos eran los Romero-Bárcena), terminara por convertirse en un subrepticio foco de celos y disensiones. Tal vez por eso ni los primos ni yo íbamos a olvidar nunca ese preámbulo, ese fermento trivial de otras adversidades. Por eso y porque tía Carola también se encargó de que no lo olvidáramos. La verdad es que nadie podía sospechar entonces hasta qué punto vendría a afectar a la familia la secreta historia de don Ismael. Pues si al principio todo se redujo a conjeturas y suspicacias, tampoco iba a tardar mucho en saberse qué extrañas penitencias se escondían detrás de aquel episodio desdichado.

2

La casa había sido construida en un solar perteneciente al área misma de la bodega, un terreno de desahogo ahora ajardinado que ascendía en un leve declive desde la primitiva nave de destilación y bajaba luego, bordeando la fachada posterior del edificio, hasta una verja taponada de arrayanes. El primer Romero-Bárcena, hijo de Valeriano Romero, del ramo de ultramarinos, y de la montañesa Purificación Bárcena, se hizo traer de Londres a un arquitecto de fama —un Robert Finsbury, que acabaría por radicarse en la ciudad— y le encomendó la construcción inmediata de una casona de altivo porte neoclásico que reproducía escrupulosamente un modelo genovés.

El primer Romero-Bárcena había empezado por obstinarse en levantar aquella excesiva mansión a partir del descubrimiento de unos grabados de mediana calidad que andaban medio perdidos en el cuarto de muestras de la bodega. Algo debió encandilar entonces sin ningún razonable motivo al primer Romero-Bárcena, pues mandó hacer enseguida varias copias ampliadas y debidamente corregidas (según su mejor criterio) de las distintas fachadas, paramentos, balconajes y detalles decorativos del palacio genovés, siendo ese cartapacio documental el que mostró en su día a don Robert para que no quedase la menor duda sobre sus deseos arquitectónicos y pretensiones mundanas. El arquitecto debió observar primero con atención mayúscula todos aquellos dibujos tan pulcramente confeccionados y luego examinaría con idéntica curiosidad al cliente, tratando acaso de descubrirle alguna presunta marca dejada por la soberbia. Pero se conoce que no encontró más que los síntomas nada sospechosos de una decisión irreductible, toda vez que ya había corroborado de antemano los muchos caudales de que disponía aquel antojadizo criador de vinos y caballos. Así que no hubo nada que discutir ni ningún delirio que aplacar, concertándose sobre la marcha la ejecución suntuosa y definitiva del proyecto.

Habituado ya como estaba a una copiosa entrada de dineros, el primer Romero-Bárcena no escatimó en absoluto su salida para llevar a buen fin lo que había concebido con tan empecinada ufanía. Más que ninguna otra cosa,

lo que quizás estimulara su avidez fue el recuerdo de aquellos no tan lejanos días en que un muchacho indigente y resolutivo, aún llamado Sebastián Romero, recalara por la ciudad con el plausible propósito de probar fortuna en la industria vinatera. La creciente expansión del negocio brindaba entonces ciertamente toda clase de reclamos para que un joven impulsivo, por muy forastero que fuese, encontrara allí una halagüeña posibilidad de medro.

Y así se lo planteó de entrada el aprendiz de vinicultor, ejercitándose sin mayores impacencias en una dilatada serie de empleos subalternos y provisorios. Como su ambición constaba de etapas, entendió muy bien que la misma diversidad de incumbencias iba a proporcionarle un cada vez más efectivo conocimiento de tantas prolijas asignaturas empresariales. Ni se sintió en ningún momento postergado ni rehusó ocupaciones aparentemente insignificantes. Se adiestró con ansia pareja en las varias artes de la viticultura y en los arduos oficios de la administración. De la bodega en las bodegas y las viñas, pasó al departamento comercial, y de experto en crianzas, a especialista en exportaciones. De modo que el ascenso a director de la sucursal inglesa de la firma no fue ya una meta impensada sino un merecimiento que le reportó, entre otras más inmediatas jactancias, la certeza de que iba acercándose favorablemente el día de fundar su propio negocio.

Según todos los síntomas, el primer Romero-Bárcena adquirió en Londres diversos y provechosos hábitos. Aparte de mejorar su inglés y su audacia mercantil, se aficionó a la caza y al juego, a los concursos hípicas y a la buena mesa y —simultáneamente— procuró por todos los medios acrecentar el ya holgado archivo de sus competencias como bodeguero en ciernes. Un programa minucioso y taimado que fue gradualmente concretándose durante los últimos años de la Regencia y que obtuvo su premio justo una noche esplendorosa de tahúr, cuando vino a calcular —muy por encima— que había multiplicado por seis sus ya considerables reservas económicas. Tal vez fuese el buen sentido el que lo persuadió entonces —no sin alguna avarienta indecisión— de que ya se habían cumplido todos los plazos de la paciencia y era llegada la hora de su ingreso en la nómina de notables de aquella floreciente burguesía industrial.

Cuando el todavía joven Romero-Bárcena dio por concluida su estancia en Londres, traía bien preparado el ánimo —y la bolsa— para dos sistemáticas providencias: abandonar el negocio ajeno y acometer el suyo propio, empeños ambos que se resolvieron con presteza y eficacia consecutivas. O sea, que una vez solventados sus finiquitos con la empresa, se dispuso a llevar a la práctica lo que ya había astutamente tanteado años atrás.

Tampoco era un planteamiento imprudente, pues sólo abarcaba en primer término tres objetivos: hacerse con una bodega de almacenado que disponía de óptimas soleras y pésimos regidores; adquirir con dinero contante una fábrica de destilación y rectificación de alcohol vínico en situación propicia, y —por último— rescatar una tonelería que andaba con la hipoteca vencida. Conseguido lo cual, buscó una casa lo suficientemente llamativa, se trajo con él a la madre casi por instinto vindicatorio (el padre había muerto hacía años del mal del buitre) y convino en elegir mujer según las más ventajosas ofertas comarcales del momento. En el fondo, ese primer Romero-Bárcena debía reconocerse ya como artífice ilustre de un emporio con visos de memorable y, a la vez, de un clan cuya prepotencia acabaría sobreviviendo a su propio fundador. Dos orgullos simétricos que vinieron a dignificar en su día, a título munificente, la muy cuantiosa herencia familiar.

A aquellas primeras efectivas propiedades, que prosperaron con redundante velocidad, siguió la compra escalonada de dos viñas en terrenos de albariza, un buen lote de yeguas de silla y potros anglo-árabes y algo más de cuatro mil aranzadas entre tierras de sembradura, montes de repajo y dehesas corcheras. Adquisiciones estas que vinieron a coincidir con la de una esposa cuyo rango ya había sido previamente seleccionado entre el de otras candidatas posibles. Y la elegida resultó ser Adelaida Conticinio, hija unigénita de un encumbrado industrial que, amén del título de conde de Malcorta, terminaría aportando al matrimonio sus buenos dividendos en bodegas de crianza y fincas rústicas.

Era ella una muchacha blanca, ojizarca, enjuta y rubicunda, no sin cierto gracejo teñido de pudibundez y provista de una delicada tendencia a distorsionar la realidad. Amiga de tresillos y quinarios, poseía una innata pericia en el arte de la equitación y se comportó impensadamente la noche de bodas como una famélica en un festín. Cuando el primer Romero-Bárcena ratificó que, aparte de esos privados agasajos, la dote y bienes parafernales de la cónyuge triplicaban su ya ubérrimo patrimonio y que —asimismo— la buena cuna de ella mejoraba con mucho la suya, lo primero que se le ocurrió fue promover la concesión de un título pontificio (que inexplicablemente nunca llegaron a otorgarle) y legalizar la unión de sus dos apellidos en uno solo, deseo que logró de inmediato.

Fue por entonces (con Canalejas recién nombrado jefe del gobierno) cuando concibió y apalabró la construcción de aquella casona majestuosa, no exenta de alguna que otra grandilocuencia ornamental y de otras tantas prescindibles añadiduras. La mansión, en la que ya vivirían por espacio de

sesenta años tres generaciones de Romero-Bárcena, constaba en principio de cuarenta y seis habitaciones distribuidas en dos plantas nobles, sin contar las dependencias del sotabanco destinadas a la servidumbre y la amplia accesoria de cocheras y almacenes. Aun dando por segura la honradez de don Robert — el arquitecto—, aquel incauto esplendor tuvo que costar, en términos relativos, bastante más que el otro palacio genovés en que se inspiró.

El fundador de la dinastía —ya llamado por junto don Sebastián Romero-Bárcena y Mondragón— debió empezar por sentirse en su nueva casa como un soberano en su feudo. Al principio, sólo allí recibía e intrigaba, sin apenas asomarse al exterior y sin aparecer siquiera por la bodega mas que cuando se lo imponía la congoja. Todo se parecía mucho a ninguna casa: un desfile de siervos y dignatarios atravesando estancias de cortesana magnificencia, entre muebles enormes fabricados con maderas traídas de Ultramar, o esperando junto a la florida cancela del patio el turno matinal de las audiencias, mientras él, don Sebastián, ya instalado en su podio, despachaba con encomenderos y mandatarios, caía en silencios sañudos, sobrellevaba los varios pesos del poder, y se dedicaba de tarde en tarde a la intrincada vida de un hogar donde cualquiera —él mismo— podía extraviarse en noches borrascosas. A veces, un temor, un reconcomio ambiguo de culpa, ese barrunto de intemperie que atraviesa de pronto los resquicios del boato, merodeaba por la conciencia del prócer como para amilanarlo frente a los detritus de un pasado menesteroso. Sobre todo cuando medio recordaba que el monto de su fortuna iba creciendo casi en función de un proceso agudo de inercia, sin que él tuviese ya que ocuparse más que a ratos perdidos del puntual funcionamiento de los negocios.

Tal vez lo que más podía contribuir entonces a fomentar esos desasosiegos efímeros eran los encuentros con la madre, una ya achacosa Purificación Bárcena, locuaz y voluble, muy dada al vino quinado y al rosario en familia (la capilla se acondicionó a petición suya), que amonestaba siempre con tesón invariable al hijo por aquella enormidad de casa, cuyo despilfarro ningún cristiano sería capaz de perdonar. Contemplaba él a esa anciana como si fuera el calco marchito, la figuración evanescente de una experiencia vivida en aquella tienda de ultramarinos donde un niño enteco aprendía a escapar de la penuria. Y eso era todo: un amago de malestar o de pesadumbre diluido entre la cháchara nunca desapacible de la anciana, en tanto que a él se le recrudecía en los ojos el burbujeo del alcohol, entreviendo los reposteros que colgaban de las paredes y las telas espesamente labradas de las cortinas y todo ese lujo abigarrado y enfermizo.

En aquel tiempo, las relaciones entre Purificación Bárcena y Adelaida Conticinio no fueron precisamente afables. Incluso pasaron por momentos de reprimida tirantez, no ya por discrepancias educativas sino por incompatibilidades domésticas. Purificación Bárcena había llegado a la conclusión de que su nuera, sobre manirrota, era lo más parecido que había a una haragana petulante, cuya única misión consistía en soliviantar al marido con toda clase de veleidades y, de rechazo, vituperar a la familia entera entre zascandileos y festejos de más que dudosa compostura. De todos modos, la nuera no parecía ser consciente de que tan nutrido repertorio de defectos concurría en su persona, ya que casi nunca dejó de preocuparse por el bienestar de la anciana. Aun sin querer controlarlo directamente, le asignó una criada entendida en viejos —de nombre Micaela y temperamento beato— para su exclusivo servicio. Ordenó además que en ningún caso quedase la suegra privada de antojos, por muy inopinados que pudieran parecer y siempre que no afectaran al decoro familiar.

De poco valieron, sin embargo, tantas discretas solicitudes. La anciana no acertó a ver en todo ello más que un ladino simulacro de concordia, una forma ruin de adulación sólo concebida para aplacarla y poder comprar su docilidad con engañifas corteses. Pero de ahí no pasaron las desavenencias, aparte de que nunca fueron planteadas en términos de disputa verbal. Incluso acabaron por remitir del todo cuando las dos mujeres, favorecidas por el escaso trato, fueron poco a poco tolerándose e incluso intercambiándose, como por una atracción de contrarios, algunas adherencias banales de sus respectivos comportamientos.

La única periódica actividad de la suegra que Adelaida Conticinio no había logrado soportar era de índole más bien inocua, aunque no por eso dejase de producir sus perturbaciones. Pues se dio el caso que, cuando ya iba para dos años que vivía en la casona, Purificación Bárcena contrajo un hábito incómodo. Cada tres o cuatro meses, coincidiendo por lo común con algún efectivo o imaginario cambio de temperatura, la anciana procedía a desalojar sus habitaciones para instalarse en otra zona de la casa más soleada o más sombría, según. La mudanza se convirtió en un episodio de regular incoherencia para los habitantes todos de la casona, ya que Purificación Bárcena exigía en tales ocasiones una minuciosa concentración de afanes domésticos.

A juzgar por las apariencias, hasta el propio don Sebastián —si es que llegaba a enterarse de semejante ajeteo— impartía severas órdenes para que la madre fuese atendida según su voluntad y secundaran sus apetencias sin

objección ninguna. Y así ocurría, por supuesto. El traslado se preveía dos días antes de llevarse a cabo, y allí empezaba el revoltillo de roperos y cómodas, el acarreo de baúles, la búsqueda de ropas adecuadas y la selección de muebles y enseres de uso indescriptible. Entre ellos debían figurar inexcusablemente el escabel chino, una preciosa arqueta taraceada de jaspe, la butaca de orejas con su concavidad estricta, una escupidera de Pickman y Cía decorada de paisajes rosados, el tocador de espejo basculante y una babel de cosas por el estilo.

Al reclamo de la mudanza, solía congregarse en la galería del piso principal el censo completo de la servidumbre, toda vez que los señores habían evacuado previamente el lugar en evitación de ajenas desconsideraciones o vergüenzas propias. El ceremonial se iniciaba siempre a la misma hora de la mañana, con ligeras variantes. Y era una fiesta asistir a aquel desfile de ganapanes portando bártulos y utensilios diversos, los gestos reducidos a una mueca equidistante entre la sumisión y la sorna, mientras ella, Purificación Bárcena, taciturna y renqueante, actuaba de regidora muda del cortejo, la sombrilla a manera de báculo pastoral y bajo el brazo el díptico de San Dionisio Areopagita que nunca había permitido que tocara nadie.

Un sol blanquecino comparecía entonces impecablemente en la galería y dejaba allí unos oblicuos y empolvados lienzos de luz que tenían algo de resplandores de iglesia. Incluso los que presenciaban el paso de la comitiva parecían instados a un recogimiento oficioso. De modo que un testigo ajeno a la casa muy bien podía haber sospechado que todo aquello se parecía bastante a una procesión sacrílega. Y más si hubiese esperado a los dos últimos años que le quedaban de vida a la madre del primer Romero-Bárcena, cuando ya la anciana no podía valerse y era transportada en angarillas, igual que una milagrera agonizante, de un extremo a otro de la casona.

3

Por primera vez, la visita del deán había sido anunciada con dos días de antelación, un lujo previo de emisarios y protocolos epistolares que no dejó de producirle a tío Alfonso María una impresión entre recelosa y halagüeña. Aunque el deán solía ir a almorzar casi todos los viernes, sin otra formalidad que la de confirmárselo a la santita Micaela en la misa de ocho, esa vez no acudía como comensal adicto ni tampoco, en cierta medida, por razones pastorales. Acudía directamente en calidad de interlocutor amistoso. O de interpósita persona, que así fue como se autocalificó por carta, cosa que lo mismo podía significar una delicadeza que una intromisión.

Desde que abuelo Sebastián gestionara el ascenso a aquella canonjía del que empezó siendo ecónomo protegido (después de conseguir el traslado de un antecesor importuno), el nuevo deán había dedicado buena parte de su celo a cuidar de las mejoras espirituales y la buena conciencia de la familia. Una actividad que, si bien no alcanzó con holgura suficiente las cotas teológicas de la virtud, se veía de sobra compensada con obras de misericordia y estímulos en metálico que él aceptaba de lo más complacido, no sólo por lo que tenían de dádivas piadosas sino como justa retribución a su fidelidad. En el fondo, el reverendo había considerado siempre al clan de los Romero-Bárcena como el más acabado paradigma de una alegoría del poder social —*finis coronat opus*— cuyos reflujos debían redundar de muy favorables modos en la buena marcha de la feligresía. Y así era, en efecto, merced a una especie de pacto de mutua comodidad que, amén de legítimo, no traspasó nunca el marco de unas atribuciones adornadas de cortesías y respetos por ambas partes.

La única desazón de la que no pudo librarse el deán a este respecto (suponiendo que alguna vez se hubiese sentido desazonado) provenía de la competencia no del todo leal que lo enfrentaba discretamente con el superior de la Compañía. Pues nadie ignoraba que unos vínculos que venían de lejos y que se debían tanto a usanzas educativas como a querencias sociales, mantenía a los Romero-Bárcena muy amigos con los jesuitas, a partir sobre todo de la juvenil y nada clandestina adhesión a los *Luis*. Era más bien como una variante mundana de las prácticas devotas. Pero es que, además, la

indirecta participación de la Compañía en ciertas iniciativas empresariales del clan, parecía tan notoria que el reverendo no había conseguido sustraerse al resabio sutil de la alarma. Más que por ningún otro motivo porque alguna astilla de aquel benemérito tronco familiar podía escapar de hecho a su evangélico control. Una injerencia en la que ni él mismo dejaba de reconocerse (aunque sólo en momentos de inmoderada susceptibilidad) como artero correveidile de negocios profanos.

A veces, en la penumbra malsana de su oratorio, atosigado por el efluvio de las aguas olvidadas en los floreros y los súbitos torozones de conciencia, el deán se sentía zaherido por algún remanente de la duda. De una duda que se acrecentaba o reducía según observara él el sucinto parpadeo de los candelabros o el resplandor que bajaba de la vidriera y se descomponía en tornasoles sobre las grecas de la alfombra. Un fantasma humilde comparecía a la sazón junto a la puerta neogótica de la capilla, se deslizaba entre las flores de lis y las columnitas labradas en el friso, acomodándose poco a poco al perfil del anterior deán, mudo e inflexible testigo de un resquemor que apenas duraba más de lo que había tardado en manifestarse. El reverendo interrumpía entonces, cada vez con la misma impaciencia, ese transitorio remordimiento y se reintegraba al siglo, mientras hacía esfuerzos por sobreponerse a un flato crónico que lo atormentaba al atardecer.

El deán llegó a la casa sin más escolta que un joven acólito, escuálido y descolorido, con aspecto de recién amonestado, cuyas facciones remitían a las de un retrato a medio hacer. Acababan de dar las seis y el todavía soñoliento tío Alfonso María estaba esperando ya en un gabinete del piso de arriba, un salón umbrío que hacía las veces de despacho de nada. Antes de que tía Carola se dispusiera a evitar un encuentro indeseado, se quedó observando un momento al deán a través de la celosía del fondo del patio. Yo estaba allí también, muy cerca de ella, notando ese calor perfumado que le salía del cuerpo, y dijo lo que probablemente no quería que yo oyera. Dijo:

—Ya está ahí ese pajarraco —me miró como disculpándose—. Habrá olido alguna carroña.

El enorme tamaño de esa palabra, y un sesgo visual horadando la sombra verdinegra de las aspidistras, eludiendo el bulto del leopardo disecado, el halo marchito que lo rodeaba y se confundía con la polvorienta filtración de la claridad. El deán tenía una mano posada en el hombro de don Ismael y le decía algo con voz de fiscal paciente, al tiempo que el inválido ponía cara de disgusto y se mantenía como en actitud de huida inmediata. Y ya cuando el deán subía los primeros peldaños en compañía de la santita Micaela, hubo una

estridencia metálica superpuesta al frufrú de las ropas talaras y se vio a don Ismael esquivando diestramente con su silla de ruedas una de las ánforas. El joven acólito se había quedado en el patio, junto al arcón habanero donde cabíamos juntos prima Marianita y yo, y contemplaba las evoluciones de la silla del capellán entre irresoluto y consternado. Un repentino empujón del levante hizo flamear el toldo como si fuera una gavia y amedrentó al joven acólito, seguramente con motivo.

Según corroboró el cochero Epifanio, tío Alfonso María salió sin ninguna premura al encuentro del deán. Le besó la mano, o tuvo intención de hacerlo, fija la mirada en aquella piel de satén que parecía aprisionar con excesiva apretura un haz de cordones azulencos. Pero el deán retiró suavemente la mano, como si no quisiera que tío Alfonso María se cerciorase de su tersura, y le sonrió con un gesto rutinario de condescendencia.

—Pase —dijo tío Alfonso María cuando ya el deán había pasado.

De modo que entraron por su orden jerárquico en la primera sala que comunicaba con la galería. Era un gabinete de mediana amplitud, provisto de un solemne zócalo de nogal que la misma ausencia de ventanas (y a primera vista de puertas) hacía más consecutivamente abigarrado. Dos lámparas de pergamino, sostenidas por sendos pies de estaño a manera de canéforas, tamizaban una luz mortecina que casi dejaba en sombras la parte de la habitación ocupada por un escritorio de noble traza victoriana. Tío Alfonso María invitó al reverendo a sentarse en una butaca de cordobán convenientemente ajado, el tenue encaje del claroscuro festoneando la moqueta color vino. El deán se sentó con un lento ceremonial, acomodando el manto sobre los muslos hasta conseguir un vistoso relieve de estatua. Movía la cabeza como si se mostrase de lo más insatisfecho al comprobar que los tres óleos que colgaban de aquellas paredes (dos de ellos probablemente de Roelas) superaban con mucho a los que él había reunido en su despacho particular.

—Te encuentro desmejorado —dijo después de soslayar esa comparación pecaminosa—. ¿Dónde estuviste anoche?

Tío Alfonso María se metió un dedo innecesario entre su cuello y el de la camisa y luego se alisó una ceja con ese mismo dedo.

—¿Anoche? —hizo una pausa y preguntó a su vez—: ¿Quiere tomar algo, padre, le apetece una copa?

—Me gustó ese oloroso —dijo el deán—. Muchas gracias por la caja que me mandaste, una exageración de regalo —parpadeó con fingido acaloro—. Tomaré una copita, sí.

—Era de la añada de Fleming.

—Parece que fue ayer.

—No se ha movido hace qué sé yo el tiempo.

Debían de estar refiriéndose a cálculos distintos.

—¿Y cómo anda don Sebastián?

Tío Alfonso María volvió la cabeza como para comprobar que el padre no estaba en la habitación.

—Igual —dijo—. No se levanta casi —miró otra vez al deán—. Y mamá, ya sabe usted, con sus cosas.

El deán juntó los dedos satinados y apretó los pulgares contra el pecho, una actitud rogatoria que quizá fuese más propiamente inquisitiva. Tío Alfonso María se inclinó un poco sobre el brazo de la butaca, buscando entre unos arabescos del zócalo lo que debía ser un timbre. Observó de soslayo al deán y llegó a la conclusión de que aquellos ojos de gato altanero no podían ser los de un creyente. El deán suspiró y dijo:

—Pues sí, lo de don Ismael es un asunto que me tiene bastante preocupado —se mordió golosamente el labio inferior—. Ya te imaginarás que he venido por eso.

—La primera noticia —mintió tío Alfonso María.

—Rumores muy desagradables —prosiguió el deán—. No te conviene ni poco ni mucho dar pábulo a semejantes habladurías —retuvo la mirada en el artesonado—. Ese casino...

Alguien tocó levemente en la puerta antes de entrar. Camarero de casino o criado de la casa, trajo con él un olor distinto a cosmético y guarnicionería. Era un muchacho pecoso y amujerado que se inclinó negligentemente sin dirigirse a nadie en particular, como aceptando de antemano un veredicto injusto.

—Tráete una jarrita de oloroso —dijo tío Alfonso María—. Del de las damajuanas que mandaron ayer.

El muchacho volvió a inclinarse mientras se estiraba de los puños de la chaquetilla con remilgado mutismo, y ese gesto le proporcionó a tío Alfonso María la misma irritación que había sentido en el sueño de hacía un rato.

—Aligera —dijo.

El criado, contra todo pronóstico, se dirigió hacia la pared que quedaba frente a la puerta, no con aire de remiso o de extraviado sino inducido seguramente por esa tensión dubitativa del que busca algo al parecer oculto. Al deán lo alertó sin saber por qué aquella trayectoria que resultaba de lo más incongruente. Pero el criado, después de quedarse un momento observando

con prolija atención la labra de la madera, pareció encontrar lo que buscaba. Accionó entonces hacia abajo el remate de un floripondio, y un reducido espacio del zócalo y de la pared se abrió hacia fuera con un lento zumbido de maquinaria de relojería. Y por allí salió sin más el muchacho, a la vez que entraba en el gabinete el aire rancio retenido en algún lugar que se adivinaba afelpado y húmedo. El postigo volvió a cerrarse con la misma precisión con que se había abierto y la habitación recuperó, no sin algún paréntesis, su barroca intimidad.

—Muy bien disimulada esa puerta —dijo el deán—. ¿Es por ahí por donde dejas entrar al pecado?

—También —replicó sin ganas tío Alfonso María—. Da a una escalera que baja hasta el comedor del servicio. Un capricho de Socorro.

—¿Cómo está, Socorro?

—La escalera del ratón —hizo una pausa—. Debe andar por ahí visitando enfermos.

El deán sonrió y cruzó una pierna sobre la otra, no sin esbozar primero un rictus de confidente. Empezaba a incomodarlo la flatulencia vespertina. Dijo:

—Pues algo habrá que hacer. Y lo primero de todo acallar esas murmuraciones tan poco caritativas, no sé si me entiendes.

—Una cosa, padre —dijo tío Alfonso María como si se le hubiese ocurrido de pronto—. A mí me importa un rábano lo que anden hablando por ahí, es que me la trae floja.

—Qué lenguaje, hijo —interrumpió el deán más por inercia que por disgusto—. Ten calma, hazme ese favor.

Y mientras lo decía creyó barruntar, en un fugaz parpadeo, el escorzo de una cara envejecida y exquisita instalada en el contraluz de la puerta.

—Estoy de lo más calmado, perdone —dijo tío Alfonso María—. Lo que pasa es que ya me tienen hasta los mismísimos don Ismael y todas esas estupideces. Se acabó la guita.

—Lo sé, lo sé —recalcó el deán con edulcorada paciencia de deán—. Pero permíteme que insista en que debemos hacer algo.

—No me suena.

—Tú has obrado en todo este asunto como un buen cristiano. Incluso has hecho más de lo que buenamente se te podía pedir —disimuló un leve eructo—. Dios te lo va a tener en cuenta.

Tío Alfonso María asintió como por descuido, calculando tal vez con escasa convicción esa posibilidad. Notaba todavía en las sienas los refilones

del sueño recién extinguido, esa abulia efervescente que lo hostigaba sin posible alivio hasta bastante después de la siesta.

—Las calumnias que son capaces de inventar esos desalmados —prosiguió el deán—. Pero es que lo de ahora clama al cielo.

—Qué más da, padre —dijo tío Alfonso María—. ¿A quién va a importarle todo eso?

—Todo eso —repitió el deán, y se quedó de pronto como si le llegara el aviso de alguna doméstica irregularidad.

Se oyó el sordo mecanismo del postigo disimulado en la pared y antes de que éste se abriera del todo, surgió por el hueco una muchacha de rostro eminentemente ovino y uniformada de verde ciruela. Portaba con una desenvoltura que desdecía de su aspecto una bandeja de plata repujada, donde tintineaban una botella de historiado diseño, dos catavinos y una especie de escudilla con almendras y pistachos. Lo fue colocando todo sobre una mesita central y luego servía con pulso cauteloso el vino, justo hasta las tres cuartas partes de la altura de las copas, mientras se le iban poniendo las mejillas del mismo color encendido del oloroso.

—¿Algo más? —preguntó casi sin voz.

Tío Alfonso María se limitó a hacer un gesto negativo con la mano. Una fragancia a nueces frescas y maderas envinadas circuló dulcemente por el salón, acentuando algún moroso repliegue de la modorra. Y ya cuando la muchacha salía, cogió el deán su copa, la contempló un momento al trasluz, removié un punto el contenido, lo olfateó una y otra vez y tomó un sorbo, que paladeó con premiosa competencia. El vino pareció merecer todo su agrado. Acabó de beber en tanto que tío Alfonso María restregaba el pie de su catavino ya vacío sobre un brazo de la butaca, los ojos apáticos y desapacibles. La fase depresiva del dipsómano, debió pensar el reverendo antes de discurrir en voz alta:

—Una persona tan sospechosa tiene que ser inocente.

—Perdón —dijo tío Alfonso María, regresando del sitio al que lo había llevado la desgana.

—Que alguien tan sospechoso tiene que ser inocente. Palabras de Job, tercera plegaria. Supongo que estarás de acuerdo.

—Esa guerra también la ganamos.

—Yo creo que si don Ismael pudiese hablar, como dicen, no iba a estarse todo el santo día fingiendo. En qué cabeza cabe.

Tío Alfonso María contestó con un sonido intraducible, al tiempo que se pellizcaba una aleta de la nariz. Volvió a llenar las copas, aprovechando

quizás ese respiro para recuperarse de otro ramalazo del tedio. O de algún ingrato desajuste de la memoria. El deán adelantó una mano como queriendo evitar que le sirvieran lo que ya estaba servido.

—No —dijo—. Bueno.

A tío Alfonso María debió llegarle de pronto una defectuosa visión del crepúsculo, estacionado sin duda en aquel mismo instante por los recónditos, por los turbadores y míseros angostillos del arrabal. Se acercaban desde algún sitio ilocalizable unas voces desabridas y confusas, un rumor que parecía irse amortiguando conforme recorría espesuras de tapices y puertas acolchadas.

—Y eso de que embadurnaron con cera el escalón para que don Ismael tropezara —continuó el deán—, es la mayor infamia de todas. La peor.

—No sé si sacar la pistola —dijo tío Alfonso María—. La tengo a punto.

—Una infamia demasiado escandalosa como para que no actuemos en consecuencia —reiteró el deán.

—¿Me deja hablar? —dijo tío Alfonso María—. Mire usted, padre, no se preocupe más de esa maldita historia, no vale la pena —se apretó los lagrimales entre el pulgar y el índice—. A don Ismael se lo voy a colocar a las monjas y asunto concluido.

—Yo me considero deudor pero también valedor de esta casa —dijo el deán con un trémolo de predicador exaltado—. Sabes muy bien lo que han sido siempre para mí los Romero-Bárcena. Ni puedo ni debo permanecer al margen de esas insidias, eso sí que no.

Se escuchó una especie de arrastre de muebles procedente al parecer del piso bajo, y ese sonido tan superfluo produjo una considerable extrañeza. El deán se quedó un instante en vilo, pero enseguida reanudó su sermón.

—Ten en cuenta que también está en entredicho el buen nombre de un sacerdote —se palpó levemente los labios con las yemas de los dedos—. Me consta que incluso han sacado a relucir algunos pormenores de la vida de don Ismael. De antes de entrar en religión, no sé si me explico.

—¿Y qué pasa con eso?

—Qué no pasa, querrás decir. Calumnias aquí y allá. Cierto que don Ismael cantó misa con cuarenta y tantos años. Pero eso no tiene por qué infundir ninguna clase de sospechas. Enviudó y fue visitado por la gracia. Un caso muy loable de pecador arrepentido, si es que eso te dice algo.

Tío Alfonso María se removió en su asiento incluso con brusquedad. Dijo muy deprisa:

—¿Y cuándo lo tendremos a usted de obispo? —parecía notablemente recuperado de sus anteriores desidias—. Sé de buena tinta que la cosa está al

caer.

El deán mudó sus maneras de orador sagrado por las de gentilhomme de cámara. Fue un cambio de expresión tan súbito como el del tío Alfonso María, si bien al deán le quedó tiempo para fingir alguna modestia por medio de un lánguido balanceo de la mano.

—Deja —musitó—. Qué ocurrencia.

Y fue también entonces cuando se oyó el grito. Un lamento más bien que se iba elevando hasta adquirir la matización animal de un bramido difícilmente identificable. El deán miró para tío Alfonso María y éste, a su vez, para el reverendo, quien se acordó cabalmente del leopardo disecado que había visto en el patio más de una vez.

—Ahí lo tiene —dijo tío Alfonso María, y añadió después de que el enojo lo impulsara a levantarse—: Un numerito.

—¿Don Ismael? —preguntó el deán más aturdido que alarmado.

—Cuando medio entiende que lo vamos a instalar en las mercedarias, le da el ataque.

—¿Entiende eso, don Ismael?

—Lo que oye. Le paso el dato.

—Ya —fue todo lo que replicó el deán.

Y se puso en pie con enfática parsimonia, ajustándose el alzacuello y echándole una insulsa ojeada a la engañosa zona del postigo.

—¿Se va? —preguntó tío Alfonso María.

—Lo siento, tengo que irme —parecía paladear el regusto del oloroso—. Ya hablaremos más despacio. Y no tardes tanto en aparecer por la iglesia.

—Voy casi todos los viernes —aclaró tío Alfonso María conforme se echaba en el pañuelo unas gotas de vino que habían quedado en su copa.

—No a San Dionisio —dijo el deán ya cerca de la puerta—. Mi bendición para todos los de esta casa.

Cuando salieron a la galería, el bramido y las algazaras subalternas habían remitido del todo y una quietud con algo de interina parecía reptar por las paredes igual que el bulto de la noche por un aljibe. También yo pensé en eso mientras tía Carola volvía a cogerme de la mano y me hacía mirar sin decírmelo para la cristalera, desde donde la silueta del deán iba proyectando una sombra deforme sobre los alizares de la otra parte del patio.

4

Purificación Bárcena escogió para morirse la hora infrecuente del almuerzo. Y lo hizo sin darse cuenta y sin que alcanzara a conocer —o reconocer— a ninguno de sus tres nietos: Alfonso María, Carola y María Patricia. De haber vivido —y de haber podido razonar— por aquellos años, tampoco habría entendido del todo el hecho de que su nuera, a pesar de tantos dengues y frivolidades, hubiese podido parir tres Romero-Bárcena, a razón de uno por año, que mejoraban a simple vista una raza de inmigrantes vascomontañeses enrolados en las incertidumbres de la buhonería y los ultramarinos.

Pero aquella mujer que en el último trecho de su vida casi llegó a contagiarse de la inaudita bambolla que la rodeaba, ni siquiera logró comprender nunca a su propio hijo, a quien apenas tenía ocasión de ver en aquella inmensa casa y cuyos poderes y dispendios sólo adivinaba a través de cálculos para ella inverosímiles. El primer Romero-Bárcena, sin embargo, lloró a su madre con aplicación filial suficiente y honró su memoria mandándole erigir un panteón de mármol serpentino, estatua yacente incluida, a más de bautizar una bodega de crianza con el devoto nombre de La Purificación.

Toda aquella acelerada prosperidad industrial y social —que don Sebastián Romero-Bárcena había sabido establecer con tan consumadas estrategias— se vio por entonces pasajeramente frenada. Parece ser que, a partir del inoportuno asesinato de un archiduque, se les quitó en parte a los europeos las ganas de beber (o no les quedó mucho tiempo para hacerlo), de modo que las exportaciones acusaron en ciertos casos una merma nada desdeñable. Aunque nunca cesara del todo el trasvase vínic a los países contendientes, la situación tampoco era ni mucho menos alentadora. Al primer Romero-Bárcena, no obstante, esa guerra sólo le supuso un paréntesis de relativa calma en lo concerniente al comercio exterior, pues en el interior las cosas iban todo lo bien que solían. El único trastorno posible se redujo al anómalo incremento de los excedentes vínicos, con lo que también aumentó el volumen de las añadas y, por tanto, las dificultades para su mantenimiento. Pero don Sebastián amplió incluso sus bodegas de almacenado, intensificó el

trabajo en la tonelería y usó de una astucia perseverante para poder darle salida, mediante nuevas marcas y promociones, a todo aquel tesoro.

Coincidiendo quizá con el armisticio, ingresó el primer Romero-Bárcena en su más efectiva fase de preeminencias. De una manera nada ilógica, se acabó de fraguar entonces la figura del prócer que siempre había aspirado a ser, sólo que con mayor abundancia de méritos. Ya él había conseguido neutralizar, no sin malas mañas sentimentales, los tramos de su prehistoria de hijo de tendero y asalariado anodino, llegando a considerarse heredero universal de un poder que él había ciertamente conquistado, pero al que también se había hecho acreedor en virtud de algún designio de soberanía que nadie podía disputarle. No conservó, sin embargo, ninguna clase de malquerencias o resentimientos contra quienes fueron sus primeros patronos, los mismos que —en muy generosa medida— le allanaron el camino de sus posteriores triunfos en las industrias vinícola y agropecuaria. En realidad, atribuía a esos ya inferiores exponentes de la competencia el papel de intermediarios forzosos de una hegemonía que sólo él estaba llamado a desempeñar y aun a transmitir a su bien planificada prole. Con lo que también venía a ratificarse que la megalomanía era un notorio componente de su ambición.

El altruismo del primer Romero-Bárcena superó entonces todos los cálculos previstos por el señorío comarcal. Tal vez el insaciable bodeguero programó todo eso en justa contrapartida a algún ofensivo rumor genealógico que alcanzó a oír. En cualquier caso, la relación de sus filantropías rondó muy cerca el olor de santidad. En un primer decreto, ordenó la creación de cinco becas para seminaristas pobres y la construcción y sostenimiento a perpetuidad de un hospital, una escuela secundaria y un centro de estudios enológicos, aparte de la restauración a sus expensas de la iglesia parroquial, el antiguo asilo y las instalaciones de alcantarillado. Fundó, además —también con cargo a su bolsillo—, un patronato para la exposición permanente en Londres de los productos de la zona. O sea, que cuando don Sebastián Romero-Bárcena vino a contabilizar por junto —con ocasión de un raro día de sosiego doméstico— que tanta magnanimidad era obra exclusiva suya, se enfrentó a un incómodo dilema. No sabía si pretender de nuevo un título (esta vez del reino, aunque a la larga usaría el de conde de Malcorta), o proponerle a su nocturno amigo el general Primo de Rivera que le dejase resolver a su modo el grave menoscabo que soportaba la monarquía. Pero de lo único que continuó ejerciendo fue de prohombre local.

Adelaida Conticinio aún no había logrado asimilar del todo el hecho impensable de haberle dado al primer Romero-Bárcena tres hijos —un niño y dos niñas—, cuya crianza y educación se repartían a partes proporcionales los jesuitas, las irlandesas, una institutriz directamente importada de los alrededores de Hyde Park y el ama Remedios. Nada parecía descomponer aquella ordenación minuciosa de las distintas funciones hogareñas. Los días de la vida de los Romero-Bárcena eran todos benignos y simétricos. Hasta Adelaida Conticinio, que había decidido no exponerse ni por pienso a un nuevo embarazo, terminó concertando con el marido una alianza de lo más sutil. Se trataba, en cierto modo, de un método anticonceptivo por omisión. Ella admitía toda clase de escarceos eróticos, que devolvía a su vez en justa reciprocidad, pero sólo a condición de que no le fueran reclamados sus más propios débitos conyugales. A cambio de esa relativa abstinencia, toleraría Adelaida Conticinio que el marido se agenciase alguna suripanta con quien perpetrar lo que ella no le consentía, siempre que esas ilegítimas relaciones estuviesen tramitadas con la discreción más consecuente.

Don Sebastián Romero-Bárcena tardó bastante en digerir los proyectos amorios de la mujer, incluso tardó más de la cuenta en asegurarse que no obedecían a ninguna súbita extravagancia, perversión tardía o satisfacciones en cama ajena. Así que cuando dedujo que todo se reducía a una cláusula temperamental, aceptó de buen grado lo que no parecía directamente inaceptable. Tampoco disponía de aptitudes para resolver complicaciones de ese calibre, aun suponiendo que fuese todavía capaz de valorar aquellas primeras lujurias de su mujer. La verdad es que apenas coincidía ya con ella a no ser por descuido, cuando se encontraban de paso en algún fortuito recodo de la casona. Dos sombras aproximándose y medio reconociéndose por esos laberínticos itinerarios, recién llegada ella de sus devociones ecuestres y religiosas o a punto de salir a sus visitas, al tiempo que él, con la memoria atiborrada de residuos de vinos añejos y marañas financieras, la veía venir como a través de un vapor ondulante y ensayaba sin mucho tino una protocolaria amabilidad. Criaturas mutuamente desinteresadas y autoconfinadas en una opulencia ya carente de incentivos, allí seguían pactando la sorda estabilidad de un consorcio hecho de inveterados desequilibrios familiares y privilegios rutinarios.

Los tres nuevos Romero-Bárcena fueron creciendo en ese ámbito de difusas referencias con la realidad. La casa era para ellos un mundo fastuoso e inacabable por el que vagaban a su antojo y cuya misma invulnerabilidad los aislaba del exterior igual que un gigantesco invernadero. Sólo relacionados

con sus padres en audiencias y encuentros esporádicos, se habituaron bien pronto a un usufructo de prerrogativas y servidumbres que acabó por nivelarlos en un mismo reglamento educativo, pero que —correlativamente— también les sirvió para diferenciar sus respectivos modales y predilecciones. En cualquier caso, y extramuros de la casa, todo tenía para ellos el sentido de una prolongación de supremacías que nadie parecía estar en condiciones de cuestionar.

Alfonso María, el mayor, era un muchacho insumiso y vivaz, ancho y blanco, coleccionista furioso de fustas y anillas de puros y campeón regional de una variante infantil de *jumping* con potros de primer bocado. Había elegido prematuramente al cochero Epifanio como instructor de juegos prohibidos y desconocía qué clase de línea divisoria podía trazarse entre sus dominios y el resto del mundo. Su hermana Carola, por el contrario, fue siempre una niña melosa y disparatada, con muy pocos humos y muchos encantos, dulce fingidora de toda suerte de destemplanzas para que la anduviesen mimando entre organdíes y golosinas. María Patricia, la menor, que no había salido aún de una infancia asediada por enjambres de muñecas y tentetiesos, disponía de las mañas de la antojadiza profunda y protagonizaba las grandes cóleras mudas cuando se permitían desatenderla. En eso también se parecía a la madre.

Los niños eran llevados al colegio y puntualmente recogidos en un landó de doble capota y asientos de vaqueta, que el cochero Epifanio manejaba con pericia jactanciosa. La enseñanza del primogénito estaba encomendada al rigor matinal de los jesuitas, mientras las niñas asistían de modo intermitente al también riguroso claustro de las irlandesas. Una educación con visos de adoctrinamiento perpetuo que en ningún caso alcanzó los primores de lo inmutable, ni siquiera el convencimiento de que tan severo noviciado podía tener un valor distinto al de la buena crianza. Por las tardes, y bajo la inspección adicional del ama Remedios, los niños se dedicaban a aprender inglés y maldades con la *miss*, a explorar los espacios menos frecuentados de la casona, o a ir languideciendo en esos escenarios de tan inadvertida pomposidad.

Alfonso María fue quien primero se asomó por su cuenta al mundo exterior. Contraviniendo las órdenes improvisadas —aunque estrictas— de la madre, buscó más de una vez la experta asesoría del cochero Epifanio y se internó por los vericuetos de una ciudad que juntamente lo tentaba y amedrentaba. Descubrió entonces el fárrago estentóreo de esas periferias que nunca creyó tan abastecidas de incitaciones. Espectador cohibido y distante,

sólo aleccionado a medias por el cochero Epifanio, supo de la existencia de temibles patios de vecindad y tabancos de cochambrosa algarabía y encrucijadas prostibularias y otras diversas subversiones. El atractivo de la iniciación disputándole su turno a los lastres infantiles del prestigio familiar. Y él, Alfonso María, encandilado como estaba con esos anticipos emocionantes del adulto, iba así alimentando en su fuero interno la convicción de que había sido distinguido (no sabía por qué edictos inmemoriales) para ejercer una hereditaria preponderancia sobre los demás. Pero la misma acumulativa diferencia entre lo que empezaba a vivir y lo que hasta entonces había vivido, lo situaba en una zona fronteriza de tan irreconciliables extremos —o tan netos contrastes— que llegó a medio intuir que su condición de elegido estaba expuesta a muy prolijas amenazas de despojamiento. Fue como un remusgo, una presunción borrosa que en ningún momento lo hizo desistir de aquellas transgresiones que la edad le iba demandando.

Algún rumor sobre tan indebidos callejeos llegó a oídos de don Sebastián Romero-Bárcena, cuando ya el hijo andaba en connivencias con muchachos incógnitos y haraganes. De modo que Alfonso María fue llamado urgentemente a capítulo y el padre le anunció, entre vagas admoniciones y engorrosas pérdidas del hilo argumental, que había decidido (no sin la aquiescencia lacrimosa de la madre) dejarlo interno en el colegio durante todo aquel curso. O más, si era conveniente. A Alfonso María no le pareció ni bien ni mal semejante correctivo, incluso consideró que tampoco carecía de cierta atrayente novedad ese brusco cambio de vida. Y se dobló al veredicto con tan dócil rapidez, que don Sebastián tuvo sus dudas sobre la eficacia de un castigo que no parecía reportarle al hijo ninguna especial contrariedad. Dedujo, en todo caso, que debía hablar aquel mismo día con su mujer, concertando una entrevista —ya fuese de comedor o alcoba— para que se encargase ella de resolver, con ayuda del ama Remedios, todos los pormenores referentes al internado. Adelaida Conticinio aceptó de mala gana la enfadosa comisión, alegando primero que los jesuitas eran muy dados a hacer dormir a los demás en cama de losa, y pensando después que la ausencia del hijo también acabaría liberándola aún más de gravámenes domésticos.

Sin contar con las treguas de vacaciones, Alfonso María no llegó a pasarse ni cuatro meses interno. El colegio era un noble edificio de tres plantas y tres fachadas de piedra ostionera, con un inmenso patio de terrizo dividido en dos zonas desiguales por una hermosa verja de fundición. Una capilla neobarroca

comunicaba con el cuerpo central del edificio a través de un jardín de traza geométrica, bordeado de viejos cipreses y frondosos macizos de buganvillas. Y había allí una fuente trianera con ranas azules de cerámica que escupían agua, y una gruta artificial desde la que una Virgen de Lourdes se aparecía ininterrumpidamente a la fila de alumnos que iban a la capilla o salían al recreo. El dormitorio estaba en el piso de arriba, justo encima de las aulas de los medianos y separado por un patio interior de las habitaciones de los profesores. Se componía de dos salas gemelas, subdivididas por tabiques de media altura en pequeños compartimientos, donde malcabían los pocos enseres aconsejables para no tropezar en ninguna ocasión, ni siquiera en sueños, con el pecado. Un territorio a la vez apacible y excitante por el que Alfonso María maduró con irregularidad acelerada y acabó de asimilar lo que las inocuas escaramuzas callejeras sólo le habían suministrado en nociones fugaces.

Pero no duró mucho la supuesta adaptación inicial del díscolo. Cogido a menudo en faltas más o menos graves y vigilado de cerca por celadores y prefectos, Alfonso María alternó la convivencia desdeñosa y la desgana escolar con las infracciones que, en calidad de Romero-Bárcena, creía poder permitirse con metódica impunidad. Eligió como predilectos amigos a dos internos oriundos de la vecina serranía, dos indómitos cachorros de familias cortijeras, enriquecidas a partir de esa acumulación de propiedades rústicas que se derivó de la desamortización de bienes eclesiásticos. Y hubo también un tercer compinche —no tan inseparable, pero más notorio—, un mediopensionista perteneciente a la aristocracia local, algo así como un efebo de apacible condición y llamativa belleza, que se sintió desde un primer momento atraído por Alfonso María y al que éste fingía ignorar con táctica de camastrón. El muchacho parecía estar tan seducido por los alardes de hombría descarada del joven Romero-Bárcena, que no tardaron mucho en airearse las sospechas de una pasión que tampoco era sobrellevada con excesivos tapujos.

Aunque el idilio no pasó a mayores, dio pábulo para que un profesor de apologética (autor de unos comentarios sobre las virtudes juveniles de San Luis Gonzaga) convocara una tarde a Alfonso María en uno de los recibidores, con el decidido propósito de ponerlo en antecedentes de los peligros implícitos en una relación tan desordenada y de tan directa vinculación con las peores acechanzas del Maligno. Y él, Alfonso María, acudió entre receloso y desenvuelto a ese recibidor del piso principal que aún retenía el tenue perfume de alguna visita y donde parecía resonar una carcoma insaciable. Era una sala revestida de tapices conmemorativos del triunfo

teológico de la Compañía en las lides de la Contrarreforma. Un lugar atosigante y acaramelado que solía usarse para entrevistas piadosas y confesiones solemnes.

Alfonso María se sentó junto al profesor en un sofá manuelino, entre cojines de abultada blandura, sin apenas atender a otra cosa que al reclamo bullicioso de las primeras sombras estacionadas en el patio. Hasta que notó en su rodilla la mano caliente del profesor, sólo esa mano de dedos rígidos situada sobre su rodilla, no sintiéndose en ningún momento incomodado o sorprendido, no sustrayéndose a que la mano se deslizara por el muslo y permaneciera allí aposentada con trémula naturalidad, sino aceptando más bien esa caricia con gustosa y añorada molicie. Oía la voz opaca del profesor, ya casi un susurro vagamente referido a no sabía qué batallas perdidas entre la impureza y la honestidad. Miró de reojo aquella cara macilenta a pesar de los rosetones que la bruñían y aquella lustrosa sotana donde parecían confluír los destellos de la única bujía encendida de la araña. Jugaba él con un hilo de oro entretejido en el brocado del cojín, cuando se escuchó el bullicio de los internos que bajaban a la oración vespertina. El profesor se levantó entonces con el sobresalto punible del perseguidor que se sabe de pronto perseguido. Pero se recuperó al punto y, después de darle unas palmaditas en las nalgas a Alfonso María, lo precedió en la salida del recibidor ya pulcramente restablecido de las flaquezas de la carne.

Nada de eso intervino, sin embargo, en la sentencia de expulsión con que también logró distinguirse en el colegio Alfonso María. Los motivos vinieron a concretarse algo después, una noche plácida en la que nada hacía presumir el desorden. Pero el desorden comenzó cuando ya los internos sosegaban hacía rato y el joven Romero-Bárcena se aventuró fuera del dormitorio seguido de los dos cachorros serranos. Caminaban con sigilo delincuente y, luego de bajar hasta el patio interior donde crecía una inmensa araucaria, salieron del cuerpo central del edificio y se desviaron hacia los almacenes. No había luz, pero tampoco encendieron ninguna, sino que —una vez dentro del recinto— se orientaron a tientas hasta llegar a una zona de sombra menos tupida, una oscuridad aminorada por el reflejo ruin de un farolillo que colgaba de la marquesina, justo a la altura de uno de los ventanucos. Un olor untuoso a chacina y cereal, a cáñamo y vinagre, parecía emanar de las paredes como el vaho de una yegua. Los intrusos estuvieron registrando entre embalajes y estanterías hasta dar con lo que al parecer buscaban, unas botellas dispuestas en cajones y alineadas en anaqueles. Eligieron una de moscatel y la descorcharon de mala manera con un cortaplumas. Alfonso María tomó un

buche, hizo una mueca sumaria de aprobación y ya salieron los tres con la misma sinuosa cautela con que habían entrado.

Los goznes de la puerta —cuya llave rara vez se retiraba de la cerradura— imitaron un gemido animal, y eso inmovilizó un momento a los ya temerosos de su propia temeridad. Se arrimaron enseguida al muro lateral de un jardincillo anexo al recreo y fueron deslizándose por allí uno detrás de otro, bajo el cobertizo de pizarra que camuflaba hasta cierto punto el desplazamiento de los cuerpos. Alfonso María hizo finalmente una señal imperativa y los expedicionarios se detuvieron de consuno y buscaron acomodo en una angosta escalera de servicio, junto a un portón atrancado. La botella circuló inmediatamente de mano en mano y los tres se pusieron a beber entre susurros medrosos y discretas euforias.

Un haz luminoso barrió de repente el escenario, cuando ya los bebedores habían consumido buena parte de la botella y andaban ocupados en otros menesteres. Los tres vieron a la vez al padre prefecto, esa cara con algo de máscara mortuoria, más deformada entonces con el resplandor de la linterna que le llegaba desde abajo, los ojos como prismas diminutos multiplicando el brillo de la furia. Venía de un confinamiento lúgubre y traía en la frente el sudor militante del que acaba de vencer a la tentación. Alfonso María apenas se inmutó, o no estaba en condiciones de inmutarse, pero sus dos amigos trataron de interrumpir entre torpes y apresurados disimulos lo que estaban haciendo, que no era otra cosa que masturbarse mutuamente con unísona aplicación. El prefecto empezó a proferir toda clase de improperios y anatemas, las salpicaduras de la saliva brillando como pavesas al entrar en el haz luminoso, mientras vacilaba igual que un predicador en trance de emular la ira divina.

Los dos cachorros ya se habían levantado con equilibrio insuficiente y aspecto de contritos y recibían sin rechistar los coléricos manotazos del prefecto. El brusco vaivén de la linterna hacía columpiar las sombras aledañas, hacinando unos bultos inciertos bajo el cobertizo o alargando las siluetas hasta la verja de separación de los recreos. Alfonso María hizo entonces lo menos previsible, o mejor dicho, no hizo nada nuevo: continuó masturbándose como si tal cosa. Y cuando el prefecto, ya a punto del soponcio, empezó a zarandearlo de muchas fogosas maneras, al joven Romero-Bárcena no se le ocurrió sino decir con lengua de trapo que por qué no le dejaba terminar, si era tan amable, y que si no le parecía bien tan acreditado sistema de darse gusto. El prefecto corrió entonces como un energúmeno escaleras arriba, sollozando y medio cayéndose, a saber si en

busca de primeros o de últimos auxilios. Parecía que el tiempo se había atascado de repente en algún amenazador reducto de la noche. Pero ya Alfonso María y sus dos compinches empezaron a subir hacia el dormitorio, aturcidos y como desmemoriados, acaso comprendiendo que les había llegado anticipadamente la hora de la despedida.

La expulsión llenó de estupor y de furia —a partes iguales— a don Sebastián Romero-Bárcena. Le costaba trabajo admitir (o no lo admitió ni después de ímprobos trabajos) que un hijo suyo pudiera ser sometido a tamaña vejación. Y no le valieron ni mandatos ni suplicatorios ni groseras alegaciones de prepotencias para que absolvieran al hijo. Incluso llegó a esgrimir la amenaza de urgente cancelación de un acuerdo empresarial suscrito poco antes con la Compañía, olvidando entre los envites de la indignación que en ningún caso podría conseguir legalmente esa ruptura vengativa. La verdad era que el prefecto había caído en un grave estado de postración a raíz de tan mayúsculo escándalo, y nadie en el colegio parecía dispuesto a consentir la readmisión del culpable, ni siquiera después de reconocer con toda clase de deferencias que se trataba de un Romero-Bárcena.

Alfonso María volvió a su casa como si volviera de un veraneo, sólo que más pálido. Traía además un porte lacónico de héroe derrotado en razón de su propio exceso de intrepidez. Por supuesto que ni Carola ni María Patricia se llegaron a enterar ni por asomo de lo que había ocurrido, en tanto que la madre no mostró de entrada demasiado interés en saberlo. Pero cuando lo supo, pensó y proclamó que eso no era humanamente posible y que no había cura ni general ni nuncio apostólico capaz de cometer semejante atropello con alguien que llevara su apellido. El berrinche, empero, no le duró más de un día, el mismo que tardó en recordar los muchos deberes piadosos y ecuestres que le exigían toda su atención y la obligaban, con hartos sacrificios, a ausentarse de la casa.

A don Sebastián lo acuciaban, sin embargo, otras correlativas preocupaciones. Tampoco es que le llevase mucho tiempo superar un disgusto preferentemente referido a lo que tenía de afrenta personal; es que en principio lo desquició verse afectado no ya por las causas del incidente —todas ellas merecedoras de indulgencia—, sino por sus efectos, algunos de ellos de lo más intolerables. En cualquier caso, y después de una reprimenda rabiosa y medio enmarañada, dispuso la irremisible aplicación de un nuevo castigo a su voltario hijo. En contra de alguna sucinta contraofensiva de Adelaida Conticinio, quizás interviniera en esa decisión un solapado acicate:

el de hacer recaer en el hijo la íntima humillación del prócer. Y así fue como Alfonso María se pasó tres meses largos de aprendiz sin sueldo en una de las bodegas de embotellado del padre.

5

Según lo previsto, el traslado del capellán al convento de las mercedarias fue un episodio adecuadamente ingrato. Nadie de la casa pudo —o quiso— olvidarlo hasta mucho después, y no sólo por lo que tuvo de lamentable sino por otras razones bastante más escabrosas. Ni siquiera abuela Adelaida —que andaba ya medio extraviada por sus viceversas y sólo conocía a los que eran de su agrado— dejó de asistir a aquel espectáculo penoso. El único ausente fue, como de costumbre, abuelo Sebastián, quien apenas salía de sus habitaciones hacía meses y que, cuando lo hacía, era para protestar tozudamente porque lo habían obligado a salir.

Se conoce que don Ismael debió de barruntar esa misma mañana lo que se estaba tramando, pues lo primero que hizo fue encerrarse por dentro del cuarto que ocupaba en la planta baja, sin consentir abrir por más consejos benevolentes que le transmitió la santita Micaela y por más que aporrearan la puerta el cochero Epifanio y el mozo que servía entonces en el comedor. Todavía no se había levantado tío Alfonso María, pero lo hizo a poco de oír los golpes y barullos, y allí se presentó a medio vestir y con los ojos como macerados en una agüilla viscosa que a lo mejor provenía de una gotera del sueño. El cochero Epifanio lo puso en antecedentes de tan anómala situación y tío Alfonso María se acercó sin más a la puerta, llamó con los nudillos y dijo con una voz de la que parecía resbalar una saliva envinada:

—Abra usted inmediatamente.

Hubo un silencio dentro de la habitación que amplificó esquivamente el otro silencio de fuera.

—¿Me está usted oyendo? —dijo más alto tío Alfonso María, golpeando esta vez la puerta con mano airada—. Abra ahora mismo —se quedó un instante como buscando un argumento intimidatorio—. No me obligue a levantar la liebre.

Don Ismael soltó una especie de bufido que muy bien podía tener una significación soez, amén de negativa.

—Qué forma más rara de llamar la atención —dijo muy seria tía Socorro—. ¿Es que no sabe que la puerta sólo puede abrirse por dentro?

Tío Alfonso María observó a su mujer con cara de nada y se volvió al cochero Epifanio diciéndole que de momento él se iba a sus habitaciones, pero que se encargase de buscar un pico o lo que fuese y que echara la puerta abajo sin más miramientos. A Epifanio se le asomó a los ojos un halago responsable y se dispuso a cumplir la encomienda. Aún no habían echado el toldo y el sol destellaba en el mármol de las columnas y en la superficie vidriada de los tinajones. Pero tía Socorro no debió de darse cuenta: iba detrás del marido preguntándole qué pasaba y mirando para aquella parte del patio como si le extrañase tanta luminosidad. La santita Micaela no había dejado de taparse la cara con las manos, al tiempo que abuela Adelaida se dirigía hacia la escalera a pasitos menudos. Murmuró antes de llegar:

—Un bosquimano.

Y en eso empezó a acudir al reclamo de la novedad buena parte de la servidumbre que andaba trajinando por allí cerca, con lo que la habitación contigua a la que ocupaba el encerrado tomó un repentino aspecto de platea. Había una expectación susurrante y contagiosa. Pero ya estaba allí otra vez el cochero Epifanio, provisto de un hacha cuyo tamaño resultaba posiblemente excesivo en comparación con la resistencia de lo que se pretendía romper. A él debió parecerle adecuada, sin embargo, porque apartó a los curiosos con el despotismo del subordinado revestido de autoridad, apoyó el oído en la juntura del marco y, una vez realizado ese trámite superfluo, descargó tan desproporcionado hachazo junto al bastidor que se hizo añicos todo un entrepaño de la puerta. La santita Micaela, que había permanecido como enajenada, se abalanzó entonces sobre la brecha y estuvo mirando por allí con ansiedad jadeante. Se volvió luego hacia los demás diciendo:

—Dejadme a mí —tragó saliva con dificultad—. Voy a entrar yo sola, eso es lo que voy a hacer —le dio un codazo al mozo de comedor—. Permiso.

Nadie respondió nada, así que la santita Micaela metió la mano por el boquete que el hacha había abierto, con el evidente propósito de soltar el pestillo. Pero lo que hizo fue lanzar una exclamación de dolor o de asombro y retirar a toda prisa la mano. Reculó luego hacia la pared y se apoyó en ella atolondradamente mientras se iba pareciendo cada vez más a una llorona extenuada. Y fue quizás en ese instante (siempre según la versión del cochero Epifanio) cuando llegaron tía Carola y el ama Remedios, ya enteradas de lo que ocurría y con trazas de haber andado conspirando. Tía Carola habría vuelto hacía poco de dar su paseo matinal en el tílburí, esa referencia a la vez anacrónica y cotidiana en torno a un personaje equivocado de ilustración, el aire ausente y placentero de quien no desea llegar a tiempo a ningún sitio. Y

allí estaba ahora frunciendo los ojos celestes, tal vez tratando de completar sin preguntas su información sobre el nuevo desbarajuste provocado por el capellán.

—Lo que yo me temía —debió decir el ama Remedios.

Y ella:

—Se despide a su manera, qué quieres.

Y ya comenzó el ama a poner un poco de orden en toda aquella babilonia, no sin mandar primero a los espectadores que se fueran cada cual a su avío. De vieja, solía mostrarse regularmente inflexible durante esos arrebatos de actividad ajena. Conque una vez comprobado el destrozo de la puerta, por cuyo boquete medio entrevió el bulto estrafalario del capellán, se volvió para donde estaba la santita Micaela. Le echó una ojeada fugaz a la mano y, como descubriese en el arranque de la muñeca las marcas de unos dientes o cosa similar, se dirigió a Epifanio encareciéndole que terminase de abrir de una vez por todas la condenada puerta, aunque no quedasen en su sitio ni las bisagras. Y Epifanio así se dispuso a hacerlo, introduciendo antes el hacha por el hueco astillado como para avisar al capellán del tamaño de sus decisiones y logrando al fin descorrer la falleba.

Sacar a don Ismael de su encierro ya fue menos dificultoso, a pesar de las corajinas e intentos de fuga con que respondió primeramente a los sitiadores. Entre el cochero Epifanio y el mozo de comedor consiguieron reducirlo o, al menos, mantenerlo sobre la silla de ruedas en un relativo estado de conformidad. La santita Micaela, mientras tanto, seguía perpleja y mohína en un rincón del cuarto contiguo. No parecía comprender del todo qué inclementes castigos estaban aplicándole al capellán, quien ofrecía realmente un aspecto lastimoso, los brazos agarrotados entre las piernas y la barbilla hundida en la congoja del pecho. Tenía además el labio inferior tumefacto y diversas pringues adheridas a la sotana.

Ya no andaba por allí tía Carola cuando el ama Remedios la buscó con los ojos para pedirle quizás asesoramiento. La verdad es que en aquellas condiciones no resultaba ni medianamente aconsejable llevar a don Ismael al convento tal como se había previsto, es decir, por el expeditivo método de ir empujándolo calle adelante en su propia silla. De modo que el ama subió a parlamentar con tía Socorro y, como no diera con ella por más que lo intentó, se acercó hasta el gabinete donde supuso que estaría tío Alfonso María. Y allí debió de encontrarlo, porque bajó a renglón seguido ya investida de poderes para poner en marcha las nuevas disposiciones sobre el traslado.

Yo fui aquella tarde a casa de los primos algo después de lo habitual, en el preciso momento en que dos enfermeros sacaban a don Ismael en brazos y lo introducían en una ambulancia que más bien parecía un furgón. El capellán se dejaba conducir sin ofrecer ninguna resistencia, o sólo ofreciéndola por medio de algún forcejeo irrisorio. Pero lo que sí se le notaba mucho en la mirada era el remanente del despecho, un estilete marrón clavándose en el propio espacio de impotencia que lo rodeaba. Era un episodio probablemente despiadado, cuyos únicos testigos fueron sin duda los menos inmunes a su truculencia. La santita Micaela prefirió, no obstante, quedarse en la capilla intercediendo por don Ismael y por la paz de sus respectivos espíritus, en espera de irse ella también aquella misma tarde al convento de las mercedarias.

Según se sabría a su debido tiempo, el capellán había entregado a la santita Micaela, poco antes de que se lo llevaran, la llave de un bargueño que tenía en su habitación y que nadie había visto nunca abierto. Un detalle que —de haberse conocido en su día— no habría dejado de ser cuando menos sorprendente. Mas lo que sí se supo entonces a través del ama Remedios (que tampoco era un testimonio demasiado irreprochable) fue que cuando ella andaba por el patio cerca de don Ismael y alguien anunció que ya estaba al llegar la ambulancia, alcanzó a oír —o eso le pareció— la voz del capellán. No los sonidos inarticulados que solía emitir durante sus correteos, sino exactamente unas palabras de lo más inteligibles y que a no dudarlo eran «maldita sea la hora». De manera que el ama se llevó un buen susto y se quedó como atarugada, sin llegar a discernir si era finalmente cierto lo que siempre había sospechado o si era su propio recelo el que la hacía dar por fidedigno lo engañoso. Tía Carola —que fue la primera en enterarse de la novedad— se resistió a admitirla sin alguna reserva. No porque le pareciera improbable, sino porque consideraba que, aun en el caso de que el capellán no se hubiese quedado mudo, resultaba poco verosímil pensar que sólo en esos últimos minutos se había olvidado de fingir. Pero, como todo eso tampoco importaba ya demasiado, así se quedaron las incertidumbres por el momento.

Tío Alfonso María no salió de su gabinete hasta después de que el capellán y la santita Micaela abandonaran la casa. Tal vez se fue un momento a hablar con abuelo Sebastián (suponiendo que concediera entrevistas ese día) antes de bajar al patio y de asomarse como sin querer hacerlo a la habitación de don Ismael. La rotura de la puerta debió remitirlo ambiguamente a otro cruento destrozo de catorce o quince años atrás, los faros estrábcicos del coche alumbrando una tapia a medio derrumbar junto a la que tres, cuatro cuerpos yacían amontonados como escombros, y él se dirigía hacia el barracón para

abatir de una patada lo que quedaba de la puerta. ¿Con quién iba esa noche idéntica a tantas otras noches de ya insegura correlación? No tardó ni un segundo en recordar a aquellos dos leales patrulleros cuyas facciones se reducían de pronto a una sola, adecuándose luego a no sabía qué otro rostro conocido, acaso al de un lejano don Ismael manchado de sangre militar, disuelto ya también en una evocación sin fondo donde sólo prevalecía el orgullo de ser un Romero-Bárcena. Pero ya salía otra vez al patio, después de echar una ojeada desentendida a las pertenencias del capellán.

Una penumbra vidriosa se empezaba a cernir a través del toldo y a fundirse con la umbría pulimentada de las aspidistras, mientras primo Aurelio y yo esperábamos por detrás de la celosía a que estuviese el campo libre para meternos a curiosear en el cuarto de don Ismael. Así que cuando sonó más fuerte de lo común el resbalón de la cancela, nos fuimos hacia la otra parte del patio y entramos sin ningún disimulo en esa habitación que tenía algo de proscrita. Era una sala espaciosa que no recordaba para nada a un dormitorio, más bien parecía un cuarto de la plancha o de la costura habilitado para otros varios usos, donde cabían holgadamente una butaca, una cama de postes torneados, una cómoda de madera negra, un palanganero con regusto a sacristía, una mesa castellana, un armario ropero medio desportillado y un bargueño con embutidos de nácar. Había allí además un olor sebáceo adherido a la calamocho de las paredes, un olor antiguo a zotal y a aceite de mariposa rancio que ni siquiera había logrado salir por el cierro que daba a la parte alta del parque.

—No parece que se haya ido don Ismael —dijo primo Aurelio olfateando ese aire mohoso—. Parece que se ha muerto.

Los cajones del armario y de la cómoda estaban abiertos y vacíos, o sólo contenían papeluchos, alguna ropa vieja, envases intactos de medicamentos. Pero el bargueño estaba cerrado y no hubo forma de abrirlo ni en ese momento ni en ninguna otra inmediata ocasión, de modo que ese mueble hermético —y hasta mucho después inviolable— pasó a convertirse para mí en la representación material de un secreto que fue poco a poco cambiando de sentido hasta englobar la imagen punitiva de un miedo, un remordimiento, una especie de equívoca infracción que parecía haber sido previamente soñada pero que, no obstante, seguía conservando un tortuoso vínculo con la realidad.

Ni tío Alfonso María ni —por supuesto— tía Socorro hablaron nunca de ese bargueño ni nunca preguntaron por la llave. Pero tía Carola estaba convencida desde un principio de que el capellán debía tener allí guardado

algo más que misales y martirologios, por lo que tal vez conviniera saber de qué se trataba, antes por salir de dudas que por ninguna otra variante del antojo. Nadie, sin embargo, se planteó en serio la posibilidad de que descerrajaran el mueble. Aparte de que aún se desconocía el nada superfluo dato de la entrega de la llave a la santita Micaela por parte del capellán y, en consecuencia, del presunto escamoteo del contenido del bargueño en una rebusca de última hora. De todos modos, tampoco se volvió a hablar del asunto hasta que las circunstancias obligaron a hacerlo.

Por aquellos días (o quizás algo después) los tíos se fueron de viaje a Cuba y tardaron más de dos meses en regresar. Tía Socorro había heredado no hacía mucho —por vía de mejoras maternas— un ingenio azucarero entre Minas y Nuevitas y una casona colonial —la Ceiba Grande— en Camagüey. Y allí decidieron irse, no para controlar la buena marcha de la hacienda, que eso estaba más que controlado, sino para conocer las nuevas propiedades y, de paso, airearse un poco y visitar las delegaciones de la bodega por aquellos rumbos.

El viaje debió de resultar de lo más satisfactorio, si bien los cónyuges anduvieron entretenidos en ocupaciones rara vez coincidentes: él desempeñando su cimero papel de Romero-Bárcena o fingiendo nocturnas y prolongadas reuniones de negocios, y ella sofocándose por las tórridas estancias de la Ceiba Grande, callejeando en funciones de dignataria veleidosa o haciendo preguntas incontestables. A juzgar por casi todos los indicios, tío Alfonso María fue quien más aquilató en este tiempo algunas de sus prendas personales. Probó —por ejemplo— unos cigarros de «Por Larrañaga» y apalabró un periódico suministro de esa vitola con su nombre impreso en las anillas; probó una mulata y, como le agradase el género, gestionó que se la reexpidieran a España; probó un ron añejo y convino en que él podía fabricar un licor tan bueno como ése; probó finalmente un modelo de coche norteamericano y mandó que le facturasen uno color azul turquesa. Así que el viaje también tuvo su lado provechoso.

Tío Alfonso María volvió de Cuba más carnosos y rubicundos de lo que se fue y bastante menos dispuesto que de costumbre a que cuestionaran sus decisiones, en tanto que tía Socorro se trajo puesto como un disfraz de criolla que afectaba —incluso sin moderación— a su manera de hablar y de menearse. Le había perdonado al marido todos sus jolgorios y trapisondas, menos que no la dejara traerse a una niña negra que, aparte de otros servicios como futura mucama, muy bien podría haber decorado de modo inimitable sus paseos en el landó. Aunque lo que sí había conseguido hacerse mandar

por barco eran cuatro enormes embalajes conteniendo toda clase de enseres exóticos y una gran copia de útiles de ignorada utilidad. Una especie de ajuar estrafalario que fue equitativamente distribuido entre parentelas y servidumbres y que no dejó de provocar en las trastiendas domésticas alguna que otra rencilla comparativa.

La ausencia de los señores no se notó para nada en el buen gobierno de la casa y dependencias anexas, antes bien lo mejoró en ciertos aspectos, como podían ser la merma de visitas y rosarios y la menos extravagante distribución de quehaceres. Incluso abuelo Sebastián parecía más dispuesto que en presencia del hijo a aceptar la jubilación del cargo de primer Romero-Bárcena. Sólo pretendía imponer su voluntad desde la cama en asuntos incongruentes, y quizá lo hiciera para demostrarse que aún podía exigir a sus subordinados una obediencia que ni siquiera abuela Adelaida se sentía con ánimos de discutir.

No había pasado mucho tiempo desde el regreso, cuando también atravesó el mar una noticia infame: la de que unos insurrectos habían desembarcado en algún lugar de la provincia cubana de Oriente con el siniestro propósito de derrocar al presidente Batista. Tío Alfonso María manifestó primeramente su cólera azotando con una fusta de manatí a todos los enemigos que se le pusieron delante de la imaginación. Y después de telefonar al embajador cubano para ofrecerse en lo que hiciera falta, pasó a calcular los perjuicios que podían sobrevenirle si semejante horda lograba salirse con la suya. Como si le fuera en ello la vida o —en el mismo imposible caso— el desahogo económico, arbitró desde entonces una directa comunicación con La Habana para seguir de cerca el desarrollo de aquella guerra abominable.

Yo solía pasar esos fines de semana en casa de los primos (si es que no venían ellos a la mía), aunque también nos fuimos más de una vez con tía Carola o con mi madre a alguna de las fincas que poseían los Romero-Bárcena —por separado o de mancomún— en aquellas inmediaciones. Creo que adonde más nos gustaba ir era a una viña —Cerroperdigón— y a una dehesa corchera —La Valerita—, quizá porque allí encontrábamos siempre más incitantes excepciones. Muchas veces hacíamos el viaje en el landó o en la victoria y el cochero Epifanio nos dejaba llevar las riendas en algún momento, seguramente en los menos propicios. Pero lo más excitante de todo fue la excursión que hicimos un día hasta los caladeros de Argónida en el velero de un inglés que vivía en el puerto vecino, un David Leiston casado con una amiga de tía Carola. La travesía por una mar rizada de cobalto y por la encrespada boca del río superó en datos emocionantes a cualquier otra

aventura. Primo Aurelio se ocupó un tiempo de la escota del foque y yo ayudé al marinero a trasluchar la mayor, medio colgándome de la botavara. Recuerdo que desembarcamos cerca del borde de la marisma, a la altura de un lucio reseco, y nos fuimos a explorar por nuestra cuenta ese territorio fascinante. Tía Carola se había quedado con su amiga en una playa acribillada de agujeros de cangrejos, preparando la cesta de la merienda junto a los vestigios podridos de un embarcadero.

—Que yo os vea —había dicho tía Carola—. No me gusta el río sin niños.

Pero no nos vio durante un buen rato. Seguimos una vereda medio taponada de aulagas y divisamos a lo lejos unos gamos estáticos y quizá también la huraña sombra del jabalí hurtándose en el sotobosque. Era un día muy limpio y la arena proyectaba sobre el fondo del paisaje una reverberación que parecía desteñir aún más el claro azul del cielo. Estuvimos algún tiempo deslizándonos por unas dunas que avanzaban hacia el pinar y luego nos quedamos tendidos en un cerco de jaguarzos que la marea alta había humedecido. Sobrevoló a media altura, como por detrás de un cristal empañado, el milano que iba de pesca y, más al fondo, un escuadrón de fochas se alejaba hacia los caños.

Y fue entonces cuando prima Marianita, sin ninguna razonable justificación, se agachó a unos pasos de donde estábamos y se puso a orinar. Primo Aurelio se hizo el desentendido, pero yo vi lo que ella no quiso ocultar. Vi la penumbra de su sexo, una leve hinchazón rosada y zajada, un abultamiento carnosos apenas recubierto de una pelusa frutal y como sometido a una palpitación que no parecía depender de la voluntad de Marianita, sino de un impulso autónomo transferido desde la propia tierra. Y fue también en ese mismo momento cuando tuve la sensación de que un secreto culpable se me había incorporado a las marañas de la memoria. Era como si la conducta de Marianita tuviese algo que ver con el enigma del bargueño del capellán, que vino de pronto a convertirse en algo así como en la alegoría de un pecado incalculable. Supe entonces que había estado soñando con ese bargueño desde que lo descubrí en la habitación de don Ismael. Pero no era su comparecencia en el sueño lo que ahora me desazonaba, sino la de un cofre igualmente hermético, pringoso de nogalina y medio devorado por los años, un cofre que yo había encontrado en algún sitio, cuyo actual paradero no podía recordar y donde yo había guardado algo valioso que no me pertenecía.

6

El apoyo de los feudos vinateros a la causa alfonsina —tan fomentado desde siempre por el primer Romero-Bárcena— produjo al menos un fruto episódico en las elecciones municipales de 1931: la victoria local de los candidatos monárquicos. Aunque aquel comedido trofeo no tuviese entonces otra validez que la simbólica, le bastó a don Sebastián Romero-Bárcena para esgrimirlo como testaruda prueba personal de poder frente al poder triunfante de la República. Pero esa jactancia se cambió bien pronto en furia cuando le fue notificada la expropiación de uso de una finca de más de dos mil hectáreas —Bensaudejo— perteneciente al patrimonio de Adelaida Conticinio.

Si bien esa tierra —casi toda de repajo— estaba entonces bastante desatendida (no tanto por desidias empresariales como por motivos de oportunidad racional del trabajo), ni don Sebastián ni su mujer podían tolerar una desfachatez como aquélla, que tan grave menoscabo les causaba antes incluso en el orden moral que en el material. Mientras Adelaida Conticinio se limitó a preguntar que por dónde caía aquel campo y que si realmente había allí algo más que cigarrones, su marido abominó del gobierno con indignación episcopal y maldijo de muchos modos a la pandilla de herejes que había amañado una ley que sólo a los herejes podía favorecer. Aparte de esos desahogos inoperantes, encargó a sus abogados que iniciaran sin pérdida de tiempo toda clase de querellas para reclamar lo que era suyo, aunque no consiguiera otra cosa que berrinches, y tampoco demasiado duraderos.

—Se van a enterar esos cabrones —proclamaba con inmutable convicción—. Si meten un arado en esa tierra, lo único que van a sacar son chispas —extendía a su alrededor una mirada gloriosa—. Conmigo no van a poder.

Para resarcirse a su modo de semejante afrenta, don Sebastián mandó reunir a todos los empleados de sus bodegas y heredades —desde directivos y escribientes a capataces y jornaleros— en una magna comida de confraternidad, donde anunciaría solemnemente una serie de mejoras laborales y otras disposiciones complementarias. La verdad era que aquel patrono un tanto atrabiliario, propenso a la complejión sanguínea, al vino

oloroso y a una peculiar observancia de los mandamientos de la ley de Dios (y que lo mismo tendía a los tratos más igualitarios que a las más altaneras vejaciones), no disfrutaba necesariamente de una opinión adversa por parte de sus asalariados. El despotismo o la arrogancia se veían compensados en no pocas ocasiones con gestos de muy eficiente caridad, no siendo raras sus sentencias favorables —en justos términos salomónicos— a raíz de las reivindicaciones gremiales o las solicitudes privadas de quienquiera que fuese. Es muy posible también que la obediencia secular al amo, esa instintiva forma de seguridad que mueve al indefenso a someterse al invencible, contribuyera también de algún modo a generar cierta concordia en las empresas de don Sebastián. Al menos, a ir demorando el contagio de las subversiones que empezaban a generalizarse por toda aquella comarca.

La comida se celebró efectivamente un día sábado en los jardines de la bodega matriz. Y allí se reunió el más de medio millar de empleados que trabajaban entonces —con las debidas variantes estacionales— en los distintos negocios vinateros y agropecuarios del primer Romero-Bárcena. Fue un ágape de mucha abundancia y cordialidad, que se prolongó hasta bien entrada la tarde y donde se alcanzaron a consumir más de veinte docenas de botellas de fino y unas quince de oloroso, palo cortado y licores varios. A los postres, el anfitrión anunció, con voz embarullada y mirada errante, que había decidido nombrar una comisión de expertos para que pusieran en marcha dos principales iniciativas: la fundación de un economato que cubriera ventajosamente las necesidades del personal y la construcción de un primer grupo de viviendas (al que seguirían otros) con destino a los miembros menos favorecidos de esa gran familia que él —y sólo él— capitaneaba con celo nunca suficiente. Brindó después por tan bien avenida familia, invocó al Dios de los ejércitos, se le acentuó en las mejillas la calcomanía subcutánea del alcohol y se derrumbó en una silla cortijera. Los vítores y algazaras de diverso cariz atravesaron parterres, recorrieron arboledas y penetraron en la casona por los cierros y balcones que daban a la parte alta del parque. Y si no llegó a oídos de Adelaida Conticinio fue porque ella tampoco solía estar en casa a esas últimas horas de la tarde.

Pero quienes sí se enteraron y actuaron en consecuencia fueron los niños, o esos adolescentes que seguirían siendo llamados niños cuando ya hacía medio siglo que no lo eran. Los tres andaban entonces aburriéndose con la *miss* en la clase vespertina de inglés, y cuando Alfonso María advirtió que aquel ventarrón bullicioso no llevaba trazas de amainar, hizo un visaje de cómplice a sus dos hermanas y se dirigió a la señorita alegando que le dolía la

cabeza y que si era tan amable de suspender la lección hasta el día siguiente. La *miss* observó un momento al alumno con una impenetrable pupila violeta y se levantó sin decir nada, los impertinentes basculando entre los pechos y el segundo tomo de los viajes del Capitán Cook (London Magazine Press, 1926) apretado bajo el sobaco húmedo.

Alfonso María esperó a que saliera y les propuso entonces a las hermanas una incursión por el parque que bajaba hasta la bodega, no tanto para poder corretear por libre como para saber qué estaba ocurriendo. María Patricia tenía un día triste y respondió que no le apetecía para nada ese programa pedestre y que mejor ponían el *pathé-baby* o se quedaban por allí inventándose algo más divertido. Pero Carola sí estaba dispuesta a unirse al hermano en la expedición, y hasta aportó la variante tentadora de no atravesar los jardines, sino de rodearlos y entrar en la bodega por la puerta del escritorio, que habrían dejado sin duda abierta en razón del festejo. El plan le pareció aceptable a Alfonso María, incluso le pareció más aceptable por lo arriesgado. De modo que, después de pedirle a María Patricia que no los delatase, la dejaron sumida en la contemplación de sus propias dudas o a punto del desespero, y se deslizaron hasta la casapuerta sin ser notados.

La explanada que quedaba frente a la casona estaba, como casi siempre, desierta. Una claridad remisa, con algo de esmerilada, teñía de un añil acuático los muros circundantes. Por uno de los flancos del edificio corría un callejón que don Sebastián Romero-Bárcena había hecho pavimentar con losas de Tarifa y que atrajo a los dos hermanos, ya libres de precauciones, con los señuelos de la tierra de nadie. El callejón no tenía aceras, sino dos márgenes encaladas cuya misma inutilidad las hacía más decorativamente útiles. Al fondo, coincidiendo con la medianía de la fachada lateral de la casona, había que doblar en ángulo agudo y ya se bajaba todo seguido por una calle anchurosa, junto a la tapia con el caballete erizado de cascotes de vidrio que cercaba los jardines de la bodega. Al otro lado, quedaban unas naves que habían empezado siendo de crianza, pero que se usaron después como muelle de embarque y almacén indistinto de maderas de embalar y botas de vinagrón.

Una sombra húmeda empezaba a lamer el empedrado y a difuminar las últimas franjas luminosas que colgaban oblicuamente de la tapia. Apenas se distinguía ya el diseño del claroscuro: sólo una sucesión difusa de blancas paredes pentagonales, de tejados a dos aguas florecidos de faramagos y líquenes. Una escenografía que, no por desprovista de normas, dejaba de otorgarle a aquel paisaje urbano una especie de uniforme estatuto geométrico,

de concordancia de imágenes inscritas en un encadenado de la ciudad que reproducía profusamente el mismo modelo arquitectónico.

La tapia del jardín se adosaba por último al chaflán de un amplio edificio de cantería, especialmente construido por don Sebastián Romero-Bárcena — quince o veinte años atrás— para albergar los escritorios centrales de la bodega. Constaba de dos pisos rematados por un frontón triangular, donde lucía un aparatoso reloj de manecillas en forma de venencias y esfera de porcelana, justo encima de un balcón de barrocos herrajes, con guardapolvo de pizarra y ménsulas de piedra imitando racimos. En esa misma fachada principal se abrían dos grandes puertas de cuarterones y, como una de ellas estuviese entornada, Alfonso María y Carola no lo pensaron dos veces y entraron sin ninguna vacilación. Ni siquiera le dieron tiempo al guarda para completar una abúlica reverencia por detrás de una mampara de cristales.

Atravesaron una galería a medio iluminar, de cuyas paredes colgaban los retratos de unos personajes que —aun sin consignarlo— hacían las veces de hipotéticos antecesores del primer Romero-Bárcena, sustitutos inocentes de otra anónima y más fidedigna estirpe de tenderos y buhoneros. A uno y otro lado había una serie de puertas color caoba, como recién untadas de trementina, cada una con su placa de hierro esmaltado. Carola se entretenía leyéndolas, cuando cruzó por allí un grupo de arrumbadores en traje de domingo que se dirigían hacia la puerta de la calle, y eso indujo cautamente a los hermanos a reanudar su camino.

Al fondo, la galería comunicaba con un amplio patio de tierra batida, flanqueado de naranjos agrios y de pasionarias prendidas de buena parte de los muros. En uno de ellos aparecía empotrada una vistosa lápida de azulejos con el nombre de La Purificación inscrito entre guirnaldas florales. Cerca de allí se abrían dos grandes portalones, con sus correspondientes postigos, que daban paso a una de las bodegas de crianza. Alfonso María empujó uno de esos postigos y lo atravesó seguido de Carola. Y ya ingresaron en el prestigio turbador de un mundo segregado del mundo: una gran nave desierta y casi a oscuras, poblada de ecos circulares agazapados por detrás de las pilastras o entre las cuñas de los barriles, con seis órdenes de arcadas a diferentes alturas. Las paredes aparecían razonablemente decoradas de telarañas y filamentos de mugre. Y había allí como una paulatina cerrazón del aire que parecía interceptar el desplazamiento de los cuerpos, y ese olor apelmazado y persecutorio, un olor prenatal a levaduras indescriptibles que podía acabar siendo absorbido por la piel, alojándose allí dentro para toda la vida.

Ella avanzaba recelosa por esa penumbra todavía estacionada en algún sueño reciente, sintiendo por los muslos arriba el vapor del terrizo de albero hacía poco regado, oyendo acaso el jadeo del vino en los toneles, la pugna de los microorganismos trabajando en lo hondo de las criaderas. Se arrimó entonces a Alfonso María en busca de algún roce tranquilizador, el contacto gustoso del hermano aminorando esa sensación de vértigo. Pero el hermano ni la miró ni se detuvo, parecía dirigirse a un lugar previamente localizado en el último tramo de la nave. Seguían la línea de las andanas de las botas — colocadas en cuatro pisos, las soleras abajo— y parecían orientarse en dirección a una pilastra de la que colgaba un reverbero. La luz incidía en el espejito de latón y le devolvía al terrizo unas sombras oscilantes, menos amenazadoras a medida que se acercaban. Bajo el reverbero había un mueble de pergeño caprichoso, una especie de consola con un estante ojival adosado a la encimera, de cuyas baldas con muescas pendían boca abajo varios catavinos. A cada lado del estante colgaban también unas venencias de varilla negra y cazoleta de plata, entre las que Alfonso María escogió la menos cimbreada. Sacó luego uno de los catavinos y se acercó a la bota que tenía más cerca. La destapó, olió una y otra vez el corcho con ademán especializado e introdujo la venencia, dándole un seco impulso para romper limpiamente la flor del vino y sacándola enseguida sin poder evitar un torpe movimiento vibratorio.

El silencio se había hecho más ululante, como si se enroscara por la boca abierta del barril. Alfonso María vertió desmañadamente en la copa el vino que chorreaba de la cazoleta y parecía activar la concentración de un perfume hecho de otros muchos enervantes perfumes botánicos. Bebió un buen buche y luego invitó a Carola, quien sostuvo el catavino con mano trémula y lo vació sin decir nada y sin hacer demasiados ascos. Alfonso María dudó entonces entre repetir ese delicado ritual, probar en otra bota, o seguir adelante. Y eligió seguir adelante, justo cuando empezaba a oírse una densa bullanga aproximándose por uno de los portalones del fondo de la bodega.

Anduvieron en sentido perpendicular al que habían traído, atravesando las crujías de la nave hasta llegar a un lateral de arcos ciegos, entre los que se abrían unas ventanas que daban al jardín. Se asomaron y apenas se distinguía, a través de los empolvados cristales, el bulto informe de una pila de duelas y la curva de un sendero orillado de glicinas ya incoloras. Y por allí subía entonces en procesión vociferante el grueso de los asistentes al convite. Alfonso María le dijo a Carola que lo mejor era esperar un momento y ella se encogió de hombros, arrepentida ya tal vez de aquella excursión cuyo único

objetivo parecía consistir en ir sorteando, sin mayores devengos de emoción, las anodinas revueltas del atardecer.

La nave se llenó del tumulto de la gente que transitaba por el otro extremo en dirección a la calle. Oleaje desapacible reptando por el albero, dejó en la penumbra una estridencia, una transgresión ominosa del orden que regulaba severamente el sosiego conventual de la bodega. Carola cogió como sin querer la mano de Alfonso María y éste se la soltó al punto para pedirle que se fuera detrás de él y se dejara de tantos melindres. Y ella así lo hizo. Caminaron con paso de acróbatas hacia un portón de corredera que estaba entreabierto y que comunicaba, a través de un patinillo, con otra nave más espaciosa aunque menos solemne que la anterior: un espacio sin fondo de alta techumbre corrida, donde apenas alcanzaban a adivinarse tres filas superpuestas de toneles a todo lo largo de catorce andanas.

A Alfonso María le llegó de improviso a la memoria una información rutilante: que ésa era la principal bodega de exportación de la casa y que en ella cabían más de siete mil botas. O sea, que —a razón de treinta y una arrobas por bota— hacían un total de casi tres millones y medio de litros de vino, los mismos que irían metódicamente canalizándose con rumbo a Londres para proceder allí a su embotellamiento y distribución. A Alfonso María empezaba a encandilarlo el hábito de poder sacar sus propias conclusiones a partir de esos cálculos ubérrimos. Y es muy posible que fuese en aquel preciso momento cuando tuvo la inicial y embriagadora consciencia de que él era, en su calidad de único hijo varón del primer Romero-Bárcena, el destinado a recibir y preservar toda esa acumulativa riqueza.

En cierto modo, Alfonso María ya había ido asimilando de pasada no pocas nociones en torno a ciertos tejemanejes de la industria vinatera y de la cría caballar. Se miraba en un espejo de hombre cada vez que le preguntaba al padre —o se ilustraba por cuenta propia— sobre los quehaceres en las viñas y las caballerizas, las faenas bodegueras, los secretos áureos de la viticultura y la ganadería. Aunque su aún no lejano castigo en el embotellado sólo le había servido para malearse adecuadamente y para corroborar que el trabajo era propio de gente inferior, ya comenzaba a entrever que una cosa era el oficio de mandar y otra muy distinta el de ser mandado.

Y allí estaba ahora ese aprendiz de patrono, reconociéndose por primera vez como beneficiario irrestricto de toda aquella herencia exuberante. Medio recordó algo que ya había oído decir sobre los riesgos de manipulaciones implícitos en el hecho de exportar el vino en barriles y no originariamente embotellado. Ya iba a hablarle a Carola en términos de sabihondo precoz,

cuando oyó como un susurro, un arrastre de pies, el cierre solapado de una puerta, algo anómalo que descoyuntaba otra vez el silencio majestuoso de la nave y conculcaba la libre elección de un trayecto entre otros igualmente inseguros. Un cerco de siluetas agrandadas o disminuidas sobre el terrizo, descoyuntadas entre los huecos de las botas conforme se hacía más notorio un resplandor rasante que venía de algún sitio. Y el miedo congénito de Carola a la rata bodeguera, ese quimérico animal borracho de vino dulce, apestado de azufre, que acechaba por detrás de los toneles el paso del desprevenido para arrojarlo sobre él y morderlo justamente en la vena que distribuye la vida.

Por uno de los costados de la nave se pasaba a una sala de degustación que el primer Romero-Bárcena (a instancias de su mujer) había hecho acondicionar como si se tratase de una tienda de artículos de equitación. Las paredes estaban efectivamente recubiertas de arreos y jaeces, de pinturas de caballos y estampas de carruajes, y había además una serie de enjalmas y sillas inglesas y vaqueras a modo de asientos y un milord sin capota convertido en escaparate panorámico de los productos de la casa. Era de allí sin duda de donde procedía el ruido, de manera que los dos hermanos se acercaron sigilosamente a la puerta dispuestos a enterarse de lo que pasaba. No parecía lógico suponer que un capataz o un vigilante anduviese a tales horas en esa sala y, menos aún, que algún comensal ebrio hubiese decidido rematar el festín en privado. Carola se apretaba a Alfonso María con un deje incauto y zalamero, como si también tratase de darle a entender así que la rata podía estar preparándose a atacar por alguno de aquellos rincones. Y en eso sonó una campana a la vez imperceptible y estentórea, una lezna taladrando el material venerable del crepúsculo. Expandiéndose en ondas concéntricas por todos los recodos de la nave.

Ya junto a la puerta, el rumor se hizo más concreto aunque también más intermitente. Carola se quedó un poco atrás. Notaba el agujijón indoloro del vino en las sienas, y esa sensación parecía acentuarse con la presencia borrosa del hermano. Pensó que tenía la cara demasiado blanca para que no la viese un enemigo. Alfonso María, entretanto, arrimó el oído con suma precaución a uno de los flecos de luz que evacuaban las holguras de la puerta. Escuchó un murmullo nasal, un jadeo más bien, irreconocible al principio pero asociado enseguida a alguien que respiraba como un enfermo y emitía de pronto una especie de exclamación de súplica. Y ya cuando se apartaba Alfonso María sin saber a qué atenerse, creyó reconocer la voz del padre, quien mascullaba algo ininteligible, como un gañido perruno, algo que le recordó inopinadamente su forma nocturna de gruñir. Aguzó más el oído y, como no

sacara nada nuevo en limpio, buscó por allí cerca algún soporte en que subirse y desde donde poder mirar a través del montante acristalado de la puerta. Carola le susurró que qué ocurría y que a ver si los iban a dejar allí encerrados con lo tarde que era y con la sombra cambiada de la rata pareciéndose a todas las sombras. Pero el hermano le hizo señas de que se callase y se apresuró a trasladar a pulso una especie de bastidor, que colocó junto al marco de la puerta. Se subió sin hacer ruido, medio resbalándose por la pared, hasta que consiguió asomarse al montante en una forzada postura.

Lo primero que vio Alfonso María fue a una muchacha muy morena — que él conocía de algo— apoyada en el borde de una enjalma y con la falda subida hasta el vientre. Opaco esplendor de los muslos pulidos. Aunque la visual era defectuosa, distinguió también la espalda del padre, quien estaba agachado y como titubeando entre las piernas abiertas de la muchacha. A Alfonso María le llegó a la sangre un entrevero de ardor y de asombro. La muchacha se dejaba caer en ese momento lánguidamente hacia atrás, las manos apoyadas a uno y otro lado de la enjalma, la boca entreabierta y los ojos semicerrados.

Y nada más hubo. Alfonso María bajó del bastidor con el mismo sigilo con que subiera y le musitó a la hermana que no había descubierto nada de particular y que lo mejor que podían hacer era irse de allí lo antes posible. Acaso pensara entonces, con renuente astucia (o con una vergüenza tapada con otra), que el hecho de haber sorprendido de aquella guisa al padre, le proporcionaba un buen contrapeso argumental para poder esgrimirlo en su día con ocasión de alguna presunta culpabilidad suya. Pero —naturalmente— de nada de eso le habló a Carola, quien iba casi corriendo detrás de él en tanto que desandaban las naves, los patinillos, la galería del escritorio. Fuera, ya estaba negro.

Como no padecía de insomnio ni toleraba en modo alguno los timbres de los relojes, se hacía despertar cada tres horas por un criado especialmente instruido para esos menesteres. La ocupación resultaba desde luego bastante incómoda, pues el criado debía vigilar la llegada de tío Alfonso María por las noches —que a saber cuándo podía ocurrir— y, a partir de ese momento impreciso, anotar la hora en que se acostaba para proceder a llamarlo a su debido tiempo. Tenía entonces que llevarle a la cama una jarrita de oloroso añejo y servirle exactamente dos copas, ni una más. Luego lo dejaba dormir otra vez, al menos en teoría, para repetir el mismo tratamiento a las tres horas justas. Aunque normalmente no se producían más de dos servicios nocturnos, lo peor era que tío Alfonso María podía acostarse a veces con el alba y, en tales casos, el criado también tenía que estar atento para cumplir su cometido durante buena parte de la mañana. De modo que solía andar todo el tiempo medio amodorrado por cualquier rincón y con cara de disponerse a abandonar el empleo de un momento a otro. Pero, a la larga, terminó aplicándose la misma medicación que le suministraba al señor y ya no le resultó demasiado difícil irse acostumbrando a tan azarosas vigiliadas.

Aparte de esa costumbre imprudente, tío Alfonso María se vio afectado casi al mismo tiempo por una descomulgada afición cinegética. Tal vez la heredara en parte del abuelo Sebastián (o no fuese sino una derivación tardía de su hosco pasado patrullero), pero en cualquier caso se le desató entonces con los ímpetus de una pasión inflexible. Primero fue la caza menor, luego la cetrería, a continuación la montería y, por último, el safari, todo ello por junto o en oleadas sucesivas. Mandó habilitar a la sazón una amplia sala de la casona para poder tener a mano y bien dispuesto todo el material relacionado con la cacería: armas, vestimentas, municiones, libros, portafusiles, trofeos, prismáticos, cananas y demás pertrechos y curiosidades. Lo único que dejó en su sitio a este respecto fue el leopardo disecado que estaba desde siempre en el patio, si bien le hizo construir un fanal para protegerlo de la amenaza de carcomas y sacudidores.

Tío Alfonso María logró reunir entonces una muy estimable biblioteca de temas venatorios, en la que figuraban algunos ejemplares de mucho mérito. Entre ellos, una edición ilustrada de 1698 del *Libro de la caça de las aves*, del canciller Pero López de Ayala, y algunas otras muy raras y con más de un siglo, como *The Fowling*, de Lytton Camperdown, *La Vénerie*, de Jacques de Fouilloux, el *Tratado de halconería*, de Gabriel de Espinosa, o *The Hunting Wildboard*, de Percival Claverhouse, obra esta última regalada precisamente por don Robert —el viejo constructor de la casa—, quien apenas había vuelto a salir de la ciudad, dedicado a diseñar nuevas bodegas y a casi bebérselas. No es improbable que el obsequio de un libro tan valioso también tuviera relación con esa última gratitud.

Las escopetas —paralelas, repetidoras, exprés, de cañones lisos o rayados— estaban clasificadas en cuatro vitrinas, según su calibre y en función de sus usos respectivos, a saber: tres Remington de 5 mm y tres Dombey 22 para pájaros; cuatro Remington 243 y tres Alfa 255 para conejos y zorros; dos Víctor 308 y dos Dombey 280 para ciervos y jabalíes, y tres Winchester 358 y una Víctor 375 para tigres, leones y similares. También había allí una especie de urna con un viejo máuser del ejército, que tenía pirografiado en una cara de la culata el escudo de la Falange y, en la otra, las iniciales MF enlazadas a la manera de una divisa de ganadería. Abuela Adelaida y tía Carola debían de conocer la historia de semejante pieza de museo y el motivo de tan primorosa conservación, pero nunca quisieron hablarme de eso. Tampoco en mi casa me lo aclararon mucho.

—Será de la guerra —suponía mi madre—. Esas cosas, qué más te da.

Y yo relacionaba sin saber por qué el ambiguo tamaño de aquella guerra con el secreto beligerante del bargueño de don Ismael. O, mejor dicho, con el del cofre que ya no sabía si era el del capellán o ese otro que se me extraviaba siempre por el mismo sueño. El remordimiento periódico de haber incurrido en un desconocido pecado del que ni siquiera podía confesarme. Y esa tenacidad de un recuerdo impuro que a lo mejor no era más que el lastre de una ilusoria culpabilidad. Supongo que mi determinación de no querer hablar nunca de eso también me fue habituando a hablar muy poco de todo lo demás.

Las cacerías organizadas por tío Alfonso María en el coto de la sierra o convocadas por otros adictos en diversos lugares se produjeron entonces con puntualidad minuciosa. Nunca pasaba más de una semana entre dos partidas. Y luego estaban los intervalos de media docena de safaris por tierras de Tanganica y Kenya, esas geografías deslumbradoras que primo Aurelio y yo buscábamos soñadoramente por la tentación supletoria del mapamundi.

Algunas veces, tío Alfonso María se llevaba con él de secretario —incluso de estorbo— al cochero Epifanio, sobre todo al puesto de zorzales o cuando se organizaban por otros pagos los ojeos del faisán. El cochero Epifanio andaba ya medio distraído, pero —cuando quería— aún era muy hábil azuzando a la rehala o husmeando las piezas desde muy lejos. Todo dependía de las esotéricas alianzas entre el buen vino y la mala salud.

Fue el mismo Epifanio quien nos contó que, yendo una vez por la raya del cazadero de Argónida en compañía de unos jercas, se dieron de buenas a primeras con un cochino encamado entre unos enebros. Todos se quedaron sin saber qué hacer y tío Alfonso María les dijo por señas que no se movieran ni por pienso de donde estaban. Soltó entonces a dos perros medio ahogados de excitación, unos raposeros de mucho coraje, con el manifiesto propósito de que se encargaran de levantar al jabalí. Y, en efecto, el jabalí se destapó de los arbustos dispuesto a hacerles frente a los perros. Y allí fue el desbarajuste de aullidos y acosos, los tres bichos vigilándose de cerca y amagando asaltos sin que ninguno de ellos llegara a enzarzarse de verdad. Giraban, retrocedían, se volvían a acometer, con lo que todo ese tira y afloja llevaba trazas de parecerse a una escena de montería ya vista en una pintura. Nadie había hecho otra cosa que quedarse perplejo, hasta que uno de los jercas (que iba disfrazado de explorador de la jungla) se desvió un poco del grupo e hizo ademán de aprestar la escopeta. Tío Alfonso María lo detuvo con un gesto indiscutible.

—Quieto —dijo como si se lo ordenara a un perro.

El explorador de la jungla bajó con simultánea docilidad el arma y la cabeza. Tío Alfonso María bebió un buen trago de coñac de una petaca y se calzó con impertinente lentitud unos guantes de gamuza amarilla. Desenvainó luego el cuchillo que siempre llevaba encima cuando salía al campo (el mismo que luciera veinte años atrás en funciones de patrullero) y se acercó adonde los dos perros y el jabalí proseguían hostigándose sin llegar a mayores. Rodeó el espacio de la refriega y se metió entre los dos raposeros sin dejar de mirar al cochino, que parecía husmear alguna peligrosa anomalía y que reculó como desconcertado ante la presencia temeraria del hombre. Tío Alfonso María apartó a los perros con un leve y consecutivo manotazo, una señal al parecer convenida, porque algo se sosegaron y ya el cochero Epifanio pudo uncirlos otra vez, no sin forcejeos, a la rehala. Se agachó entonces un poco el nuevo contendiente, calculando quizás el flanco apropiado para el ataque, y avanzó cuchillo en mano hacia el jabalí.

—Prepárate, mamón —susurró por lo bajo.

El jabalí no hizo de entrada ningún intento de embestir al enemigo. O prefirió no hacerlo, pues se limitó a esperar como si sospechara que aquel hombre que olía directamente a hombre muy bien podía ser otro perro. Tío Alfonso María midió las distancias y, sin más treguas ni preparativos, le entró al jabalí buscando el cuerpo a cuerpo. Una lucha desigual, amén de insólita. El cazador y su presa revolcándose, enmarañándose por la estera de bayas de enebro que cubría la arenisca. Una imaginería esperpéntica, una mezcla de barbarie y vanagloria, con la que tal vez intentara el osado emular alguna pelea cinematográfica con la pantera asesina.

El jabalí debía de ser viejo, porque tenía los colmillos demasiado alunados y los ojos con mucha legaña. No hacía más que cabecear entre furibundos resoplidos y arremeter con una fiereza incompetente. Y así hasta que tío Alfonso María encontró un hueco para meter el cuchillo, que embutió una vez en las vecindades del pecho y dos más, barrenando, en la garganta, allí donde supuso que latía la carótida. Cuando el victimario volvió a sacar el cuchillo, fue como si una instantánea desolación se aposentara en aquella parte del mundo.

Ninguno de los espectadores se había movido. Tampoco podía asegurarse que hubiese respirado. El jabalí empezó a chillar de un modo angustioso, transmitiéndole con toda probabilidad su espanto a la fauna entera de Argónida. Quiso huir y tropezó con las trampas forestales de los enebros. Buscó otra contigua hospitalidad en el sotobosque y se derrumbó pataleando y salpicando de sangre esas periferias. Defecó conforme se volteaba y al fin pareció arrastrarse incluso con resignación hacia los vertederos de la muerte. Sus alaridos remitían a lo que aquello podía tener de familiarmente cruento: al ceremonial de una matanza prenavideña, sólo que no había lebrillos para recoger la espumosa sangre que le borbotaba a la víctima del pescuezo igual que de una cañería obstruida. Tampoco había chacineros que le amarraran las patas para que no pudiera revolverse.

Tío Alfonso María se había levantado como de una siesta accidentada, si bien los estragos e inmundicias que traía puestos no eran nada imaginarios. Tenía un arañazo de poca monta en el cuello y unos rasgones en la manga de la cazadora, seguramente de una tarascada del jabalí que sólo alcanzó a despellejarle el antebrazo. Pero donde más se le notaban los efectos de la refriega era en el fluido rojizo que le encharcaba los ojos. Y quizá también en una especie de agitación espasmódica situada en los ya adiposos repliegues del vientre.

—El animalito tiene la jeta de don Ismael —comentó a media voz el cochero Epifanio—. Con perdón.

Tío Alfonso María no debió de oírlo. Se quitó los guantes emporcados y los arrojó a lo lejos, uno detrás de otro. Limpió después el cuchillo con un manojo de yerbas, que dejaron una pringue fragante en el acero, y le pidió a Epifanio —con sólo levantar el dedo gordo— la petaca de coñac. Bebió dos largos buches, eructó después de cada buche y se pasó el revés de la mano por la boca. Sólo entonces dirigió una mirada castrense a la estupefacta concurrencia y dijo:

—Listo. Era pan comido.

Y se adelantó hacia las lindes del pinar con andares de héroe que prefiere el anonimato, en tanto que dos guardamontes remataban al cochino —que aún emitía un sordo rebudio— y cargaban con él. Parece ser que, antes, el jabalí le había escupido en la cara a uno de los batidores. Eso fue lo último que hizo.

El eco de la hazaña corrió bien pronto por los mentideros de la ciudad y zonas limítrofes y le valió a tío Alfonso María el contundente sobrenombre de *Sacamantecas*. Y a él le satisfizo en cierta medida ese mote, pues —aparte de lo truculento— le halagaba que los demás reconociesen así sus redaños para despanzurrar a todos los cochinos jabalises (así los llamaba) que se le pusieran por delante. Primo Aurelio, sin embargo, no se mostró nada conforme cuando conoció el significado del apodo, tal vez porque la violencia que lo había suscitado lo retrotraía a un tiempo no vivido por él —ni por mí—, pero del que tantas y tan escabrosas historias habíamos oído contar al cochero Epifanio. Se trataba de cuando tío Alfonso María andaba por aquellos contornos enrolado en otras patrióticas cacerías (a las órdenes, por cierto, de un Fermín Benijalea, pariente de tía Socorro) y era temido por sus alardes de perdonavidas y sus estrategias de guardián de la verdad. Esa mano suya ya punteada de manchas y tenues arrugas, el viejo anillo signatario de los Malcorta en el dedo anular; esa mano afectada de un leve temblor matutino, tenía que ser —era— la misma que tanteaba el mismo cuchillo de monte colgado entonces del correa. Aunque nadie se lo había visto esgrimir ni aun en las ocasiones de mayor vehemencia combativa, siempre parecía que iba a hacerlo de un momento a otro, incluso que podía llegar a usarlo como penúltimo argumento conminativo.

Por supuesto que ni primo Aurelio ni yo alcanzábamos a disentir de esas actitudes beligerantes de tío Alfonso María, todas ellas justicieras y puestas al servicio de la santa tradición. Era simplemente que en alguna fugaz circunstancia habíamos medio alentado un ambiguo desacuerdo electivo, una

especie de contradictoria incapacidad para entender qué relación podía existir entre la noble causa defendida y las artimañas furibundas de la defensa. Claro que todo eso no sobrepasó entonces el límite de una espontánea presunción, de un amago de desconcierto más bien, sin otro significado que el incluido en los rudimentos piadosos de la edad. Pero acaso también dependió de esa misma zozobra el hecho de que aquel verano (que coincidió con un gran azote de moscas alcoholizadas) no transcurriera la vendimia con esa despreocupación, esa generosidad emocionante que siempre había tenido.

SEGUNDA PARTE

8

Había calculado muy bien todo lo que iba a ocurrir. Lo había calculado desde bastante antes de que se produjeran los hechos. Incluso no dejó de contribuir en cierta medida a acelerarlos, promoviendo a su manera lo que ya era para muchos el único remedio salvador, a pesar de algún fantasma de ominosa memoria. El fantasma, sobre todo, de la fallida sublevación militar del general Sanjurjo, marqués del Rif, a quien el primer Romero-Bárcena visitó más de una vez en compañía del conde de Rodezno, cuando los carlistas leales de la región luchaban también contra tantos infortunios reformistas. Pero, a su hora inapelable —según cálculos estrictos de don Sebastián—, la República había resueltamente fracasado y, con la dimisión del gobierno, se abría sin duda un nuevo y promisorio capítulo para la causa de la restauración.

Ese traspies republicano —ya entrevisto, a escala local, en las elecciones municipales de 1931— le proporcionó también a don Sebastián Romero-Bárcena el placer suplementario de una tácita venganza personal. Fue como un íntimo desquite frente a los atropellos y despojos que, con flagrante menosprecio de su rango, había tenido que soportar durante aquellos dos años vituperables. Y eso que tampoco se libró de alguna flaqueza cuando, en un pronto irreflexivo, no pudo desaprobador la actitud del gobierno al reprimir una revuelta libertaria en Casas Viejas, esa pedanía cercana al potrero que él había adquirido a poco de regresar de Londres. Pero sólo tardó un minuto en reponerse de semejante desliz. Y ya ni lo recordaba —o lo recordaba al revés—, porque aquel sangriento episodio acabó de enfangar convenientemente al gobierno y, de rechazo, allanó el camino del triunfo restaurador antes de que terminara ese año desventurado. Así que don Sebastián Romero-Bárcena vivió entonces un nuevo período de regocijos privados y públicas recompensas, aun sabiendo que ni el enemigo dormía ni tampoco él debía hacerlo.

Alfonso María, el primogénito —recién ingresado en una juventud afanosa y desprevenida—, no estaba ya tan al margen de esos escarceos políticos. Sin llegar todavía del todo a ninguna convicción excluyente, intuía que alguna de aquellas primeras afinidades doctrinarias tenían mucho que ver

con su propio estilo de vida. Incluso con esa variante hegemónica de la convivencia que regulaba en cierto modo su noción del mundo. Empezaba a creer que lo que el padre defendía (con independencia de otras personales andanzas) era un orden fervorosamente vinculado al prestigio social y a la fe verdadera. Una especie de mandamiento de la buena crianza que fue poco a poco reconociendo como suyo y que terminó por convertirse —cuando así se lo demandaron los acontecimientos— en un activismo fanático y reverencial.

Tras su expulsión del colegio —aunque no de los *Luises*—, Alfonso María cumplió los castigos accesorios, renunció a los atascos del bachillerato y se dispuso a iniciar un metódico e intensivo aprendizaje bodeguero. Don Sebastián había acabado convenciéndose de que la única enseñanza que debía seguir el hijo —como él hiciera en su día— era la de futuro criador y exportador de vinos. Quizás Alfonso María hubiese preferido ejercer de caballista profesional, pero ni se le ocurrió discutir entonces la prudente decisión del padre. En realidad, también la viticultura lo había atraído desde niño por una especie de efusión premonitoria de adulto. Comenzó pues a asistir con entusiasmo regular al escritorio o al tajo de la bodega, adiestrándose en diversos menesteres de la administración y la enología. Y llegó enseguida a más, pues él mismo se ascendió a otros cargos menos deslucidos, primero como supervisor de faenas en las viñas y, poco después, como experto en selección de mostos.

Casi sin apenas darse cuenta, Alfonso María pasó así a convertirse en un incipiente —y más que aventajado— sucesor del primer Romero-Bárcena. Asumió entonces el trabajo como un goce adicional o un lisonjero anticipo de poder, sin acordarse ya para nada de sus conjeturas de adolescente a propósito de la casta inferior del asalariado. Y tan solícito se mostró, que el padre dejaba actuar libremente a su joven vástago, envanecido de ese prematuro bodeguero que proseguía las codicias —aunque no los escalafones— de su propio y arduo noviciado en la industria vinícola. Incluso tendía a no darse por enterado de algunas de las sonadas nocturnidades del primogénito (que también en eso lo secundaba), entendiéndolo que no le eran precisos ni horarios ni controles para cumplir a rajatabla unas tareas que él mismo se había formalmente asignado.

Conforme menudeaban sus desplazamientos a las viñas, se fue habituando Alfonso María al uso de prendas adecuadas. Amplió a tales fines su primer discreto guardarropa de jinete con un copioso surtido de pellizas, zahones, botos, fustas (guardaba desde niño varias docenas), guardamontes, saharianas, gorras, chubasqueros, aparte de otra abundante remesa de polainas y

pantalones de montar, que él llamaba siempre *leggins* y *breeches* con un muy aproximado acento de la City. Aunque al principio solía hacer uso razonable de ese equipo para acercarse a los viñedos, pasear a caballo o asistir a alguna cacería, a la larga casi no utilizaba otro atuendo en sus idas y venidas por la ciudad. Lo tentaba verdaderamente andar a todas horas de campero, exhibiéndose de esa guisa en los momentos y lugares menos indicados y alardeando de trajines sudorosos y aun de modales rústicos. Era como si hubiese asimilado a la inversa ese afán de imitar al amo —incluso en la indumentaria— al que propenden ciertas actitudes lacayunas. Por supuesto que no se trataba de ningún remedo caprichoso, sino de una instintiva forma de arrojar la superioridad con los simulacros de la sencillez, de manera que esa misma sencillez encumbrase aún más al joven señor ante sus subordinados. Acortar distancias también suponía en este caso marcarlas mejor.

Los devaneos campechanos de Alfonso María también incluyeron entonces alguna que otra connivencia con el sotabanco, que es donde situaba Adelaida Conticinio a todo aquel que no figurase en su censo privado de familias conocidas. Pero él no parecía inclinado a respetar esa contundencia distributiva de la madre. Si el primer Romero-Bárcena había alardeado a ratos de benevolencias y compadreo, el hijo lo superó con creces: bebió y comió con viñadores, apadrinó al hijo de un manijero, se fue de putas con empleados del escritorio, visitó a una embotelladora accidentada y redondeó así su nutrido programa de paternalismos, trapisondas y caridades.

Adelaida Conticinio aún no estaba enterada del todo de esas veleidades populacheras del hijo. Y lo más seguro es que tampoco hubiese tenido tiempo para corregirlas en el caso de estar enterada. Pero lo que de ninguna manera le habría perdonado era la pública ostentación de esos trapicheos que empezaban a no ser ni edificantes ni infrecuentes. Como también ocurriera en su día a raíz de las cuchipandas del marido, ella podía ser de lo más tolerante, o de lo más desinteresada, respecto al hijo, siempre que las correrías de éste —poco libidinosas todavía, pero copiadas a buen seguro de las de su padre— no la incomodaran con habladurías y reticencias de ingrato alcance social.

Lo cierto fue que Alfonso María apalabró por entonces a un muchacho medio moro y de vida insurrecta, lengüilargo y no corto de luces, hijo presunto de un incendiario utópico muerto en la quema de unos garbanzales. Aunque no tan joven como su joven patrono, el compinche en cuestión —de nombre o sobrenombre Juan de Juana— resultó ser más ducho de lo previsto en rutas clandestinas, artes embaucadoras y localización de vírgenes

dispuestas a dejar de serlo, una vez ajustado el monto —o la calidad— de la compensación. De forma que Juan de Juana fue desvelando a su señor las martingalas en que se había ido especializando durante sus muchas descubiertas de rufián, con lo que Alfonso María pudo completar así el deficiente aprendizaje callejero que le proporcionara en no tan lejanos días el cochero Epifanio.

Apremiado quizá por el ansia ruin de disponer de un cómplice en exclusiva, el joven Romero-Bárcena instruyó a Juan de Juana en sus más puntuales deberes. Lo proveyó asimismo de ropas en buen uso y le fijó un plazo prudencial para que se enmendase de groserías innatas y cochambres adquiridas. Y así hasta que acabó por ascenderlo al subrepticio puesto de secretario para asuntos de varia promiscuidad, asignándole a tales fines un sueldo regularmente inmerecido. Alfonso María incluso llegó a pensar que ese nombramiento, por el mismo indefinido alcance de la transacción, le otorgaba también cierto derecho de propiedad sobre la persona del compinche.

—Como no te portes —le recordaba a cada paso—, te vuelvo a traspasar a la cochina calle, te liquido rápido. De modo que pórtate.

Juan de Juana se portó. Había empezado por no creerse ni por asomo lo que el joven Romero-Bárcena le ofrecía con tan generosa y despótica imprevisión. Pero tampoco tardó mucho en librarse de recelos, sobre todo cuando comprobó que Alfonso María le encomendaba misiones de mucha diplomacia y lo remuneraba con manifiesta largueza. Así que, en justa reciprocidad, Juan de Juana sirvió a su señor lo mejor que supo, sin permitirse en ningún momento engaños de mayor cuantía. Tampoco le pareció ni medianamente aconsejable reincidir en hábitos abusivos o trincones extemporáneos, no fuera a arriesgar con ello una ocupación que, antes que agobios laborales, le procuraba la amena sinecura de meter al amo —y participar él mismo— en toda clase de francachelas.

Casi sin acabar de creérselo, Juan de Juana se vio instalado en un mundo sólo entrevisto en las fases furiosas de la miseria. Ese tiempo inmisericorde en que el padre se pasaba la noche entera acarreado los combustibles que acabarían inmolándolo, mientras él, el hijo presunto, soñaba en cambio con los paraísos incombustibles de la opulencia. Dejó pues muy atrás las hambres enconadas, los rencores acumulados, las sórdidas astucias del buscón. Y apenas se reconocía luciendo ternos y prendas camperas de vistosa segunda mano, consumiendo vinos de marca y manjares de fantasía y alternando —aunque todavía en calidad de apéndice servil— con gente principal.

Antes de recurrir a otros más enmarañados saberes, Juan de Juana guió a su anhelante patrono por las encrucijadas del arrabal donde aún subsistían vestigios de tribus magníficas en trance de extinción. Suntuosas covachas habitadas por gentes menesterosas y disponibles, últimas depositarias de un orgullo ya devastado por la indigencia. Alfonso María tuvo que superar primero la repulsa de la sangre ante esa realidad tortuosa e insospechada. Y luego debió de conocer a hembras de hereditaria hermosura y diferente grado de penuria, entre las que acabó escogiendo a dos de las más llamativas y más necesitadas de protección. O más propensas a dejarse proteger. Como aún no contaba con dineros ilimitados, tampoco pudo instalar a las electas en casa propia. Pero, eso sí, las dejó adecentadas en las suyas respectivas, previa fijación de una mensualidad decorosa y del compromiso de poder disponer de ellas cuando así lo requiriese a través del ayudante. Y de ese concienzudo modo se inició el segundo Romero-Bárcena en unos hábitos fornicarios que, si no en derroches, sí superaron a los del padre en precocidad y variedad.

Pero no todo fue ni tan expedito ni tan regocijante. Cuando nada parecía anunciarlo, se produjo una cierta tregua en las ansiedades de Alfonso María. Todo empezó una tarde en que el cada vez más diligente Juan de Juana llevó a su patrono a una viña donde —según sus cálculos— se podía presenciar de balde un vicio de los que no figuraban en el mapa de los vicios. Eso fue exactamente lo único que quiso anticipar, tal vez para no restarle incentivos a la sorpresa. Y allí se personaron sin previo aviso Alfonso María y su compinche, vestidos como para una función campera y justo dos horas antes de que los jornaleros que castraban las cepas diesen de mano.

La viña resultó ser propiedad de los Conticinio, pero aún no figuraba con su nombre —Cerroperdigón— en la relación de bienes raíces del primer Romero-Bárcena. Era una tierra espléndida tendida a lo largo de cuatro colinas, más de trescientas aranzadas de albariza —unas seiscientas mil cepas—, cuyas lomas del fondo se asomaban ya a las vecindades marismeñas de Argónida. Alfonso María recordaba muy bien todos esos datos desde que era un adolescente y consideraba que cumplía tantos más años cuanto más podía almacenar conocimientos vitivinícolas. Aunque ya sabía todo eso de otra forma, volvía a recordarlo ahora por costumbre, medio tumbado en el sidecar de una motocicleta que acababa de adjudicarle al secretario, con ánimo tal vez de que mejorara sus marcas de mensajero. Veía negrear las manchas secas de las vides sobre la blancura mate del terreno. Un ramaje de ondulación esquelética vaciado contra un cielo descolorido. Y ya alcanzaban el repecho de esa viña que también engrosaría en su momento la herencia materna de

Alfonso María. Unas dos mil posturas entre mantuo y palomino por aranzada (iba pensando a medida que se alejaban de la cancela), casi tres cuartos de millón de litros de mosto.

Dejaron la motocicleta al filo del almijar y entraron en el patio del caserío por un amplio porche, al tiempo que un bulto exiguo destacaba a contraluz ante un portón lateral. El patio era anchuroso y un sol oblicuo reverberaba en los blancos paredones y parecía estabilizar el sosiego majestuoso de la tarde. A un lado quedaba la casa de máquinas y la cuadra de lagares y, al otro, una bodega de desahogo y la vivienda del capataz, medio oculta ésta por un tupido palio de jazmines adosado al muro. La casa grande ocupaba todo el fondo del patio. Era un airoso edificio de dos plantas y altillo de techumbre voladiza, con portada de piedra blanqueada y dos órdenes de cierros en torno a un balcón central. Se adivinaba la penumbra abúlica de las habitaciones, el aire de la clausura retenido quizá desde hacía años entre el almagre de las paredes y el esparto de las persianas. En el frontispicio aparecía un erosionado escudo de piedra de los condes de Malcorta, título que no tardaría en transmitirse —en su calidad de hija unigénita— a Adelaida Conticinio. Apuntaban por detrás del tejado las desportilladas almenas de un torreón de traza árabe, y había allí en medio, frente a la fachada de la casa, un pozo con el brocal tan obstinadamente encalado que más parecía un amasijo de nieve perpetua.

El capataz se llamaba Alvarito Lalín, era zambo y ojijunto y tenía la talla aproximada de un enano alto. Se restregaba las leñosas manos contra los pantalones mugrientos, en tanto que dedicaba unas torpes reverencias a Alfonso María.

—Dichosos los ojos —dijo sin levantarlos.

Alfonso María debió de pensar que la pinta de Alvarito Lalín no se hacía acreedora de ninguna concreta aclaración sobre la visita. Se acercó entonces Juan de Juana al capataz y le puso una mano suave en el hombro. Quería ser la mano del mandamás condescendiente.

—¿Y tu hija? —preguntó sin mayores requilorios.

El capataz miró primero a Alfonso María con un titubeo apocado y luego no miró a ninguna parte.

—Fernanda —dijo, y señaló con el brazo hacia una distancia infinita—. No sé.

—Me llamo Juan de Juana —dijo Juan de Juana—. La conozco.

—Se divierte a su manera —dijo Alvarito Lalín con la voz descompensada del zambo—. Desde que amanece el día anda trotando por

ahí. A su manera.

—¿En la mula? —preguntó Juan de Juana.

—Quién sabe —repuso el capataz, y se dirigió desmañadamente a Alfonso María—: ¿Quiere un vasito, le apetece? Tengo ahí una yema del año pasado que se la recomiendo.

A Alfonso María le pasó por la memoria un picante olor a hollejos de uva. Se dio unos golpecitos con el índice en el reloj de pulsera y dijo:

—Luego.

—Luego —repitió Juan de Juana—. Primero vamos a darnos una vueltecita. O sea, que vamos a ver cómo anda el cotarro.

Y se metió las manos en los bolsillos del pantalón, removiéndolas con un descaro insidioso que imitaba mal al de Alfonso María. El capataz se desplazó entonces de un modo bastante indebido hasta la espalda de los visitantes, como si pretendiera interceptarles la salida.

—Están trabajando ahí abajo —dijo—, por la parte de la Berdeja. Hasta las seis.

—¿Y qué? —masculló Juan de Juana.

—Una faena de mucho aperreo, la castra —prosiguió el capataz—. Ahora no es como antes —se pasó la lengua por los dientes de arriba—, ahora se suben a la parra en un periquete.

—Las cuatro y media —interrumpió Juan de Juana.

—Conviene tenerlos tranquilos —dijo el capataz—. No tragan, hay mucho levantisco suelto.

—¿Es que ha asomado por aquí esa gentuza? —inquirió Alfonso María componiendo un porte marcial.

—No me sale la cuenta —dijo con mejorable exactitud el capataz—. Yo no he visto por aquí a más mala gente que al gazpachero de la Faneguilla.

—Ni uno iba a quedar —dijo Alfonso María—. Si fuese por mí, no iba a quedar ni rastro de toda esa basura.

—De esa jarca —matizó Juan de Juana recordando su improbable origen magrebí.

A Alvarito Lalín seguía martirizándolo el calambre del desconcierto. Pero no hubo más conversación, porque Alfonso María se fue para el almijar sin despedirse. Observó de pasada un aparato de sulfatar viñas que estaba apoyado en una pilastra del porche: a lo mejor iba pensando que también se podía eliminar a tanto apestoso con el mismo insecticida usado para combatir las plagas del oídio. Se sacudió entonces de la pelliza los restos ilusorios de ese veneno y salió del patio seguido de Juan de Juana.

Volvieron a subir a la motocicleta y ya saltó por la viña y fue devuelta al caserío una trepidación que vulneró aquellos insondables estatutos del silencio. Bajaron por una vereda angosta, con el sidecar casi rozando los vástagos de las cepas, y luego ascendieron por una leve pendiente donde unas gavillas de sarmientos se apilaban a ambos lados del camino. Alfonso María mandó parar a Juan de Juana y siguieron a pie hasta lo alto del cerro. Se veía por allí cerca una cuadrilla de braceros trabajando en la poda. Alfonso María inspeccionaba los entrelíños con mirada de experto. Calculó la altura del tronco de las vides —menos de medio metro, como estaba mandado— y contó los vástagos que quedaban en la cepa después de la castra: exactamente cuatro, dos de los cuales darían fruto cada dos años. Algunos viñadores apuntalaban prematuramente con horquillas las ramas que no habían sido cortadas.

—Y ahora me explicas de una vez qué coño hacemos aquí —dijo Alfonso María parándose con insolente desgana—. Si es un invento de los tuyos, te mando también castrar.

—Me parece que ya viene —contestó Juan de Juana—. O sea, la procesión.

Alfonso María escarbaba en la albariza con el tacón de su bota de media caña. Escupió sin ninguna indulgencia a un palmo justo de donde estaba el secretario y dijo:

—¿Tú me estás oyendo o te lo pongo por escrito?

Pero Juan de Juana no respondió sino señalando para una bajonada de la viña. Por allí cruzaba, en efecto, lo que resultó ser una comitiva poco congruente o en manifiesto desacuerdo con la situación: una mula montada por alguien y perseguida o rodeada de gente que se movía y gesticulaba con incierta actividad. Aún era una imagen borrosa, medio desdibujada entre la bruma amarilla de la media tarde. La comitiva ni parecía responder a ningún programa laboral ni perseguir ningún objetivo lógico, pues la mula vagaba como sin norte por los entrelíños, deteniéndose a trechos cuando se acercaba alguien. Alfonso María observó a su secretario igual que si estuviese a punto de dejarlo cesante, pero se fue tras él hasta que la escena se hizo suficientemente reconocible.

Una muchacha de cuerpo robusto y más bien microcéfala, rubiasca y negrucia, con la expresión agarrotada por la beatitud y las faldas subidas hasta las ingles, iba montada a horcajadas en la mula. A su paso, uno o varios viñadores se alternaban en toquetear esos muslos atezados y esa entrepierna incrustada en la albardilla. La muchacha cumplía con mansedumbre extrema

un cometido aparentemente cotidiano. Arreaba a la mula mientras le imprimía al cuerpo un vaivén monocorde y se dejaba palpar sin dar señales de nada, sólo acaso intercalando entre el manoseo una sonrisa patética.

Alfonso María se quedó primero expectante y luego sintió por primera — y penúltima— vez en su vida un limpio repente justiciero. Tampoco fue eso quizá, sino una mezcla de compasión y repugnancia cuyo fundamento no llegó a asimilar del todo. Apenas tuvo tiempo de pensar si valía la pena proteger a la infeliz de aquel asedio cochambroso o si lo mejor era largarse lo antes posible. Y prefirió largarse. Ni siquiera miró a Juan de Juana. Desanduvo a buen paso la costanilla del cerro que lo separaba de la motocicleta, puso ésta rabiosamente en marcha y casi estuvo a punto de impedirle al secretario encaramarse al sidecar en el último momento. El estruendo del motor no le impidió oír alguna exclamación de burla o algún grito sedicioso coreado por un grupo de jornaleros.

Contra toda presunción, Alfonso María no llegó a presentarle al secretario ningún finiquito por sus mediaciones en aquel festejo aberrante. Se limitó a imponerle quince días de suspensión de empleo y sueldo, correctivo que casi se prolonga indefinidamente debido a los nuevos anhelos que ocuparon entonces todos los excedentes de atención de Alfonso María. Aunque en ascuas, Juan de Juana escogió beneficiarse de la paciencia. Y no fue en vano, porque a las dos semanas de cometido lo que nunca creyó un error tan mayúsculo, recibió la orden de presentarse urgentemente ante su patrono. No lo requería para levantarle el quizá benévolo castigo. Tampoco para que terciara en ninguna lujuria pendiente, sino con fines bien distintos y —a primera vista— muy alejados de sus más propias especialidades. Alfonso María pasó a exponerle por encima lo que pasaba y él a asentir sin entender más que a medias.

Al parecer, la visita a Cerroperdigón alentó de rechazo las incipientes propensiones políticas de Alfonso María. Algo debió intuir, o comprobar de hecho, en ese paseo desdichado, porque al día siguiente ya estaba en disposiciones de entrar en combate. Reunió, como primera medida, toda la información que pudo en torno a los ataques subrepticios —y palmarias agresiones— que venían pisoteando los recintos sagrados de la tradición. Pidió luego algún consejo práctico al padre, y éste —aun contando con sus lealtades monárquicas— lo puso en gustosa relación con un medio pariente de los Conticinio entregado a la causa salvadora. El tal pariente —de nombre Fermín Benijalea y criador también de vinos y caballos— pertenecía al cuadro fundador de una reciente agrupación política capitaneada por un hijo

del llorado general Primo de Rivera, circunstancia esta que ampliaba ostensiblemente el margen de las confianzas. Lo único que ocurría —según secreteaba don Sebastián— era que ese consorcio, aparte de no responder ya a ninguna plausible adhesión al rey, se había fusionado hacía poco con un movimiento sindicalista de más que sospechoso origen proletario. Lo cual desvirtuaba sin duda el rango ideológico del nuevo partido, aun considerándolo una honrosa ramificación de la Unión Patriótica y quizá también de las fuerzas de choque del Fascio.

Alfonso María no se detuvo, sin embargo, en sutilezas doctrinarias. Asistió enfervorizado a las reuniones en casa del Benijalea —donde incluso llegó a conocer al jefe una noche jubilosa—, juró fidelidad a los 27 puntos y se dispuso a poner su ardor guerrero al servicio del credo falangista. Exaltado por el espíritu de la única regeneración posible, portando invariablemente armas, pellizas y valores eternos, Alfonso María ya no abandonaría ese programa de lucha ni aun cuando —poco después— la desunión alterara las prietas filas del movimiento. Y así fue como los dos Romero-Bárcena —padre e hijo— arrojaron juntos por primera vez una pareja fiebre patriótica y, correlativamente, una imparable prosperidad empresarial.

Enterado Juan de Juana, con la debida insuficiencia, de lo que se estaba tramando, aceptó sin rechistar todo cuanto su patrono le mandó que aceptara. También él podía cumplir —como así fue— muy provechosas misiones dentro de sus propios ámbitos callejeros. De corveidile innoble de Alfonso María pasó a noble enlace entre las juntas obreras y la patronal conservadora. Unido de ese modo por un vínculo bastante más estrecho a aquel imperioso señorío local, Juan de Juana se olvidó militarmente de su procedencia y reunió méritos abundantes para ascender a la categoría de correligionario de segunda. Incluso don Sebastián Romero-Bárcena se mostró tolerante a este respecto. Antes que nada porque estaba convencido de que lo único que podía coaligar entonces a sus pares e inferiores era el destino común de centinelas de la patria.

9

Cuando ya habían muerto alcoholizadas todas las moscas de la vendimia, el cochero Epifanio le hizo a primo Aurelio una confidencia deslumbrante. Se iba a ir con dos amigos suyos a La Valerita —una dehesa corchera que aún pertenecía en proindiviso a los Romero-Bárcena— para recoger un león. Así de fastuoso. El león estaba allí, ciertamente, y era el mismo que tío Alfonso María había capturado vivo en las proximidades de Murango y se había hecho expedir, junto a otros ejemplares de aquella fauna, con la idea de montar una especie de casa de fieras en La Valerita. Pero el proyecto no llegó a prosperar por desganos o incurias de su promotor, y los animales o fueron donados al zoo local o seguían languideciendo en la cautividad provisoria de la finca.

De modo que cuando todo eso llegó a oídos de un tal Agustín Gallareta —tabernero de oficio y naturalista de afición—, éste se apresuró a gestionar a través de Epifanio la posibilidad de que tío Alfonso María le cediera el león. Agustín Gallareta era un hombre macizo, cetrino y terco. Tenía cara de colegial y manos de estrangulador, y eso contribuía a hacer más redundantes sus pocas ideas, todas ellas fijas. Insistió una y otra vez en que el león era animal que contaba con todas sus predilecciones y que él estaba seguro de poder atenderlo con esmero irrefragable. Tan comedida solicitud no convenció ni poco ni mucho a tío Alfonso María, quien debió de despacharse al principio con alguna rutinaria impertinencia. Pero lo cierto fue que acabó cediendo a regañadientes, sólo quizá por sacudirse las insistencias, muchas y pegajosas, del cochero Epifanio. Accedió pues a la demanda con una discreta salvedad: el tabernero debía ir en persona a hacerse cargo de la fiera y solventar por su cuenta y riesgo el transporte adecuado, a más de responsabilizarse formalmente de cualesquiera que fuesen las consecuencias de esa determinación. Agustín Gallareta dijo inmediatamente que sí, que no faltaría más, conque hizo sus preparativos y se dispuso a recoger el león y conducirlo a su taberna, que es donde pensaba hospedarlo con las debidas garantías de mantenimiento y seguridad.

Primo Aurelio debió ganarse con alguna clase de soborno al cochero Epifanio, porque éste consintió sin mayores trabas en llevarnos con él.

Programó además el viaje —valiéndose de los oportunos tapujos— para un jueves después de almorzar, que era nuestra tarde libre. Desde luego que ni mis padres ni los tíos llegaron a enterarse de la escapada. Tampoco se lo dijimos a Marianita, ya que si se empeñaba en acompañarnos no íbamos a poder andar con tantos disimulos. Así que un día medio nublado y con mucho bochorno salimos de tapadillo para La Valerita en el camión de un tercer socio —un Orlando Mardeleva—, transportista de pescado y muy unido al tabernero por la común tendencia a solazarse con las maravillas del reino animal.

La finca no caía muy lejos. Había que seguir unos pocos kilómetros la ruta de la sierra y luego torcer por un camino vecinal que corría por la orilla de una laguna ya desecada. Primo Aurelio y yo viajábamos medio encaramados en la litera del camión, oyendo a ratos la jerigonza de los tres amigos, unas voces amputadas por el traqueteo del cajón y los tablones de andamio que iban estibados en la plataforma. Se veían pasar con emoción consecutiva extensas sembraduras de remolacha y algodón, hazas de arvejones y avenas. Y un poco más largo, tras unas colinas erizadas de postes, aparecía una llanura sin fondo, toda alfombrada de pastos que ya empezaban a agostarse. Había una manada hierática de toros aposentada junto a los abrevaderos, mientras otra más nutrida atravesaba la diametral del campo con remisa impavidez.

A La Valerita se entraba por una cancela abierta entre dos grandes pilastras de mampostería, con aleros de tejas vidriadas. En cada una de las pilastras estaban empotrados sendos azulejos: en uno se leía una fecha —1912— y en el otro las iniciales R-B inscritas en dos óvalos, el exterior con crestas. La fecha también aparecía recortada, debajo de las letras de La Valerita, en el arco de fundición tendido entre los dos pilares. Un carril bordeado de altas matas de hinojos y plátanos falsos ascendía tenuemente una loma y se adentraba por el alcornocal hasta el caserío, un edificio de traza cuartelera.

El camión empezó a columpiarse demasiado y con mucho estrépito, levantando una polvareda que parecía ensuciar los troncos bermejos, como tomados de óxido, de los árboles ya descorchados. Se encadenaban las secuencias del bosque igual que en una película afectada de arritmia, al tiempo que las nubes proyectaban sobre lo abrupto del terreno unas reptantes sombras azafranadas. Agustín Gallareta iba aferrado al marco de la ventanilla, los ojos como pabilos. Tamborileaba en la chapa casi con medio cuerpo fuera,

como si ventease el husmo del león. Debía de estar confundiendo aquel sabor agreste con un regusto selvático.

El aperador estaba esperando en la linde de la explanada que rodeaba al casal, junto a unos macizos de adelfas. Era un hombretón de porte cardenalicio, con un cuerpo irregularmente inflado y una noble cabeza cana. Tenía los ojos saltones y cautelosos del camaleón, la boca pequeña y el cuello enorme. Probablemente nos había oído llegar antes de que atravesáramos la cancela, una ferretería extemporánea alterando el equilibrio adusto del monte, esa desazón que yo había intentado asociar a alguna remembranza desvanecida antes de concretarse.

—Creí que se habían muerto sin decírmelo —precisó el aperador conforme nos acercábamos—. Hace más de una semana que me avisó don Alfonso María.

Y se quedó mirando al tabernero y al transportista con fijeza insolente, como si tratara de adivinar qué nexo podía haber entre la recogida del león y unas personas con tan pocos indicios de perturbadas. Movilizó varias veces los lentos y abombados párpados y saludó con efusión somera a los visitantes. El cochero Epifanio medio se confundía haciendo las presentaciones, a la vez que el aperador nos dedicaba a primo Aurelio y a mí un guiño que igual podía ser de complicidad que de sorpresa. Y dijo enseguida, señalando con el pulgar hacia atrás:

—Pues el bicho está ahí, pegándose la gran vida —se sorbió el moquillo—. Hay también dos borricos tipo cebra.

Agustín Gallareta miró ansiosamente hacia donde indicaba el aperador, pero no vio sino el fanal translúcido de la dehesa, una comarca redonda invadida de contraluces que profundizaban las manchas del alcornocal. También Orlando Mardeleva observaba con atención reverente los alrededores. Debía de estar apreciando las excelencias ambientales de que pudo gozar el malogrado parque zoológico. Lo interrumpió el aperador, dispuesto ya a conducirlos hacia la otra parte del caserío.

—Por aquí —dijo—. Vamos a ver qué opina ahora el león. A lo mejor no es partidario de la mudanza.

Agustín Gallareta emitió una mezcla de conato de risa y onomatopeya de la voz del búho. Y hubo un silencio, mientras yo me adentraba por mi cuenta en lo más recóndito de aquella familiar parcela del mundo. Noté el efluvio del recuerdo, no el recuerdo, la emanación sensorial del día en que vinimos con mi madre y tía Carola, cuando las tareas bulliciosas de la pela del corcho, y ella, tía Carola, bajaba corriendo hacia la cárcava conmigo de la mano, la

pamela sujeta al cuello por una cinta celeste, del mismo color celeste que los ojos y que el brillo que le salía de la boca mojada, y esa vibración henchida de los pechos que era el resumen universal de todos los reclamos del cuerpo de la mujer. La sola imagen de tía Carola ocupando enteramente el lugar de los restantes incentivos de la tarde. Todo eso y un borrón súbito.

El león estaba cautivo en una alta empalizada circular, hecha con postes de cemento y un entramado de alambres de púas. Adormilado junto a un charco hediondo, la hirsuta cabeza abajada entre las patas, tenía la heráldica majestad del vencedor deportado a un territorio inmerecido. Agustín Gallareta se había adelantado hasta la alambrada con una inocultable ansiedad.

—El rey de la selva —dijo sin volverse y con la voz disuasoria del especialista.

—Está muy bien mantenido —dijo el aperador—. Se pasa el día comiendo.

—¿Come de todo? —quiso saber Orlando Mardeleva.

—Si le echan un cristiano —dijo el aperador sin ninguna intención—, también se lo come. Seguro que se lo come.

El león parpadeó con la tristeza glandular del ahíto.

—Un cachorro no es —terció el cochero Epifanio.

—¿Y ustedes ya tienen un sitio donde meterlo? —preguntó el aperador con relativa inquietud.

—Exacto —dijo Agustín Gallareta—. Ése va para la tienda.

—Las moscas —dijo Orlando Mardeleva comprobando las muchas que había entre él y el león.

—Tengo ahí una tienda de vinos —prosiguió Agustín Gallareta— y ya le he preparado un buen alojamiento —parecía mullir el aire con las palmas de las manos—. Estará a gusto, yo me encargo de que lo esté.

El aperador se encogió de hombros. Acababa de rebajar en una estimable proporción el crédito que le habían merecido los visitantes. Dijo:

—Creí que era para un circo, algo así.

—¿Aquí hay viñas? —inquirió Orlando Mardeleva que, además de corto de genio, tenía el hábito de preguntar por largo.

—No le digo que sí, porque no las hay —replicó sinuosamente el aperador.

Agustín Gallareta seguía dándole vueltas a lo suyo.

—Lo tengo todo estudiado —dijo—. Cuestión de vista —se bajó el párpado inferior con el dedo índice—. Me va a dar la razón.

Los cuatro hombres se fueron sin ningún común acuerdo para donde estaba el camión, en tanto que primo Aurelio y yo nos quedábamos fisgoneando en torno a la empalizada. El león seguía impávido, ni siquiera levantó la vista en ningún momento, no parecía interesarle para nada lo que ocurría a su alrededor. Olía mucho a mondongos descompuestos, incluso daba la impresión que los mondongos que olían eran los de aquel rey destronado. Un niño asomó apenas la cabeza por una esquina del casal, vigilando nuestros movimientos con ese rencor sigiloso del que se sabe excluido.

—Ven —dijo primo Aurelio casi a la vez que escapaba el niño.

Y creo que dije yo:

—Está sucio, el león. Será que es viejo.

Se acercó entonces entre curioso y huraño un perro blanquinoso, el pachón que se había quedado tuerto de resultas de una coz y al que tío Alfonso María le mandó poner un ojo de cristal. Tenía desde entonces una mirada aviesa, una mirada bronca y medio humana que podía cortar la leche y reventar los huevos. Eso decían. Pero no pudimos ni tocar al perro, porque salió huyendo cuando oyó que se acercaban los otros. Venían empujando el viejo cajón montado sobre ruedas (de los usados para transportar toros) que se habían traído en el camión. Yo me quedé mirando el triste hueco enrejado de los respiraderos, aquel marco cuarteado y de un vetusto color plomizo. Y fue entonces cuando pensé otra vez sin motivo en el bargueño del capellán, no, en el cofre que seguía oculto en algún lugar del sueño y era el mismo que yo suponía guardado en otro escondite de la realidad. Esa sensación de haber olvidado dónde estaba y de tener que recordarlo porque de ese recuerdo dependía la liberación de una culpa que quizá no había cometido. Pero ya estaban allí los otros.

Agustín Gallareta venía con aires de caporal y hacía gala de una apremiante suficiencia para dirigir la maniobra. Arrimaron el cajón a un lado de la empalizada, entre dos pilares que sostenían una especie de tranquera. El aperador no parecía encontrarse demasiado a gusto, tal vez se encontraba francamente a disgusto. Pero nadie estaba en condiciones de apreciarlo. Orlando Mardeleva se encaramó al techo del cajón, con lo que el peligro de que éste se desguazara aumentó de modo considerable. Probó una y otra vez el buen funcionamiento del cierre levadizo, en tanto que el cochero Epifanio se mantenía sin decir palabra y en intensivo estado de alerta. El tabernero empezó a mirar a uno y otro lado del cajón, comprobando que su anchura era algo más reducida que la de la tranquera de la empalizada, aunque

seguramente no tanto como para que el león pudiera escabullirse por las holguras en el momento de encajonarlo.

—No sé si me gusta —dijo el aperador—. O sea, que no me gusta.

A Agustín Gallareta tampoco le gustaba del todo. Sus vehemencias, a veces, no incluían la insensatez. Se sacó del bolsillo un trapo mugriento y se limpió con él el cogote sudoroso. Luego, sin ninguna previa consulta, se acercó a un cobertizo aledaño que hacía las veces de leñera y empezó a acarrear estacas (primo Aurelio y yo también ayudamos), con las que estuvieron rellenando los huecos que quedaban entre los postes y el cajón. Las fijaron luego con unas sogas y, a simple vista, parecía una buena idea.

—La hora de la verdad —dijo desde el techo Orlando Mardeleva, después de escupirse en las manos y restregárselas repetidamente—. ¿Alguna contraorden?

No había ninguna contraorden. El aperador hizo el gesto de espantar a un tábano, resopló y se fue a soltar los alambres que ensartaban la tranquera a uno de los postes. No los desanudó, sino que los cortó con un cincel y un martillo, lo que tampoco fue rápido. Los golpes produjeron en todo aquel contorno una rara conmoción metálica y, en el león, un manifiesto desagrado, pues se levantó y pareció observar por primera vez a quienes lo observaban. Incluso se sobresaltó bastante cuando la tranquera —ya con un lateral desenganchado— giró hacia adentro de la empalizada y dejó medio libre la entrada al cajón. El aperador y Agustín Gallareta se fueron sin prisas para el lado contrario y empezaron a hostigar comedidamente al león con unas pértigas de coger higos chumbos, a ver si así conseguían irlo encaminando mejor a su nuevo encierro.

Anduvo el león un rato rehuendo los envites de las varas sin dar muestras de excesivo fastidio, hasta que se quedó mirando muy fijamente para el techo del cajón. Orlando Mardeleva apenas asomaba un ojo timorato por detrás del tablero del cierre y, cuando se dio cuenta que la fiera lo miraba, dio un traspiés casi incorregible. El león se estuvo así, impertérrito y obstinado, más tiempo del que es habitual incluso en los leones cautivos. Hasta que el golpe de una de las pértigas le hizo revolverse y soltar un zarpazo, que el aperador acusó como si hubiera sido directamente agredido. El ya menos mustio animal dio entonces un juicioso paseo a todo lo largo del perímetro de la empalizada y se detuvo tres veces: una, a olfatear las estacas incrustadas a un lado del cajón; otra, a hozar entre unas gandingas podridas, y por último, a orinar muy cerca de donde primo Aurelio y yo seguíamos de espectadores mohínos, después de que Epifanio nos prohibiera meter baza en todo aquel

ajetreo. Una vez concluida la meada, el león se fue despacio para la entrada del cajón. Adelantó la cabeza más aturcido que maliciado y, al recibir un nuevo puntazo en la rabadilla, pegó un respingo de lo más irrisorio, azotó el mundo con el rabo y se metió dentro. Orlando Mardeleva soltó entonces el cierre levadizo con tal veloz puntería que casi le cae al león en las ancas. Por poco más se queda baldado —diría luego Agustín Gallareta—, y un león baldado ya sí que no es ninguna ganga.

—Me lo he ganado a pulso —gritó Orlando Mardeleva desde lo alto del cajón, casi al tiempo que daba con escasa habilidad el salto del triunfo.

Tras el buen fin del encajonamiento, sólo quedaba la operación de carga, que ya fue mucho menos llamativa. Con unos tablones tendidos desde la plataforma del camión al suelo y unas maromas convenientemente aparejadas, lograron —no sin la ayuda de dos braceros que andaban por allí cerca— ir subiendo el cajón por ese plano inclinado. De todos modos, el desnivel era muy poco apreciable, pues habían aprovechado un leve talud de la explanada para hacer recular hasta allí el camión. Hubo un momento, sin embargo, en que se oyó un rugido más bien espeluznante, una especie de eructo atronador que parecía salir del subsuelo. Y eso produjo un peligroso desequilibrio en la carga, ya que Agustín Gallareta —que empujaba de espaldas el cajón— se tambaleó más de la cuenta con el susto y a punto estuvo de dar al traste con la bien urdida maniobra. Debió de creer que la presión de un travesaño en sus hombros era propiamente la garra del león. Pero no ocurrió nada más, y ya se dispersaban los jornaleros que habían presenciado de lejos todo aquel zafarrancho. El tabernero y el transportista se dedicaron finalmente a calzar y aferrar el cajón en la plataforma.

—El animalito se ha portado —dijo el cochero Epifanio después de tragar la saliva del alivio.

Al aperador se le había estacionado en el entrecejo un aire de suma dignidad. Entrecerró los párpados de reptil con una pereza interminable y se dirigió al cochero Epifanio. Estaba muy cerca de él, pero se aproximó todavía más, la barriga por delante, para decirle:

—¿Y usted cree que esos dos amigos suyos se lo han pensado bien? —los señaló con un dedo acérrimo—. O sea, que la pregunta es si no se habrán equivocado de negocio.

El cochero Epifanio emitió un sonido de minuciosa vaguedad. Y añadió enseguida:

—Tengo noticias de que no.

—Ese bicho es desde luego un pasmarote —continuó el aperador—. Pero con un león nunca se sabe, lo que le dije a don Alfonso María —se inclinó como para hablarle al oído—. Un león se cabrea rápido y, a un león cabreado, ya me dirá usted quién le hace la cama. ¿Comprende lo que le digo?

El cochero Epifanio lo comprendía casi todo. Movi6 la cabeza sin ninguna concreta significaci6n, al tiempo que procuraba eludir la cercanía atosigante del aperador. Pero el aperador no parecía dispuesto ni a abandonar el acoso ni a cambiar de tema. Alguien cantaba una serrana a lo lejos con una voz grave y titubeante, y ese aplomo, esa vacilaci6n, le añaadieron al campo una placidez triste.

—Corrijame si me equivoco —insisti6 el aperador—. Pero no me encaja bien todo eso.

—Tranquilo —concluy6 el cochero Epifanio con lac6nica intranquilidad.

Ya habían acabado de trincar el caj6n y Agustín Gallareta se disponía a ordenar el regreso inmediato. Las despedidas no fueron ni frías ni calurosas: quedaron bruscamente zanjadas por el procaz encendido del motor. El ni6o de antes y el pach6n tuerto se habían apostado por detrás de las adelfas para vernos pasar. Un tinte dorado se extendía ahora por el pared6n lateral del caserío. A Orlando Mardeleva a6n le qued6 tiempo, mientras bajábamos por el carril, de hacer una 6ltima pregunta. Mir6 al fondo del alcornocal y dijo sin esperar ninguna respuesta:

—¿Como cuántos tapones saldrán de todo este corcho?

Y ya era otra vez la tentaci6n enigmática de la campiña: los destellos de un sol bajo entre nubarrones malvas, el juego geométrico del olivar, una bandada de estorninos posándose junto a una acequia, la emoci6n taciturna de cada caserío, cada chozo de pajabrava, cada indicio melanc6lico de vida. Y esa sensaci6n un poco difusa, un poco descorazonadora —favorecida quizá por alg6n lánguido gruñido del le6n— de haber participado en una aventura bastante menos excitante de lo previsto.

Al cabo de una desaforada etapa de dedicación a las obras de caridad, Adelaida Conticinio entró en una fase desaforada de afición a los coches de caballo. No es que ese interés fuese ni insólito ni repentino, pero —desde que asimiló, siendo niña, la tradición hípica familiar— nunca como entonces había mostrado una pasión tan aparatosa por los enganches. Se conoce que después de sus ya largos años de casada (ya que no de vida marital), debió contaminarse del exhibicionismo crónico de los Romero-Bárcena, furibundos coleccionistas de todo lo que considerasen apetecible, dineros incluidos. También en eso podía intervenir a ratos una inadvertencia pomposa referida a los emblemas del poder.

Para canalizar adecuadamente sus deseos, Adelaida Conticinio empezó por conseguir el regalo indiscutible de los tres coches del padre, dos de los cuales permanecían medio arrumbados en la casa de máquinas de una hacienda. Instó luego al marido para que le habilitase como cuadra y cochera juntamente un local de buenas proporciones o que, a falta de local apropiado, le mandase construir uno, como así fue. Los coches de la casa paterna —dos faetones y un landó, con la corona condal estampada en las portezuelas— se unieron así a los que ya poseían los Romero-Bárcena —una victoria y otro landó— y a un tercero, un tílburí, del que Adelaida Conticinio se encaprichó y cuya compra decidió con urgencia fanática. Se hizo después remozar los seis carruajes, encargó a freneros y guarnicioneros nuevos arreos, gestionó la adquisición de dos tiros adicionales y nombró a Epifanio supervisor de la cochera y servicios anejos.

Aunque todavía faltaba mucho para que se divulgaran los enganches de competición, Adelaida Conticinio actuaba como si realmente estuviese preparándose para un concurso universal. Antes, sin embargo, que lucirse en paseos y festejos (que venía a ser, según sus presunciones, como echarle perfume al ajo), la única recompensa que perseguía, aparte del disfrute privado, era la de llegar a ser admirada en su exclusiva jurisdicción social. Y en eso se afanaba y quiso que también se afanasen con ella sus hijos. O, al menos, María Patricia y Carola, ya que Alfonso María, aun siendo tan

consumado jinete y tan dado a ostentarlo, andaba entonces medio perdido en políticas solapadas y otras complicidades peores. Una actitud no del todo incomprensible para ella, pero tanto más innecesaria cuanto más creía que el mundo era una delicia consecutiva y que bastaba proponérselo —Dios mediante— para que nadie ni nada pudiese alterar semejante bonanza.

A Carola la tentó en principio esa oportunidad de mejorar sus buenas mañas con los caballos. Pero se le fue apagando el interés casi al mismo tiempo que se le avivaba a María Patricia. Claro que la madre tampoco se enteró de ese desnivel del entusiasmo entre las dos hermanas. Y mucho menos de los motivos que lo habían propiciado y que muy bien podían depender de que Carola anduviese concertando a la sazón sus primeros pactos amorosos. La madre seguía empeñándose sin más averiguaciones en llevarlas cada tarde a los entrenamientos y en exigirles una aplicación tenaz en el manejo de diversas modalidades de enganche: limonera y tronco, sobre todo, y a veces hasta cuarta potencia. Aparte del cochero Epifanio —no siempre disponible—, Adelaida Conticinio contrató como maestro alerno a un joven caballista que había trabajado de desbravador en el depósito de recría y doma y se dedicaba entonces a entrenador por libre. Era un mozo de mucho comedimiento, atildado y mañoso, que no parecía haber acabado de asumir la curiosa posibilidad de que existieran peatones.

—Nadie diría que es del sotabanco —opinaba Adelaida Conticinio en uno de sus alardes de precisión—. Es de lo más prudente y tengo entendido que las polainas que lleva son suyas.

—Hay gente pobre que dispone de polainas —apuntaba María Patricia equitativamente.

—Sé muy bien que eso puede ocurrir —replicaba ella, la madre—. No me creas tan tonta.

Así que el entrenador por libre fue tratado con especial deferencia y él, a cambio, procuró enseñar lo mucho que sabía a aquellas aventajadas alumnas. Todo iba bien hasta que un día, cuando volvieron a la cochera después de las prácticas en el picadero o el campo, se encontraron con lo que ninguna de las tres iba a poder olvidar en mucho tiempo. El caso fue que Adelaida Conticinio había mandado aislar del resto de la cochera propiamente dicha, por medio de mamparas y cubiertas de madera, un amplio espacio que acondicionó como sala de estar y cuarto de aseo. Todo lo había planeado y decorado ella misma con diligencia agotadora. Algunas veces, en lugar de volver directamente a la casa, solía quedarse allí con las hijas, comentando las incidencias del paseo, o arreglando el mundo a falta de incidencias que

comentar, una cuña de tedio encajada por lo común en las rendijas del cansancio. Y eso pensaban hacer también ese día, después de acercar el landó hasta los poyetes que separaban la cochera de la cuadra y de despedir con la debida amabilidad al entrenador por libre.

Abrió la puerta María Patricia y no entró. Quiso hacerlo enseguida Adelaida Conticinio, y tampoco. Miró entonces Carola dentro del cuarto y descubrió lo que ya habían descubierto la hermana y la madre: el horror inadmisibles de un caballo al parecer muerto y medio tendido en la otomana. Comoquiera que no hay animal más absolutamente muerto que un caballo muerto, ninguna de las tres hizo otra cosa que refugiarse en un espanto recíproco y permanecer quietas y acobardadas. Tampoco hubiesen podido vociferar o gesticular, porque no habían sido instruidas en esas eventualidades. Pero consiguieron reaccionar al fin y fueron apartándose de la puerta con despavorida incertidumbre. Carola se puso a llorar entonces muy bajito, y luego lloró igual de bajo María Patricia, en tanto que la madre corría mesuradamente en busca del cochero Epifanio o algún mozo de cuadra.

Criatura devuelta a una infancia melindrosa, se equivocó por los trayectos de esa penumbra hostil antes de encontrar al cochero en el fondo de la nave. Bultos vaciados en la pared incolora. Epifanio estaba con uno de los mozos y ya se disponían a quitarle los atalajes y ponerle las sudaderas al tronco del landó. Apenas levantó la vista, pero sintió por dentro el contagio de la alarma de la señora, el auxilio que pedía ella sin decirlo. Tal vez estuvieron viéndose mutuamente desfigurados, hasta que Adelaida Conticinio reaccionó en parte y condujo al cochero con paso de anémica a través de la caballeriza, él preguntándole en vano que qué pasaba y ella tanteando la pared como si se orientara por un mundo tenebroso. María Patricia y Carola permanecían igual que se habían quedado: confinadas en el arco irregular del contraluz, envueltas en ese clima despiadado que había ido propagándose por todo aquel recinto.

Epifanio entró solo en el cuarto y con lo primero que tropezó fue con la dudosa evocación de un sueño. Pero el caballo no era el del sueño: era un caballo verídico y horrible que tenía los mismos ojos que un enorme pescado podrido y un espumarajo amarillo en el belfo. Un vapor agrio —o algo similar al vapor agrio que evacúan los mataderos— flotaba sobre el cuerpo del animal, que aparecía reclinado sobre la otomana con una impropia postura de exhausto. Buscó el cochero no sabía qué a su alrededor y tuvo esa impresión de estar desangrándose que obnubila a quienes contemplan la brutalidad incomprensible de la muerte.

Se acercó a la víctima sin tocarla. Era un hermoso potro de segundo bocado —*Pretty* de nombre— al que tenían previsto dedicar al tílburí, un tordo azulado cuya capa empezaba ya a blanquear. Epifanio descubrió de pronto un agujero en el cráneo del caballo, un agujerito recubierto de burbujas verdosas y que parecía expeler aún el humo que dejó la muerte cuando se metió por allí. Al cochero lo ofuscó aquella todavía más irrazonable evidencia, la convicción arbitraria de que el potro había estado vivo precisamente porque había sido asesinado. Entre él y el animal cayó un silencio impuro, una nueva y persecutoria forma de silencio. Y salió del cuarto como del sueño que recordó al entrar.

No encontró enseguida a la señora, que se había apartado con las hijas hasta el portón de la cochera, en busca quizá del alivio farragoso de la calle. Un ruido seco en la sombra y un olor a pasto chasmuscado por el sol. Pero ese ruido, ese aroma, no contenían entonces ninguna información sobre la persistencia de la vida. Epifanio prefirió en aquel momento no decirle nada a la señora, sólo acentuó ese gesto de estupor y casi de miedo que ya traía. Llamó al mozo de cuadra que andaba por allí y se fue con él a disponer otra vez el landó para acercar a su casa a las atribuladas.

Alfonso María se enteró antes que el padre de lo ocurrido. No necesitó de ninguna prueba para dictaminar que se trataba de una barbarie vengativa, consumada sin duda por los mismos que querían demoler el santo edificio de la dignidad restaurada, aprovechando evidentemente las erosiones últimas de ese edificio. El cochero Epifanio no acababa de entender cómo, cuándo pudo producirse semejante atrocidad. Tampoco sabían nada los dos mozos de cuadra —libres de toda sospecha—, quienes habían atribuido la ausencia del potro a algún imprevisto entrenamiento en el picadero. Epifanio no pudo acudir ese día a la cochera hasta mediada la tarde y ni él ni ninguno de los mozos se había asomado a la sala antes de que lo hiciera la señora. O sea, que —según esos primeros indicios— al potro debieron asesinarlo de noche, después de penetrar en la caballeriza por una de las ventanas altas que daban a un patinillo y que se quedaban normalmente abiertas. Los malhechores tuvieron que ser al menos dos, tres quizá, ya que uno solo no habría podido arrastrar al potro desde el box a la sala, que es lo que se deducía de las huellas dejadas sobre el terrizo. Nadie oyó el disparo, sin embargo, nadie tampoco vio luces ni escuchó ajeteos o relinchos anómalos. La villanía había sido perpetrada con una inmundada selección de agravantes.

Aquella misma noche, Alfonso María se personó en la cochera acompañado de dos correligionarios íntimos. Más que corroborar sobre el

terreno lo ocurrido, lo que en el fondo se proponía era acumular la saña suficiente para dar a los anónimos culpables una respuesta ejemplarizadora. Así que empezó por reconstruir los hechos presuntos. Se figuró a los asesinos descolgándose desde la ventana, sorteando los bultos de sombra hacinados sobre el piso, orientándose por el vaho caliente del forraje, encendiendo quizá un cabo de vela. Repasarían luego los boxes para elegir al caballo cuya pérdida pudiese resultar más provocativa, se deslizarían en el acostadero y calmarían de algún modo al animal antes de localizarle en el cráneo el hoyito donde se juntan los hilos de la vida.

No se sabía aún qué arma habían usado, pues tampoco se conocía entonces el calibre de la bala ni se encontró el casquillo, aunque muy bien podía tratarse de un fusil de repetición, a juzgar por el rastro de la quemadura. El potro tardaría en morir lo que duró el fogonazo del disparo. A Alfonso María se le nublaban las ideas pensando en ese instante feroz. La víctima vería un relámpago, amagaría un respingo y se iría fulminada contra la paja, los sesos mordidos por un tábano del infierno. Intentó luego imaginarse el arrastre del cadáver y su acomodo sobre el diván como para añadir un regodeo siniestro a la abyección. Los asesinos se habían bebido a morro dos botellas de palo cortado; una de ellas la dejaron medio vacía entre los corvejones del potro, y la otra la estrellaron contra un óleo de tema ecuestre. De modo que, una vez comprobados todos esos pormenores, Alfonso María colmó la dosis necesaria de iracundia y se dispuso a preparar con los dos correligionarios íntimos la oportuna represalia.

Si no en cama, sí cayó Adelaida Conticinio en una postración sofocante, de la que pretendió hacer partícipe a toda la casa —servidumbre incluida— y que sólo consiguió inculcar a María Patricia, más que nada en lo tocante a pesadillas y vahídos. Su primer piadoso deseo de embalsamar al potro y construirle una sepultura en el parque de la bodega no llegó empero a hacerse realidad. Don Sebastián acogió en principio la idea con relativo beneplácito y luego fue posponiendo su ejecución hasta olvidarla. Pero lo que sí consiguió Adelaida Conticinio, aunque nunca más volviese a pisar la cochera, fue ir recuperando esforzadamente sus afanes hípicas, no tardando en ordenar cada mañana los carruajes y caballos que debían estar dispuestos a su puerta cada tarde.

Carola, sin embargo, aprovechó todo ese desbarajuste para ir menudeando las ausencias a los nuevos entrenamientos, con la excusa de un cansancio depresivo motivado por la espantosa muerte del potro. Una actitud que podía estar proporcionalmente justificada, pero que obedecía sobre todo a los

incipientes desvelos amorosos de Carola, quien aprovechaba las salidas de la madre para salir ella también a sus secretes. Algo de eso debió maliciarse Adelaida Conticinio, porque un buen día encargó al ama Remedios que vigilara de cerca a la niña y la tuviese al tanto de todo lo que hacía —o dejaba de hacer— por las tardes. Y el ama Remedios (que fue la primera a quien Carola confió sus cuitas) no pudo sino contarle a la señora, en versión dulcificada, las idas y venidas de la hija.

Sin pararse a averiguar en qué momento o en qué casa se había podido relacionar Carola con su galán, lo primero que sacó en claro la madre fue que el tal galán no figuraba en el índice onomástico de sus amistades, ni siquiera en el apéndice de condescendencias de ese índice. Así que convocó a una reunión urgente al marido antes de decidir una urgente entrevista con la hija. Don Sebastián Romero-Bárcena tampoco conocía ni había oído hablar de ese supuesto pretendiente, que resultó llamarse Juan Claudio Vallon y ser hijo de un enólogo francés que trabajaba en una bodega de la competencia.

—Figúrate —le aclaraba Adelaida Conticinio al marido—, un muchacho del sotabanco que, además, se dedica a la química.

La verdad es que ella siempre había oído decir en su casa de soltera casi lo contrario que en la de casada a propósito de ciertas normativas sociales. Se convenció así que la noble cuna eximía virtualmente del ejercicio del comercio, incluido el vinícola, o que el simple hecho de ser extranjero —británico, en especial— en ningún caso suponía mérito alguno para ser admitido, como era usanza común, en el seno de ciertas familias. La xenofilia, tanto como la especialización laboral, eran para la madre de Adelaida —una Malcorta, la octava beneficiaria del condado— vicios promovidos por el desdén a la tradición, el mal gobierno y las groserías lucrativas que empezaban a socavar los cimientos de las grandes casas. La joven Adelaida no comprendía entonces del todo esas apreciaciones de la madre, pero no dudaba que ésta tenía sus buenos motivos para mantenerlas. Al menos, más motivos que el padre, un segundón provisto simultáneamente de las aptitudes del empresario y los empaques del *gentleman*, que supo multiplicar los dineros de la mujer y que, una vez multiplicados, sólo se permitió unos pocos lujos personales. Por ejemplo, mandarse planchar las camisas en una tienda de Chelsea, conseguir un inmejorable prototipo de caballo anglo-hispano-árabe, retirar a una puta vasca, hacerse transportar por el campo en una especie de silla gestatoria y asistir cada año al Derby. Caprichos de ese tenor.

La madre de Adelaida Conticinio nunca logró soportar del todo al marido. Su orgullo le impedía ser ecuánime. Aparte de gozar de una exquisita

frigidez, se había quedado estéril tras el parto de su única hija y, a partir de entonces, siempre veía algo en aquel petimetre que le recordaba las mañas operativas del advenedizo. Lo aguantó como se aguanta una dolencia en un descampado. Era ella una dama de innatos refinamientos, más atractiva por frágil, experta en jardinerías y heráldicas. Conservó toda la vida el aire de una Malcorta obligada a tolerar un mundo descompuesto y, cuando le llegó la hora, se encerró en una habitación desocupada de la casa para que nadie la viera morir. Tenía además el buen gusto de ser inexpresiva y nunca alardeó de misericordias, pero solía dotar y proteger por largo a la servidumbre como si se tratase de parientes pobres. Adelaida heredó de ella ese donaire piadoso, esa delicada estilización de la vida, pero también la carencia de sentido práctico, la devoción reverencial a su linaje y una instintiva repulsa por los administradores. Lo demás, empezando por su matrimonio, le había llegado por vía paterna.

De modo que, en razón de esos preceptos educativos, Adelaida Conticinio llamó primero a capítulo a la hija y, una vez corroborado el alcance de los galanteos, se retiró a deliberar con el marido, la congoja amortiguándole un resto de lucidez. Fue una escena conyugal más bien declamatoria, donde se esgrimieron impugnaciones de desdoros y malos pasos y donde el flujo teatral de los argumentos condujo a un desenlace tajante. Carola sería sustraída de esos embelesos malsanos por el procedimiento de prohibirle salir de casa, ya que la otra solución de dejarla interna fue descartada por inoperante, amén de por impropia de la edad. Y así quedó formalizada la sentencia y se dispuso su inmediato cumplimiento.

Antes que los nada anómalos escarceos de la hija —y en contra de los rigores selectivos de la mujer—, lo que más contribuyó a alertar a don Sebastián Romero-Bárcena fue un dato que se calló en su momento. No por ninguna prudencia especial, sino porque no era asunto que su mujer pudiese considerar desastroso. Se trataba de algo que don Sebastián había indagado por su cuenta respecto al calibre moral del pretendiente, quien había demostrado más de una vez su vinculación con la Junta Liberalista, al menos mientras ésta pudo salir de la clandestinidad. A don Sebastián le bastó esa prueba de fuego para rechazar sin paliativos al Juan Claudio Vallon. El hecho de que ese medio francés fuese el anónimo hijo de un enólogo, no alentó de modo suficiente el repudio. Pero la evidencia de esa imperdonable filiación política lo instó decididamente a secundar la inflexible postura de su mujer. Cualquier rotunda divergencia ideológica era considerada por don Sebastián Romero-Bárcena como una afrenta personal.

Pero ocurrió algo más a propósito de Carola. Y fue que una tarde en que la madre andaba por los cautiverios de la casa (no quería ya perder de vista a la hija, aun a costa de sacrificar los placeres hípicas), acertó a oír una especie de ajeteo de índole sospechosa en una sala del piso bajo. Se acercó allí medio transida, abrió la puerta con un ímpetu que no era el suyo y descubrió a Juan de Juana, el secretario de Alfonso María, enzarzado con Carola en un forcejeo libidinoso, él acosándola sin mucha violencia y ella rechazándolo con moderada tenacidad. Adelaida Conticinio no llegó a desmayarse, sólo notó un velillo acuoso que le empañaba la visión. Se quedó un punto indecisa, pero reaccionó de inmediato, componiendo sin decir palabra un solemne ademán tribunicio: señaló con el brazo extendido en dirección a la calle, el índice temblando de locuacidad y la mirada clavada en ese índice. Estatua imperiosa, sólo le faltaba para ser ecuestre la comparecencia del fantasma del potro asesinado.

Juan de Juana contempló un momento a Adelaida Conticinio como a la alegoría de la injusticia. Inmóvil y ovejuno, ensayó primero el falso bochorno del convicto que se siente calumniado y luego aceptó la condena. Si no como José de casa de Putifar, sí salió al patio con una prontitud tan apocada que parecía encaminarse de nuevo al chamizo de donde lo sacara Alfonso María. Carola, entretanto, había ido acercándose a la madre, no seguramente en busca de un amparo que ni ella necesitaba ni la acusadora estaba en condiciones de otorgar, sino para darle al lánguido desplazamiento de su cuerpo la validez de una seguridad recuperada. Y no hubo más, salvo ese nuevo atajo de la sangre que abrió la desvergüenza entre la madre y la hija.

Antes de que Alfonso María conociera lo ocurrido por conducto familiar, Juan de Juana fue lo suficientemente astuto como para adelantarle a su amo una reconstrucción atemperada de los hechos. Y lo hizo aquella misma noche, personándose con un confidente ocasional en el casino donde solía reunirse el grueso de los correligionarios. Juan de Juana no se equivocó en sus predicciones. Aparte de facilitarle a Alfonso María el vehículo para ejecutar otros desagavios, suavizó sus atrevimientos con Carola alegando la eximente de ceguera momentánea y un incalculable dolor de corazón.

—La próxima vez le metes mano a tu puta madre —le recomendó Alfonso María sin levantar la voz—. Y ahora quítate de mi vista.

Se había apartado unos pasos del resto de los contertulios y miraba a su secretario desde el pedestal de un desprecio inmejorable. Contra todo pronóstico, no sacó el cuchillo de monte del que ya empezaba a valerse para argumentar. Juan de Juana recurrió entonces a sus bien preparadas fullerías.

—Quería presentarle a Jacinto Manotriste —llamó con un dedo al confidente ocasional, que se había quedado escrupulosamente junto a la puerta—. Vende de todo.

El confidente ocasional avanzó con marcialidad y saludó en posición de firmes a Alfonso María, quien no juzgó oportuno concederle ninguna beligerancia. Volvió a encararse con el secretario cuando ya parecía evidente que la indignación le había madurado del todo.

—No sé si me has entendido —dijo—. O desapareces o te desbarato. Una de dos.

—Hay cosas que las da gratis —insistió Juan de Juana, aun sabiendo que la posibilidad del desbarate no era del todo inverosímil—. Pistas de mamones, sitios donde les echan el pienso, esas cosas —sacudió una mano repetidas veces—. Escuche usted la noticia que le trae, hágame ese favor.

Jacinto Manotriste asentía incluso con mansedumbre. Daba la impresión de que carecía de todo, menos de estructura ósea. Tenía una feroz cicatriz en una mejilla, y en la otra, incomprensiblemente, no tenía ninguna.

—Largo —reiteró Alfonso María, y le echó por primera vez una ojeada al confidente ocasional—. ¿Y tú qué pintas aquí?

—Sabe hasta a qué hora se acuestan algunas sabandijas —aclaró Juan de Juana en un último intento conciliador—. Sabe todo lo que conviene saber, ¿me sigue? —le dio con el codo al confidente ocasional—. Anda, suéltalo.

Jacinto Manotriste dio un paso al frente, entornó los ojos perrunos que tenía y dijo:

—Yo sé dónde para un fulano que mató a un potro —engulló casi todo el aire que había a su alrededor—. Por si le interesa.

Alfonso María lo observó con una súbita mezcla de regocijo y avidez. Notó en el vientre el pellizco de los momentos estelares.

—Si me lo cazas al vuelo —masculló—, te regalo otro potro.

—Es de balde —reiteró Juan de Juana—. Éste es de los nuestros, éste hasta capa a los toros de balde. Les pega un bocado en los huevos y encima se los traga.

Uno de los contertulios, una especie de enclenque con ínfulas de gorila, se acercó entonces como si disparara con los cañones de los índices. Vaciló un momento antes de decir:

—Te reclaman en jefatura —dedicó una mirada veloz a Jacinto Manotriste—. ¿De dónde ha salido este cromo?

Alfonso María no respondió. Tampoco lo hicieron ni el secretario ni el cromo. Durante unos segundos sólo pareció oírse el flamear lejano de unas

banderas victoriosas. Alfonso María le hizo a Juan de Juana una seña escueta —la de decapitar el aire con el dorso de la mano— y se fue para donde lo reclamaban. Iría saboreando más o menos un regusto ambiguo: el de dar por zanjado el percance con la hermana a cambio de un cómodo trámite vengativo por la muerte del potro. Un ángel en funciones de estrategia sobrevoló aquella noche el solar de los Romero-Bárcena.

Primo Aurelio se fue aquel otoño a un colegio de Wimbledon, cerca de Londres. Eso de pasar algún tiempo en Inglaterra se había convertido en un inexcusable precepto familiar, un requisito de la buena crianza que, amén del ornato educativo, incluía no pocas compensaciones sociales y comerciales. Como hicieran en su día abuelo Sebastián y tío Alfonso María —aunque no exactamente por las mismas causas—, también primo Aurelio se fue a conocer el mundo enrevesado de la exportación de vinos y licores y, de paso, a mejorar su inglés y a estudiar algo así como ciencias empresariales.

Por supuesto que habíamos pensado irnos juntos, lo estuvimos intentando por todos los medios, pero ya estaba previsto que yo debía esperar al año siguiente —cuando terminase el bachillerato— para cumplir con aquella especie de anglofilia militante de los Romero-Bárcena. Además, los Hardy —mi familia paterna— vivían en Swansea, y eso hacía más que probable que, llegado el momento, me fuera con alguno de esos nebulosos tíos galeses. Es lo que ya había hecho mi hermano Gregorio, que era cuatro años menor que yo y llevaba camino de quedarse a vivir en Swansea. De modo que anduve todo aquel tiempo con la sensación de haber sido obligado a aceptar un destino injusto, ese malestar afectivo que se parecía demasiado a una solapada variante de la envidia. Primo Aurelio volvería de Wimbledon ufanándose de una madurez afortunada y haciéndome notar a cada paso la diferencia que había entre sus engreimientos viajeros y mis poquedades provincianas.

Creo que fue precisamente entonces, a poco de irse primo Aurelio, cuando se produjo un episodio de virulenta repercusión familiar: el triunfo de la revolución castrista. La mala nueva le llegó a tío Alfonso María antes incluso de que se hiciera pública, durante una tregua efímera habida entre dos festejos navideños. Tía Carola conocía ya de sobra los arrebatos furiosos del hermano —todos ellos temibles, aunque ninguno vociferante—, pero aquella vez le llegó de lejos la elocuencia estentórea del energúmeno. Fue notando en la temperatura de la piel la ocupación fría de la violencia y cerró los ojos para oír mejor. Un desarreglo, una fisura en la estabilidad que regulaba el flujo doméstico de las horas, y esa inquietud, esa destemplanza que transmiten

ciertas excepciones. Tía Carola se temió alguna crisis demencial del padre, algún incremento del extravío de la madre. Así que salió de la habitación donde languidecía escuchando boleros supuestamente referidos a su persona, y alcanzó a vislumbrar el escorzo veloz del hermano por una esquina de la galería. Se estuvo allí el poco tiempo que tardó en acercarse el ama Remedios a pasitos inseguros, hablando para sí y aclarando a su manera lo que pasaba.

Tío Alfonso María había ido montando ciertamente en cólera o, mejor dicho, había montado en cólera por partes, a medida que sopesaba el alcance del estropicio. Recapacitó primero en la misma malhadada victoria de los rebeldes; dedujo después hasta qué punto esa victoria iba a hacer peligrar sus propiedades en la isla (el central azucarero, la sucursal de la bodega y la casona de Camagüey) y, por último, calculó los graves perjuicios que para la exportación iban a derivarse de semejante descalabro. A partir de ahí, anduvo recurriendo a toda clase de gestiones —diplomáticas o desaprensivas— para obtener una información fidedigna al respecto. Pero nadie quiso o fue capaz de proporcionársela. Y tan seriamente lo llegó a consumir esa sospecha de confiscación del patrimonio cubano de tía Socorro (ya de la sociedad conyugal), que optó por lo más extravagante. Consiguió ser elegido *officier* de la Legión de Honor y caballero de *gracia magistra* de la Orden de Malta y apalabró su designación como procurador en Cortes por el tercio familiar. Con todo ello, unido a sus enjuagues para la sucesión anticipada del condado de Malcorta, perseguía el exaltado una meta poco verosímil: oponer a los desmanes ajenos el dique de sus personales hidalguías e influencias. Pero ninguno de esos honores fue tan potente que lograra interceptar el curso impetuoso de los acontecimientos.

La lejanía de primo Aurelio activó de rechazo la proximidad de prima Marianita. Fue raro entonces el día en que dejamos de vernos. O ella venía a casa o iba yo a la suya o coincidíamos en alguna otra parte. Desde aquella excursión en barco por la frontera de Argónida, cuando entreví el precinto sexual de su carne, Marianita había pasado a convertirse en la representación de un deseo preferentemente localizado hasta entonces en el cuerpo inexpugnable de tía Carola. Ella, la prima, andaba por entonces muy apegada a Custodia —la sobrina del ama Remedios— y se las veía siempre juntas y secreteando, cuando no desaparecían por algún lugar del piso de arriba, el destinado a la servidumbre. A pesar de que tía Socorro les tenía prohibidos esos roces inconvenientes y sobre todo cualquier extralimitación amistosa, Custodia y Marianita solían sortear sin mayores complicaciones esos vetos. Y

gustaban cada vez más de una alianza que le serviría a la joven costurera de desahogo sentimental y a la prima de incursión en un coto tentador.

Fue una de aquellas tardes cuando prima Marianita me propuso intervenir en un juego aparentemente anodino. Venía a ser como una variante del escondite, cuya presunta emoción consistía en que ellas —la prima y Custodia— se disfrazarían en secreto mientras yo tenía que buscarlas a oscuras y averiguar a cuál de las dos había encontrado, suponiendo que encontrase a alguna. Si no acertaba, tendría que someterme a un castigo del que ya me hablarían en su momento. El campo del juego debía limitarse a la cochera (habilitada entonces como guardamuebles) y a la ya clausurada capilla, que quedaba por la parte del traspatio.

Esperé en la galería a que ellas me avisaran, sintiendo como si realmente estuviese a punto de intervenir en una ceremonia fascinante. Me estuve un buen rato asomado a la cristalera de la galería, y ya empezaba a temerme algún inconveniente cuando oí la voz de Marianita llamándome de lejos. Corrí entonces hacia la capilla, pero algo me hizo cambiar de táctica y me dirigí a la puerta de la cochera que daba al patio. La abrí no sin alguna alarma y con lo primero que me encontré fue con un boquete de sombra ocupando todo el recinto. Apenas conseguía distinguir los contornos de los muebles, una sucesión de volúmenes negros adosados a la cerrazón de la oscuridad.

Anduve un poco a ciegas entre unas pilas de cajones, el unto herrumbroso de la humedad subiéndome por dentro de los bombachos. No se oía nada, sólo tal vez el zumbido de ese silencio malsano que parecía arrastrarse furtivamente por la solería igual que una alimaña. Me detuve frente a un armario medio desportillado, cuya luna marchita me devolvió el esbozo de otra sombra más prieta que la que se apelmazaba a mi alrededor. Y eso me amilanó aún más de lo que ya estaba, me aproximó a otra especie de vértigo. Agucé el oído y creí barruntar el frotamiento de algo ilocalizable contra una superficie áspera. No me moví, sin embargo. Tenía la impresión de que todo aquello no era más que el simulacro incoherente de alguna trampa que me habían preparado.

La oscuridad había ido resolviéndose en una penumbra polvorienta que flotaba en el aire como una gasa. Me desvié hacia la pared del fondo y oí un susurro, un bisbiseo proveniente con toda probabilidad de un rintero de baúles que por allí había. Pensé que era un aviso, una señal emitida por Marianita o por Custodia a saber con qué propósito. Así que me arrimé quedamente hasta donde suponía que estaba alguna de ellas escondida. Adiviné más que vi una silueta agazapada por detrás de uno de los baúles. No dije nada todavía, sino

que esperé a que se produjera alguna nueva señal. Y la señal se produjo de modo imprevisto, pues una mano se aferró de repente a la mía y me obligó a reclinar me junto a una figura cubierta por una especie de túnica de penitente. Distinguía con dificultad los agujeros donde debían estar los ojos, el negro hueco de esa mirada irreconocible, un amasijo de telas deformando el contorno del cuerpo. La mano me buscó luego la boca con un balbuceo medroso, tapándomela como si reclamase un sigilo o una complicidad que en absoluto se correspondían con lo que habíamos convenido. Se me alojó de pronto en la garganta la sequedad de una congoja emocionante.

Quienquiera que fuese la que allí se escondía, no denotó ninguna expresa intención de atenerse a las reglas del juego. Ni ella parecía desear que yo la reconociera ni yo estaba en disposiciones de intentarlo. La túnica exhalaba un tufo intermedio entre el alcanfor y el jabón verde, ese olor taciturno que me llegaba también al recuerdo desde otro sitio y me envolvía con la consistencia de algo gelatinoso y apetecible. La encapuchada me obligó entonces con apremiante incertidumbre a que me situara encima de ella, mientras yo procuraba averiguar por algún indicio si era Custodia o la prima quien así se comportaba. Y en eso sentí unas piernas desnudas aferradas a las mías, un vientre tenso aplastándose contra mi cadera. Quise estirar del capuchón para descubrir a la enmascarada, pero ella se revolvió bruscamente y me sujetó las manos al tiempo que dejaba escapar un quejido ansioso.

El cuerpo empezó a bascular bajo el mío, y yo me acompasé aturdidamente a ese movimiento. Sin decir nada y sin saber muy bien por qué proscrita ladera del deseo estaba resbalándome. Acaricié aquellos muslos de piel caliente y reseca y traté en vano de desembarazarme del revoltijo de telas que casi me impedía respirar. Entonces, ella, la que fuese, acertó a acomodar mi sexo entre sus piernas y empezó a removerlas con una dedicación afanosa, las costuras del pantalón lastimándome las ingles. Oí otra vez el quejido, pero ahora venía como de más lejos, como si procediera de un animal amedrentado. Atravesando la noche, contagiándome de un entumecimiento efímero, una penosa codicia. Y así hasta que me sobrevino la primera inequívoca constancia del orgasmo. La circulación de una sangre hasta entonces desconocida, los repliegues de la razón anegados por el serpenteo universal del placer. Y luego, de inmediato, como otra irrupción simétrica, una laxitud, un desfallecimiento, una fatiga succionada por los vertederos de la culpa. Esa demasía, ese anhelo vergonzante que ya se iba a instalar en mi conciencia sin posible remisión.

Me acordé otra vez del día en que andábamos por las dunas de Argónida y alcancé a vislumbrar lo más secreto del cuerpo de Marianita. Me acordé de su dulce manera de orinar cerca de donde yo estaba, como si verdaderamente deseara que la mirase o, en todo caso, como si quisiera darme a entender con esa actitud que no había nada que no pudiésemos compartir de algún modo. Y eso me reconfortó sin saber por qué, seguramente porque me hacía falta convencerme de que ya habíamos pactado en aquella ocasión una íntima alianza y que todo lo que hiciéramos juntos dependía de ese pacto gustoso. Pero ¿era Marianita la que todavía continuaba agazapada a mi lado, ya enteramente cubierta otra vez con aquella túnica apestosa, obstinada en no delatarse por ninguna posible identificación de sus rasgos y comportamientos?

Ya iba a intentar averiguarlo, cuando descubrí a la otra incierta figura. Embozada en una especie de capote militar y con un turbante tapándole toda la cara, permanecía muda e inmóvil junto a uno de los baúles. Era la representación indebida de un tapujo, una deserción, una delincuencia triste. Vagaba por algún sitio o por todas partes la resonancia antigua de los muebles, y eso le añadió una nueva extrañeza a la perplejidad. Me imaginé que esa recién llegada había presenciado todo lo ocurrido y se disponía a intervenir de un momento a otro para recriminarnos y desenmascarar a la indecente. Pero no hizo nada de eso. Se limitó a desplazarse con mucha calma y a esperar que la otra se reuniese con ella. Ninguna de las dos se parecía en nada a la que yo sospechaba que debía ser. Oí un cuchicheo amordazado y, cuando me disponía a acercarme yo también, ya corrían las dos hacia la otra parte de la cochera. Debieron abrir a poco la puerta que daba al patio, porque un resplandor somero atravesó la penumbra y catapultó contra la solería y la pared de enfrente la larga sombra de los bultos que por allí circulaban.

Salí de la cochera como de una modorra provocada por la fiebre y apenas me entretuve en buscar a Marianita. Tampoco encontré a Custodia donde supuse que estaría. Tuve entonces la abúlica impresión de que no deseaba verlas en aquel momento. A lo mejor ni siquiera iba a atreverme a hablar de lo que aún no había asimilado del todo. Así que ya me disponía a volver a casa cuando tropecé con tía Carola en la galería de arriba. Fue como si ella me hubiese descubierto en la cochera, como si yo hubiese tanteado su cuerpo oculto bajo la túnica de penitente. Me vi a mí mismo investido de una pecaminosa jactancia de hombre y pensé que primo Aurelio ya no iba a poder vanagloriarse de nada que yo no hubiese vivido también, incluso con un más amplio surtido de conmociones. Tía Carola me dio un beso y me dijo:

—Creí que ya te habías ido.

Y yo:

—¿Qué hora es?

Tía Carola me miró como si esa pregunta rutinaria incluyera el reconocimiento de una irregularidad. Rozó un momento mi mejilla con su mano: una caricia que siempre tenía algo de excitante y que sólo parecía referirse entonces a la vaga concesión de un indulto.

—Tengo que hablar contigo —bajó la voz hasta reducirla a un susurro despojado de toda autoridad—. ¿Vas a venir mañana?

Contesté que sí con la cabeza y ella me revolvía suavemente el pelo antes de desviarse en dirección contraria a la que traía. La noche se filtraba por el toldo aún sin recoger y ponía en los cristales una melancólica veladura de espejo opalescente. Me quedé un momento indeciso, el amago del cuerpo de tía Carola navegando por dentro de los ventanales. Y ya bajé hasta el patio con una sensación de abatimiento que no supe atribuir entonces a ningún laberíntico viraje de la experiencia. Pasé junto a la habitación que comunicaba con la que había sido del capellán y algo me hizo asomarme allí sin ninguna aparente razón. No había nada anómalo en aquel cuarto que seguía oliendo a galleta agria, salvo que el bargueño ya no estaba en su sitio.

Las tropelías e intimidaciones que habían venido asediando a los Romero-Bárcena se hicieron directamente alarmantes con el triunfo del Frente Popular. Alfonso María, que siempre andaba temiéndose lo peor, salió entonces de dudas. Entre comprar una punta de reses de media sangre o adquirir una buena partida de botas de solera, optó por no cerrar ninguna clase de tratos que no fuesen los de confabularse contra aquel gobierno desalmado. Su indignación le reactivó los ardores patrióticos, sabiendo como sabía que todas esas vesánicas violencias serían bien pronto sofocadas por medio de otra violencia razonable. La vida para él se parecía ya con bastante aproximación a una trinchera. Tal como iban produciéndose los acontecimientos, no había otra elección: o hacer la guerra por cuenta propia o dejarse aplastar en la más sucia de las emboscadas.

Las quemas de cosechas, las ocupaciones de fincas, los atracos y barbaries de toda especie (que ni siquiera habían podido atajarse durante el bienio restaurador) se propagaron entonces con predecible brutalidad. De modo que Alfonso María creyó llegada la hora de los remedios contundentes, ya que —según sus cálculos— la fiera andaba suelta y lo menos que podían esperar los pusilánimes o los pisaverdes era que los destriparan en un callejón. Concertó pues lo mejor que pudo la defensa de las distintas propiedades familiares y puso con renovada fogosidad su tiempo exclusivo, sus estrategias de caballista y sus buenos dineros al servicio de la causa salvadora.

Adelaida Conticinio no llegó nunca a enterarse muy bien de lo que pasaba, por más que su marido la instruyese con meticulosa impaciencia sobre los serios peligros que corrían. De todos modos, don Sebastián Romero-Bárcena —aun sin desaprobador ni mucho menos las actuaciones y beligerancias de su primogénito— prefirió no intervenir de una forma directa en los embrollos de la lucha clandestina. Se limitaba a proponer y hasta a financiar todo aquello que consideraba más juicioso o más efectivo. Pero algo lo mantenía en un permanente estado de desasosiego. Tal vez le rondara por algún recodo de su astucia la convicción de que una actitud pasiva muy bien

podía servir para mitigar las actividades en su contra. Con esa credulidad vivía.

Reunió a la sazón muchos datos sobre los presuntos valedores y adversarios con que contaba en toda aquella comarca. Examinó, como primera urgente medida, la nutrida nómina de sus asalariados, sacando en conclusión —siquiera fuese sobre el papel— que los resultados no le eran enteramente desfavorables. Casi ninguno de los empleados de la bodega y muy pocos de los jornaleros del campo olvidarían en su momento las mejoras, justicias y caridades con que los distinguió por propia iniciativa. Otra cosa era el censo incontrolado de braceros estacionales y la imprevisible caterva de envenenadores a sueldo que bullía impunemente por donde menos se pensaba. Pero lo más intranquilizador de todo se refería, sin ninguna duda, a lo que se pudiera estar tramando en las pocilgas gubernamentales.

Después de haber conseguido la promesa de restitución de la finca que le fuera expropiada tiempo atrás, don Sebastián veía ahora con creciente enfurecimiento que no sólo debía dar por perdida esa esperanza, sino que muy bien podían sobrevenirle otros descalabros peores. Un temor enojoso, una airada suerte de impotencia, lo llevaron incluso a plantearse muy en serio la posibilidad de levantar el campo. Tampoco le iba a resultar muy difícil trasladarse con toda la familia a Londres, una vez solventados a tales fines los pertinentes apaños financieros. A lo mejor hasta era una magnífica idea. No la comentó sin embargo con el hijo, pues ni éste iba a juzgarla oportuna ni en modo alguno consentiría en abandonar su puesto de combatiente. Así que, en un alarde de equidad doméstica —favorecido tal vez por la zozobra—, reunió a la mujer y a las dos hijas con sigilo inútil para un intercambio de opiniones.

Adelaida Conticinio, que no estaba acostumbrada a semejantes deferencias por parte del marido, tampoco llegó a tener una noción coherente del asunto que se debatía.

—Si tienes que irte a Londres —sugirió entre dos meditados suspiros—, no comprendo a santo de qué vamos a tener que acompañarte.

Don Sebastián procuró hacer acopio de una condescendencia que en absoluto figuraba en el repertorio de sus hábitos.

—No es que yo tenga que irme —intentó explicar—, lo que sucede es que, tal como andan las cosas, quizá nos convenga quitarnos de en medio una temporada.

—Que yo sepa —dijo Adelaida Conticinio—, la temporada en Londres viene a caer por octubre.

—Depende —opinó María Patricia—. El Derby se celebra por mayo, el miércoles anterior a Pentecostés.

Don Sebastián miró para unas figuritas de marfil alineadas sobre una consola y tuvo la insidiosa sospecha de que había bebido menos de lo que debía.

—La primera vez que fui con papá —dijo Adelaida Conticinio— se me voló un sombrero precioso que llevaba. Hace ya mucho tiempo, claro, cuando todavía se me volaban los sombreros.

—Mamá —musitó Carola.

—Lo que nunca entendí muy bien —prosiguió la madre— es que el Derby sea sólo para purasangres de tres años. No le veo la necesidad.

—¿Quieres escucharme un momentito? —cortó don Sebastián sin ánimo siquiera para levantar la voz.

Y dijo su mujer:

—No he hecho otra cosa desde hace veinticuatro años —entornó los ojos con cierto desconsuelo—. Dime.

—¿Nos tomamos una copa? —preguntó Carola—. ¿Llamo para que la traigan?

—Ahora —dudó don Sebastián—. No —decidió—. Primero vamos a hablar un poco de ese viaje, si no es mucho pedir.

—Nadie me ha preguntado si quiero irme —dijo en tono lastimero María Patricia.

Don Sebastián buscó con los ojos la copa que no habían traído, se apretó las sienes entre el índice y el pulgar y dijo como si hiciera esfuerzos para salir de un sueño decepcionante:

—Maldita sea —encendió un cigarro para no dirigirse a nadie en particular—. Si se me ocurrió lo del viaje es porque las cosas no pueden ir peor. Seguro que van a venir a por mí.

—Te lo tenías muy callado —dijo Adelaida Conticinio.

—Pensé que lo mejor era poner tierra por medio —continuó don Sebastián cambiando la expresión de paciente por la de reo—. Unos meses en Londres y, a la vuelta, ya habrá pasado todo.

Carola se puso de pie, fingió sacudirse el humo del cigarro de delante de la cara y no miró directamente al padre. Dijo con una seguridad postiza:

—A ti no van a hacerte nada.

—Me vais a disculpar —dijo la madre—. Ya debe de estar ahí Epifanio con el coche.

—¿Y tú cómo sabes tanto? —le preguntó bruscamente el padre a Carola.

Hubo un silencio huraño, del que parecían colgar los flecos de alguna sospecha, de alguna prevención.

—Me lo imagino —dijo Carola—. Tampoco van a venir a buscarte así como así.

El padre también tardó en responder y, cuando lo hizo, tenía hinchada más de lo común la vena por donde corre la ira.

—Si yo me entero que ese francés de mierda te está calentando los oídos, quien va a ir a por él soy yo. ¿Me explico?

—La niña no tiene por qué escuchar esos disparates —terció no sin entereza Adelaida Conticinio—. De modo que me haces el favor de cambiar de tema. Ya sabes que los juicios temerarios me producen taquicardia —se rozó las sienes con las yemas de los dedos—. Ni Carola ha vuelto a ver a ese joven ni a él se le va a ocurrir intentar verla.

—Yo sé por dónde voy —reiteró don Sebastián—. Menudo pájaro.

Parecía que iba a hablar Carola, pero no llegó a hacerlo.

—Me ha dicho el ama que hay pájaros que vuelan para atrás —dijo María Patricia sin que nadie prestara atención a su infinita delicadeza.

—Con los del sotabanco nunca se sabe —concluyó Adelaida Conticinio—. Pero eso ya es agua pasada —se arregló el peinado con mano titubeante mientras miraba a Carola—. ¿Algo más?

No hubo ciertamente nada más que hablar. Así que la reunión finalizó como había empezado: sin que se decidiera nada nuevo sobre el supuesto viaje a Londres y sin que ninguno de los reunidos llegara a enterarse muy bien de lo que argumentaban los otros. Pero —sobre todo— sin que ni don Sebastián ni su mujer alcanzaran a barruntar las verdaderas intenciones de Carola, quien acababa de celebrar juntamente la mayoría de edad y los definitivos preacuerdos matrimoniales con Juan Claudio Vallon. De haberse maliciado lo que su hija maquinaba en secreto, Adelaida Conticinio habría entendido muy bien y secundado de lo más a gusto —una vez restablecida del correspondiente soponcio— la conveniencia de aquel viaje a Londres. Lo que ya resultaba menos seguro era saber cómo habría actuado don Sebastián.

Pocas semanas después, llegó una noche a casa Alfonso María con la expresión inconfundible del que ha escapado a viva fuerza de una disputa con Satanás. El padre apenas se había dejado ver en todo ese tiempo fuera de sus más prudentes reclusiones, mientras la madre había seguido comportándose como si su rango la convirtiera de hecho en un personaje intocable. Los dos estaban inusualmente recogidos en sus respectivas habitaciones cuando apareció Alfonso María: ella dedicada a sus novenas o sus heráldicas y él a

sus desvelos y sobresaltos, sin presumir en absoluto la irreparable consternación en que iba a sumirlos la noticia que les traía el primogénito.

Y la noticia era que aquella misma mañana, aprovechando unas horas de asueto combativo, se había acercado Alfonso María a una venta de las afueras, donde lo esperaba para almorzar uno de sus patrulleros de confianza. Pero el esparcimiento tuvo un epílogo desastroso, porque Juan Claudio Vallon también andaba por allí festejando con otros de su calaña a saber qué gatuperios. Al principio, ninguno de ellos aparentó reconocer al otro, se ignoraron incluso con parsimonia. Hasta que a un sujeto de aspecto leonino, pelirrojo y achaparrado, se le ocurrió decir en un tono de más que provocativo calibre:

—Huele a cabestro —olfateó a su alrededor—. Huele a cabestro que apesta.

Ni Alfonso María ni quien con él estaba se dieron por aludidos, más por entender que no era ocasión de una réplica adecuada que por ninguna clase de acobardamiento.

Y dijo otra vez el pelirrojo, esta vez dirigiéndose al ventero:

—¿Tienen cebada? —se registró las encías con un dedo inmundo—. Es que a lo mejor se le apetece a alguien de postre. Digo yo.

El ventero miró a ninguna parte con cara de premuerto.

Y así hubiese seguido mirando a no ser porque Juan Claudio Vallon se levantó de improviso y puso una mano autoritaria en el hombro del pelirrojo. Aunque aquél no padeciera de ninguna dificultad respiratoria, eso era lo que parecía.

—No tengo por qué aguantar a ningún aguafiestas —dijo con impensable mesura—. De modo que ni una palabra más.

—Un tipo duro —susurró el que acompañaba a Alfonso María.

El pelirrojo, contra toda presunción, se limitó a mascullar algo ininteligible y a situar la cabeza a ras del plato de salmorejo que comía. Y fue entonces cuando otro de los que estaban con él, un muchacho enlutado y enjuto, de aparentes buenos modales y acento foráneo, se quedó mirando no sin alguna insistencia a Alfonso María.

—¿No es ése tu cuñado? —le preguntó a Juan Claudio Vallon.

Alfonso María debió de oírlo, porque apartó de un manotazo su silla y se acercó a la otra mesa. Tanteaba con la mano la cintura del pantalón, por donde llevaba oculto el cuchillo de monte. Empezaron a oírse unos ruidos caseros hasta entonces inaudibles.

—¿Me entretengo en presentarme o voy al grano? —dijo Alfonso María con el aplomo del que se hace obedecer por señas.

—Disculpe —respondió Juan Claudio Vallon—. Soy Juan Claudio Vallon. No sé si le suena.

—Déjame pensar —dijo Alfonso María, y dio un impasible paso al frente—. Tú eres el cabrón que andaba molestando a mi hermana.

Juan Claudio Vallon hizo dos gestos casi simultáneos, uno hosco de contrariedad y, a continuación, otro de calma dirigido a los de su mesa. No parecía alterado, sólo quizás incómodo.

—Lamento que sea así —dijo sin ningún titubeo—. Su hermana y yo nos hemos casado el jueves. Queremos irnos de viaje enseguida.

Algo más iba a añadir, pero no tuvo tiempo. Alfonso María se le echó encima, las manos por delante, justo cuando el otro patrullero se adelantaba también dispuesto a intervenir. Juan Claudio Vallon esquivó el golpe y se mantuvo unos momentos a la defensiva.

—Quietos —ordenó cuando dos de los suyos se levantaron precipitadamente y sujetaron a Alfonso María—. Aquí no va a pasar nada.

Y no pasó nada. O no pasó lo que parecía más previsible. Alfonso María, a saber por qué inesperado quiebro de su conducta, ni siquiera amagó un nuevo intento de agresión una vez desembarazado de quienes lo retenían. Se le había acentuado la palidez y jadeaba como después de haber bregado con un potro cerril. Los dos desiguales bandos permanecían expectantes, sólo separados entre sí por el vuelo de las moscas. El sol dejaba caer sobre los ladrillos una nítida franja de polvo de cereal, que el ventero atravesó entonces con plausible indiscreción. No miró a nadie, sino que se acercó a recoger las copas de la mesa que había ocupado Alfonso María. Si quiso dar a entender que no quería trifulcas en su casa y que la fiesta había terminado, lo consiguió en parte. Utilizó un mugriento mandil para sacudir el asiento de una silla y luego observó atentamente el reflejo de su propia imagen en una de las ventanas.

—Vamos a cerrar —dijo sin volverse.

Alfonso María recuperó de pronto sus hasta entonces mal aprovechadas dotes de mando.

—Aquí se cierra cuando yo lo diga —ya lo había dicho—. Así que lárgate.

El ventero —o su sombra valerosa esbozada en la ventana— desapareció sin más requerimientos. Alfonso María se dirigió entonces, ya nuevamente caracterizado de barbián, a Juan Claudio Vallon y le dijo:

—¿Dónde decías que te ibas, aparte de al carajo?

—¿Le quito el aguijón? —preguntó el pelirrojo conforme se removía los testículos—. Yo no me quedo sin quitarle el aguijón a este bicharraco. Lo conozco de sobra y a mí no me va a picar.

—Calla —dijo Juan Claudio Vallon.

El pelirrojo se quedó un segundo pensativo. Miró primero a la puerta que daba al campo y luego se acercó a la mesa de la que acababa de levantarse. Cogió una copa, la llenó hasta arriba de coñac y se volvió otra vez para donde estaban los otros. Nadie dijo nada, tampoco se movió nadie.

El pelirrojo levantó la copa, trazó con ella un semicírculo a manera de brindis y por último metió adentro la nariz, la cual ostentaba un notable aspecto de mazorca. Ni el brindis ni aquella especie de hociqueo resultaban pertinentes, aunque también parecían responder a un premeditado desafío. Los que estaban junto a él lo observaban casi con respeto. El pelirrojo se tapó un agujero de la nariz, inclinó la copa hasta conseguir que el otro agujero se sumergiera en el coñac y empezó a sorber con un gorgoteo que remitía al de un drenaje atascado. Se le fueron tiñendo de un color cárdeno un poco más vivo los rosetones de las mejillas, ésa fue la única anomalía apreciable. La succión fue lenta, aparte de ruidosa. No parecía que el líquido estuviese siendo trasegado a través del tabique nasal, sino deglutido por un órgano accesorio situado más o menos a la altura de la tráquea. Era una operación bastante irregular, pues quien así tragaba confirmó en todo momento que podía sustituir de lo más bien la función de la boca por la de la nariz. En efecto, el pelirrojo ni se atragantó ni sufrió ningún síncope por ingestión descarriada de coñac. Lo único que se oyó, y no mucho, fue un sorbeteo de mucosidades, como una fricción de lijas en la garganta.

Sólo cuando el pelirrojo dejó su copa en la mesa y cogió otra se produjo un fugaz movimiento por parte de algunos concurrentes y un aplauso aislado. El bebedor (si así podía llamársele) no había dejado en la copa más que un resto imperceptible. Procedió entonces a chascar repetidamente la lengua, como saboreando las excelencias de la bebida, y a meterse el pulgar por un orificio de la nariz y el índice por el otro, removiéndolos con manifiesta delectación. Se le dibujó luego en los labios una mueca que lo mismo podía ser de desprecio que de sorna, y se dirigió a Alfonso María diciéndole:

—Ahora, usted —le tendió la copa—. Está invitado.

Y en ésas el patrullero que iba con Alfonso María sacó una pistola casi al mismo tiempo que le caía sobre la mano lo que debió pensar que era un martillo pilón y resultó ser un puño concienzudo. La pistola corrió por los

ladrillos como una rata y fue puntualmente recogida por el muchacho enlutado.

—Mierda —dijo otro de los que estaban con Juan Claudio Vallon—. Esta gentuza, si no anda con una pistola, no saben ni dónde meterse.

—Mira cómo tiemblo —dijo Alfonso María sin que se supiera exactamente a quién se dirigía.

—Usted se va a ir por donde ha venido —dijo Juan Claudio Vallon en un nuevo y quizá más vejatorio alarde de comedimiento— y aquí se ha terminado la función.

—La función no ha hecho más que empezar —corrigió Alfonso María—. Porque si yo me entero que es verdad lo de mi hermana, voy a salir a buscarte hasta con perros —le apuntó nerviosamente con el índice, sacudiéndolo en el aire—. Te juro que no vas a tener ni tiempo de esconderte.

—Váyase —dijo Juan Claudio Vallon.

—La pistola —dijo Alfonso María, extendiendo la palma de la mano como si de la indiscutible devolución del arma dependiera su aceptación de marcharse.

—Váyase —repitió Juan Claudio Vallon.

Silbó por alguna rendija una escueta racha de viento y esa simple referencia introdujo en la tensión del ambiente una especie de respiro transitorio.

—La pistola me la quedo —dijo el muchacho enlutado—. Tengo que dar parte y, además, así no hay peligro de que me la claven un día por la espalda.

—Te lo comunico —dijo Alfonso María, y se volvió con un desacostumbrado titubeo para Juan Claudio Vallon—. Tú y yo nos vamos a ver antes de lo que te figuras. Los dos solos, mano a mano —señaló vagamente para los otros—. De modo que vete preparando, porque te voy a machacar.

—De acuerdo —dijo sin inmutarse Juan Claudio Vallon—. Pero ahora salga de aquí.

La salida de Alfonso María y el patrullero pudo calificarse de muchos modos menos de airosa. El patrullero iba entre mohíno y anonadado, pero el primogénito de don Sebastián Romero-Bárcena llevaba todas las trazas de ir seriamente descompuesto. Mudo y lívido, engulló en un momento y vomitó en otro toda la furia y la humillación acumuladas durante aquel episodio infamante. Le costaba trabajo comprender por qué no había hecho uso del cuchillo de monte en el mismo momento en que lo pensó. Sólo así habría podido dejar íntegra constancia de su dignidad y se habría ahorrado el peor de

los enconos, esa quemazón virulenta, ese escarnio retrospectivo que abruma a quienes evocan lo que no se atrevieron a hacer. El reconcomio de una frustración que lo martirizaba por dentro igual que una enfermedad corrosiva. Y luego —o sobre todo— estaba la vergüenza, la ignominia perpetrada contra su apellido. De ningún modo podía creer que su propia hermana, una Romero-Bárcena, una Conticinio —una Malcorta, en suma—, hubiese cometido la villanía de casarse con un enemigo de todo aquello en que él compendiaba las verdades absolutas de la vida. Debía de tratarse de una sucia provocación, de una mentira repugnante, porque de no ser así su venganza iba a parecerse demasiado a un fratricidio.

Pero era cierto. Cuando Alfonso María volvió esa noche a su casa y se limitó a narrar los hechos que atañían a la familia, lo primero que hizo don Sebastián —después de quedarse estupefacto— fue volcar de una patada una rinconera y medio sobreponerse a la apoplejía entre toses y maldiciones. Salió luego para la habitación de Carola doblemente pertrechado con las credenciales del basilisco y del justicia mayor, seguido de cerca por su desolada mujer y su frenético hijo. Atravesaron todo un ala de la casona, casi se perdieron unos de otros por la galería alta que circunvalaba el patio y penetraron en la penumbra discontinua del corredor que llegaba hasta la habitación de Carola.

Los tres entraron sin llamar, impelidos por los agobios simultáneos de la respiración y la conciencia. Pero algo los acobardó un instante. Paralizados en un nuevo reducto de la perplejidad o una última moratoria de la evidencia, contemplaban aquella habitación apenas reconocible y desmesuradamente vacía. Y ese vacío, esa extrañeza hacía más dramático el rastro inencontrable de una fragancia a alhucema, un color celeste, un rumor de organdí. No hicieron falta las preguntas, bastó con una somera ojeada para comprender que Carola se había ido. Había ropas tiradas sobre la cama, algún cajón abierto, unos papeles por el suelo. Los tres permanecían como enajenados, hasta que finalmente Alfonso María se acercó al tocador y recogió de allí un sobre. Era la prueba irrefutable de la deshonor, la confirmación del agravio infligido a toda una estirpe. A don Sebastián se le reprodujo el ataque de cólera, mientras su mujer prorrumpía en una llantina silente y acongojada y su hijo apretaba dentro de su puño el puño del cuchillo de monte hasta hacerse sangre.

El nombre de Carola fue inmediatamente borrado del registro doméstico de los Romero-Bárcena y del árbol genealógico de los Malcorta. Se prohibió hablar de ella y se impartieron severas órdenes al servicio para que se

abstuviese de recordarla. Pero quien con mayor dificultad soportó el oprobio fue, por supuesto, Adelaida Conticinio, más por lo que entrañó de inconveniencias y bochornos ante los demás que por la íntima magnitud de la desdicha. Renunció en parte a sus hábitos piadosos fuera de casa, limitó considerablemente la frecuencia de visitas y andanzas ecuestres y llegó incluso a replantearse la disyuntiva de viajar a Londres —como en un principio se había sugerido— o retirarse a un convento, lo que ya era más engorroso. La reacción de Alfonso María obedeció, sin embargo, a otra suerte de fanatismo. Después de atormentarse por el error incomprensible de no haber llegado a la casa antes de que escapase Carola (instada sin duda por Juan Claudio Vallon a anticipar la huida), inició un rastreo inútil y sanguinario de los fugitivos por toda aquella comarca. Pero, antes que perseguir a los causantes de un baldón familiar, lo que pretendía era vengarse en la persona del burlador de su hermana de un atentado a su propia honra de patriota y de prohombre.

Pero el tiempo no tiene paredes. A la larga, Adelaida Conticinio acabó habituándose a aquella conmoción. Y las heridas fueron cicatrizando poco a poco, sobre todo cuando alcanzó a enterarse —a través del ama Remedios— que la niña vivía feliz aunque en ignorado paradero y que de lo único que carecía era del perdón de los suyos. Una posibilidad que, efectivamente, no había dejado de apuntar alguna vez por los entresijos sentimentales de los Romero-Bárcena. Incluyendo en primer lugar a María Patricia y excluyendo en cualquier momento a Alfonso María.

13

—Me manda el señor deán —empezó por decir la santita Micaela—. O sea, que he venido por eso.

Se había presentado en casa a una hora de lo más importuna y mi madre dudó entre recibirla en la sala que quedaba junto al zaguán o no recibirla en ninguna parte. Pero ella, la santita Micaela, insistió tanto y aseguró ser portadora de un recado tan impostergable, que al fin bajó mi madre a ver de qué se trataba.

—Don Ismael se va a morir —dijo la santita Micaela.

Mi madre debió pensar que quien se iba a morir allí mismo era aquella anciana que ya estaba sirviendo en casa de abuelo cuando éste se casó, y que se había ido poniendo ahora como más decrepita y diminuta a medida que hablaba. Vestía una bata color murciélagos, a manera de hábito frailuno, el sayal desteñido por las muchas penitencias.

—Todos nos vamos a morir —sentenció mi madre.

La santita Micaela se santiguó y dijo:

—Perdone usted, doña María Patricia —era la primera vez que la llamaba así—, pero algunos papeles estaban en el bargueño y don Ismael me los dio a guardar —suspiró antes de seguir—. El señor deán me ha encargado que el sobre se lo entregue a usted. Que ya hablará él con don Alfonso María. Va todo.

—¿A mí? —se extrañó mi madre—. ¿Por qué a mí?

—Eso me ha dicho —reiteró la santita Micaela, y había en su mirada ese chisporroteo con que a veces se manifiesta la maldad del bondadoso—. No a don Alfonso María ni a doña Carola: a usted.

Una mosca —llegada probablemente hasta aquella sala impoluta en el sayal de la santita Micaela— se posó en la mano de mi madre, quien la espantó con un gesto que más parecía de rechazo por lo que acababa de aclarar la vieja sirvienta.

—No sé qué pinto yo en todo esto —dijo mi madre.

—Aquí lo tengo —dijo la santita Micaela, y extrajo de las interioridades de la bata un sobre no muy abultado y algo estragado—. Ayer confesó el

señor deán a don Ismael. Todavía conoce.

Mi madre recogió el sobre, que venía abierto, lo ahuecó como con escrúpulos y se lo puso sobre la falda. No sabía qué decir y dijo:

—Dale recuerdos de nuestra parte.

—El pobre no está ya para recuerdos —musitó la santita Micaela entre dos hipos lacerantes—. Se nos va.

—El pobre —repitió mi madre—. ¿Necesitas algo, Micaela?

—Resignación —dijo ella conforme se restregaba la nariz con un pañuelo color panocha—. De esta noche no pasa.

Mi madre creyó llegado el momento de la despedida y se puso de pie. La santita Micaela también lo hizo. Miró a uno y otro lado del recibidor en busca seguramente de algún consuelo y, como no lo encontrara, se dirigió hacia la puerta a pasitos menudos y titubeantes. Sólo entonces se volvió con dificultad y ensayó una trémula reverencia.

—Que Dios se lo pague —murmuró.

Al parecer, mi madre no tuvo muchas ganas de leer enseguida aquellos papeles, o se olvidó de hacerlo, porque el sobre estaba intacto en una mesa de la sala. Yo había visto entrar y salir a la santita Micaela, y fue como si su sola figura me hubiese hecho evocar de nuevo el bargueño del capellán, sin poder discernir en qué paraje de la memoria seguía arrumbado. Allí estaba otra vez aquel cofre ilusorio donde yo había escondido algo que tenía al mismo tiempo el valor de un tesoro y de una trampa. Ese atasco de la razón, ese estupor laberíntico, ese entorpecimiento. Pero ¿me ofuscaba ya entonces aquella sensación recurrente, o la asocié ese mismo día a otro significado, precisamente cuando me adelanté a toda la familia en enterarme de la confesión de don Ismael?

Bajé al recibidor cuando subió mi madre, y enseguida me tentó el reclamo efímero del sobre. No me detuve a pensar ni en quién lo había dejado allí ni de qué se trataba. Tampoco sentía ninguna especial curiosidad por saberlo. Lo cogí simplemente y, como no estaba cerrado, saqué los papeles que contenía. Al principio, me quedé un poco aturdido, pues encontré unos ajados recortes de periódicos referentes a no sé qué crimen. Había también una hoja del Boletín Oficial con la noticia, subrayada a mano, de que se mandaba expedir carta de sucesión en el título de conde de Malcorta, a favor de don Alfonso María Romero-Bárcena y Conticinio. En la parte superior de esa misma hoja —que servía de camisa a unas cuartillas manuscritas— aparecía con letra temblona y aguada tinta violeta la siguiente indicación: *Para entregar personalmente a su señora hermana doña María Patricia.*

Me senté y ojeé las cuartillas muy de pasada, sin entender exactamente a qué o a quién se referían, ya porque la letra era a ratos ilegible, ya porque la redacción de algunos pasajes resultaba bastante intrincada. Pero volví a leerlas más despacio y, según lo hacía, me fui dando cuenta de que aquello era una especie de confesión testamentaria de don Ismael. Sentí entre las piernas un martilleo gélido, y luego una náusea, un arañazo corrosivo en el vientre. Volví a dejar el sobre como estaba y salí del recibidor con la acongojante certeza de haberme asomado al pozo de las grandes prohibiciones.

Don Ismael murió efectivamente aquella misma noche, y su muerte provocó, entre otras aflicciones de menor monta, la desmedida de la lectura del contenido del sobre. Mi madre anduvo un buen rato por los umbrales de la lipotimia, en tanto que mi padre llamaba a toda prisa a tío Alfonso María para poder cotejar juntos aquella tremenda historia. No era para menos. La confesión ológrafa del capellán sacaba a relucir las interioridades atroces de una vida que nadie —o casi nadie— podía haber imaginado. Decía textualmente así:

Mi nombre es Ismael Navarro Codolat y escribo esta confesión en perfecto uso de mis facultades mentales y con la esperanza de que Dios, en su infinita misericordia, y los hombres, en la suya finita, se dignen perdonar a este miserable pecador.

Es mi voluntad que el presente escrito se entregue a doña María Patricia Romero-Bárcena ya que, excepción sea hecha de su señora madre, ella fue siempre quien con mayor benevolencia acogió a este indigno ministro del Señor mientras sirvió como capellán en la Casa. Y se lo hago llegar, ya a punto de acudir al Juicio de Dios Padre, para que los crímenes y sacrilegios que he cometido en mi infame vida sean conocidos primeramente por doña María Patricia, a quien suplico dé a esta confesión el destino que estime de más cristiano provecho. Y que si es también voluntad de Dios, propague en consecuencia mis gravísimas culpas para ejemplo de pecadores.

Sé muy bien que mis errores son imperdonables, pero que alguna penitencia he cumplido ya en este valle de lágrimas, así sea por el peso que ha abrumado mi conciencia desde que me ordené de sacerdote y que seguirá abrumándome hasta el día de mi muerte, que confío no sea tarde. Deseo pues declararme públicamente convicto y confeso de un crimen que me ha hecho merecer y aceptar el martirio durante todos estos años. Ya en vísperas de presentarme ante Dios y después de confesar y comulgar, abro también mi

corazón a mis amadísimos hermanos para que ellos se dignen, si no perdonarme, sí tenerme presente en sus oraciones.

Yo casé muy joven con una moza castellana, de nombre Marcela Retortillo y de edad de diecinueve años. Era ella de natural afectuoso y siempre me esperaba despierta al volver de mi trabajo, el cual era entonces el de celador nocturno en una fábrica de botellas. No me dio hijos, Marcela, o no tuvo tiempo de dármelos, pero sí alegrías, y muchas, que pronto iban a ser amarguras. Todo iba bien en nuestro hogar y nada más lejos de mi ánimo que temerme ninguna malandanza. Pero llegó un momento en que mi esposa fue perdiendo la costumbre de esperarme despierta, y aun se mostraba remisa a levantarse cuando yo lo hacía, bien entendido además que ella era muy hacendosa y gustaba de tenerlo todo muy arreglado. Pero también en eso se fue descuidando. Incluso se mostraba de lo más reacia cuando yo la requería, con perdón, para las relaciones conyugales. Lo cual que me preocupó bastante y ahí empezó el calvario. Después de muchos días de celos y de no querer rendirme a la evidencia, quise comprobar de una vez por todas lo que más me temía. Y lo primero que hice fue ponerme a vigilar la casa cuando normalmente tenía que estar en mi trabajo, con lo que vine a salir de dudas y a entrar en aborrecimientos. Mi esposa me engañaba con el hijo de un talabartero de mi misma calle Alcauciles. Lo vi entrar y salir de mi casa por dos veces, y yo aún me resistía a admitir semejante traición. Hasta que una noche me decidí a espiar más de cerca a los adúlteros, y si no llegué a verlos, sí los oí entregados a sus bellaquerías.

A partir de entonces yo era una fiera acorralada. Me aguanté el sinvivir esperando la ocasión más oportuna para poner justo término a mi odio. Y la ocasión se presentó una noche en que hasta los elementos estaban en mi contra, pobre de mí. Llegué de madrugada al hogar mancillado, me oculté en un recodo de la escalera desde donde se oía bastante bien todo lo que ocurría en mi casa y esperé con el corazón hecho un tambor. De pronto oí voces subidas de tono y como una algazara de carreras y empujones. Por lo que pude colegir, el hijo del talabartero estaba más que rabioso por algo y gritaba y parecía zarandear a mi esposa. Y eso no lo pude soportar, que Dios me perdone una y mil veces. O sea, que ya iba a intervenir en plan de ceguera total, cuando escuché un alarido y un fuerte golpe. Me quedé paralizado y enseguida vi salir corriendo al hijo del talabartero. Titubeé un momento sin saber si perseguirlo o enfrentarme a la mala pécora, y entonces presentí la desgracia. Entré como una exhalación y me encontré a mi esposa tendida a un lado de la cama, con un borbotón de sangre en mitad de la

cabeza. Sólo oí el ruido que hacía la sangre saliendo de la cabeza. Ciego como estaba, descubrí en el suelo una mano de almirez ensangrentada, y ahí quiso Belcebú que me perdiera. Porque me acerqué al cuerpo de mi esposa y noté que estaba viva y entonces cogí con un pañuelo la mano de almirez y le golpeé en el mismo sitio de la cabeza hasta que se fue apagando poco a poco y al fin dejó de respirar. El resto de los detalles se los ahorro por caridad a quien esto lea. Sólo añadiré que yo había estado llorando todo el tiempo y ahora caigo que, aunque yo era entonces un descreído, quien lloraba por mí era la Santísima Virgen.

Salí de mi casa y anduve sin rumbo y sin darme cuenta de nada hasta que, con las primeras luces, recuperé también las mías. Era la hora en que yo solía volver de la fábrica, así que regresé al lugar del crimen como si tal cosa y me puse a dar gritos y a pedir socorro, con lo cual se despertaron los vecinos y alguno se fue a avisar a la guardia. Nadie dudó que el asesino era el amigo de mi esposa, al que ya habían visto más de una vez por allí en sus merodeos. Ni siquiera lo dudó el propio amigo de mi esposa, que la había dado por muerta. Lo demás ya es otro abismo de maldad socavado con mi silencio. Junto a este escrito van unos recortes de periódicos que he conservado todos estos años como recordatorio de mi condenación eterna y que dan cuenta de lo ocurrido. Mi arrepentimiento ha sido tan largo como mi penitencia y mi cobardía. El único asesino soy yo, y además por partida doble, porque también dejé que mataran a un inocente, que tampoco es que lo fuera. Ahora ya sólo me queda confesarme a las puertas de la muerte y pedir con toda humildad una oración por mi alma. Que Dios Nuestro Señor y Su Santa Madre se apiaden de mí y me acojan en Su Seno Misericordioso. Amén.

Hasta ahí la confesión autógrafa de don Ismael referente a su inconcebible crimen. Pero eso no era todo lo que había en el sobre. Además de los muy manoseados recortes de prensa, apareció una libretita de hojas rayadas y escritas con letra de pendolista, donde figuraban algo así como unos fragmentos de diario. El capellán discurría en ellos sobre sus torturas de viudo, sus recuerdos del frente a las órdenes del alférez Romero-Bárcena (otra novedad ciertamente extraña) y su decisión de hacerse sacerdote. También se comentaban muy de paso sus últimos días en casa de abuelo, a partir sobre todo del accidente que lo dejara medio inválido.

Todo era más bien como un atropellado compendio de memorias a medias inteligibles, contriciones con aire de conjuros y espesas diatribas contra los

enemigos del alma. Pero lo más llamativo se centraba, sin duda, en las referencias a su batacazo y a su posterior actitud penitenciaria.

Los recortes de periódicos contenían noticias en torno al crimen de la calle Alcauciles, del que incluso se acordaba bastante bien el ama Remedios. En todos ellos se hablaba de las circunstancias del asesinato, de los testimonios de los vecinos y de las pruebas incontestables que acusaban al hijo de talabartero. El resto eran crónicas sobre el veloz desarrollo del juicio, la personalidad del asesino —que se había entregado y declarado culpable— y la condena a la pena capital. Una maraña sórdida y un morbo declamatorio. Rezumando del vórtice mismo de los agravantes, las alevosías y las lágrimas de cocodrilo.

Según todas las presunciones, don Ismael había actuado al hilo de una concepción tan espontánea como minuciosa del crimen perfecto. Pues no había ni un solo dato —incluidos los tangenciales al propio crimen— que no se volviera en contra del hijo del talabartero, quien por lo demás se fue para el otro mundo convencido de que se había llevado por delante a la mujer de don Ismael. Hasta tío Alfonso María se empeñó en afirmar, un poco a contrapelo de lo que sostenían mis padres y tía Carola, que en buena ley natural el culpable del asesinato era el amante. Aunque eludió hablar de esa enigmática referencia al frente, defendió tozudamente que lo único que había hecho don Ismael era acelerarle el tránsito a una persona a quien otra había golpeado con intención de matarla. Ni siquiera el capellán, cuyas sutilezas argumentales resultaban más bien irrisorias, habría sido capaz de aplicarle a su crimen ni ésa ni ninguna otra fortuita atenuante. De todos modos, entre la mano ejecutora y la imprudencia temeraria no cabía más que el suspiro entrecortado de la justicia.

Tras la ejecución del amante de la Marcela Retortillo, el viudo entró —de acuerdo con sus declaraciones— en una tenaz fase persecutoria. Descubría por todas partes enemigos incógnitos, espías disfrazados de mariposas nocturnas, vengadores a sueldo. Llegó a soñar con un almirez titánico donde todos los talabarteros del mundo machacaban el veneno que acabaría con él. Hasta que una noche vio la cara de Dios. No una alegoría o una especie de pan o una quimera, sino exactamente la cara de Dios. Y Dios le habló diciéndole que lo abandonara todo y entrara en religión, pues sólo así podría purgar hasta cierto punto sus horrendos pecados. De manera que lo abandonó todo y entró en religión, con lo que las persecuciones se redujeron a las normales capitaneadas por el demonio. No se sabe ni cuándo cantó misa ni por dónde anduvo. Tampoco está claro si sus exámenes de conciencia

espantaron a algún confesor o si, por el contrario, no llegaron a espantar a nadie porque tampoco se franqueó con nadie. Lo único que añadió tío Alfonso María fue que un buen día se lo encontró en la prioral, donde ejercía de subdiácono y ostentaba una meritoria pinta de desvalido. Así que le ofreció con raro empeño el cargo vacante (por inexistente) de capellán de los Romero-Bárcena. Don Ismael aceptó enseguida y a poco pidió instalarse en la casona para poder cuidar mejor y más cerca de su rebaño. Hasta ahí la primera parte de la historia.

En los papeles del capellán se hablaba poco pero con atención obtusa de los días que precedieron y siguieron al accidente. De pronto, como sin darle importancia, se hacía hincapié en que el Enemigo —con mayúscula— lo seguía acechando y que tenía pruebas fehacientes de que maquinaba contra su persona. Pero él no se mostraba amilanado, sino antes bien deseoso de arrostrar el peligro y acabar de una vez por todas con su pecadora vida, que es el paso para otra más dichosa, etc. Había pasajes muy confusos, de sintaxis enrevesada. Pero lo entendible también era sustancioso. Después del tropezón en la capilla, siguió escribiendo, mortificándose por lo menudo y lamentando con santa humildad que su caída no hubiese resultado del género de las mortales. Sustentaba, sin embargo, una promesa solemne: la de fingir que se había quedado mudo, para agregar así ese sacrificio simbólico a su criminal silencio. Todo lo cual, unido a la restante suma de sacrificios (no citaba cuáles), quizá pudiera servirle para equilibrar la balanza que el juez supremo debía sopesar. Hablaba también muy por encima de las tentaciones de la carne, de su animadversión contra tío Alfonso María por forzarlo a abandonar la casa y de otros enigmas de la naturaleza.

Las disquisiciones sobre la azarosa vida de don Ismael no aportaron —por el momento— ninguna otra novedad. Tampoco fueron muy duraderas. Sólo tal vez tía Carola y el ama Remedios (y algo menos mi madre) tuvieron sus motivos para insistir en todo aquel enredo de sorpresas y alarmas retrospectivas. También a los primos les afectó casi tanto como a mí el furtivo descubrimiento de la confesión del capellán, pero fue como otro secreto sólo compartido con tía Carola. A lo mejor también dependió de eso que no quisiera o pudiera olvidarme de la historia de don Ismael, incluida la imagen hermética del bargueño.

A pesar de las prevenciones de don Sebastián Romero-Bárcena —sustentadas a partes iguales por una creciente tendencia a la cautela y un testarudo sentimiento monárquico—, su primogénito decidió suscribir hasta las últimas consecuencias los preámbulos de la sublevación militar. Es más, se ofreció como correo secreto entre el general Queipo de Llano y el teniente coronel Yagüe, entregándose a partir de entonces a una actividad fervorosa y agotadora y aceptando también un riesgo que su propia temeridad parecía ir neutralizando. No escatimó ni esfuerzos ni caudales y llegó a dirigir el comité regional que coordinaba los preparativos del levantamiento. Viajó entonces con regularidad solemne a las ventas y las cortijadas donde Queipo solía conspirar de incógnito y se entrevistó repetidamente con Yagüe en algún lugar del Protectorado.

Más de una vez, cuando recurría a la confidencia sutil de los espejos, no podía dejar de reconocer en sus propias facciones las marcas del héroe. Esa irrefutable convicción de que no le importaba jugarse la vida aun sabiendo que el adversario tenía las cartas marcadas. Así que cuando el gobierno prohibió la Falange y encarceló a su jefe, Alfonso María creyó llegados los tres momentos de irreplicable magnitud que otorgan los dioses a sus elegidos. Ya era —de improviso y por junto— el paladín de la justicia, el portaestandarte de la fe y el lugarteniente del Dios de los ejércitos. Pero se invistió no obstante de pueblo llano —ensuciando y desluciendo una de sus prendas camperas— para cumplir el proceloso deber que se había unilateralmente prescrito. Convocó en primer lugar al Juan de Juana que fuera su secretario y al Jacinto Manotriste que se le ofreciera como vengador, y los nombró ayudantes de campo. Ya había engrasado las pistolas y escogido la munición y el combustible. Sólo le faltaba reconfortarse, en calidad de hijo espiritual, con el director de los Luises. A última hora, también optó por recabar los servicios de uno de los escuadristas a su cargo, un lobo serrano que había sido condiscípulo suyo en el colegio. A los tres les hizo saber que se trataba de una colaboración voluntaria y que, por consiguiente, no estaban obligados a ninguna estricta disciplina.

La Casa del Pueblo formaba chaflán con una calle anchurosa y sin salida, flanqueada de acacias. No era, desde luego, un buen sitio para andar merodeando por allí sin despertar sospechas. Pero Alfonso María ya había mandado vigilar los contornos y sabía muy bien que, a partir de la medianoche, los únicos que podían recelar eran los gatos, ya que en aquellos días de barbarie generalizada ni siquiera el puterío se atrevía a trasnochar. De manera que esperó hasta las dos de la madrugada para llevar a cabo sus propósitos. A esa hora, además, el local estaba vacío, con lo que tampoco iban a producirse víctimas no necesariamente recomendables en aquella ocasión. Su exclusivo deseo consistía en dar una respuesta memorable, demostrar de una vez por todas que la falaz persecución contra la causa antes enardecía que achicaba a sus centurias. Con esa unción preparó la represalia que más daño podía ocasionar.

Se habían dividido en dos grupos, que llegarían por caminos opuestos al lugar convenido. Uno de ellos estaba formado por Alfonso María y Juan de Juana y el otro por el lobo serrano y Jacinto Manotriste. Disfrazados como iban de braceros o de gentes del muladar (tan por lo menudo que enseguida se veía que no lo eran), fueron atravesando las calles vacías hasta recalar, cada expedición por su lado, en una placita encuadrada por blancos paredones de bodegas. Apenas había luz, sólo un farol esquinero asperjaba sobre el halo de la humedad un fulgor mate punteado de mosquitos. Juan de Juana llevaba a la espalda un talego y Jacinto Manotriste un serijo colgado del hombro. Los otros dos sólo eran portadores del fuego vindicativo.

Desde allí a la Casa del Pueblo no habría más de cien pasos. Se oía mugir la sombra a ras de los adoquines. Alfonso María dio las órdenes sin hablar: hizo un gesto con la cabeza a Juan de Juana y alertó con los ojos a Jacinto Manotriste. Los dos avanzaron con un sigilo que parecía emular al que ampara al depredador. Alfonso María y el lobo serrano se fueron tras ellos y se separaron antes de llegar al chaflán, apostándose cada uno a un lado de la calle. Todo estaba en calma y no había en la noche más respiración que la que ellos intentaban contener. Alfonso María notaba pasar los segundos como si el tiempo fuese otro enemigo agazapado. Pero la llamarada no tardó en abrirse paso por los corredores inocuos de la oscuridad. Ululando, resquebrajando la tablazón del silencio, multiplicando sobre los muros las siluetas fugitivas de los incendiarios.

Pero no todo salió como había calculado Alfonso María con tan sañuda intrepidez. Incluso no resultaba pesimista hablar de frustración. Se conoce que Juan de Juana debió olvidar las lecciones del pirómano utópico que fue su

padre, pues una de dos: o bien el combustible utilizado era insuficiente, o bien el edificio que se pretendía quemar era en parte incombustible. Porque el fuego sólo alcanzó a dañar y no mucho dos habitaciones del piso bajo, aparte de deslucir el revoque de la fachada. Eso fue todo. Alfonso María revisó ya en frío aquel aparente fracaso y sacó la conclusión de que, al menos como advertencia, la acción tampoco había dejado de acercarse razonablemente a los objetivos previstos. En todo caso, mandó llamar a Juan de Juana y le notificó muy en serio que, en el improbable caso de que volviera a repetirse semejante ineptia, sería inmediatamente relevado de sus funciones y aun devuelto a su primitivo estado de perdulario. Juan de Juana juró y perjuró que el petróleo era de la mejor clase y la cantidad la precisa, y que no se explicaba cómo no había ardido la casa entera y, de paso, alguna otra colindante. Pero las muchas gestiones pendientes y el acumulativo frenesí de los acontecimientos, relegaron bien pronto ese percance al trastero de los asuntos secundarios.

La frecuencia de los desplazamientos de Alfonso María en misiones de enlace, lo hicieron pensar en la conveniencia de comprar un coche lo más cómodo y seguro posible, con el fin de que no pudiera surgir el menor contratiempo a este respecto. Y tal como lo pensó lo hizo. Encargó en Londres un modelo del que tenía las mejores referencias, un Bentley 3,5 de seis cilindros, muy seguro y silencioso, gemelo de otro que acababa de adquirir Jorge VI. El coche era sin duda un real coche. Lo único que no guardaba demasiada relación con los viajes clandestinos a que iba a dedicarse era su muy acusada condición de lujoso. Circular con él por la ciudad o los caminos vecinales venía a ser algo muy parecido a ir pregonando lo que se pretendía ocultar. Pero Alfonso María no era tan imprudente, pues ya había calculado que, como las cortinillas del coche se corrían por telemando, también podía él sustraerse en cualquier momento a la curiosidad ajena. Hasta que fue el mismo general quien le hizo ver lo equivocado que estaba y lo aparatoso del transporte, sugiriéndole que escogiera entre abandonar el coche o el cargo. Un mensajero secreto viajando en el más ostentoso automóvil que se viera nunca por allí resultaba por lo menos extravagante. De modo que Alfonso María renunció de inmediato a toda tentación de comodidad o de lucimiento, y encerró el Bentley en la cochera, no sin encomendar a Epifanio que lo cepillase y abrillantase cada día como si se tratara de un pura sangre. Tal vez columbrase entonces que no estaba lejos el día en que podría conducirlo con la misma fachenda con que guiaba su madre los coches de caballo, pero ya él al frente de las escuadras victoriosas.

Todos esos ajetreos patrióticos de Alfonso María, con ser tan atosigantes, apenas se dejaban sentir en el régimen interno de la familia. Don Sebastián seguía prefiriendo hacerse el desentendido sin estarlo y Adelaida Conticinio continuaba firmemente decidida a no comprender nada de lo que pasaba. Ya repuesta en parte de la bochornosa huida de Carola, repartía su tiempo en dar paseos matutinos en el tílburí, auspiciar nuevas campañas en el ropero parroquial y prevenir con exhortaciones y componendas el casamiento de María Patricia. Acaso pensara que con eso podría resarcirse en alguna medida de la desgracia mayúscula de la otra boda, si es que podía llamarse boda a un acuerdo civil propio de herejes.

María Patricia obedecía por abulia connatural a la madre y aceptó de grado a un pretendiente galés que llevaba años en proceso de aclimatación por aquella zona. Era éste un joven de impecable solvencia —de nombre Gregorio Hardy y de profesión sus vinos— que contaba con el efusivo beneplácito de los Romero-Bárcena. La novia, que había copiado de la madre y aun mejorado una elegante tendencia a la distorsión, no estaba muy segura de ver en el matrimonio algo más que una penitencia confortable. A lo mejor era porque había jugado poco de niña: también en eso se diferenciaba de la hermana. Mientras Carola venía a ser como el paradigma hermoso de un cruce de sangres mutuamente tonificadas, María Patricia era la prueba última de una endogamia ejercida por los Malcorta desde hacía siglos.

Familias emparentadas entre sí o vinculadas por linajes interpuestos, procreando sucesivamente otras ramas genealógicas entroncadas a su vez con aquéllas; castas impelidas por sus propios códigos morales a abominar de los mercaderes, no aceptando al principio las lisonjas de la industria vinícola y cayendo después en la tentación de un lucro que las liberarían en cierto modo de su condición de fin de raza. Esa endogamia de improviso interrumpida por heterogéneas alianzas sanguíneas, que podían dar simultáneamente como resultado gentes exquisitas y crepusculares, translúcidas y desmemoriadas, requeridas por la atávica apelación del incesto y enfermas de temor de Dios, o bien criaturas bellas y disponibles, benignas, solares, magnánimas. María Patricia o Carola.

La fecha de la boda o no se anticipó lo suficiente o tuvo que retrasarse porque la situación no estaba para jolgorios. Así que Adelaida Conticinio tuvo tiempo sobrado de instruir a la hija en un farragoso catálogo de alegorías y rudimentos conyugales, en tanto que don Sebastián procedía a despreocuparse un poco de todo por el sistema de ocuparse de algo disparatado: trasladar los restos de un galeón hundido por aquellas aguas a un patio de la bodega. Fue

una obstinación ardua y bastante costosa, amén de ilegal. Pero todo marchaba por su orden, hasta que nadie estuvo dispuesto a admitir que el acarreo de un navío podrido encajaba bien con otras podredumbres ambientales. De modo que el costillar del galeón quedó restaurado sólo a medias, o sea, con menos aspecto de galeón que el que ya tenía cuando lo encontraron. Y era un curioso desafío imaginativo ver los pecios a medio ajustar, los trozos de baos y cuadernas confundidos con otros maderos que por allí se amontonaban. Una suerte de naufragio erróneo, cuyos restos permanecieron envinándose bajo un cobertizo de la bodega, hasta que unos arrumbadores empezaron a usarlos como cuñas para calzar barriles. Algo así como si el viejo roble de los toneles —traído como lastre en los navíos que volvían de Indias— se reencontrara con esa otra pátina oceánica del maderamen de los antiguos galeones.

Una de las noches en que volvió Alfonso María de sus descubiertas por los pagos circunvecinos, se trajo con él a una hija y un hijo de los ocho que tenían los Berengaria —parientes lejanos de los Conticinio—, con la idea de que pasaran el fin de semana en la casa. Él, Ignacio, era una especie de adjunto de Alfonso María, y ella, Socorro, había actuado en sus ratos de ocio de correo normalmente imperfecto entre el Requeté local y los militares adictos. Ninguno de los dos tenía más de veintitrés años. Socorro parecía demasiado quebradiza vista de perfil y era muy blanca de piel y muy negra de pelo, con unos grandes ojos siempre como despavoridos y la boca muy lubricada por una lenta sensualidad. Ignacio, en cambio, disponía de una gordura indolente y su calidad de moreno tenía ese tono descolorido de los que padecen fotofobia. También sufría de cierta incontinencia de baba. No parecían desde luego hermanos, pero los dos gozaban de una idéntica y dulce propensión a los goces terrenales.

Adelaida Conticinio no salió de su gabinete para recibir a los invitados, aunque sí dio abundantes muestras de contento cuando ellos entraron a saludarla. Era ya tarde y un calor de probable origen infernal continuaba calcinando esa parte del mundo. Adelaida Conticinio mandó llamar a la hija y ésta a su vez al padre y se hicieron preparar una especie de resopón de bienvenida en el porche del traspatio, donde la cocción parecía rebajarse hasta el nivel del fuego lento. El vino, aunque traía la frescura exacta del aljibe, reactivó los sudores y encandiló las lenguas, y allí se estuvieron todos platicando e intrigando sin llegar a asfixiarse hasta bien entrada la madrugada.

A Alfonso María se le había inyectado una especie de euforia tórrida en la mirada. Se le notó sobre todo cuando anunció que en aquella casa, que tanto tenía de bastión inexpugnable, se iban a celebrar por junto dos casamientos: el

de María Patricia con Gregorio Hardy y el suyo con la mujer que ese mismo día había elegido para siempre como suya. Don Sebastián y su mujer se abstuvieron de respirar durante unos segundos, no ya porque la noticia los hubiera naturalmente sobresaltado, sino porque se temían cualquier dislate. Pero el primogénito los sacó enseguida de dudas, porque se adelantó a coger de la mano a Socorro y la condujo con paso de minué hasta situarla delante de los padres. Adelaida Conticinio abrió entonces los brazos con fílmica benevolencia y acogió en ellos a la azorada novia, mientras don Sebastián, Ignacio y María Patricia esperaban su turno para besuquearla con fruición consecutiva. Los brindis y plácemes podían haberse extendido a buen seguro hasta el alba, a no ser porque los interrumpiera la aparición súbita del cochero Epifanio y de un mozo que ejercía entonces de ayuda de cámara de don Sebastián. No hicieron falta más que unas pocas palabras para que el curso de la noche —y de otras muchas noches— cambiara de sentido.

—Acaban de llamar de parte de don Gonzalo —dijo Epifanio casi en un susurro—. Que el toro ya está en la plaza.

Alfonso María adoptó primero la posición de firmes y luego besó el detente que llevaba prendido del forro de la chaqueta.

—Por fin —exclamó, y un traspies le descoyuntó el ademán castrense—. Ha llegado la hora. Vamos.

TERCERA PARTE

Ni los primos ni yo —que habíamos nacido más o menos cuando acabó la guerra— disponíamos de más información sobre lo ocurrido que la que nos fueron suministrando, a retazos y sin orden, en casa o en el colegio. Lo único seguro era que habíamos ganado y que tío Alfonso María, si no como un mártir, sí debía ser exaltado como un héroe. Había algo, sin embargo, que seguía sin encajar demasiado bien en ese mecanismo soberbio que condujo a la victoria. No es que se tratara ni mucho menos de ninguna duda consistente, sino de una especie de indecisión surgida de esas confidencias adicionales que nos había ido haciendo el cochero Epifanio. Todas ellas estaban movilizadas por la adulación antes de que por ninguna clase de censura, y todas se referían a episodios de la guerra —o de poco antes o poco después— protagonizados por tío Alfonso María.

Nos enteramos así —por ejemplo— de la existencia de Juan de Juana, un personaje por el que Epifanio sentía una aversión a todas luces inagotable. Y así supimos también de los secretos del cuchillo de monte —aunque no de los del máuser— que tío Alfonso María conservaba con celo talismánico. Todas aquellas correrías nocturnas, cuya violencia inclemente sólo parecía atribuible a la barbarie enemiga, nos contagiaba de un nuevo y difuso malestar emocional. Era más que nada una forma de desconcierto que tenía mucho que ver con los imperativos religiosos. Un cruzado de la fe de ninguna manera podía usar las mismas artimañas que un esbirro del mal. Epifanio decía que la guerra no tenía otra salida y que, en el campo de batalla, o uno mataba al contrario o el contrario lo mataba a uno. De eso sabía él bastante y probablemente tenía toda la razón. Pero yo no me quedaba demasiado conforme, aunque tampoco dejara de comprender cuántos sacrificios había costado alcanzar una paz tan justamente gloriosa.

En un principio, tío Alfonso María quiso que sus dos hijos ingresaran en las organizaciones juveniles del régimen, si bien nunca dejó de mantener sus reservas frente al decreto de unificación de falangistas y tradicionalistas. No se preocupó él de consultar con nadie esa decisión, pero dicen que cuando llegó a oídos de la abuela, ésta se opuso del modo más empeinado a

semejante desatino. Adujo, como primera medida, que la guerra santa era una cosa y otra bien distinta que los del sotabanco se la inculcaran en tiempos de paz a unos Malcorta, aunque lo fueran por línea colateral. Abuelo Sebastián, en cambio, no quiso intervenir en la disputa, pero aseguró que era una de las pocas veces que veía a su mujer tan implacablemente decidida a hacer cumplir su voluntad. Y la hizo cumplir.

Como quien ha vivido muchos años encerrado en una mazmorra, medio oyendo entre las mudanzas casi imperceptibles de la oscuridad los ruidos que llegan de fuera, y va enterándose por el carácter de esos ruidos del transcurso de los acontecimientos, hasta que al fin logra escapar y recupera al punto todo lo que le había sido sustraído, así actuó y se remuneró abuela Adelaida. De modo que ni primo Aurelio ni —en otro sentido— prima Marianita se afiliaron a ninguna milicia patriótica. Tampoco acudieron (como hicieran en su día mi madre y tía Socorro, cosiendo brazaletes y confeccionando prendas de punto) a la llamada de ningún clarín de la victoria. Y eso también supuso otro desajuste sentimental, porque primo Aurelio se mostró de lo más entusiasmado con la idea de poner sus fervores al servicio de la causa triunfante y, cuando supo que no lo iban a dejar, prometió vengarse de un modo sibilino. Aquel año lo suspendieron en todas las asignaturas.

La verdad es que mi padre, debido sin duda a su procedencia británica, no intervino para nada en aquellas exaltaciones políticas. Mantenía siempre una actitud distante, aunque en ningún caso adversa, quizá porque eso era también lo que propugnaban otros compatriotas más o menos adictos. En cuanto a mi hermano Gregorio —que prácticamente se había educado en Swansea—, nunca había participado en nuestras alianzas y apenas tuvo relación con lo que vivimos entonces. Él era un Hardy que no llegó nunca a pertenecer de veras al clan de los Romero-Bárcena. Tampoco tendría mayormente nada que decir de todo aquello. Pero yo sí conocía, por supuesto, muchas historias terribles de la guerra, referidas más que nada a lo que Epifanio nos había ido contando, si bien las asociaba vagamente a un raudo sentimiento de aventura, a una excepción incitante dentro de las rutinas de cada día. Eso era todo. Aparte de la convicción irreductible de que éramos los primeros esclarecidos depositarios de una patria heroicamente reconquistada.

En esas andábamos, cuando una tarde convinimos primo Aurelio y yo escaparnos de las estériles clases que nos daba un jesuita experto en ciencias exactas. Como no teníamos nada mejor en qué entretenernos, nos fuimos a la otra cochera (la que se había hecho construir abuela Adelaida) para ver los caballos. Primo Aurelio ya se las daba entonces de muy entendido y se

vanagloriaba de ser el último vástago de la mejor dinastía de jinetes de la comarca. Tenía razón desde luego, pero me producía cierta competitiva irritación el tono con que lo proclamaba, como si su abuela no fuese también la mía.

Era un día de invierno muy tibio y había como una equivocación en el viento que llegaba por el rumbo del mar, un viento raro del suroeste cuyo extremo más remoto debía estar rebullendo en algún verano. El portón de la cochera estaba medio abierto, y ya íbamos a entrar cuando descubrimos un poco más abajo, estacionado junto a unos almacenes, el coche de tío Alfonso María. Yo no le di mucha importancia, pero primo Aurelio pareció inquietarse, no ya porque su padre nos fuese a sorprender, que eso era lo de menos, sino por lo desusado de su presencia allí a aquellas horas. Estuvimos dudándolo un momento, pero al fin decidimos entrar, más con el prurito del espía que con las imprevisiones del desocupado.

Nos aventuramos primero por la penumbra de la cochera y luego nos fuimos deslizado, al abrigo del muro, hasta el fondo de la nave que formaba ángulo con la cuadra. Vimos de paso los carruajes que había reunido abuela, y estaban todos: los dos faetones, los dos landós, la victoria y el tílburí, aparte de otra joya, el viejo Bentley del tío. Pero donde no estaban todos, porque no había nadie, era en la cuadra. Revisamos los boxes, nos metimos en el almacén del forraje y ninguno de los mozos andaba por aquellos alrededores. Sólo faltaba mirar en la habitación hecha de mamparas de madera que quedaba a la entrada. Y para allí nos volvimos usando de la misma cautela.

Antes de llegar, oímos las risas. Parecían provenir de dos o más personas y ninguna de ellas trataba de recatarse. Nos acercamos muy despacio, cuidando de no hacer crujir el albero del piso, y pegamos el oído a la mampara. Las risas habían remitido, pero se escuchaban voces —una de hombre y otra de mujer— de inequívoca concordancia sexual. Yo me quedé unos momentos intentando localizar esas voces en mi memoria y lo único que saqué en claro fue que ninguna era la de tío Alfonso María. Y eso me dejó bastante confundido. Primo Aurelio, mientras tanto, se había dedicado a buscar una posible rendija, alguna fisura del ensamblaje de la mampara, y debió encontrarla, porque lo vi muy quieto con un ojo pegado a la madera. Me acerqué entonces con los sigilos multiplicados y le pedí por señas que me dejara mirar. Y él tardaba en dejarme, de modo que se lo volví a pedir por el procedimiento de empujarlo levemente, y ya pude atisbar muy de precario el interior de la habitación. Sólo alcancé a ver de espaldas parte del cuerpo de tío Alfonso María, que permanecía inmóvil en una butaca, una copa sujeta de la

mano colgante, mientras delante de él dos figuras desnudas actuaban sobre el diván. Apenas pude verles las caras, pues se las encubrían mutuamente o bien las interceptaba el cuerpo de tío Alfonso María. Pero ya me apartaba primo Aurelio para ponerse él a fisgar otra vez, mientras yo me quedaba medio absorto, la mirada perdida por unos remiendos encalados del paredón de enfrente.

Una turbia excitación, ese imán lascivo que atrae a veces a quienes presencian la lascivia de otros, me abigarraba las ideas. Veía sobre un fondo de luciérnagas parpadeantes las piernas anudadas, los vientres apretujados, la ondulación de los cuerpos. Y era como si yo estuviera siendo mi propio testigo, como si me hubiese descubierto a mí mismo acostado con la deseada mujer de mi prójimo. Penetrando en la angostura. Abandonándome a la succión de una cera movediza. Me acordé juntamente de tía Carola y de la prima y de Custodia y de aquella muchacha que estaba en La Valerita cuando la pela de los alcornoques y me llevó con ella a un sombrero de la cárcava para enseñarme cómo se hacía. Y también podía haberme acordado de algo más, a no ser porque primo Aurelio me cogió del brazo con evidentes muestras de que teníamos que escapar. Y yo no hice otra cosa que escapar, incluso sin saber que lo hacía.

El viento del suroeste había rolado al norte y ya era otra vez un invierno reconocible, húmedo y sin demasiado frío, que se notaba más cuando doblamos a toda prisa la primera esquina del callejón de la cochera. Primo Aurelio no habló nada hasta llegar al otro extremo del angostillo. Y lo que dijo entonces tampoco era lo más previsible. Dijo:

—Ya habían terminado.

No contesté enseguida, porque pensé que esa aclaración no requería ninguna respuesta. Pero encontré probablemente la menos afortunada.

—¿Los tres?

Primo Aurelio me observó un momento con un descaro apremiante.

—Me estuve fijando y no los conocía de nada —dijo—. Eran dos muchachos —se esmeró por darle a las comisuras de los labios la apariencia de una sonrisa—. Qué te parece.

—Yo tampoco los conocía —dije.

—Lo único que hacía es quedarse allí mirando —dijo él con una voz repentinamente opaca—. Una porquería.

A mí también me lo había parecido, pero a buen seguro de un modo distinto a como debía juzgarlo primo Aurelio. O por otras presumibles razones. Incluso llegué a suponer que el hecho de presenciar una escena como

aquella era menos pecaminoso que protagonizarla. No, tampoco era eso exactamente, sino que en cierto modo consideraba más obsceno el acto sexual, con su secuela de repugnancia culpable, que su contemplación. Pero no hablamos para nada de semejantes conjeturas ni de ninguna otra cosa. Claro que tampoco lo habríamos sabido plantear así. Sólo en una ocasión, mientras dejábamos pasar el poco tiempo que quedaba para el de la salida de la clase, me pareció oírle decir a primo Aurelio no sé qué de la guerra. Una referencia fugaz a algo que podía tener relación con lo que se ordena y lo que se incumple. No quise, sin embargo, enterarme mejor. Ni yo tenía ganas de hacerlo ni primo Aurelio había dejado de guarecerse en una especie de retraimiento mohíno, donde debían competir la consternación y la vergüenza.

Aquella tarde no me quedé con los primos. Acompañé a Aurelio hasta cerca de su casa y yo me fui para la mía. Me imaginaba que él iba a querer desahogarse enseguida con el padre prefecto, empleando para ello la martirizante autocomplacencia del que no merece ser perdonado, ese morbo hagiográfico que venía a ser como otro consentimiento universal sobre la existencia del infierno. Yo tenía, además, la adusta presunción de que nuestra experiencia de aquel día muy bien podía ser de las memorables. Porque si el hecho de haber sorprendido al padre de aquella guisa le sirvió a primo Aurelio para enredarse en una maraña de decepciones y contradicciones, a mí me produjo también como un sobresalto biológico, una mezcla de reclamos que iban de la suciedad a la curiosidad, de la seducción al temor. Esa lascivia accesoria incluida en la repulsa a ser lascivo.

Llegué a casa más tarde de lo habitual y tampoco era habitual que me estuviese esperando mi madre. Enseguida supuse que iba a reñirme por esa tardanza o, lo que era peor, porque ya sabía que había faltado a clase. Se acercó a mí con esa altanería sonriente que tan bien cultivaban los Romero-Bárcena, y dijo casi en un susurro:

—No te asustes, cariño —me dio un beso—. Han puesto una bomba en la bodega.

Con el paso del tiempo, la casona de los Romero-Bárcena redujo en alguna medida su amplitud. Según razonó don Sebastián, aquella desmesura habitable muy bien podía ya ser mermada en beneficio de las necesidades de un negocio que, tras el paréntesis de la guerra —o en virtud de esa misma guerra—, empezaba nuevamente a crecer con imprevisión vertiginosa. Así que un buen día decidió convertir casi todo el lateral que daba al parque en escritorios adicionales de la bodega. Convenientemente segregadas del resto de la casona, no pocas habitaciones de uso prescindible pasaron así a constituir la zona noble destinada a la dirección de la empresa y a la recepción de visitantes ilustres. Antes, sin embargo, de que se terminara esa reforma —que respetó en todo la armonía externa del edificio y su hermoso patio porticado—, el hijo del primer Romero-Bárcena logró incluir en el proyecto un capricho funcional. Encargó al propio hijo del arquitecto que levantara la casona (otro don Robert Finsbury, sólo que también apellidado Molina) el trazado secreto de un pasadizo que comunicara su despacho particular con una habitación de la casa, la cual pensaba habilitar para jolgorios de urgencia.

Nadie conocía entonces —o fingió conocer— la existencia de ese pasadizo, pues Alfonso María se cuidó muy mucho de que la puerta estuviese solapada en el interior de un armario gigantesco, cuya llave sólo él poseía. La habitación que así comunicaba con el despacho estaba también aislada del resto de la casona y permanecía por lo común cerrada. Don Sebastián prefirió hacerse el sordo, pero Socorro debió oír alguna vez ajetreos que no eran los propios de una oficina, o empezó a recelar directamente de aquellas clandestinidades. Porque una noche le preguntó al marido si no habrían andado por allí ladrones carentes de toda moderación, o si más bien era alguna secretaria la que se permitía organizar esas zapatuestas. A lo que respondió el marido que él no tenía noticias de más rateros que algunos empleados de la bodega, y que a cuenta de qué despido iba a atreverse ninguna secretaria a andar alborotando.

—Entonces será que me estoy haciendo vieja y necesito una madre —decía ella, Socorro, señalando a algún impreciso lugar—. No hago más que

asustarme con unos ladrones que no han entrado.

Alfonso María miró para donde indicaba su mujer, pero allí no había realmente nada que mirar.

—Cuídate —concluía después de tragar una saliva con sabor metálico.

Pero a Socorro la mantenían entonces en vilo otras más deplorables incidencias. Pues su hermano Ignacio, ya de natural estulto, parecía atravesar por una de sus más ingratas fases de delirio. El caso es que había ido de mal en peor desde que lo reexpidieron del frente a su lugar de origen, después de haber sido declarado inútil por protagonizar reiterados ataques de lujuria, todos ellos del tipo de los vesánicos. La historia era más bien denigrante, amén de siniestra. A partir de entonces, Ignacio fue engordando hasta rondar la enormidad y llegó un momento en que se pasaba los días y parte de las noches en un puro alarido, esgrimiendo el sexo con palmarias muestras de querer machihembrarlo dondequiera que fuese. Ninguno de los Berengaria sabía ni siquiera aproximadamente cómo paliar semejante infortunio, toda vez que habían descartado por despiadada e impropia de su rango la posibilidad de ingresarlo en un manicomio. Hasta que fue Alfonso María (compañero de andanzas bélicas, además de cuñado desentendido) quien le recetó al sátiro con inesperada amabilidad lo que podía suponer al menos un alivio provisorio.

El remedio era indiscreto pero efectivo. Y consistía en que todos los martes —salvo fiestas de guardar y vísperas— Ignacio era transportado a un prostíbulo de la mayor confianza, donde se le sometía a una cura intensiva. El picado de la tarántula sabía muy bien adónde lo llevaban, porque la baba le pendía entonces del belfo con más consistencia de la común y, en vez de aullar, mugía. Ya estaba avisada y recompensada de antemano una de las pupilas del prostíbulo, la cual se encerraba con Ignacio y, después de exprimirle convenientemente los furiosos jugos acumulados durante la semana, se lo devolvía a Alfonso María en estado de sosiego periódico. Pero últimamente algo había fallado en la medicación, porque a los dos o tres días de un desfogue tan meticuloso, al desdichado se le reproducía el ciclo frenético del celo, y allí era otra vez la berrea. No había forma de aplacarlo ni con baños fríos ni con sobredosis de bromuro ni con promesas de gineceos, así que una dañina vergüenza infestaba el alma de los Berengaria. Nadie pensó, por supuesto, en aumentar la frecuencia de las visitas al burdel, aunque sí resolvieron instalar a Ignacio en un cuarto del sótano, so pena de que sus aullidos fueran escuchados hasta por la puta que los acallaba. Ignacio debía de

olfatear a la hembra desde días antes de aparearse, con lo que la espera podía parecerse mucho a un suplicio tantálico.

Socorro eligió no enterarse de los síntomas de la demencia de su hermano, al que le diagnosticaron desde un principio una satiriasis hiperestésica provocada por las muchas privaciones padecidas en el frente. Medio sospechaba ella en qué inmundo sanatorio lo metían, pero le prohibió al marido que le hablara de eso y nunca lo sacó a colación cuando visitaba a sus padres. Ya se cumplía además el séptimo mes de su primer embarazo, y no quería exponerse a que tan flagrante depravación familiar la hiciera parir antes de tiempo. Si se maliciaba de pronto que alguien —su propio suegro, sobre todo— andaba con retintines al respecto, optaba por neutralizar la injuria cayendo en uno de sus estados de incongruencia crónica, que repercutían directamente en sus relaciones con el marido. Lo buscaba a veces sin necesidad, a veces sin ganas, pero ninguna vez sin el propósito de exasperarlo.

—Quiero dar un ejemplo de humildad —podía decir en un arranque de soberbia—. Voy a entrar andando en el invierno.

—Haces bien —mascullaba Alfonso María, mientras recordaba que aún no habían terminado de sacar las sierpes en una viña o que tenía que gestionar la sustitución del inspector de abastos.

—No me des la razón como a una bobalicona —replicaba Socorro—. Ni siquiera me escuchas —se acercaba más a él cargada de justicia, la barriga de preñada por delante—. A ver si eres capaz de repetirme lo que te he dicho. Nunca me escuchas.

Alfonso María ponía cara de salir de algún ensimismamiento, pero se quedaba callado. Preparaba el gesto locuaz de tener mucha prisa y de ir a despedirse de su mujer con un beso, que ella esquivaba invariablemente, tronchando la cabeza hasta conseguir una primorosa postura de degollada.

—No —decía ella—. Vete.

Aunque sin la tenacidad militante de la guerra o de la inmediata anteguerra, Alfonso María no había renunciado en absoluto a sus proclamas y actividades políticas. El único cambio —nada perceptible— podía residir en que a veces prefería actuar en la sombra a hacerlo a cara descubierta. No por nada, sino porque una vez conseguidas las metas victoriosas por las que tanto luchó, creía llegado el momento de las retribuciones pacíficas, sin que ello significase ni mucho menos que debía descuidar la vigilancia. Al hilo de estas decisiones, rehusó las ofertas —porque fueron más de una— para ocupar cargos de responsabilidad gubernativa, así como para acaparar

nombramientos honoríficos. Su puesto estaba ya en la retaguardia, bien entendido que —entre los gravámenes de su patriotismo— la retaguardia también seguía manteniendo el valor de una primera línea de combate. Ésa era la consigna que él mismo se había impuesto. Y algo así le ocurría, aunque desde otro enfoque público y a partir de otras tácticas operativas, a don Sebastián.

La más provechosa iniciativa de Alfonso María, tras su regreso heroico de la guerra, fue aprobada primero por su padre y tramitada a continuación por los intermediarios pertinentes. Consistía en depurar aún más de lo que ya estaban los organismos municipales y renovar los primeros cargos. La designación para alcalde recayó en la persona de don Jerónimo Berengaria —tío de Socorro—, afamado ganadero y benefactor por largo, quien había sido además uno de los que con mayor ahínco contribuyera al éxito fundacional de la Falange. Nadie como él para sobrellevar el peso de aquella primera alcaldía verdaderamente inmunizada con las profilaxis del honor. Sobre todo en un tiempo en que las penurias y las contumacias exigían un permanente estado de alerta y, por tanto, el mantenimiento de una jefatura ejemplarizadora.

No contento con estas y otras parecidas gestiones, Alfonso María mandó llevar a cabo (como hiciera su padre, aunque ya con otras prerrogativas) una rigurosa limpieza de desafectos —y sospechosos varios— entre los empleados todos a su servicio. La desinfección se extendió por igual a las bodegas de almacenado y embotellado, de crianza y de exportación, a las viñas y dehesas, a la cuadra y tierras de labor. Una operación ardua, si bien inaplazable. En cualquier caso, se sobreentendía que todos esos elementos hostiles ya habían sido dispersados o no habían vuelto después de la guerra, aunque nunca estaba de más proceder a un último rastreo. La paz no podía admitir ni un solo engranaje defectuoso y el primer deber de un centinela consistía en seguir siéndolo ininterrumpidamente. El descubrimiento de dos enemigos camuflados en la dehesa corchera vino a demostrar que la búsqueda estaba más que justificada.

Comoquiera que Alfonso María había liquidado hacía poco a su compinche Juan de Juana, se agenció como vigilantes adjuntos a otros dos leales subordinados. Ambos trabajaban en el escritorio de la bodega y se habían ofrecido *motu proprio* para esa labor, lo cual ya era una garantía. Se llamaban o se apodaban Albadalejo y Pachequito, y daba la casualidad de que este último era pariente del ama Remedios, con lo que Alfonso María pudo descubrir de paso, aunque no con demasiada sorpresa, que también tenía al enemigo en casa. Pues el ama, debido quizás a sus secretas comunicaciones y

alianzas con Carola, había proclamado más de una vez que entre un vencedor sin piedad y un bárbaro había una diferencia francamente inapreciable. De modo que Alfonso María tuvo una idea desordenada: la de tomar cartas urgentes en el asunto, aunque prefirió entrevistarse primero con su madre.

Adelaida Conticinio ojeaba un álbum de fotografías de caballos famosos cuando oyó entrar al hijo. Acercaba y alejaba sus impertinentes del álbum con gesto meditabundo.

—¿Estás ocupada? —dijo Alfonso María.

La madre levantó dulcemente la vista y volvió a bajarla para decir:

—Ven, acércate.

Alfonso María se situó junto a la butaca donde estaba sentada su madre, quien pasaba ahora más aprisa las hojas del álbum. Había allí un olor acaramelado y floral, un olor a miel de espliego que parecía provenir de alguna lejana remembranza, pero que también podía estar asociado al paisaje de una de las fotografías. Alfonso María habló con el aplomo del ignorante habituado a no dudar.

—El ama está abusando —dijo.

—Aquí —musitó Adelaida Conticinio, y le mostró al hijo con un dedo cerúleo una fotografía donde un majestuoso caballo corveteaba ante un graderío—. Es exactamente igual que *Pretty*, míralo bien.

—Igual —dijo Alfonso María sin mirarlo—. No me gusta ni poco ni mucho la actitud del ama.

Adelaida Conticinio se incorporó casi sin parecer que lo hacía, y dejó caer sobre su falda los impertinentes, cuya manija pendía de una cadenita ensartada al cuello.

—¿Del ama? —se extrañó—. No sé qué tiene que ver el ama con *Pretty*.

—Está abusando —repitió el hijo—. La han oído hablar mal de cosas que son sagradas en esta casa —se redujo con la lengua la sequedad de los labios—. No me extrañaría nada que tu hija Carola tuviese algo que ver con todo esto.

—Tu hermana Carola —susurró la madre con impertérrita solemnidad— no vive en esta casa.

—Gracias a Dios —dijo Alfonso María—. Pero el ama sí.

Adelaida Conticinio cerró el álbum y, antes de asimilar lo que el hijo le había dicho, pensó en la ilusoria ridiculez de los que adoran los cristales emplomados. No podía evitar esas interferencias de ideas que incluso le resultaban a veces fascinantes. Dijo:

—El otro día rompió una vidriera, o sea, que se echó la culpa. Ignoro por qué lo hizo —bajó aún más la voz—. Nunca podría yo enfadarme por eso.

—Te estoy queriendo explicar —explicó él— que todavía no se ha dado cuenta de que hemos ganado una guerra.

—Me inclino a creer que sí —dijo ella extendiendo la mano para mirarse las uñas—. Lo sabe muy bien.

—Mañana —añadió él.

—Lo sabe muy bien —reiteró Adelaida Conticinio mientras se levantaba como de un trono—. De todos los que viven bajo este techo, la que tiene mejor memoria es el ama. No me la toques.

Alfonso María comprendió que la audiencia había terminado. Y esa certeza le produjo algún atisbo de rencor. Pero se despidió sin más de su madre y se fue para sus habitaciones con una falsificada indecisión de huérfano. Acaso pensaba que la reconstrucción nacional también se refería al acarreo de escombros en su propia casa. Todo llegaría.

Por esos mismos días ominosos, Socorro parió —un poco antes de lo calculado— su primer hijo, que fue varón y al que se le impusieron los nombres de Aurelio Sebastián Alfonso. Era —a mayor gloria del clan— el tercer Romero-Bárcena. Así que don Sebastián quiso celebrar la llegada de ese primer nieto con un bautizo memorable. Pero fue la propia abuela quien se opuso con ceñuda frugalidad a hacer ningún derroche de vinos y comidas, precisamente cuando todos conocían muy bien los todavía humeantes estragos de la guerra y de la epidemia de hambruna. De modo que no hubo más festejo que el privado, que fue de mucho lustre y que casi se prolonga en otro bautizo sucesivo. Pues ocurrió que a los tres meses escasos del nacimiento de Aurelio, también dio a luz María Patricia, esta vez a su debido tiempo. Era asimismo un varón, medio rubiasco y pecoso, a quien el lacónico padre (nacido anglicano, pero recién convertido por decreto al catolicismo) quiso llamar con antifamiliar empeño José Daniel.

Don Sebastián Romero-Bárcena ya pensaría por entonces que, de esos dos nietos tan simultáneos, el verdaderamente suyo era Aurelio, un Romero-Bárcena por línea directísima, heredero en su día de todo lo que él, a su vez, dejaría a su hijo. Sin contar con el condado de Malcorta que le correspondería por la rama de los Conticinio. El otro, José Daniel, ese medio británico hijo de Gregorio Hardy y de María Patricia, era sin duda de la casa, pero sólo hasta cierto discutible grado, si no de consanguinidad, sí de merecimientos.

Había un cobertizo en la azotea, dedicado más bien a antesala de basurero, donde primo Aurelio encontró un tesoro. Se trataba de un viejo alambique que, una vez desprovisto de las primeras cochambres, mostró un aspecto directamente fastuoso. Casi todo el aparato estaba hecho de metal incorruptible y, a poco que se arañase, aparecía un refulgente color parecido al del cobre. La parte que debía ser la caldera estaba intacta, y el serpentín un poco comido por la herrumbre, de modo que nada impedía seguir considerándolo un tesoro. Resultaba, además, bastante manejable, pues su tamaño venía a abultar lo que dos canastas de ropa, que fueron las que utilizamos para transportarlo hasta una rinconada próxima al lavadero.

La labor de limpieza y desatranque de conductos nos llevó su tiempo, pero el aparato quedó impecable. Primo Aurelio, al ver tanta belleza, pensó que lo mejor era proponerle al cochero Epifanio que nos encontrase un comprador. A lo que Marianita y yo nos opusimos terminantemente, asegurando que lo más productivo era montar una especie de destilería clandestina y, andando el tiempo, fundar incluso una marca de licor con el eufónico nombre de El Lince de Fuego. Y en eso quedamos. Nos comprometimos a mantener en secreto absoluto las componendas empresariales y, cada tarde de aquellos comienzos del verano, subíamos a la azotea para ir preparando la campaña de producción. Era un proyecto extraordinariamente llamativo, a la par que rentable.

Lo primero que hizo primo Aurelio fue conseguir una especie de manual del perfecto destilador (que resultó ser asignatura muy asequible) y luego agenciarse una damajuana de vino de cocinar y otra de vinagre de vino. Antes, sin embargo, de proceder a ningún trabajo concienzudo, juzgamos conveniente iniciarnos en las enseñanzas del manual y reducir la primera tentativa a la obtención de agua destilada, con lo que también sabríamos luego a qué atenernos. Se parcheó para ello con una cataplasma hecha de escayola y cenizas la zona del serpentín más dañada por el moho, y arrastramos el aparato hasta el lavadero. Encendimos después el fogón destinado a las

coladas, llenamos la mitad de la caldera con agua del grifo y la colocamos sobre el fogón.

Fue una larga y emocionante espera. Habíamos llamado a Custodia, quien se escapó de la costura para no perderse la inauguración, y todos estábamos de lo más excitados. Hubo un momento, no obstante, en que se soltó el tubo que comunicaba la caldera con el serpentín, y allí nos vimos y nos deseamos para volver a colocarlo en su sitio. El vapor resoplaba por el cuello del tubo y sólo envolviéndolo con unos trapos conseguimos ajustarlo mejor. Y ya todo fue bien. A la hora larga de estar oyendo borboteos y chasquidos alarmantes, empezó a gotear por el extremo del serpentín lo que debía ser agua destilada. Pero no pudimos comprobarlo. Custodia se decidió entonces a mojar un dedo en el lebrillo que habíamos colocado debajo. Se lamió repetidamente el dedo, pero ella tampoco parecía conocer a ciencia cierta el sabor del agua destilada. Los demás, uno detrás de otro, probamos también con el debido asco aquel líquido turbio, y nos limitamos a poner la misma cara de inexpertos que Custodia.

—Sabe a aljofifa —dijo ésta.

—Sabrá a lo que sea —dijo primo Aurelio recordando el manual del perfecto destilador—. Pero eso es lo que queda después de enfriarse el vapor de agua.

—Viene en el libro —agregué yo.

La prueba con el vino se realizó al día siguiente. Hacía un calor terrorífico en el lavadero, un calor que olía a festín de buitres en medio de una solana. Venía de fuera una llamarada cuya calentura no debía ser muy distinta a la del fogón. Marianita y Custodia nos miraban hacer los preparativos, pero en ningún momento consideramos pertinente que ellas metieran baza en tan arriesgado asunto. Cuando el fuego estuvo bien encendido, echamos una de las garrafas —la del vino de cocinar— en la caldera. Era una garrafa de arroba, o sea, que contenía como dieciséis litros. Aquello no tardó tanto como el agua corriente en ponerse a hacer gárgaras. Primero empezó a salir un espumarajo por el emplaste con que habíamos cubierto el cuello del serpentín, y luego todo el aparato empezó a trepidar al ritmo de la ebullición. Por lo que pudiera ocurrir, nos apartamos hasta la puerta del lavadero, y Custodia incluso prefirió salirse a mirar por uno de los ventanucos.

La explosión no sonó mucho más que una traca modesta, pero el incendio parecía ocupar buena parte del mundo. El serpentín se había reventado, escupiendo el presunto alcohol por todas partes y no tardando en prenderse junto a la leña que por allí se apiñaba. El primer momento fue de perplejidad

y el siguiente de inconsciencia, pues Aurelio y yo entramos en el lavadero con la idea de coger unos cubos, llenarlos de agua e intentar sofocar el fuego. Marianita se cubrió la cara con las manos y Custodia empezó a dar gritos descomunales. Ni Aurelio ni yo conseguimos nuestro propósito, Aurelio porque se quemó una mano y yo porque lo único que realmente se podía ya hacer era salir corriendo.

El cochero Epifanio y uno de los mozos acudieron antes que nadie. Luego subió tía Carola provista de sombrilla, a renglón seguido el ama Remedios y por último el grueso de la servidumbre. Ya habían sacado por una de las lucernas del altillo una manguera y el mozo consiguió inyectar un mediano chorro de agua dentro del lavadero. Las llamas salían por los dos ventanucos y una humareda cárdena empezó a sobrevolar la azotea y a buscar la querencia del patio. Pero el mozo que manipulaba la manguera no parecía haber hecho otra cosa en toda su vida, porque actuó con tan meritoria competencia que, a la media hora, ya no quedaba del fuego más que un hálito apestoso y una neblina como de pantano. Eso sí, el lavadero había quedado consecuentemente dañado o, al menos, con un escrupuloso aspecto de irrecuperable.

Una vez desmontada la fábrica de destilación de alcohol, los responsables fuimos convocados con relativa urgencia por mi madre y tía Socorro. Ni tío Alfonso María ni mi padre se dieron por enterados del siniestro, o tal vez prefirieron delegar en sus respectivas mujeres el arreglo de cuentas. Para darle sin duda mayor solemnidad al acto, mi madre y tía Socorro nos recibieron en una sala que siempre me había parecido el remedo extravagante de otra igualmente opresiva. Debía ser mucho más amplia de lo que a primera vista podía presumirse y estaba forrada de algo por cualquier parte. Cortinas, reposteros, alfombras, damascos, frescos, tapices, alcatifas, sedas, acolchados, lo cubrían todo hasta el límite de una enfermedad incurable. Y había allí además un vaho a pasamanerías y guarniciones de mucho tiempo atrás, una especie de efluvio textil que subía desde las alfombras o se deslizaba por la tela de las paredes para confundir de siglo o de palacio al visitante. Era desde luego una excepción dentro de la armonía de las otras habitaciones, un mundo de envolturas empalagosas muy distinto al del resto de la casa, pues don Robert —el viejo constructor— también se había cuidado de amueblarla y decorarla y lo había hecho con manifiesto buen gusto.

La reprimenda fue breve pero desordenada. Tía Socorro usó de un solo argumento para afearnos nuestra conducta, el cual venía a concretarse en que el fuego es siempre un instrumento del mal y que más nos valdría huir de él

como del demonio. Mi madre secundó enteramente esa advertencia, añadiendo el provechoso dato del peligro mortal a que se habría visto expuesta la casa si el fuego hubiese sido de los llamados inextinguibles. Y dijo de pronto prima Marianita:

—El fuego eterno.

Nadie respondió porque nadie supo tampoco deducir si esa aseveración era una gracia o una impertinencia. Así que después de haber sido llamados al orden con similar destreza imaginativa, se disolvió la reunión. Y fue entonces, al salir de aquella sala anacrónica, cuando me encontré con tía Carola al pie de la escalera. Me llevó a un lado, me puso su invariable mano enervante en la mejilla y, sin referirse para nada a ningún peligro de incendio, me susurró que subiese un momento, que abuela Adelaida quería verme. Y yo subí entre pesaroso e intrigado, sin imaginarme ni remotamente qué podía desear de mí aquella anciana macilenta y encantadora que apenas salía ya de sus habitaciones y que tampoco era muy partidaria de que entrase nadie a verla. Crucé la galería, atravesé uno de los pasillos laterales y llamé a la puerta antes de entrar.

Abuela estaba sentada muy erguida en una butaca que había hecho tapizar de terciopelo negro. Miraba a un punto impreciso frente a ella, a un vacío que la simétrica disposición de los cuadros colgados de la pared hacía más estable. No me miró para decirme:

—Acércate, hijo.

Yo me acerqué y ya me disponía a darle un beso cuando me interceptó con un dulce movimiento de la mano.

—No me beses —dijo muy bajo—. A las viejas no hay que besarlas, a nadie le gusta besar a una vieja. Coge esa silla —me la señaló— y siéntate aquí a mi lado.

Hice lo que ella me indicó y esperé. Abuela se quedó un instante callada, como si estuviese recordando para qué me había llamado. Y dije yo:

—¿Querías verme, abuela?

—Anoche me levanté con el canto de la totovía y me asomé a ese balcón —dijo ella apuntándolo con un dedo oscilante—. Hacía un siglo que no me asomaba. ¿Para qué iba a querer asomarme a un sitio como ése? Antes daba al parque, se veía la pérgola que bajaba hasta la bodega. Se veían los arriates de petunias —cerró los ojos como si le dolieran—. Ahora no.

—¿No? —me atreví a dudar.

—He estado pensando todos estos días en los nietos —dijo ella, y me miró por primera vez con una fijeza conmovedora—. He estado pensando

más de lo razonable. Cuando alguien piensa en cosas así es que va a morir. Tu hermano Gregorio, el pequeño, sigue en Inglaterra, Aurelio y Mariana se fueron a prender fuego a la casa. Sólo me quedas tú.

Yo no sabía qué contestarle. Abuela cambió de postura con una laboriosa gentileza. La mirada se le había puesto húmeda y tenía esa matización incolora que afecta a quienes han llorado mucho en la oscuridad.

—Una mujer se va llenando de arrugas —prosiguió la abuela casi rezando — y todo se va llenando también de arrugas por ahí fuera. ¿Has visto a tu abuelo últimamente?

—El otro día —respondí.

—No le hagas mucho caso, está muy torpe —dijo ella cambiando el tono de la voz—. Carola es la mejor de los tres y él nunca ha querido admitirlo. Ni él ni ese hijo mío que no ha hecho otra cosa que tenerme asustada toda la vida. Tu madre es distinta. Tu madre es tan de ley como tu padre. No la hagas sufrir.

Yo asentí con la cabeza. Estaba perdiéndome por unos vericuetos emocionales de los que no sabía cómo salir. Llegaba de lejos el tintineo monocorde del agua corriendo por las sangraderas del parque, y esa música le puso a los intervalos de silencio una sordina irreal.

—Ahí tengo una pluma, un relicario y un androide que quiero que te lleves —musitó abuela—. No me preguntes por qué.

No lo hice, pero empecé a notar como si todo aquello ya estuviese colocado en un recuerdo anterior, donde también se incluía ese cofre ignoto cuyo sentido no alcanzaba a descifrar. Abuela señaló entonces para una cómoda con el gesto de quien renuncia a un trofeo y dijo:

—En el cajón de arriba.

Yo me levanté y me fui para la cómoda. Era un mueble con trazas de antiguo y de mediano porte que se había hecho traer tía Socorro de Cuba para regalárselo a la abuela. Estaba hecho de palocajá con embutidos de nácar y su tono anaranjado se había mantenido con una integridad marmórea. Abrí el primer cajón y me asomé a él como a un pozo.

—Está todo en un paquete, a la izquierda —aclaró abuela.

Allí estaba efectivamente el paquete, un envoltorio de tafetán azul pastel y una cinta amarilla. Y otra vez columbré la imagen del cofre, la certeza difusa de que lo había visto realmente en un momento no muy distinto a aquél. Por algún tramo inexacto de la memoria coincidieron de pronto la lejanía y la proximidad de algo que podía ser una clave. Cogí el paquete con ese respeto moroso que abrumba a los dubitativos y volví a mi silla.

—Gracias —logré balbucir.

—Unas bagatelas —dijo ella—. Pero tienen su historia, son como unos amuletos. Hay otros cuatro, pero éstos ya diré para quién son. Todavía no estoy completamente muerta.

—Abuela —musité.

—Ya puedes irte —dijo ella, los celestes y mojados ojos muy fijos en los míos—. ¿Tú montas a caballo?

—Sí —respondí—, alguna vez.

—Montar a caballo es imprescindible —sentenció ella—. Al que monta a caballo le cruza la vida por delante —se detuvo como para rebuscar un poco en la escombrera de los recuerdos—. Yo monté muy bien, era la mejor.

—Ya —dije.

—Todos mis hijos fueron magníficos jinetes —prosiguió ella—. Tu madre y tu tía Carola, pero sobre todo el niño, Alfonsito. Ése era muy bueno. Lo triste fue que después, con la guerra, se descuidó mucho. Ya se había ido Carola, ahora que lo pienso —se palpó muy tenuemente las sienes—. Todo por la patria, figúrate la majadería. Como si el primer deber de esta casa no fuese cumplir con Dios, algo que ignoraba incluso don Ismael. ¿Te aburro?

—Marianita monta muy bien —dije.

Abuela se incorporó entonces con una torpeza majestuosa y me puso una mano en cada hombro. Me habló como si recitara una lección mal aprendida. Dijo:

—No dejes de ir a comulgar los primeros viernes, eso ayuda mucho. También a mí me ayuda, hijo, con lo cansada que estoy —se inclinó un poco hacia mí—. Y ahora, si no te da reparo, puedes darme un beso.

Yo se lo di y demoré mi cara junto a la suya. Esa piel fría y como de seda tupida, con unas manchas de color canela haciendo más discontinua la rugosa blancura. Ocupando el angosto campo de la visión. Anticipando ya acaso otra escena venidera o repitiendo la que ya había vivido por primera vez en algún remoto lugar de mi infancia.

Cuando salí de la habitación de abuela, un clima de nuevo sofocante me salió al encuentro por el pasillo a medida que yo avanzaba. No había nadie en la galería, tampoco en el patio. De improviso, mientras estaba apoyado en el parteluz de uno de los ventanales, me llegó como un amago del perfume de tía Carola, pero a ella no la vi por ninguna parte. Ya habían recogido el toldo y un cielo combo y violáceo parecía obstruir los drenajes del calor, se aplastaba contra la azotea donde aún estarían humeando los restos del alambique. Me imaginé que mi madre ya se habría ido.

Bajé la escalera y me acerqué al porche del traspatio por donde el ama Remedios solía sentarse a descansar. Y allí estaba, encogida en un sillón de mimbre lacado de blanco, abanicándose con un paipai de palma y mirando para la buganvilla granate que medio ocultaba el muro frontal. Supe por ella que los primos habían salido a dar un paseo con Epifanio y que me esperaban en la otra cochera. Pero no fui. Vagué un buen rato por las calles, la memoria irregularmente ocupada con las palabras de abuela y los reclamos de tía Carola, hasta que me rindieron las embestidas tórridas de la noche.

Por una casualidad muy poco creíble, don Sebastián había coincidido con su mujer en una misma idea: ver pasar el tiempo junto a los ventanales de la galería. Y en eso estaban. Adelaida Conticinio bebía con soñadora lentitud su tercera taza de té y él su segunda copa de *brandy*. Aún no habían dado las seis y una luz voluble y rasante, adaptada a la intermitencia del paso de las nubes, iba dejando sobre el mármol de la solería unas manchas taciturnas. Don Sebastián cotejaba mentalmente las noticias contenidas en la última carta de su hijo —a la sazón de viaje por México— con otras informaciones financieras y políticas de primera mano. Aún permanecía muy vibrante el eco glorioso de la victoria y algunos negocios se acogían con fructífera lealtad a las nuevas oportunidades. Quedaban, por supuesto, muchas regiones devastadas, pero ninguna pertenecía a los Romero-Bárcena. Algo de eso debía de andar calculando también don Sebastián, cuando lo interrumpió su mujer preguntándole si sabía que Socorro estaba otra vez embarazada.

—¿De cuánto? —inquirió distraídamente don Sebastián.

—No es ningún negocio —dijo ella con lánguido acento judicial—. Puedes ahorrarte las cuentas.

—La última vez que estuvo aquí tu hijo fue en Navidad.

Adelaida Conticinio no miró a su marido. Tampoco se sirvió otra taza de té. Dijo escuetamente:

—Me pareció verlo —y se pasó el meñique por el lagrimal.

Llegaba hasta allí el bullicio disonante de los vencejos que revoloteaban por la azotea y se aventuraban también entre las cumbreras del patio, y ese guirigay aceleró el declive de la claridad. Un muchacho de chaleco rojinegro se acercó a encender los apliques estofados de aquella parte de la galería. Andaba con el sigilo del que acaba de entrar en una iglesia y ha sido amonestado por alguna inadvertida descompostura. Iba a retirar el servicio de té, pero un ajeteo de carreras y exclamaciones lo inmovilizó un momento. Adelaida pensó inmediatamente en su hijo y don Sebastián en nada concreto, quizá en alguna imposible alarma bélica. Hubo un breve paréntesis que lo mismo podía encerrar una expectación que un enojo. Y en eso apareció el

ama Remedios, jadeante y afónica, usando de muchos aspavientos para medio explicar que estaba allí quien menos se podía imaginar nadie que estuviera.

—No me importaría saberlo —dijo Adelaida Conticinio.

Don Sebastián ni se inmutó. El ama Remedios procedió a inspirar todo el aire que pudo antes de balbucear:

—La niña Carola —tuvo un serio conato de ahogo, pero logró repetir—: Carola.

Adelaida se levantó y se fue para la escalera con la máxima aceleración que le permitían sus convicciones, en tanto que don Sebastián se servía otra copa de *brandy*. Una travesía conmovedora y un desconcierto estacionario por parte de quienes iban a ser los dos únicos miembros del clan presentes en tan señalado reencuentro. Socorro se esmeró, como solía, en no aparecer por más que la buscaran, mientras María Patricia y Gregorio Hardy no tenían prevista ese día ninguna visita. Estando además ausente el inflexible primogénito, esa súbita reaparición de Carola tuvo mucho de remunerativa para quienes más la aguardaban sin decirlo. Fue como si ella hubiese dilapidado durante todo ese tiempo unas dádivas que sólo en parte le pertenecían y al fin hubiera decidido devolvérselas a sus legítimos beneficiarios. Algo así. Los tres se resarcieron a su modo y en muy distinta proporción de sus mutuas pérdidas. Pero Carola no volvía ni como pródiga ni como contrita, volvía simplemente como de un viaje que no había sido todo lo halagüeño que esperaba y por el que pedía unas disculpas que nadie dejó de otorgarle.

Según se fue aclarando en su momento, el matrimonio de Carola pasó bruscamente de una fase de exaltación a otra de desazón. No hubo empero ninguna clase de altercados o desavenencias graves. La guerra los sorprendió en una zona que pasó desde un principio a manos de los golpistas, si bien Juan Claudio Vallon se libró de ser movilizado por haber mantenido la nacionalidad francesa. Empleó él entonces buena parte de su tiempo en actividades políticas disfrazadas de comerciales. Habían ido de un sitio a otro, habían vivido medio en la clandestinidad, habían pactado no tener hijos y no separarse nunca. Aun sin compartir ni entender ella del todo las creencias y afanes del marido, admiraba en él otras prendas: la generosidad, la honradez, la cortesía. Pero el desequilibrio entre lo que aceptaba y lo que rechazaba fue generando una tornadiza forma de incomodidad, una destemplanza afectiva.

Una vez, siendo la madrugada, llegaron unos hombres a la casa y se llevaron a Juan Claudio Vallon sin mayores explicaciones. Carola sabía muy bien lo que eso podía significar. Esperó, aterrada, un día entero y, al siguiente —después de desechar por impensable la intervención del hermano—,

decidió personarse sin más alegaciones que la desesperación en el gobierno civil. Anduvo pidiendo audiencias y dando su nombre en uno y otro despacho, salió y entró por todas partes con la apremiante osadía de la siempre escuchada. Hasta que al fin —contra todo pronóstico— logró ser recibida por un coronel que dijo ser viejo amigo de don Sebastián y que le prometió ocuparse del detenido en ese mismo instante. Carola no se lo creyó, o no creía ya en milagros, pero al otro día Juan Claudio Vallon volvió a la casa y ella a un rincón de niña maltratada injustamente. Quizá se abrió entonces una fisura dolorosa entre ellos dos y el peligro, una grieta de insatisfacción que Carola entendió más bien como una tregua del miedo. Y él percibió esa extrañeza, ese entorpecimiento para ajustar de algún modo sus respectivas maneras de vivir. Un lienzo apenas transparente interceptando la identificación de sus cuerpos. Segregándolos. Y supo sin ninguna felicidad que allí mismo se había desatado un nudo cuya mayor fortaleza residía probablemente en la imprevisión con que había sido hecho. Carola también lo intuyó de parecida manera y aceptó desolada otro inevitable riesgo: puesto que Juan Claudio Vallon había sido liberado a cambio de abandonar el país de inmediato, él se pasaría a la zona republicana (cosa que no iba a resultarle difícil) y ella se quedaría esperándolo hasta que llegase el momento oportuno. No se trataba sino de una solución perentoria, que —aparte de razonable— también parecía entonces la única posible. Y así lo convinieron de consuno con más perplejidad que dramatismo. Un día acabaría la guerra y, con ella, esa transitoria separación.

Lo primero que sintió Carola fue una acumulación de temores y luego una mezcla de indefensión y culpabilidad. Ya que en absoluto podía acompañar a Juan Claudio Vallon, creyó que lo mejor sería volver con sus padres, pero enseguida pensó que eso sería lo peor, antes por decoro que por ninguna clase de despego. Así que cuando se quedó sola optó por seguir estándolo, y para ello se ocupó intermitentemente de cuidar niños y de dar clases de inglés. Fueron tiempos despiadados y temibles, que ella sorteó mal que bien pensando que la guerra iba a acabar y otra vez podría ordenar un poco aquel desbarajuste. Y, en efecto, la guerra se dio por terminada, pero no así la ausencia de Juan Claudio Vallon. Ella estuvo esperándolo aún casi dos años, imaginándose cada día que él iba a llegar al siguiente. Indagó por donde pudo, usó de prudencias y temeridades, incluso recurrió a la lejana complicidad del ama Remedios, pero nadie —ni aun la familia de él— supo darle razón del desaparecido. Una variante insidiosa de la soledad, una congoja mansa pero

agotadora la acorralaron poco a poco en un lugar inhabitable. De modo que un día se liberó de agobios y pundonores, y allí estaba.

La readaptación de Carola al solar de los Romero-Bárcena duró lo poco que tardó ella en volver a reconocerse en aquel ámbito nativo. A las pocas semanas de su regreso, evocaba aquel tiempo de ausencia como una historia rauda y comprimida, una superposición de secuencias borrosas entre cuya barahúnda sólo fragmentariamente conseguía identificarse. No era desde luego la misma que se fugara casi por una contingencia impulsiva. Había cumplido seguramente más años que los cinco que se le fueron lejos de allí, pero no perdió —y hasta se le acentuó en cierto modo— esa especie de moratoria adolescente que la dotaba de una hermosura a la vez incompleta y plenaria. Aunque se afanase en ir reduciendo el bochorno a fuerza de naturalidad, la aturdió de pronto verse arropada en una indulgencia nunca ostensible y creía percibir en cada silencio de los demás una manera compasiva de no hierla. Más de una vez pensó en su vuelta como en una equivocación, pero un egoísmo saludable la fue inclinando a dar por bien empleada la decisión del regreso.

Carola prefirió no anticiparse a lo que iba a ocurrir en su reencuentro con el hermano. Algún temor, alguna negligencia sensitiva, la volvieron entonces más vulnerable a la decepción. Así que cuando Alfonso María volvió de México, ella no hizo otra cosa que guarecerse en una humildad apocada. Y hubo como un receso, una interrupción en esa convivencia que ya empezaba a restablecerse en la vida familiar. Alfonso María, sin embargo, no usó de ninguna especial brusquedad contra su hermana, se limitó a reelegir la postura del ultrajado y a promulgar con draconiana contundencia la definitiva erradicación de todo rastro de inmundicia en aquella casa. No aludió, ni entonces ni nunca, a las deshonras generales y defecciones concretas de Carola. A aquellas alturas de sus predomios, la intransigencia lo había hecho también más soberbio, aparte de endurecerle las venitas por donde corre el flujo de la razón. Toleró en principio de mala manera la presencia de la hermana, pero probablemente no la perdonó jamás.

Escoltada por los oficios exquisitos de la madre y sólo a medias por la reserva del padre y la distante medida de la hermana, Carola empleó aquella primera etapa doméstica en la recuperación de unos hábitos casi olvidados por inasequibles. No se mostró ni mucho menos refractaria al preciso merecimiento de un bienestar y una tranquilidad tan deliberadamente interrumpidos. Salió de nuevo a pasear en el tálburi, renovó su vestuario y se desquitó a sabiendas de toda escasez. Era como si acabara de volver de una

larga estancia en un internado y se desviviese por rescatar sus aficiones más connaturales. A veces, sin embargo, se sentía acosada por un desaliento ambiguo, una nueva manera de recordar a Juan Claudio Vallon, y eso la incitaba a ser más irresoluta, más precavida también ante el hecho de haber escogido gustosamente una claudicación. No la oprimía ya tanto la angustia de no saber si el marido estaba vivo o muerto, como la constancia de que nada de lo que ella había hecho se correspondía con lo que él hubiese deseado que hiciera. Pero pudieron más los lastres de la educación que los del remordimiento. O la seguridad más que el desorden.

Algunas noches, cuando Carola permanecía en su habitación y rememoraba sin querer hacerlo sus últimas andanzas, no podía evitar un huraño sentimiento de incertidumbre, un desacuerdo más bien con su propia conciencia, como si fuera otra persona quien hubiese estado imperdonablemente suplantándola durante un tiempo irreal. Solía vagar entonces por aquella casa apagada, los hechos vividos mal estibados en la memoria. Atravesaba el pasillo a oscuras, entre el crujido recóndito de las maderas y el palpitante simulacro de los dormidos, se asomaba a los ventanales de la galería, veía el fulgor conventual de los alizares del patio, los cuatro faroles cercados por un halo de insectos, el leopardo disecado, las ánforas. Y todo se parecía mucho a un inventario abigarrado y reconfortante. Porque aquel espacio general de su infancia también contenía el embrión de una concordia con ella misma. Allí seguían estando los viejos enseres emocionantes, los macetones de aspidistras, el arcón habanero, los dos lienzos atribuidos a Roelas, los muebles perfumados de su habitación de niña, el escabel chino de la abuela Purificación Bárcena, la puerta incitante de la cochera. Todo eso: su memoria era todo eso, y era también la silueta del ama Remedios saliendo de las sombras, apareciendo por cualquier recodo para preguntarle si necesitaba algo.

Carola eligió enseguida a uno de sus dos recientes sobrinos como centro universal de sus predilecciones. Se trataba de José Daniel, el hijo de María Patricia. El otro, Aurelio, quizá por una prevención tortuosa, no fue para ella sino el calco inclemente del hermano. Era raro el día que no se acercaba Carola a casa de María Patricia para ver al niño o para llevárselo de paseo en el tálburi o el landó, conducidos al paso por el cochero Epifanio. A Adelaida Conticinio le agradaba sobremanera ese encariñamiento de la hija, y un día, sin mayores preámbulos, quiso demostrarle con un ejemplo que el buen amor, lo mismo que los designios divinos, tenía infinitas formas de manifestarse.

—Lee —dijo, abriendo un viejo texto de literatura española encuadernado en piel azul y señalando con el dedo en una página.

Carola cogió el libro, leyó mentalmente lo que la madre le indicaba y quiso asegurarse de que no se había equivocado de ejemplo.

—¿Aquí? —preguntó.

—Ahí, sí —reiteró la madre—. Léelo.

—El amor es ficto, vanílocuo, pigro —leyó Carola, y levantó los ojos como pidiendo a la madre que le aclarara aquel enredo.

—¿Tú te das cuenta? —dijo la madre.

—No mucho —dijo Carola—. Parece latín.

—No se trata de lo que parezca —argumentó la madre, pronunciando tan pausadamente que parecía estar hablando con una niña—. Es que de esa frase se deduce que el amor puede tener muchos rectos caminos.

—No sé —dijo Carola.

—Verás —insistió la madre, y volvió a leer—. Lo de ficto, vanílocuo y pigro son tres clases de amor de las que yo no tenía la menor noticia, es que ni idea —se acarició la garganta con una sedosa lentitud—. ¿Me entiendes lo que quiero decirte?

Carola se quedó un momento indecisa, con lo que la madre supuso que no se había explicado todo lo bien que pretendía y puntualizó un poco más sus ideas.

—Es muy fácil —dijo—. Si aquí se habla de tres clases de amor que yo no conocía, es que hay muchísimas más.

—Sí —repuso Carola.

Adelaida Conticinio se quedó de lo más satisfecha con el parco asentimiento de la hija, así que dio por finalizada la lección. Pero antes de irse con su edificante libro bajo el brazo, le dedicó a Carola una mirada que contenía más misericordia que ternura. La hija observó el desplazamiento de la madre y tuvo la sensación de que aquella mujer delicada y crédula, última representante de la inconsciencia seductora de los Malcorta, tanto más irreal cuanto más refinada, era verdaderamente quien con mayor entereza le había transmitido su sangre. A pesar de las desigualdades electivas, de los desniveles en no pocos tramos de la personalidad, Carola se consideraba mucho antes una Conticinio que una Romero-Bárcena.

Aunque no todos lo consideraron prudente, a abuelo Sebastián tuvieron que buscarle un ama de cría. Ya hacía tiempo que sólo toleraba alimentos líquidos —leche, vino oloroso, tisana de poleo con belladona, caldo de pichón— y aun así en dosis muy exiguas y espaciadas. Pero no tardó en rechazar hasta el caldo y la tisana, de modo que ya no tomaba al día más que tres tazas de leche con unas gotas de calmante y dos copas de oloroso. Su aspecto general no empeoró, sin embargo, con esa dieta inadecuada: siguió igual de defectuoso. Ni cesaba de dar órdenes indescifrables, ni salía de su habitación por ningún motivo. Tampoco parecía darse cuenta exacta de lo que pasaba a su alrededor. A veces, exigía la inmediata comparecencia de testafierros hacía años difuntos, o mandaba llamar a Epifanio a altas horas de la noche para que le enjaezara el landó, o pretendía ir a la bodega para solventar algún estropicio. Cosas así. No era fácil capear esos arrebatos ni convencerlo de que todo seguía relativamente en orden. Sólo tía Carola y quizá también el ama Remedios lograban hasta cierto punto apaciguarlo.

Ante la eventualidad de que el régimen alimenticio de abuelo pudiera tener relación con sus tenaces desvaríos, se dispuso por vía facultativa que no le diesen más vino y sí en cambio toda la leche que quisiera. Y así lo aceptó en principio el paciente, quien alcanzó a consumir hasta casi dos litros diarios, lo cual podía resultar excesivo incluso para un Romero-Bárcena. Pero quizá fuesen esas demasías las que acabaron por hacerle aborrecer la leche de vaca, si bien no se cansó de repetir que la que verdaderamente le apetecía, y mucho, era la de mujer. De modo que después de hartas discusiones sobre la efectividad o la inconveniencia de la terapia, se convino en buscarle una nodriza dispuesta a transgredir el orden natural de su función, es decir, que en lugar de amamantar a un recién nacido, lo hiciera con un medio muerto.

Costó Dios y ayuda contratar a la primera ama de cría, que tampoco era ningún modelo en su género. Abuelo se cansó pronto de la mucha tosquedad y la poca paciencia de la muchacha, una parienta del manigero de Cerroperdigón. Conque tuvieron que conseguirle otra de más aguante, la cual perseveró en su puesto hasta que se le retiró la leche, nunca se supo si debido

a un sofocón o por simple agotamiento. Y hubo hasta dos más, consecutivamente vaciadas por quien parecía revivir mamando y había adquirido la honesta costumbre de adormilarse con la teta fuertemente agarrada y el pezón retenido entre las encías. Aunque no se valiera ya de ninguna dentadura postiza, tampoco resultaba cómodo para la nodriza forcejear con aquel anciano hasta conseguir zafarse de su codicia de cachorro.

Abuela Adelaida —que no por achacosa había perdido sus particulares nociones sobre la realidad de la vida— decidió por esos días guardar cama justo en la habitación contigua a la que ocupaba abuelo, para no perderse —decía— el momento en que echara a volar el alma de cántaro del marido. Creo que no se hablaban directamente desde hacía varias semanas, debido a graves desacuerdos sobre la justicia divina y las leyes humanas de la herencia. Pero se valían de un viejo mayordomo —de nombre Pablito Picón y de edad de setenta y cuatro años— para transmitirse recados diversos de una a otra cama. Algo así como un correo valetudinario que ocasionaba serios trastornos en la comprensión de los mensajes, tanto por lo deshilvanado de esos mensajes como por la propia incompetencia del mensajero.

Las camas de los abuelos habían sido instaladas de manera que los acostados pudieran mutuamente observarse, aunque no lo hicieran más que en contadas ocasiones, sobre todo cuando la ausencia esporádica de Pablito Picón los dejaba incomunicados. Se acentuaba entonces por aquella zona de la casa el aliento retrospectivo de una desconexión, una discordia tácita, ese quebradizo pacto de convivencia que mantenía unidos a los que nunca realmente lo habían estado, pero a quienes la proximidad del acabamiento los aproximaba también a una parecida forma de condescendencia. Situados en el centro mismo de un boato que se parecía cada vez más a una escenificación anodina, allí se intercambiaban los últimos vestigios de su manera de soportarse. Esos monólogos apenas conducidos por un hilo de reticencias y discrepancias, desfigurados incluso a través de un intermediario inepto, habían llegado finalmente a amoldarse a la más prolija arbitrariedad. Alguien, un visitante de paso, un amigo de la casa equivocado de ruta, muy bien podía alcanzar a oír frases extraviadas, misivas sin destinatario, réplicas de sordos. Podía oír, por ejemplo:

—A ver si sabe la señora quién ha estado antes preguntando por mí, que si era el capataz de La Purificación. Seguramente, ya han llevado el mosto y yo aquí hecho un pasmarote. Están esperando que me muera para sacarme a subasta.

—Mi bisabuelo, el cuarto conde de Malcorta, era caballero mayor de don Amadeo de Saboya. De modo que ni por pienso voy a contestar a esa ordinariez, se lo puedes decir de mi parte. Aquel potro que me mataron los del sotabanco también era biznieto de un roano de don Amadeo.

—Me encarga el señor que insista en que él siempre opinó que la señorita Carola tenía que haberse ido a Londres. Que si no se acuerda la señora o prefiere no acordarse.

—Esos muebles del salón de abajo, el de las cortinas color manto de la Inmaculada, son del peor gusto, son francamente un adefesio. Yo no los escogí, si es a eso a lo que se refiere. Nunca en mi vida he escogido nada de ese color tan confitero. No me extrañaría que fuese una de las ocurrencias de Socorro, mejor me callo.

—Pues a mí me parece que el capellán, don Ismael, ya había pensado irse de casa antes del accidente. Me gustaría saber por qué se fue sin sacar sus papeluchos del bargueño. Pregúntale a la señora si el deán le ha contado algo a Alfonsito. Pobre hijo, es que sale de una puta y se mete en otra.

—Entérate si ya han terminado de darle el pecho. No puedo acostumbrarme a la idea de semejante vejación, no estoy preparada para eso. Si por lo menos se tomase la leche ya ordeñada, como hacía Remigia Amboscoturnos con el bendito de su primo.

—Dice el señor que hay días en que tiene la impresión de estar hablando con la pared. Que si a la señora le pasa lo mismo, porque hasta ayer no se enteró de que habían puesto una bomba en la bodega de embotellado.

—Más suyo que mío es ese hijo, bien lo sabe Dios. Siempre me ha tenido en un sinvivir. Se empeñó en heredar el título antes de tiempo sólo para que yo me asustara de ser tan vieja. Pero ya no me asusto de eso, aunque quizá debiera asustarme.

—Seguro que la señora no se habrá dado cuenta, pero el otro día vinieron Gregorio y María Patricia y me trajeron otro tigre. Han llegado a eso, a querer llenarme la casa de tigres que rugen toda la noche. Ya no puedo ni dormir. Son tigres de la guerra, cazados con fusiles de repetición. Los iban amontonando en una tienda de ultramarinos. A quién coño se le va a olvidar eso.

—Qué cochambre de tiempos, Pablito. Antes, la gente tenía un vestido apropiado para cada ocasión: bailes, trisagios, eclipses, almonedas. Todo eso. Ahora no, ahora los roperos se parecen cada vez más a nidos de golondrinas.

—Era un mulero de La Valerita, me parece. Cogía unos sacos de maíz y se hacía su propio licor. Iba masticando los granos, los escupía en una tinaja y

dejaba fermentar aquel amasijo. A lo mejor le gustaría probarlo a la señora, a ver si se dejaba de tanto merengue.

—¿Que cuándo se compraron los dos faetones? Qué pregunta más necia. No se compraron nunca, estaban ya en mi casa cuando yo nací. Me acuerdo muy bien que en uno de ellos me llevaron a bautizar. Quizá no me acuerde, pero tampoco se me ha olvidado. Esas cosas no deben olvidarse, Pablito, sería de muy mal gusto.

Pero una tarde, sin que mediara ninguna presunción, la alternancia peripatética de esos soliloquios quedó bruscamente interrumpida. En uno de sus recorridos hasta la cama del abuelo Sebastián, el mayordomo no tuvo ninguna respuesta —ni siquiera un gruñido— a una pregunta que le llevaba de parte de la abuela. Aunque a veces se producían esos vacíos en la progresión comunicativa, a Pablito Picón no dejó de extrañarle esa vez la prolongada indiferencia del anciano, el cual ni se dio por aludido ni apartó los ojos de la cama donde su mujer permanecía esperando tal vez una contestación o no acordándose ya de lo que esperaba. El mayordomo repitió otra vez la pregunta y otra vez se quedó sin la probablemente infundada respuesta. Así que tan extrema desgana del señor lo alertó hasta el punto de recurrir a un ligero toqueteo en el antebrazo, cosa que en ninguna otra circunstancia se habría permitido. Pero abuelo tampoco se inmutó, no parecía estar ya en condiciones de inmutarse por nada. Pablito Picón miró un momento a la señora tratando quizá de transmitirle su alarma, y esa mirada bastó para que ella se levantase con una majestad que la lentitud hacía más congénita. Se colocó una toquilla sobre los hombros y se acercó a comprobar, con sólo observarlo durante un segundo, la muerte del primer Romero-Bárcena. Ese mismo día murió también Pío XII.

Todo lo que ocurrió a la mañana siguiente en la casa tuvo más de jubileo que de velatorio. Aparte de los deudos y amistades de vario cuño, fue desfilando por la capilla —que es donde habían expuesto el cadáver— una interminable procesión de fuerzas vivas, empleados, correveidiles y aduladores por suelto. La sala que fue de juegos, los dos recibidores, el patio y el traspatio se abarrotaron de visitas en régimen transitorio o con aspecto de estables. Todo ello bajo la honorífica presidencia del deán, quien había llegado de los primeros en compañía de su joven acólito y que se apartó un momento con mi madre para hablarle de no sé qué asuntos relacionados con don Ismael. La única que no apareció por allí en ningún momento fue abuela Adelaida, no se supo muy bien si por indispuesta o porque de ninguna manera quería participar en aquellas comidillas funerarias. Según aseguraría en su

momento, el alma del marido había levantado el vuelo tal como ella calculara, de modo que también había preferido reponerse de ese espectáculo lejos de duelos y gorigoris. Tía Carola y mis padres sí estuvieron todo el tiempo en la cámara mortuoria, revestidos de una solemnidad muda, mientras tío Alfonso María y tía Socorro iban de un lado para otro saludando, agradeciendo pésames y recordando los nada tranquilizadores prolegómenos que habían conducido a un desenlace no por predecible menos luctuoso.

Aunque a primo Aurelio lo llamaron a Londres enseguida (esta vez había ido sólo por dos meses), ya no pudo llegar a tiempo para ver a abuelo. A mi hermano Gregorio también lo avisaron a Swansea, pero no para que se pusiese en camino sino simplemente para que supiera lo ocurrido. Y eso me hizo pensar entonces por primera vez que lo que en verdad pretendía mi padre era que Gregorio se convirtiera de hecho en un galés a fuerza de sustraerlo de la convivencia con los Romero-Bárcena. Así que los únicos nietos que nos despedimos de abuelo, poco antes de que se lo llevaran, fuimos Marianita y yo.

Lo habían metido en un ataúd forrado de un raso color perla muy fruncido y tuve la rauda impresión de que se estaba haciendo el muerto para fastidiar a alguien. Tenía la piel escamosa, la boca sumida y la nariz deforme, y sus dos manos parecían haber sido enlazadas de un modo tan tortuoso que le añadían a la escena un vago aire de martirio. Yo no había visto nunca un cadáver y lo primero que noté fue que el efluvio de aquel cuerpo apenas familiar se me entraba por la boca como el vaho de un aljibe. Sentí un escalofrío, un vértigo casi voluptuoso, una negligencia y no ninguna pesadumbre, pero sí una especie de lástima por lo menospreciado que debía sentirse abuelo allí metido. Se me ocurrió pensar de repente que hay muertos que cumplen años más rápidamente que otros y que el que estaba allí se había hecho viejísimo en una sola noche. Me subió entonces por el vientre arriba un centelleo medroso, como una fatiga relampagueante, y ya era otra vez el patio lleno de gente, la necrosis de las ánforas remitiendo a las venas secas del cadáver, el lívido fulgor que venía del traspatio, la mano voluptuosa de tía Carola, su mano.

A las tres semanas justas de haber muerto abuelo, murió abuela. A nadie le cogió desprevenido, pues desde la misma noche en que se quedó sin interlocutor no había hecho otra cosa que retraerse en un mutismo inflexible. Relevó de cualquier presunto servicio a Pablito Picón, prescindió de médicos y contertulios oficiosos y se dispuso plácidamente a morir. Solía acercarse a veces a la habitación de abuelo para averiguar por qué diablos no seguía él atosigándola con sus majaderías, y se quedaba de lo más atónita frente a aquel

vacío, aquella privación que ella debía considerar tanto más desapacible cuanto más presumía que era un abandono. Imagen escuálida y absorta, allí volvería quizá a reconocerse incorporada a un hogar en el que siempre había tenido algo de adjunta. Y fue en una de esas incursiones cuando se metió en la cama que ocupara el difunto y se fue poco a poco adormilando con la probable intransigencia de no querer despertarse nunca más. Era ya muy tarde y, hasta bien entrada la mañana siguiente, nadie de la casa se percató de aquel anómalo cambio de dormitorio y de que el muy prolongado sueño de abuela se debía expresamente a que era el eterno. Tío Alfonso María reaccionó entonces antes de su hora habitual y se dispuso a impartir precipitadamente una serie de órdenes innecesarias en su calidad de nuevo jefe del clan. Así que el primer turno de ajetreos y recepción de condolencias corrió a su cargo, juiciosamente secundado por mi madre y tía Carola y sólo a medias por una tía Socorro que no sabía si comportarse como una compungida inmóvil o una afanosa resignada.

Y allí fue otra vez el ritual del velorio y el desfile extenuante de visitas. Primo Aurelio ya había vuelto de Londres y enseguida me di cuenta que la muerte de abuela no nos había afectado del mismo modo, que existía como un desnivel insinuante entre nuestras respectivas maneras de recordarla. No es que él, primo Aurelio, hubiese llegado a manifestar ninguna clase de indiferencia, es que se empeñaba en eludir cualquier evocación referida al hecho concreto de la muerte, como si ya se hubiese amoldado al uso británico de la compostura y quisiera demostrarlo incluso a costa de resultar intempestivo. Una actitud que no dejaba de exasperarme, más —desde luego— por lo que podía tener de ficticia que de espontánea.

Abuela Adelaida había sido para mí la representación de una especie de formulismo educativo adornado por su propia tendencia a la singularidad. Esa candidez desdeñosa, esa elegante desenvoltura para ignorar todo lo que no fuese placentero, ese sentido de las buenas maneras consistente en evaluar la realidad una vez filtrada por un tamiz imaginario, siempre me habían parecido de lo más atrayentes. Hasta donde yo alcanzaba a saber, abuela se diferenció del marido en todo menos en la manera de morir. Ella fue la última chupadora de arcilla perfumada, la hijadalgo que ni siquiera tuvo la suficiente indiscreción como para ejercer de madre, y él fue el último hijo de tendero enriquecido en la industria vinícola, el ávido fundador de un linaje cuya prepotencia acabaría sobreviviéndolo. No habían tenido en común sino aquel patrimonio que la sangre entrelazó y los mantuvo juntos y desentendidos bajo el mismo techo. De sus tres hijos, sólo quizá mi madre había heredado de

abuela esa delicada aptitud para edulcorar el nombre de las cosas y para desconocer tajantemente todo lo que su refinamiento le vetaba. Era lo que le ocurría también un poco a tía Socorro, no sé si por contagio doméstico o porque la familia del padre de ella, los Berengaria, estaban emparentados con los Conticinio. Sea como fuere, la muerte de abuela, la constancia repentina de que ya nunca volvería a verla, me produjo como una frustración atosigante, un perplejo sentimiento de injusticia. Y por eso tal vez me irritaba que primo Aurelio no compartiera conmigo, como lo hizo hasta cierto punto Marianita, ese inmediato desaliento.

Fue por entonces cuando el cochero Epifanio, por propia iniciativa y con ánimo quizá de distraernos del luto, nos llevó a ver el león que le regalara tío Alfonso María al llamado Agustín Gallareta. La taberna donde lo tenía instalado estaba en el arrabal, por la hijuela que llevaba al puerto vecino, y allí nos encaminamos en uno de los faetones. Esta vez también vino con nosotros Marianita, y nos quedamos los dos solos en el asiento del frente, pues primo Aurelio prefirió subirse al pescante con Epifanio. A los caballos les habían colgado unas moñas negras de la frontalería y babeaban por el freno más de lo corriente, como si identificaran esas moñas con la ausencia de la dueña. Era un día de levante emborronado de polvo y a Marianita le brillaba el pelo con el sol y se le revolvía a cada embestida rastrera del viento. Yo fingía perder el equilibrio con el balanceo del coche y en una de éstas le cogí la mano y ella me la apretaba como si quisiera traspasarme la misma emoción carnal que sentí cuando jugamos a disfrazarnos en la cochera.

En la taberna no había mucha gente. Era un bodegón de alta techumbre a dos aguas y piso de albero apisonado. Por las paredes había fotos de animales salvajes enmarcadas con cinta adhesiva, pero el animal salvaje que más llamaba la atención era el que yacía supuestamente vivo en una rinconada. Ninguno de los tres nos acercamos demasiado. El león tenía peor aspecto que la primera vez que lo vi. O se le había caído parte de la melena o la tenía tan puerca y apelmazada que parecía más calvo. También parecía más viejo.

—No es buena hora —dijo Agustín Gallareta saliendo a toda prisa de detrás del mostrador—. Se pasa las tardes mayormente dormido.

Una vez hecha esta salvedad, Agustín Gallareta saludó con reiterados golpes en la espalda a Epifanio y nos dedicó una sonrisa crispada que a lo mejor quería ser una deferencia.

—¿Y esa familia? —preguntó Epifanio.

Por una ventanilla abierta en la pared, al otro lado del mostrador, asomaba la cabeza de un muchacho, tan quieta e inexpresiva que daba la impresión de

llevar mucho tiempo atascada en lo angosto de aquella abertura.

—Ya te contaré —dijo Agustín Gallareta, y señaló con el pulgar hacia la ventanilla, como si pretendiera localizar en aquella cabeza una inconfesable historia familiar.

—Ponme ahí algo bueno —dijo Epifanio—, de la bota de los curas. Luego me cuentas.

—¿Y a los señoritos, qué les sirvo? —preguntó Agustín Gallareta—. Invita la casa —apuntó al león—. A ver si ése se despierta entretanto.

El cochero Epifanio dudó antes de acceder a que primo Aurelio y yo tomásemos una copa de moscatel y Marianita una limonada. Y allí se quedaron hablando mientras nosotros nos aventurábamos a ver al león más de cerca. Se conoce que el apaño del cobijo ni fue tarea fácil ni obedeció a otra solvencia que a la improvisada. Habían cerrado un rincón con una reja de barrotes medio podridos, recibéndola con cemento a cada lado del ángulo del muro, y el resultado fue una especie de defectuosa jaula triangular. La peste a león, que en principio asocié a la mezcla de pestes de la taberna, adquirió de pronto una densidad incorregible. Lo que no se entendía muy bien era cómo habían conseguido instalar allí al león. Pero luego supimos que el desencajonamiento se había efectuado en el mismo rincón donde ahora estaba la fiera y que ya tenían la verja preparada para dejarla caer al mismo tiempo que levantaban el cierre del cajón. Debió de ser una maniobra tan temeraria que —según nos confirmó Epifanio— la mujer de Agustín Gallareta ni siquiera protestó, sino que hizo un hato con lo más perentorio, reunió a tres de los cuatro hijos después de una rebusca laboriosa y se despidió del marido con un moderado gesto de conmiseración. El marido no hizo nada por detenerla, se limitó a decir que comprendía de sobra aquel abandono del hogar, pero que aunque la tienda no fuese demasiado espaciosa había sitio incluso para más de un león.

Agustín Gallareta quiso que bebiésemos otra media copa de moscatel y que cogiésemos una de las bizcotelas que aparecían sobre el mostrador, cubiertas con una tartalana verde punteada de moscas. Pero ni Epifanio nos dejó beber más ni nosotros nos decidimos a probar ningún dulce. Las ajadas fotos de los animales salvajes le agregaban a la taberna una suciedad triste. El león, que había permanecido amodorrado hasta entonces, se desperezó y emitió un rugido precario, una tos más bien que reptó hasta la otra parte del local como el eco de los ruidos en una bodega.

—Su hora de comer —aclaró Agustín Gallareta, y se inclinó hacia la ventanilla que quedaba a su espalda, levantando la voz—. ¿Lo estás oyendo?

—Eso de la comida sí será un engorro —dijo Epifanio.

—Sobras —dijo Agustín Gallareta—. Me arreglo con las sobras de aquí y los desperdicios que le traen —se desmontó de la nariz lo que parecía ser otro desperdicio—. No me da problemas.

Un muchacho cetrino y de cabeza rapada y diminuta —la misma que había estado embutida en la ventanilla con aspecto de disecada— apareció con un cubo rebosante de restos de pescado, huesos, mendrugos, hortalizas diversas. Se acercó a la jaula, se detuvo a un paso de ella y arrojó entre los barrotes el contenido del cubo. El león dio un breve respingo y empezó a olfatear entre aquella bazofia. O no tenía hambre o no denotó ninguna especial complacencia por la calidad de la comida. Se estuvo gruñendo y hozando hasta que se decidió por unos tronchos de berza. Primo Aurelio empezó a dar insolentes muestras de aburrimiento, en tanto que yo permanecía junto a Marianita muy cerca de la jaula, acaso pensando que aquel león se parecía más a cualquier otro animal doméstico que a un león.

—Lo único que me preocupa es que anda regular de apetito —dijo Agustín Gallareta.

Y Epifanio:

—Será la falta de ejercicio —calculó el espacio de que disponía el león—. Un león necesita correr.

—No estoy loco —aclaró Agustín Gallareta—. Tampoco voy a sacarlo de paseo.

—Ése no se escapa —terció un obeso con trazas de encargado de demoliciones—. A ése le pones un buen serón y te hace el avío de un burro.

Marianita y yo también empezamos a cansarnos de tanta peste y tanto parloteo, sobre todo después de comprender que el espectáculo insulso del león no podía dar de sí más de lo poco que ya había dado. Intentamos de común acuerdo decirle a Epifanio que lo mejor era irnos, pero éste atendía entonces con sumo interés las últimas puntualizaciones de Agustín Gallareta a propósito de los desvelos exigidos por el león.

—Exacto —decía imprecisamente el tabernero—. Pero lo peor es por las noches. De pronto, se acuerda de que no hay quien pueda con él y se dedica a rugir todo el tiempo. Figúrate el número —se inyectó aire por la comisura de la boca como para sacarse algo incrustado entre las muelas—. A mí no me importa, incluso me agrada, pero el vecindario no es de esa opinión.

Epifanio asentía con una solicitud inestable. Debía de estar pensando en quienes dormían por allí cerca, a más de cinco mil kilómetros del corazón de África, y se despertaban con los rugidos del rey de la selva. El obeso se bebió

de un solo trago un gran vaso de mosto y se tapó la boca como para evitar devolver el líquido sobrante. Aplastó luego unas monedas contra el mostrador sin llegar a desbaratarlo y levantó la mano a guisa de despedida.

—Me hago cargo —dijo Epifanio.

—Y luego está lo de la higiene —continuó Agustín Gallareta—. A ver cómo limpio yo toda esa mierda. No es que huela mal, pero algo se nota.

—Una manguera —dijo Epifanio pensando que no podía oler peor—. Coges una manguera y se la enchufas directamente.

Agustín Gallareta se quedó un instante pensativo y dijo:

—No lo dirás en serio. Por nada del mundo iba yo a hacerle eso al león, no me conoces.

—Otra solución es que te deshagas de él —dijo Epifanio.

El tabernero debió considerar que semejante impertinencia no merecía ninguna contestación, porque se asomó a la ventanilla y gritó en un tono más bien desabrido:

—¡Una de látigo para el cochero!

Si era una forma hostil de dar por terminada la visita, lo logró con sobrada eficacia. Epifanio se volvió hacia donde estábamos y nos señaló la puerta con los ojos. El león se barría los flancos con la escobilla de su cola y seguía tan apático como al principio. En ningún momento se había comportado como un león, pero tampoco parecía que le quedase ya ni ánimo ni tiempo para intentarlo. Cuando salimos otra vez a la calle, una luz previa de lluvia había sustituido al polvoriento resplandor del levante. Me imaginé de pronto que si abuela Adelaida hubiese podido enterarse de aquella visita, nos habría suministrado alguna otra complementaria información acerca de los leones, preferentemente de los rampantes.

CUARTA PARTE

Desde que estalló la bomba en la bodega —y aunque los daños sólo se cifraron en un millar de litros de fino, una máquina embotelladora, y dos heridos menos graves—, tío Alfonso María no dejó de pensar que era otra vez la guerra. Eso aseguraba, por lo menos, el cochero Epifanio. Habían vuelto a salir de sus guaridas los enemigos de la patria y se habían fijado en él para atestiguarlo, luego también debía él preparar la oportuna contraofensiva. De modo que, después de tomarse su tiempo para la meditación, mandó embetunar los briches y correaes, desempolvó el puñal y la pistola, se colgó del pecho el detente y ya empezó a oír los timbales de la gloria incluso antes de acercarse a la comandancia militar. Por lo visto, tío Alfonso María iba dispuesto a pedirle al coronel la movilización de las tropas disponibles o, en su defecto, la inmediata publicación de un bando de guerra. Pero el coronel debió de oír con benigna intranquilidad a aquel adalid reincidente y lo único que hizo fue asegurarle una vigilancia adecuada.

A partir de ese episodio —y pese al tiempo transcurrido— tío Alfonso María seguía empeñado en demostrar que eran las flaquezas del régimen las que contribuían inadvertidamente a fortalecer a quienes aún no habían aceptado la derrota. Ante la imposibilidad de emprender una nueva cruzada de liberación a escala local, decidió tomar las medidas oportunas para preservar al menos lo que se había conquistado con tanto derroche de heroísmos. No organizó, sin embargo, ninguna privada fuerza de choque, pero dispuso algunos cambios imprescindibles en los cuadros de mando de aquella jurisdicción. Había observado, por ejemplo, que el alcalde (todavía lo era su pariente don Jerónimo Berengaria) se había ido convirtiendo más en un figurón que en un centinela, así que gestionó su reemplazo por Ramón Albadalejo, viejo compinche y vigilante inquebrantable. También tramitó la renovación de algunos cargos de responsabilidad en distintas delegaciones oficiales y despojó de su poltrona a los tibios del cabildo colegial. De esa manera todo quedaba en manos de personas perennemente adictas y, sin ninguna duda, inasequibles al desaliento.

Eso, por un lado. Porque en el negocio también se produjeron algunas novedades. Se conoce que el plan de estabilización económica —a tenor sobre todo de la apertura a la inversión extranjera— había contribuido de alguna forma al máximo despliegue histórico de las bodegas Romero-Bárcena. Tío Alfonso María —que iba y venía de Londres como de su casa al casino— consiguió interesar en el negocio a una compañía inglesa de importación y exportación vinculada a los Hardy, y las cosas no podían ir mejor. Con lo que también se incrementaron de modo proporcional los influjos cívicos, las obras de beneficencia y los festejos de varia destemplanza. El mucho poder del clan se afianzó a ojos vistas en la frontera de lo omnímodo, si bien los Hardy —la rama española de mi familia paterna— permanecían un poco al margen de todos esos tejemanejes.

Tío Alfonso María se había agenciado por entonces una amiga de mucho lucimiento, propiamente llamada Mediadora y de edad comprendida entre los veinte y los veintiún años. Dicen que la había conocido a través del propio padre de la muchacha, uno de los dos embotelladores que resultaron heridos cuando lo de la bomba. A partir de ahí, tío Alfonso María se cuidó del mantenimiento de prenda tan necesitada, ayudándola primero con viáticos en especie, después con dineros y por último con un piso. Mediadora, que tenía sórdidamente adheridos al corazón los tiempos en que sólo comía algarrobas, cardos borriqueros y gramíneas de las cunetas, descubrió de pronto el fascinante abarrote de la carne enlatada, las legumbres frescas y los embutidos caseros. Se desacostumbró enseguida de hambrunas y privaciones y se instaló en su nueva casa como una ricahembra en su palacio.

Parece ser que antes de ponerle piso a Mediadora, tío Alfonso María anduvo estudiando la posibilidad de adjudicarle una residencia más a mano. La cual consistía en el aprovechamiento del salón de la casa que comunicaba con su despacho de la bodega y que se había reservado para emergencias recreativas. Tenía pensado agregar a ese salón un par de habitaciones más, dotar a la nueva vivienda de baño y cocina y planear una salida independiente al parque, una vez aislado el conjunto del resto de la casa propiamente dicha. El proyecto tenía la ventaja del fácil acceso al piso de Mediadora a través de la puerta solapada en el interior del armario del despacho, pero no dejaba de presentar el inconveniente de la mucha desfachatez. Tío Alfonso María podría ciertamente visitar a su amiga entre dos diligencias bodegueras sin más trámite que el de abrir el armario, pero también contaba con sus buenas razones para pensar que eso sería a la larga un secreto a voces. Y desistió, a saber si disgustado consigo mismo o con los demás.

Mediadora era un ejemplo no infrecuente de concubina fiel. Apenas salía a la calle y sólo abría la puerta a sus hermanos, que eran cuatro, todos más pequeños que ella y todos provistos del mismo atraso en las hambres y los catones. Se pasaba el día confeccionando un ajuar infundado y —cosa rara— abominaba por igual de los cromos, los seriales y el ventaneo. Hasta que un día cometió el desliz de franquearle la entrada a un proveedor. El proveedor no dio muestras al principio de ninguna especial liviandad, pero cuando hubo depositado los comestibles en la cocina y ya se disponía a despedirse, acometió con inesperado frenesí a Mediadora. La tumbó en el suelo, medio la amordazó, y si no llegó a violarla del todo, fue porque ya él había precozmente satisfecho sus urgencias de verriondo. Mediadora pataleó, mordió, arañó sin conseguir otra cosa que añadirle brutalidad al asalto.

Enterado tío Alfonso María del desbarajuste, se aprestó paladinamente a vengarse. Le hubiese resultado más expedito meter preso al proveedor o mandar apalearlo, pero prefirió un desagravio de mayor vistosidad. No aceptó él de entrada que alguien se hubiese atrevido a afrentarlo de ese modo, pero una vez que Mediadora se lo aseguró entre lágrimas y juramentos, procedió a tomar sus medidas. Mandó a Pachequito y a otro de sus viejos camaradas — un sayón cojo— que se las apañaran para llevar al culpable a la taberna de Agustín Gallareta, mejor a última hora de la noche. El cochero Epifanio no supo aclarar de qué engaños se valieron, pero el proveedor estaba situado en la taberna a las once en punto. Avisaron entonces a tío Alfonso María y éste no tardó en personarse en el lugar de la cita.

Cuando el proveedor vio entrar al dueño de Mediadora, se malició enseguida que aquello era una emboscada. Y lo primero que intentó hacer fue escabullirse entre titubeos y sin ningún disimulo, pero Pachequito se lo impidió con una habilidad aprendida en trances peores. Tío Alfonso María le ordenó entonces al tabernero que pusiera en la calle a dos clientes que permanecían acodados en el mostrador y que cerrara la puerta y le echara la llave. Y Agustín Gallareta así lo hizo con vacilante docilidad, en tanto que la pestilencia que salía de la jaula hacía aún más intraspasable el espacio de la encerrona. Se había juntado por allí un silencio con alguna reminiscencia fúnebre y el escuálido león ni siquiera se molestó en levantar la cabeza.

—No tiene buena cara —dijo tío Alfonso María—. Si no me sirve, te lo voy a tener que mandar otra vez al campo.

—Seguro que no —dijo Agustín Gallareta con el tono del zoólogo amonestado por su superior jerárquico—. Es que de noche se desmejora bastante.

Pachequito miraba al león sin ninguna curiosidad, mientras el cojo se dedicaba a desmontarse la mugre de las uñas con la punta de una navaja. Al proveedor se le había ido desencajando la cara de una forma deplorable. Hacía rodar un vaso entre sus manos temblorosas, la cabeza erguida con ese aplomo que esgrimen a veces los acorralados.

—Tengo que irme —musitó—. Me voy.

Pero fue como si no lo hubiera dicho, porque nadie le hizo el menor caso.

—Ven —le indicó tío Alfonso María a Agustín Gallareta, yéndose para la jaula del león.

El tabernero se fue tras él y se quedó esperando órdenes. Tío Alfonso María sacudió la reja que formaba triángulo con la rinconada y dijo muy despacio:

—Tráete algo y suéltame esta mierda de jaula por aquí arriba —señaló uno de los refuerzos empotrados en la pared.

—¿Y eso? —preguntó Agustín Gallareta bastante más sorprendido que alarmado.

—Tú suéltalo —reiteró tío Alfonso María—. Y rápido.

El tabernero se metió por detrás del mostrador y volvió a salir con un pico.

—¿Qué quieren de mí? —dijo el proveedor con razonable acento preagónico.

Pachequito tampoco le prestó ahora atención, pero el cojo —que se había ido pareciendo cada vez más a un cojo de funeraria— le imprimió a su mano abierta el lento vaivén de la tranquilidad.

—Una pregunta —dijo el tabernero apoyándose en el pico—. ¿A qué viene todo esto?

—¿Te mandaron de la bodega una damajuana? —preguntó a su vez tío Alfonso María—. Vamos a cortarle un poco la melena.

—Exacto —dijo el tabernero—. Nunca ha tomado vino, el león.

—Cuando te despiertes —terció Pachequito—, nos pones una botella de la damajuana.

—Luego —dijo tío Alfonso María—. Primero me despejas ese remiendo —puso cara de asco—. ¿A qué esperas?

Agustín Gallareta ni siquiera se atrevió a encogerse de hombros. Le dio impulso al pico y lo dejó caer con tal ímpetu sobre la juntura de la reja que incluso el león pareció asustarse. Era la primera vez que se movía y lo hizo con ecuánime diligencia. Se quedó de pie un momento, olfateó alguna

indescifrable lontananza y volvió a echarse lo más alejado posible de donde machacaba el tabernero.

—Me tengo que ir —se permitió reiterar el proveedor, dirigiéndose a tío Alfonso María con un inmoderado ademán de náufrago—. Lo que pasó no fue por mi culpa, perdone usted.

Tío Alfonso María, que no lo había mirado en todo el tiempo, tampoco lo miró ahora. Los golpes del pico se expandían por la taberna con una resonancia lúgubre, apelmazando aún más la fetidez que expelía la jaula y retumbando posiblemente por dentro de la cabeza del proveedor como las paletadas sobre un ataúd. Nadie hablaba y en eso la reja hizo un extraño y se descolgó levemente del enganche con que estaba recibida en la pared. Agustín Gallareta dejó el pico en el suelo y se apartó a toda prisa. El león seguía impávido.

—Tómate todo el tiempo que quieras —le dijo tío Alfonso María a Pachequito—. O sea, que mientras antes, mejor.

—Yo no estoy aquí —dijo muy bajo Agustín Gallareta, como si una voz normal supusiera entonces una grave falta de respeto.

Pachequito y el paticojo se acercaron al proveedor, que retrocedió con el espanto destiñéndole hasta las encías. Parecía que iban a dialogar, pero se abalanzaron sobre él de repente y lo inmovilizaron con pericia carcelaria. El proveedor se debatía frenéticamente y usó de toda clase de trucos improvisados para escapar, recurriendo incluso a escupirle en un ojo a Pachequito. No dijo, sin embargo, ni una sola palabra inteligible. El pavor sólo lo dejaba berrear. Tío Alfonso María contemplaba la escena no con regocijo aunque tampoco con desgana. Se dirigió al tabernero diciéndole:

—Esa botella —se pellizcó la nariz—. Antes de que vomite.

Agustín Gallareta acertó mal que bien a llenar una botella de la damajuana y la colocó sobre el mostrador, sin perder de vista el forcejeo de los tres hombres. Luego enjuagó y secó detenidamente tres copas y las fue poniendo junto a la botella, cuidándose —como para darse tiempo a recapacitar— de que estuviesen a la misma distancia una de otra. Las fue llenando y tenía todo el aspecto de estar bastante más atemorizado que el proveedor.

—Óigame usted —dijo entre dientes.

Tío Alfonso María no lo oyó. Cogió una copa, la olisqueó sin muchas ganas, tomó un buchito y se volvió hacia los otros sin acabar de bebérsela.

—Adelante —dijo.

A Pachequito y al cojo les costó lo suyo transportar al reo hasta la jaula del león. Tío Alfonso María seguía sin dar muestras de ningún especial interés

por lo que estaba pasando, antes bien se mantenía en una inadecuada postura de distraído, el codo apoyado en la encimera del mostrador y la copa pendiente de la mano. El cojo había atenazado con una llave quebrantahuesos el brazo del proveedor y éste sólo se removía para gemir. Eso era lo único que se escuchaba, porque el tabernero parecía haber ingresado en una fase próxima a la catalepsia. Pachequito tiró de la reja por el lado suelto y le cayó encima una copiosa llovizna de herrumbres y caliches. Y ya sólo quedaba meter al reo en la jaula, cosa que no deparó ningún notable esfuerzo, pues el cojo sabía muy bien lo que se hacía y le bastó un leve empujón para cumplir con su cometido. El proveedor entró en la jaula más aprisa de lo prudencial, pero no perdió el equilibrio. Se pegó a la pared y contuvo la respiración, las manos aplastadas contra el cemento y pidiendo clemencia con ojos despavoridos, mientras Pachequito apalancaba la reja con una barra.

El león no se inmutó, o no lo hizo al principio. Pero a poco se incorporó con mucho comedimiento y se puso a hociquear al proveedor, que tenía la cara del ya devorado. Tío Alfonso María se acercó entonces a la jaula y dijo:

—A ver si es capaz de tirarse al león —se volvió hacia Pachequito—. Pregúntale si tiene cojones.

—Por ahí —repuso Pachequito.

El león seguía husmeando las piernas del reo, cuya actitud no recordaba para nada a la de un cristiano en el circo. Salieron unas moscas del estiércol con algo de miasmas de cadaverina. La mirada del proveedor tenía dentro todos los desamparos y los terrores almacenados en su perra vida. Imploraba con ella más que lo hubiese podido hacer con ningún aullido. El león se dio una vuelta en redondo y de nuevo fue atraído por aquella pieza de carne que nada tenía en común con su dieta de desperdicios. Levantó una pata para toquetear al proveedor y éste debió creer que lo que se había finalmente levantado era la losa de su tumba. Ninguno de los presentes se movía, unos por expectantes y otro —Agustín Gallareta— por horrorizado.

—Vamos —dijo de pronto tío Alfonso María.

—Discúlpeme usted —terció Agustín Gallareta—, pero yo no cargo con esto —se restregó los ojos con los nudillos—. En qué cabeza cabe.

El león rugió con una veracidad comedida. Había vuelto a sentarse y sólo se dedicaba a vigilar con medio ojo al todavía ileso proveedor, quien intentaba ahora muy sigilosamente echar a un lado la barra que apuntalaba la reja. El cojo usó entonces la pierna útil para darle una patada en la mano, al tiempo que profería una maldición embarullada.

—Si se lo come, me avisas —concluyó tío Alfonso María—. Y abre, que nos vamos.

El tabernero tuvo sus dudas antes de abrir, pero las desechó enseguida. Debió de pensar simultáneamente que ni resultaba factible desobedecer al señor ni era mala idea que éste desapareciera lo antes posible, pues sólo así podría salvar a aquel desdichado de servir de carnaza al león. Lo que no lograba entender era si todo aquello era una broma del género salvaje o la reconstrucción de un asesinato.

—Coño —murmuró mientras abría el portón de la taberna.

Tío Alfonso María y sus dos camaradas salieron sin mirar siquiera para la jaula del león y sin despedirse de Agustín Gallareta. Fuera, la noche también exhalaba un consistente hedor a hostilidad y a residuos orgánicos fermentados, sólo que menos tupido a medida que se alejaban de la taberna. Tal vez la fetidez se les había quedado adherida al paladar y la saliva de la satisfacción había ido poco a poco macerándola. Quién sabe. En todo caso, todavía era pronto —apenas la una—, así que tío Alfonso María tuvo sus dudas: o ir a casa de Mediadora para informarle que la afrenta había sido discretamente lavada, o bien acercarse al casino para recabar cualquier otra clase de informaciones. Según Epifanio, prefirió pasarse primero por el casino.

Cuando Agustín Gallareta llamó tan a deshora al cochero Epifanio, éste se imaginó enseguida que el león habría organizado algún estropicio. Pero el tabernero no quiso adelantarle nada, sólo le confió que estaba en un incalculable aprieto y que por nada del mundo se habría atrevido a llamarlo a aquellas horas si no le fuese en ello la vida, o casi. Así que Epifanio (según explicaría después) salió medio a hurtadillas de la casa y corrió en ayuda del amigo que con tanto apremio lo requería. Le pareció que atravesaba una amenazadora extensión de la noche, que tenía que salir por el otro lado de una cueva, y llegó a su destino con la espeluznante presunción de que iba a encontrarse a Agustín Gallareta poco menos que despiezado. Pero se tranquilizó mucho cuando él mismo le abrió la puerta y pudo comprobar que estaba como solía, con un intenso color verdoso, una envergadura de brazos abiertos aproximadamente colosal y la pelambre tan enmarañada como la del león.

Sentado en el suelo y medio apoyado contra la pared mugrienta yacía el proveedor en aparente estado de coma severo. Epifanio supuso al principio que se trataba de un borracho o de un intoxicado por la peste o de alguien picado por la bicha. Cualquiera cosa menos un sujeto que había estado a punto de ser devorado. Observó al tabernero con una mezcla de fastidio y cansancio y dijo:

—¿Qué le pasa? —agitó el pulgar en dirección al traspuesto—. No me habrás sacado de la cama para que te espabile a ese pajarito.

—Exacto —dijo Agustín Gallareta—. ¿Qué te pongo? —se tanteó la frente con el dorso de la mano como para verificar si le había bajado la fiebre—. Me han mandado ahí una damajuana de tu casa.

—Las dos menos diez —dijo el cochero Epifanio acercándose al oído el reloj de pulsera—. O me lo cuentas mientras me tomo un aguardiente o tú eres el que me vas a oír.

El tabernero se fue para la otra parte del mostrador y llenó dos vasos, uno de aguardiente hasta la mitad y otro hasta arriba de mosto. Y una vez que le entregó el suyo a Epifanio, empezó a explicarle todo lo que allí había

ocurrido, desde que Pachequito y el paticojo se presentaron con el muchacho hasta que tío Alfonso María se marchó dejándolo en la jaula. Epifanio fue asintiendo con aire meditabundo a la muy detallada relación de los acontecimientos. Comprendía y no comprendía alguna de las bifurcaciones argumentales, pero nada le pareció inverosímil.

—Se la buscó —dijo finalmente.

—O sea —dedujo Agustín Gallareta—, que yo aquí tragándome la pepitoria.

—Tampoco —reiteró Epifanio—, pero el que se la buscó fue ese mameluco, por algo sería —abrió la boca con notoria distorsión facial y añadió antes de concluir el bostezo—: Tú, como si nada.

Y se le iban los ojos del proveedor al león, del león al tabernero, del tabernero otra vez al proveedor. Según los datos disponibles, todo venía a ser una regular salvajada, pero no un desafuero gratuito. Y más teniendo en cuenta —como enseguida barruntó— que aquel muchacho debía de ser el que había intentado violar a Mediadora, cosa que naturalmente ignoraba el tabernero y que él en ningún caso tenía ganas de aclararle. Es decir, que el señor también tenía sus razones, aunque no tantas como para hacer de torturador por cuenta propia. En cualquier caso, el episodio también había incluido un desenlace aleccionador. Pues cuando desapareció tío Alfonso María, el tabernero se fue corriendo para la jaula y sacó un remanente de valor de donde nunca lo había tenido. Quitó la barra que apuntalaba la reja y separó ésta lo justo para que el proveedor pudiera salir, volviéndola a encajar de inmediato. El león se había ido poniendo ligeramente soliviantado con tanto ajeteo y tanta comida semoviente. Así que cuando sospechó que ésta se le escapaba, soltó un zarpazo no demasiado competente, y si no se llevó por delante un pedazo de culo del proveedor, fue porque el proveedor carecía realmente de culo, con lo que el ataque sólo afectó un poco al esqueleto y un mucho al pantalón. Pero el susto había sido descomunal y el muchacho, no más salir de la jaula, se cayó redondo sobre el terrizo y se privó. Por eso había sido convocado Epifanio, y de ahí la urgencia en resolver qué podía hacerse con aquel pobre hombre.

Epifanio volvió a mirar alternativamente al león y al proveedor y dedujo —sin necesidad de ninguna perspicacia— que ambos tenían ahora en común la soñarrera. Ninguno daba señales de vida, ninguno tampoco parecía haber estado en el desigual trance de comer y ser comido. Era como esa especie de clemencia con que se acentúa a veces la brutalidad. De todos modos, el hecho de que no se hubiese producido un serio descalabro resultaba de lo más

impensable, aun aceptando las escasas aptitudes del león para comportarse como un animal carnicero. Empezó entonces a circular por la taberna la tenue luminosidad de un milagro y la cara de niño de Agustín Gallareta adquirió un tono decrepito. Epifanio se inclinó sobre el muchacho y notó que respiraba si no con normalidad sí con reincidencia y que, aparte de lo desencajado, no parecía directamente agonizante. Lo acomodó mejor contra la pared, le dio de beber de su propio vaso, lo zarandó incluso con desmesura, y el proveedor comenzó a dar algunas precarias señales de estar recuperándose. Agustín Gallareta también se acercó y, después de comprobar la aún dudosa vuelta a la vida del muchacho, lo cogió con las manos de exprimir hierro que tenía y lo transportó a una silla.

—Ya pasó —dijo muy quedo.

El proveedor abrió apenas un ojo y lo primero que hizo fue comprobar la pavorosa cercanía de la jaula, ya otra vez apuntalada con el barrote. Se palpó luego el culo, extrajo unos jirones del pantalón y puso una angustiosa cara de víctima inocente y luego otra más lamentable de querer vomitar, cosa que hizo con gran profusión de toses y jadeos.

—Hijoputa —masculló entre dos arcadas y repitió ya más aliviado—: Hijoputa.

—Exacto —dijo Agustín Gallareta.

—En la cama es donde tienes que estar —dijo Epifanio—. Te la has ganado, criatura —lo apuntó con su doblado dedo de cochero—. Otra vez te lo piensas mejor.

—Ya me voy, vivo por la Mirandilla —dijo ávidamente el proveedor después de escupir unas últimas hilachas de bilis—. Albérchigo, catorce.

—Andando —dijo Agustín Gallareta—. Ya estás allí.

El proveedor se dejó conducir mansamente por Epifanio y el tabernero. De cuando en cuando, daba muestras de una repentina agitación, como si se le abriera por delante una boca del tamaño del infierno, pero se apaciguaba mal que bien. Las calles estaban desiertas y la expedición adolecía de un moderado regusto a parranda. Pero llegaron sin mayores tropiezos a las cercanías del arrabal y el muchacho fue introducido en el cuarto de una casa de vecinos y depositado en una cama que ocupaba buena parte del cuarto. El tabernero había tenido la delicadeza de traerse con él la botella del aguardiente, de la que hizo beber más de lo aconsejable al infeliz, quien ya no tardó en acogerse a un sopor tembloroso. Y allí lo dejaron con la insatisfacción del deber cumplido.

Cuando el cochero Epifanio —que ya no estaba para muchos trotes— volvió a casa, eran casi las cinco. Por más que intentó entrar sin ser notado, se tropezó en el comedor del servicio con el mozo encargado de despertar a tío Alfonso María y abastecerlo de copas nocturnas. El señor aún no había llegado, pero la señora andaba por la capilla, eso dijo. Lo de la ausencia del señor no sorprendió para nada a Epifanio, si bien le extrañó, y mucho, la estancia de la señora en la capilla. No ya por lo intempestivo de la hora, sino porque la capilla había dejado consecuentemente de serlo a partir de los grandes infortunios protagonizados por don Ismael y, sobre todo, después de la muerte de abuela. Pero Epifanio no disponía entonces ni de ganas ni de tiempo para meterse en más averiguaciones y se fue a dormir. O a intentarlo, al menos, porque esa noche se extravió por un duermevela que no parecía disponer de ninguna confortable salida.

Fue al día siguiente cuando el cochero Epifanio nos confió a primo Aurelio y a mí todo lo sucedido. Y fue entonces también cuando, en un confuso repente, quise a mi vez contárselo a tía Carola. No me movía ni mucho menos ninguna clase de maledicencia, sino el hecho de poder valerme de esa excusa para ir a verla a su habitación. Y así lo hice con una premura que no admitía justificaciones. La puerta estaba abierta y, desde el pasillo, tía Carola era un poco su propio remedo. Reclinada en una vieja mecedora guajira, balanceándose con una sucinta negligencia, leía lo que parecía ser una carta. Cuando me vio entrar, se levantó y fue a dejarla sobre un secreter. Dijo sin volverse todavía:

—Ya no me quieres.

Y yo:

—Tenía que estudiar.

Ella me miró como si lo dudara, un guiño azul enviándole a los traslúcidos cristales del balcón otro borroso parpadeo, y la fragancia de esa piel que aún retenía la tibieza solar de un reciente paseo en el tálburi. Llegándome otra vez al recuerdo igual que el efluvio de una intimidad furtivamente compartida. No la imagen fijada allí en ese momento, no la que se desplazaba ahora por delante de una estantería, sino otra imagen suya que era el resumen de muchas otras compiladas durante años, dóciles o insurrectas según las asociara al deseo o al remordimiento. Y conforme lo pensaba, ella, tía Carola, fue acercándose al balcón y se quedó un instante de espaldas.

—Qué luz —susurró—. Dime.

Y yo se lo dije: un recuento atolondrado de lo que había ocurrido con el proveedor. Tía Carola no hizo ningún expreso comentario. Se levantó de la

butaquita adonde había ido a sentarse mientras me escuchaba y se acercó al secreter. Abrió una gaveta, metió allí la carta que había estado leyendo, y se esparció por la habitación un tornadizo olor a vainilla, el fondo afrodisíaco del olor a vainilla.

—Preferiría no saber nada de eso —dijo con una expresión que la acercaba a mi edad—. Tú ya eres un hombre.

No supe qué responder, ni qué relación había entre esas dos observaciones. Me había quedado otra vez fuera de lo que aquel encuentro tenía de más confidencialmente tentador. Tía Carola levantó los brazos para desabrocharse un collar y ese gesto le agregó a la habitación un aire ilícito de alcoba.

—Nunca me he llevado bien con mi hermano —continuó ella—. Nunca, ni de niña. Sé que no debería decirte estas cosas. Pero me da igual, te las voy a decir —sacudió levemente la cabeza como para soslayar un atasco imaginativo—. ¿Tú te acuerdas de lo que dejó escrito don Ismael? Pues mi hermano lo sabía desde antes del accidente. Siempre ha sido igual.

El bargueño: el cofre nuevamente entrevisto en el maremagno de una reminiscencia obtusa, ahora superpuesto a la gaveta del secreter de tía Carola. La misma madera oscura y cuarteada, el mismo brillo mate saliendo de un fondo aterciopelado, el mismo equívoco referente de infracción y legitimidad.

—Me he pasado media vida sin saber si Juan Claudio estaba vivo o muerto —oí decir veladamente a tía Carola—. Pensé que ya todo me daba igual. Pues fíjate, no. Me importa tanto, que no quiero saber nada.

Y fue en ese momento cuando apareció tía Socorro, toda sofocada y en avanzado estado de indignación. Había entrado como la superiora en el refectorio y se situó con enfática severidad frente a tía Carola. Suspiró y dijo:

—Ya es seguro.

Tía Carola le pidió más detalles con los ojos.

—Ayer y anteayer me pasé la noche de penitencia en la capilla —prosiguió tía Socorro— y tuve una revelación.

—Te escucho —dijo tía Carola.

—Estaba amaneciendo —tía Socorro me dedicó una mirada menos distraída de lo habitual—. Tú también puedes enterarte.

Un silencio esquivo aminoró piadosamente la luz que se descomponía entre los visillos del balcón.

—Y ahora se lo acaban de confirmar a Alfonso María —dijo tía Socorro—. Se han negado a devolvernos las propiedades de los Berengaria en Cuba. Son unos...

Se produjo una pausa semejante a la del mensajero que toma aliento para puntualizar mejor su informe.

—Son unos bosquimanos —concluyó tía Socorro después de elegir lo que consideró un insulto superlativo.

Yo medio me escabullí entonces, aprovechando que cada una de ellas empezaba a ejercer la asimétrica gimnasia de averiguar de qué hablaba la otra. Al fondo del pasillo se encuadraba el relumbre caliginoso de la cristalera de la galería, y anduve hacia él como si propiamente estuviese penetrando en aquel incendio solar. Me quedé un momento como desorientado y luego me fui para el cuarto donde supuse que estarían los primos. Y allí estaban en efecto, o estudiando o fingiendo que lo hacían. Ignoro por qué preferí no decirles nada. Miré primero a Marianita y después a Aurelio y tuve la repentina, la desapacible impresión de que, a partir de ese mismo instante, se estaba produciendo un desvío en algún recodo de nuestra convivencia. Era como una discrepancia irrazonable, un despego provocado tal vez por la excesiva intimidad. No la consecuencia de un desacuerdo o de algún presunto resquemor, sino una especie de súbita desgana afectiva. Tampoco sentí ninguna extrañeza al comprobarlo.

—¿Cómo se dice *hippodrome* en español? —preguntó primo Aurelio.

Mi padre hizo balancear el bastón entre sus piernas y observó un momento al sobrino antes de responderle.

—Igual —dijo—. Hipódromo.

A primo Aurelio pareció extrañarle esa coincidencia. A lo mejor seguía pensando lo mismo que yo cuando era pequeño y suponía que el defectuoso acento de mi padre lo inhabilitaba para hacer convincentes sus argumentos. Estábamos abajo, en una sala de la entrada que mi madre se había reservado para entrevistas de varia devoción, preferentemente con las damas del ropero, los beneficiarios del hospital y otros limosneros habituales. La verdad es que nunca nos habíamos reunido en ese salón, sobre todo si se trataba de una visita familiar, pero tía Socorro había llegado con los primos justo cuando mis padres concertaban una donación con el superior de la Compañía. De modo que aprovecharon para saludarlo y ya se quedaron allí. Yo bajé cuando se despedía el superior.

—De acuerdo —prosiguió primo Aurelio con una suficiencia que sonaba a la de su padre—. Iban a construir un hipódromo —lo pronunció mal a sabiendas—, pero no, qué va, lo que piensan hacer es un campo de fútbol.

—¿Lo sabe papá? —dijo Marianita.

Se escuchó el estruendo de matraca de un palo golpeando velozmente contra los barrotes de una reja. Mi padre parecía buscar por el techo al murciélago que no había entrado.

—El ama está muy torpe —le aclaró tía Socorro a mi madre—. No es que esté mala, es que se le aparece por las noches el fantasma del capellán —se rozó las pestañas con la yema del dedo medio—. Todo el tiempo con lo mismo. Cómodo no es, imagínate.

—Jaula nueva, pájaro muerto —dijo primo Aurelio.

Llamaron muy suave a la puerta y entró un mozo con un saquito crudo bajo el brazo. Se quedó un momento indeciso, como si no supiera qué hacer con aquel paquete injustificado, y luego se dirigió a mi padre diciéndole:

—La escayola, señor.

Mi padre debió pensar que la cosa no iba con él. O no debió pensar en nada. Desenroscó el puño del bastón, sacó un vasito de plata de dentro del puño y se valió de un pañuelo para limpiarlo meticulosamente. Lo hacía incluso con un celo sacramental.

—¿Dónde lo dejo, señor? —preguntó el criado mientras le imprimía una ligera oscilación al talego, que empezó a soltar una nubecilla de polvo.

—Diablos —dijo mi padre—. ¿Qué es eso?

—La escayola —reiteró el criado.

Mis padres se miraron con un reproche mutuo, como si la anómala presencia del saquito fuera la demostración de un desorden irremediable. Prima Marianita se situó entonces frente a mí y me preguntó:

—¿Tú qué dirías: estoy más delgada o igual de delgada? —se recogía la falda componiendo un paso de baile.

Yo no contesté, pero recorrí con la vista ese cuerpo nada enjuto, y lo hice muy despacio, para que ella supiera en qué pensaba. Al criado, entretanto, se le había ido poniendo cara de contrito y había decidido finalmente marcharse con el talego.

—No veo a Carola desde hace qué sé yo el tiempo —dijo mi madre sin abandonar la actitud de la afligida perenne—. El otro día soñé con ella. Siempre con sus cosas.

—Ya se ha puesto una querrela por vía diplomática —le informó tía Socorro a mi padre—. No vamos a consentir que esos bosquimanos se queden con lo nuestro. Bueno es Alfonso María, ¿qué voy a decirte?

—Claro —respondió mi padre, tal vez convencido de que nada podía estar más oscuro.

—No sé si me he resfriado —dijo mi madre en un susurro— o si tengo hambre.

Primo Aurelio me hizo una seña que se quedó sin concretar. Sería para que nos fuésemos, pero ya su madre evocaba (no sin apoyarse en el lenguaje del abanico) el clima de abulia melosa del central de Camagüey, la rumorosa hilera de negros trasportando la caña hasta el trapiche, esa emanación del guarapo que ponía pringosas las sábanas. Y luego su propia imagen de dama adicta al vahído, la travesía hasta los barracones de la plantación un domingo de fuego, conducida en un palanquín para repartir aguinaldos entre los macheteros de la zafra. ¿Por qué regla de tres, por qué tropelías de los enemigos de Dios la habían desvalijado de toda esa belleza tan santamente disfrutada, incluso de toda esa cochambre que ella tenía la obligación de mitigar? ¿Alguien podía explicárselo?

Nadie se lo explicó, pero cuando tía Socorro hubo terminado, empezó mi madre a contar la terrorífica historia de Mercedes Bengoechea, bellísima mujer de un rico industrial. Era él un hombrón de pocas palabras, adiposo y tozudo, que dedicaba su tiempo libre a actividades incongruentes, tales como levantar piedras, cortar troncos y comer cabritos sin deshuesar. Y ocurrió que la dicha Mercedes, que era como la flor de la cortesanía, comenzó un buen día a toser de modo muy raro, porque más que tos lo que practicaba era un vómito inconcluso, un carraspeo espasmódico que la hacía revolcarse en la cama y consumirse mayormente de desesperación. Ni médicos ni ensalmadores ni directores espirituales supieron diagnosticarle aquel mal y mucho menos curárselo. Primero lo atribuyeron a histerias derivadas de su muy desigual emparejamiento y luego a una retracción patológica de la faringe y hasta a un desconocido síndrome de irritación perpetua de la pituitaria. Pero no era nada de eso. Además, la atormentada por aquella tos inmundada comía, entre ataque y ataque, casi tanto como el marido, lo cual era todavía más excéntrico. Hasta que un día ocurrió lo inesperado. Una criada oyó un estertor, un gorgoteo con tazas de preagónico, y acudió a toda prisa a la alcoba de su señora. Y allí la encontró tendida de bruces en la cama, mientras se iba sacando de la boca lo que parecía ser una rienda larga y resultó ser una tenia de más de cuatro metros. Una hermosura de mujer expuesta a semejante monstruosidad. O sea, que los caminos del Señor son sumamente inescrutables.

A lo que replicó tía Socorro que tan inescrutables eran que no hacía mucho todavía tuvo ella una experiencia de lo más confortadora, sin duda de índole beatífica. El caso fue que un viernes, al volver del triduo, supo que el cochero Epifanio tenía ulcerada una herida a la altura del peroné (también yo me acordaba de eso), probablemente de montar sin ropa adecuada. La herida presentaba a ojos vistas un aspecto desastroso y se manifestaba sin necesidad de acercarse por un pálpito maloliente. A pesar de que el cochero se mostró algo reacio a que ella le anduviese curioseando la úlcera, al fin aceptó ser atendido. De modo que ella pudo proceder a una primera cura, consistente en la aplicación de un apósito mojado en vino de misa y en el rezo, mientras se lo aplicaba, de la oración para el consuelo de los afligidos. Pero la herida no sólo no mejoró, sino que fue a peor. En vista de lo cual, el médico mandó interrumpir todo tratamiento de uso externo y recetó unas sulfamidas por vía oral. Y de algo sirvieron, aunque la supuración no se redujo del todo. Entonces ella, encomendándose a Santa Isabel de Hungría y una vez vencidas las resistencias de Epifanio —que fueron literalmente deplorables—, requirió

una palangana, lavó la herida con agua de Aquilino, la secó con lienzo de altar y la besó. Todo ello en presencia del díptico de San Dionisio Areopagita que perteneciera a la abuela Purificación Bárcena. Santo remedio. Su sacrificio había sido grato a los ojos de Dios: a las dos semanas no quedaba más rastro de la úlcera que una cicatriz tornasolada.

Supongo que mi padre entendía poco y mal aquellos circunloquios incorregibles de su mujer y su concuñada. Pero, cuando asistía a ellos, nunca dejaba de soportarlos con una aplicación que más parecía depender de su deseo de familiarizarse con el idioma que de su curiosidad por lo que se decía. Y así ocurrió aquella tarde. Mi padre no hablaba, sólo escuchaba entre desnortado y divertido, mientras bebía en su vasito de plata una ginebra que él mismo se mandaba elaborar, a base de centeno y malta galeses, maíz colombiano y enebro y albahaca locales. No era una marca comercial, sino un licor de exclusivo uso doméstico, conservado en botellas de cerámica que él mismo había también diseñado, con los blasones de los Malcorta y los Hardy enlazados por las puntas.

Ahora que lo pienso, creo que yo me demoré allí esa tarde por un prurito malicioso: el de darles a entender a los primos que no tenía demasiado interés en estar con ellos a solas. Otra vez la impresión de extrañamiento, de despego infundado que había sentido días atrás. No se debía sin duda a ninguna premeditada displicencia, sino a un simple automatismo sensitivo. Tampoco sé muy bien si sólo era eso o si apenas se trataba de un malestar transitorio. En cualquier caso, cuando ya la conversación de los mayores entró en una fase de franco arrobamiento, me fui para la puerta y les indiqué a los primos que se vinieran detrás. Y así lo hicieron. Ya había anochecido y la araucaria del patio aparecía envuelta en una sombra cóncava. Subimos muy despacio, las pisadas rezagándose en ese hueco de la escalera que la oscuridad volvía más sonoro, un olor a dama de noche y a barniz asociado al vapor caliente de los maceteros. Antes de llegar al descansillo, primo Aurelio usó de su más postizo aire británico para decirme:

—Veo que ya no te vas a Inglaterra —apoyó sus palabras con unos golpecitos de la mano sobre el barandal—. Tú te lo pierdes.

Yo me encogí de hombros y pensé que incluso no me importaba ya demasiado que mi tantas veces previsto viaje a Swansea —donde aún seguía mi hermano Gregorio— se hubiese ido aplazando una y otra vez. Era como un inconsciente sistema de autodefensa frente a esa taimada presunción de primo Aurelio. Él quería alardear de supremacías mundanas y yo le respondía fingiéndome el desdeñoso frecuentador de otras compensaciones.

—Depende —dije con una firmeza difícil—. Yo me entiendo.

Marianita se había detenido a mirar el cuadro del Crucificado que estaba en el vestíbulo de arriba. Era un lienzo de casi dos metros, fechado en Sevilla en 1674 y procedente al parecer del taller de Murillo. Abuelo Sebastián se lo había regalado a mi padre con otras donaciones *própter nuptias* y siempre tuvo para mí un contenido enigmático. Colgado allí mismo hasta donde yo podía acordarme, pasó a convertirse durante años en un fiscalizador inflexible de mi conducta, ese prestigio piadoso que también iría luego cambiando subrepticamente de sentido. Un resplandor sesgado avivaba el torso de la imagen, que parecía emerger de una marea tenebrosa, la faz inmovilizada en una angustia que la propia pátina del lienzo atemperaba. Y detrás, guarnecido en la penumbra general del cuadro, un paisaje de colinas austeras, apenas perfiladas entre los nubarrones, que nunca dejé de identificar con los arenales invernizos de Argónida. Marianita se santiguó dos veces antes de seguir para mi habitación.

Encendí la luz y fue como si toda la casa hubiese recuperado el orden que la osadía de un intruso había interrumpido. Primo Aurelio se sentó en un sillón y sacó una pitillera. No la abrió, sino que se dedicó a darle vueltas entre las manos, como si aquello fuese un hábito londinense muy en boga. Marianita curioseaba en mi mesa y algo iba a decir cuando la interrumpió Aurelio.

—¿Has vuelto a ver al león? —me preguntó sin apartar la vista de la pitillera.

—El famoso diario —dijo Marianita, y agitaba una libreta de tapas verdiblancas en dirección al hermano.

Yo le dediqué una mirada desabrida y me apresuré a recoger la libreta. Marianita forcejeó un momento, pero acabó dándomela. Un amago de apreturas, su cuerpo practicando una insinuante y mórbida dejadez carnal. Luego me volví hacia primo Aurelio.

—¿Al león? —pregunté sin ninguna curiosidad.

—Papá va a disecar la cabeza —dijo primo Aurelio— y se la va a regalar a la querida. Para que te vayas enterando.

—Por favor —susurró Marianita.

—Me gusta que haga eso —dijo él, el primo—. Como en la guerra.

—Otro invento de Epifanio —terció Marianita con un mohín que quería ser adusto y no pasó de melindroso.

—No sé —dije yo mientras descubría cambiado de sitio el androide que me regalara abuela.

Primo Aurelio se quedó un momento pensativo. Abrió la pitillera, miró al techo con ojos de conocedor de asuntos reservados y luego me miró a mí. Dijo:

—Los trofeos —y volvió a cerrar la pitillera con sonora convicción.

Y en eso vinieron a avisarnos de que ya se iba tía Socorro. Esperamos todavía un momento, retenidos por ese tácito estatuto que nos prohibía la obediencia inmediata, y nos fuimos para abajo muy despacio y sin proseguir ninguna conversación. La araucaria tenía ahora un relieve más nítido, también parecía más frondosa bajo el resplandor demasiado crudo que salía de la sala. Nos despedimos en el patio, y hubo mucho trasiego de besos y mucha encendida promesa de volvernos a reunir todos ese fin de semana, incluidos tío Alfonso María y tía Carola. Yo los veía salir mientras iba notando un ingrato, un contradictorio, un vacilante sentimiento de intimidación.

23

Un día, a la hora reglamentaria de la siesta, oí gritar a mi madre. No se trataba de un grito demasiado estridente, incluso podía considerarse un grito francamente modesto, pero como era la primera vez en mi vida que la oía emitir una voz de semejante volumen, también me alarmé más de lo razonable. Yo andaba aburriéndome por algún sitio, y enseguida comprendí que había dejado de aburrirme. Salí a toda prisa a ver qué pasaba y, guiado por lo que ya no era más que un sollozo, no tardé en encontrar a la sollozante. Estaba con mi padre en el recibidor de arriba, y ninguno de los dos decía nada en ese momento. Yo me quedé en la puerta, sin decidirme a entrar, como retrasando la llegada de una mala noticia. Y en cierto modo era una mala noticia.

—Han ido a detener a tu tío Alfonso María —dijo mi padre con relativa serenidad.

—No se lo digas —imploró mi madre, la punta de un pañolito retenida en el lagrimal—. No tiene por qué enterarse.

Yo no supe qué responder. Nunca había sentido ningún apego especial por el tío, pero esa contundencia informativa me sobresaltó más de lo que esperaba. Algo compareció entonces en mi memoria que no supe descifrar, algo parecido a un fogonazo en el que se insertaba una escena imposible: tío Alfonso María y primo Aurelio maniatados codo con codo y acusados de extorsionar a no sé qué personaje indefenso.

—Un ayudante que tuvo lo ha denunciado —puntualizó mi padre casi en un susurro, como si bajando la voz eludiese el veto de mi madre.

—Dios mío —dijo ella—, no mezcles también al niño en esta deshonra.

Mi padre le impuso en la cabeza una mano compasiva y me miró otorgándome por primera vez un merecimiento de adulto.

—No va a pasar nada —dijo, ya con su voz habitual—. A quién se le ocurre.

Recordé otra vez de pronto algo que me había confiado tía Carola, pero no conseguía desenredar los hilos de aquella defectuosa maraña de evocaciones. Se me entrelazaban de nuevo en la memoria las actividades bélicas del tío con

el episodio infame del león y las enigmáticas andanzas del capellán. Y en medio de todo aquel fárrago de datos deficitarios, pistas engañosas, indicios desordenados, el cofre, la única imagen recurrente que parecía albergar todas las otras imágenes felices o vituperables de aquellos años.

—¿Qué pasa? —musité.

—Vete a tu cuarto, hijo —acertó a decir mi madre—. Hazme caso.

Cuando me iba, venía de un lugar desacostumbrado el aroma a enebro y albahaca de la particular ginebra de mi padre. Llegué a mi cuarto y tuve la sensación de que un visitante desconocido había estado allí mientras yo me encontraba fuera, esa forma inocente de buscarle una justificación al extravío. Saqué entonces mi libreta de un cajón y empecé a hojearla en busca de no sabía qué deducciones. Aún faltaba más de una hora para mi clase de inglés y decidí de repente ir a casa de los primos para poder enterarme mejor de lo que había pasado. Ni se lo dije a mis padres ni avisé a nadie, sino que me escurrí hasta la casapuerta y anduve por unas calles soleadas que tenían entonces un cauteloso aire de corredores encubiertos.

Entre mi casa y la de los primos, quedaba un buen trecho de la parte vieja de la ciudad, un dédalo de callejones y plazuelas apenas transitados, una sucesión abigarrada de corrales de vecinos, solares intermedios y vestigios de grandes mansiones que iban siendo vorazmente sustituidas por casas de pisos. Era un enclave a la vez suntuoso y menesteroso, el resultado de un urbanismo espontáneo crecido intramuros con un desorden que había acabado por tener su propia e impecable euritmia. Escalonado según los naturales accidentes del terreno, ese primitivo reducto de la ciudad había ido poco a poco acusando la acción de una incuria que parecía afectar juntamente a las habitaciones y los habitantes. Todo estaba al filo del escombros y nadie era capaz de saber en qué consistía ese escombros. Los humildes materiales de construcción enemistados ya con el alabastro y la piedra labrada. La especulación de la superficie desplazando a la regla de oro del volumen. Un tabanco instalado en una nave de traza gótica, un ejemplo magnífico de arquitectura popular, una fachada neoclásica devorada por las criptógamas, un convento de irreprochable armonía, un patio palaciego convertido en almacén. En ese desajuste —nunca perceptible del todo— habíamos crecido: por allí nos habíamos escapado alguna vez en busca de las grandes aventuras; desde aquel mundo a medio extinguir o a medio hacer empezamos a asomarnos a otro mundo, no importa si más acogedor o más inhóspito.

La cancela estaba entornada y entré en el patio sin ser visto y sin ver a nadie. Empecé a subir y me detuve un momento en el rellano del que partían

los dos ramales de la escalera. Tomé por el de la izquierda y, conforme llegaba a los últimos escalones, oí decir a tío Alfonso María:

—Se van a enterar —o algo así.

Estaba con tía Socorro, junto a la puerta del gabinete que daba a aquella parte de la galería. No me vio al principio, pero no pude evitar que me viera enseguida. Puso ese gesto de pisar mierda que ponen los habituados a que nadie cometa la imprudencia temeraria de interrumpirlos.

—Los primos están en el estudio —dijo tía Socorro con una voz tan compungida que la avejentó apresuradamente.

Yo me fui en silencio para lo que ella llamaba el estudio, una habitación del fondo, con dos cierros cubiertos de unas vidrieras de policromía eclesiástica y unos estantes abarrotados de jarras y platos de vieja cerámica popular. Había también dos mesas ovaladas con la encimera de mármol y una chimenea también de mármol. Un espacio frío y con cierta enfadosa apariencia de comedor en desuso, lo cual favorecía la impresión de que unos comensales, hartos de esperar a ser atendidos, acababan de abandonar repentinamente sus puestos. Me demoré unos instantes por el pasillo, temiéndome no sabía qué penitencias colectivas, y al fin entré en el estudio. Los primos estaban de pie junto a la chimenea, él con el aire del que acaba de firmar un pacto de agresión y ella entregada al ameno pasatiempo de mirar para las vidrieras.

—¿Lo sabes? —fue la pregunta con que me recibió primo Aurelio—. ¿Sabes lo que han querido hacerle a papá?

—Por encima —contesté.

—Por debajo, querrás decir —Aurelio levantó la mano con el énfasis de acallar a una turba vociferante—. Han querido meterlo preso, ¿tú te das cuenta?

—En la cárcel —añadió Marianita como si hubiese acertado una adivinanza.

Yo contesté algo parecido a qué barbaridad y, a partir de ahí, fui conociendo la versión de los hechos según el primo, completada luego con las adiciones equitativas de tía Carola. Era una intrincada historia de prevaricatos, estratagemas impensables y resentimientos. Resulta que don Ismael, antes de decidir su entrada en el clero secular, había servido a las órdenes de tío Alfonso María en las últimas escaramuzas bélicas. Nadie conocía ese dato, a no ser el Juan de Juana que fuera secretario del tío para asuntos confidenciales. Entre el entonces soldado Ismael Navarro Codolat —recién viudo— y el entonces alférez Alfonso María Romero-Bárcena —recién

casado— se estableció un nexo amistoso de lo más discordante. Ninguno de los dos parecía tener nada en común con el otro, no ya en cuanto a procedencia o credenciales sino en lo tocante a gustos y dispendios. Pero el soldado sirvió con tan sumisa y disciplinada adulación al alférez, que éste acabó por hacerlo su ordenanza. Un día, el Ismael Navarro Codolat cayó gravemente herido y fue trasladado a un hospital de campaña, donde pidió confesión. Y tras hacerla del tipo de las generales, reclamó la presencia de su alférez, con quien se volvió a confesar en los mismos términos que lo acababa de hacer con el pastor de aquel ejército de almas. Pero el soldado no se murió de aquélla y tío Alfonso María continuó distinguiéndolo normalmente con su protección. Y así hasta que terminó la guerra y cada cual —con similar euforia aunque con distinto bagaje de medallas— se fue por su rumbo.

Nada más habría ocurrido si tío Alfonso María no hubiese vuelto a encontrarse con su antiguo asistente convertido en subdiácono de la prioral. Después de las sorpresas, los parabienes y demás informes accesorios, recordaron entrambos sus particulares esfuerzos para devolverle la patria a Dios, y de esa remembranza surgió la idea de que el ya llamado don Ismael aceptara el puesto de capellán de los Romero-Bárcena, ya que —contra toda lógica— la familia carecía de ese servicio. No había olvidado tío Alfonso María aquella confesión de agonizante, en la que el fiel ordenanza se declaró directamente parricida, aparte de asesino por omisión, pero ninguno comentó entonces para nada ese contratiempo. No obstante, una noche en que tío Alfonso María andaba de putas con Juan de Juana, la mucha bebida pudo más que la escasa discreción, y aquél le confió a éste las muy llamativas delincuencias de don Ismael. Juan de Juana debió de aprenderse muy bien aprendida la historia, imaginándose quizá que en alguna ocasión podía sacarle al asunto sus buenas utilidades. Y así fue, porque al cabo del tiempo, cuando ya hacía años de su expulsión como secretario, fue detenido por robo a mano armada. Se conoce que el reo no lo pensó dos veces: ofreció a la policía denunciar a un encubridor de asesinato a cambio de que le rebajasen la condena. Eso fue lo que hizo: vengarse de tío Alfonso María por haber sido despedido de tan mala manera y, a la vez, procurarse algún descuento en los ocho años de prisión mayor que le cayeron encima.

Aunque debido al tiempo transcurrido ya tenían que haber prescrito holgadamente las reclamaciones legales en torno a ese crimen (o a ese error judicial), un magistrado provisto de un desmedido celo profesional se interesó por el caso y ordenó la inmediata comparecencia de tío Alfonso María. Y tío Alfonso María, a su vez, autorizó al magistrado para que acudiera a visitarlo

cuando le viniera bien, sólo que avisando con un día de antelación. Y ahí se equivocó tío Alfonso María, porque la arrogancia fue tomada por desacato, y el juez —que debía ser joven y forastero— dio orden de que el señor conde de Malcorta fuera conducido por la guardia ante su presencia. Esa parte de la hazaña me la contó más por lo menudo tía Carola y pudo ser como sigue:

Una pareja de guardias se presenta en casa del interfecto a las diez y media de la mañana. Una hora de lo más intempestiva, aun teniendo en cuenta los márgenes de tolerancia del horario privado del señor. El señor hace esperar a los guardias en el patio y baja a las once y media. Los guardias están intranquilos, pero en ningún caso se atreven a proponer ninguna clase de apremio. Cuando el señor les pregunta que con qué autoridad se permite nadie venir a sacarlo de la cama, los guardias contestan que con la autoridad que les confieren las órdenes recibidas, y le muestran un papel donde lo dice. Que esperen entonces, replica el señor, que tiene que llamar al Pardo. La mirada que intercambian los guardias denota un razonable pavor. El señor entra en una sala para llamar al Pardo, mas no logra hablar con quien desea. Son las doce. Que esperen otro poco, que va a comunicarse con el gobernador, lo cual consigue de inmediato. El señor manda decirle a uno de los guardias, por medio de un criado, que se ponga al teléfono. Y así lo hace, pero el guardia no acaba de explicarse a qué viene tanta conferencia y tanto parloteo y, tras hablar con el gobierno civil, llama a su vez al cuartelillo en demanda de instrucciones. En ese momento baja al patio la señora de la casa, que desea aclarar primeramente si los guardias saben quién es el señor. Uno de los guardias responde que lo saben de sobra y que el respeto que le deben no les impide cumplir su cometido. Un estupor delicado sombrea ligeramente el semblante de la señora, a quien el señor le solicita con cierta brusquedad que se ausente. La señora pone cara de extrañada y les dice a los guardias que si desean tomar una taza de café o bien un aperitivo y que, en cualquier caso, va a mandar que echen el toldo porque la luz es mucha. El guardia que ha llamado al cuartelillo parece obrar entonces bajo los efectos de una enajenación mental transitoria, pues hace lo más desconcertante: coger por un brazo al señor indicándole la puerta. Nadie se explica por qué el señor no ha sacado ninguna pistola. Y en eso el guardia se percata de que ha acudido a presenciar el espectáculo algo así como una docena mal contada del personal de servicio, por lo que decide soltar el brazo del señor, quién sabe si en virtud de algún atavismo reverencial. Efectivamente, hay mucha luz en el patio. Sin que al parecer nadie se lo indique, el cochero Epifanio aporta dos sillones de mimbre para que se sienten los guardias, quienes rehúsan la invitación. Por la

galería de arriba, se asoman con estática sorpresa la hermana del señor y los dos niños de la casa. El señor les comunica a los guardias que, si prefieren salir de dudas, que aguarden un poco más, porque está a punto de solventarse aquel atropello y que él, en el ínterin, se va a tomar una copa. A lo que agrega la señora que la copa se la podrían tomar todos o, por el contrario, ninguno. El señor, sin embargo, no es de esa opinión. Se sienta en uno de los sillones y manda a un criado que traiga una jarrita de oloroso. Ya son más de las doce y media, hora en que se presenta al fin un enviado especial del gobernador en compañía del comisario de la policía local. Tras los saludos de ordenanza, el comisario ordena a los dos guardias que se retiren, cosa que hacen disciplinadamente, aunque no sin antes ofrecer al señor las disculpas propias del caso. La señora se despide entonces también con plausible discreción y los tres caballeros pasan a uno de los recibidores del piso bajo, donde les es servido un refrigerio.

Hasta ahí la aproximada reproducción lineal del episodio. Porque luego estaba el epílogo, que fue ciertamente edificante. Una vez relevado de la obligación de presentarse ante el juez, tío Alfonso María se propuso relevar también de sus funciones al insolente. De ninguna manera podía comprender qué intolerable relajación social había posibilitado aquel ultraje a su persona. Ni su rango familiar ni su heroica militancia admitían semejante trato. De modo que hizo las gestiones pertinentes para que la ofensa no volviera a repetirse y, sobre todo, para que el ofensor tampoco pudiera intentarlo.

—Mi honor es el que está en juego —informó a tía Socorro, una vez finalizadas las copas con el comisario y el enviado gubernamental.

—No me gustaría que les pasara nada a los guardias —dijo tía Socorro—. Por no molestar, ni siquiera tomaron café.

—A mí no me joden —dijo el tío—. Estáte segura —suavizó el rictus de la boca—. Ya sabes tanto como yo.

—No me imaginaba que un juez pudiera hacer eso —añadió tía Socorro, acaso pensando que la única excepción era la del juez supremo.

—Pues se va a enterar —dijo el tío.

Y se enteró, en efecto. A las tres semanas le fue notificado al juez su traslado forzoso por conveniencias del servicio. Tío Alfonso María no sólo consideró que eso era una forma inexcusable de satisfacerlo, sino la respuesta lógica a una osadía sumamente perniciosa para el bien común. Pero fue a mi madre, con toda probabilidad, a quien más afectó todo ese alboroto, ignoro si porque creyó que el hermano iba a ir de veras a la cárcel o porque aquel asunto de don Ismael significó para ella casi tanto como el aviso de una

condenación eterna en bloque. De todos modos, algo parecido a una reticencia, un escrúpulo, una especie de gratuito remordimiento, se fueron injertando entonces en la rutina de la vida doméstica. Ni siquiera tía Carola hizo nada por evitarlo.

La abortada detención de tío Alfonso María coincidió, más o menos, con una crisis bodeguera imposible de abortar. No es que se hubiese producido ninguna repentina quiebra en el negocio, pero fue por esos días cuando se hizo inaplazable una seria regulación económica. Tío Alfonso María se resistió por todos los medios, incluso sacrificando algunas propiedades agropecuarias, a introducir ningún cambio significativo en la mecánica industrial de la bodega. La verdad era que los propios reajustes financieros habían ido acelerando el tránsito de la vieja empresa familiar a un nuevo modelo de empresa mercantil. De modo que a tío Alfonso María —y correlativamente a mi padre— también les llegó el turno de dar forzosa entrada en la bodega a banqueros y economistas y aun a nuevos gerentes. Fue un trance enojoso y, en cierta rastrera medida, la prueba palmaria de que un mundo hasta entonces intocable venía siendo sometido a un agudo proceso de profanación.

No sé si mi padre pensaría lo mismo, porque tampoco se pronunció nunca en ese sentido. Pero tío Alfonso María asoció coléricamente las arteras intromisiones del capital foráneo, la baladronada del juez y tantas otras bastardías generalizadas, a una misma forma de conjura contra la tradición. En lo más nítido de su conciencia de prócer se le interpuso la abrumadora certidumbre de que algo sagrado estaba sucumbiendo en torno suyo. Rememoraría entonces sus años de ascensión a la jefatura del clan, ya con abuelo recluido en sus propias trastiendas de incapacitado, y él erigiéndose por momentos en dueño y señor de un patrimonio —y un título— cuyo origen conectaba con una sabia racionalización de la industria vinícola y una irreductible limpieza de sangre. Ese paulatino convencimiento de la inmutabilidad de una preponderancia aprendida de otra preponderancia, no graciosamente adquirida, no heredada por fuero provisional o tomada en desaprensivo usufructo, sino conquistada día a día con un competente —amén de devoto— sentido de la superación. Todo tenía ya un áspero, un insoportable olor a decadencia y ni los imperativos de lealtad a la patria parecían servir ya de algo más que de encomiendas honoríficas.

Tía Socorro, que ya se veía en las vecindades de la bancarrota —y que incluso tuvo que reducir casi a la mitad la nómina de la servidumbre—, quiso interceder de algún modo en el equilibrio de la economía doméstica. Recabó para ello el apoyo de mi madre y de tía Carola, a quienes hizo partícipes (después de asegurarles que la contabilidad y el chismorreó, contra lo que ella creía, eran cosas bien distintas) del singular alcance de su proyecto. Y el tal proyecto consistía en hacerse mandar de la bodega todas las yemas de los huevos cuyas claras se usaban expresamente para clarificar los vinos. Esas yemas sobrantes solían ser regaladas a las monjas o eran cedidas sin más a los trabajadores. Primo Aurelio y yo habíamos ayudado alguna que otra vez en esa faena, que también tenía su parte recreativa. Las claras de los huevos —procedentes de unas gallinas *langstham* que se criaban en La Valerita— iban reuniéndose en una jarra, mientras las yemas se vaciaban aparte, en unos lebrillos vidriados. Cada jarra debía contener exactamente dieciséis claras, a las que se les añadía un chorro de vino antes de batirlas con una ramita de romero. Eso era lo que había que echar en cada bota de treinta y una arrobas. A veces, los trabajadores cogían algún lebrillo y se comían las yemas a cucharadas o se fabricaban un candiel mezclándolas con vino amontillado y añadiéndoles azúcar moreno, lo cual venía a ser un tónico apto incluso para las más reacias variantes de resurrecciones. Otras veces metían las yemas en las fiambreras del almuerzo y se las llevaban a su casa. Pero ahora ya no iban a poder hacer nada de eso, puesto que —según el plan de tía Socorro— esas yemas pasarían a convertirse productivamente en tocinos de cielo y otros primores de dulcería casera.

Mi madre tuvo en principio sus reservas. Pensaba que, aparte de que aquello se parecía mucho a hacerles a las monjas una competencia irreverente, el proverbial decoro de la familia se iba a ver muy mermado con semejantes comercios de mostrador. Pero tía Socorro acabó por convencerla, no sin esgrimir el inmejorable argumento de que la utilidad bien entendida —y más tratándose de los frutos de la tierra— empezaba por una misma. Tía Carola no se pronunció mayormente sobre la cuestión, se limitó a dar por aceptable lo que no le parecía ni bien ni mal. En cuanto a tío Alfonso María, lo primero que hizo al enterarse del negocio fue responder con una carcajada y, después de la carcajada, negarse a que su mujer y sus hermanas se metieran en ninguna cocina y enturbiaran los lustres del apellido con humos tan inferiores. A la larga, sin embargo, casi prefirió hacerse el desentendido, a saber si porque esos afanes de la mujer le ahorran otros atosigamientos, o

porque los nuevos gerentes de la bodega empezaban de hecho a rebajarle las ínfulas.

El obrador de la confitería quedó instalado en una habitación anexa a la cocina, bajo la directa supervisión del ama Remedios. Aparte de las ocasionales ayudas de dos sirvientas, tía Carola solía encargarse de elaborar el almíbar, mi madre de batir las yemas y tía Socorro de preparar los moldes. La confección propiamente dicha corría a cargo del ama, quien se pasaba todo el tiempo santiguándose ante el baño de María y alardeando de sus muchas habilidades como dulcera y de las muy escasas de las niñas. También quiso ella encargarse de la venta del producto, cosa que no podía estar más lejos de sus capacidades, por lo que se comisionó a uno de los criados que escaparon de la última purga, un muchachito algo hombreriego y adecuadamente empalagoso, de muy buenas disposiciones y ocurrencias.

Y el negocio comenzó a funcionar con halagüeña aceptación. La venta se efectuaba por supuesto fuera de la casa, concretamente en la sala de la cochera que mandara construir abuela Adelaida para sus descansos hípicos y donde descubrieran aquel aciago día al potro asesinado. Y allí se situaba el mozo cada mañana para despachar los encargos previos y —si quedaban existencias— atender los pedidos de última hora. Según tía Socorro, se llegaron a vender en un solo día más de sesenta docenas de tocinos de cielo y treinta y dos de yemas de San Nicolás. Lo cual resultaba alentador hasta para un suministro organizado por esa Romero-Bárcena consorte.

Los ajetreos de la confitería afectaron de modo directo a la vida cotidiana de la familia. Aunque mi madre apenas alteró sus hábitos (y aunque terminaría desertando poco a poco de sus funciones de batidora), tía Socorro supeditó el entero orden doméstico a las exigencias estrictas de la producción, levantándose a horas indebidas y tratando incluso de integrar a toda la casa en las muchas responsabilidades que se había tan concienzudamente asignado. La vida alcanzó entonces para ella un sentido distinto al habitual, y una lúcida noche tuvo la repentina certeza de que, a partir de la confección de dulces, todas sus actividades precedentes adolecían de una vacua inconsistencia y un recalcitrante predominio de la ociosidad.

Fue por entonces cuando empezó a frecuentar la confitería —y a ofrecerse para lo que fuera menester— una amiga de los Berengaria, de edad comprendida entre la de tía Socorro y la de prima Marianita. Su nombre era el de Dulcenombre y poseía la rara templanza de ir siempre limpia de afeites y perifollos, lo cual acentuaba aún más su llamativa cualidad de andrógina. Primo Aurelio adoptó con ella desde el principio un aire desdeñoso que

recordaba mucho al que usaba su padre para distinguir a quienquiera que fuese. Tal vez se maliciaba algo o no llegaba a entender muy bien aquellas asiduidades, que aún se hicieron más profusas cuando Dulcenombre comenzó a acudir en compañía de un hermano suyo que mejor parecía una hermana gemela, a juzgar por la repetición escrupulosa de rasgos y modales. Aunque los dos fueran tan equívocamente semejantes, él no se llamaba empero Dulcenombre, sino Quinín, y era muy ducho en el arte de acaramelar moldes, entonar canciones melódicas y hacer teatro de títeres.

A saber por qué intrincadas bifurcaciones sentimentales, tía Socorro se aficionó tanto a Dulcenombre y a Quinín que era raro el día en que no se pasaran juntos toda la tarde, ya fuese en el obrador o en alguna de las salas de arriba. Lo cual contribuyó a que la también compleja hostilidad de primo Aurelio aumentara de modo considerable. Algo había, sin embargo, en tan aireada animadversión que muy bien podía ocultar una solapada forma de defensa frente a un atractivo que él, primo Aurelio, prefería por alguna turbia razón no reconocer. A tía Carola y a Marianita sí parecía agradarles abiertamente la presencia de aquellos indistintos efebos, los cuales unían, a su natural afable, una proporcionada capacidad para reducir tensiones, incluidas las endémicas. Solían inventar juegos cuya regresión a la infancia los hacía más audaces y permutaban cada día el tedio hogareño por alguna impensable excepción. Yo también intervenía con regular frecuencia en esas novedades, y también a mí, en contra del parecer de primo Aurelio (bajo cuyo rechazo parecía alentar cada vez más una seducción embozada), me divertían de algún modo Quinín y Dulcenombre, antes quizá por lo que en ellos había de dadivoso que de franqueable.

Un día en que estábamos todos reunidos en la que fuera sala de juegos, apareció tío Alfonso María. No era la primera vez que se encontraba con los efebos, pero en aquella ocasión debió de descubrirles algún duplicado encanto porque los observó y alabó de muchas inusitadas maneras, proponiéndoles incluso alguna excursión campestre para ver los caballos o para merendar en una viña, a elegir. Yo escuchaba al tío tratando de buscarle las marcas de algún excesivo consumo de oloroso, pero sólo le encontré un cierto nerviosismo en los ademanes y una mirada boyal. Me acordé entonces convenientemente de la tarde en que primo Aurelio y yo lo sorprendimos en la otra cochera, dedicado al liviano ejercicio sexual de ver a aquellos dos muchachos actuando desnudos frente a él. Aunque intentara rehusarla, no pude evitar la sospecha de que tío Alfonso María también andaba pretendiendo usar a Quinín y Dulcenombre para alguna práctica parecida.

Así las cosas, sucedió algo que quizá presumimos todos alguna vez sin quererlo manifestar, aunque ni los hechos ni las personas implicadas resultaron ser las más predecibles. Todo empezó una tarde en que tía Socorro dio por concluida su jornada de dulcera antes de tiempo, después de comprobar que llevaba más de una hora en el obrador con la sola compañía del ama Remedios. Yo andaba con los primos por el traspatio y decidimos subir a la galería, cuando ya andaba por allí tía Socorro en funciones de rastreadora jadeante. No nos dijo nada, pero nos adelantó con los ojos una pregunta incierta, una muda solicitud para que la informáramos de lo que no sabíamos. Ella cruzó como una destronada toda aquella parte de la galería y se entró muy deprisa en uno de los corredores laterales. Los primos y yo nos fuimos detrás sin previo acuerdo y la vimos al fondo de ese pasillo, secreteando con Quínín o Dulcenombre, no se distinguía muy bien. Pero sí, enseguida reconocimos que era con Dulcenombre con quien hablaba.

—No entres —decía ésta, como si exagerase la travesura de hacer de centinela ante la puerta de tía Carola.

—Estaba abajo —repuso tía Socorro con la voz de la perdida en la cueva de la mujer perdida—. ¿Se puede saber a qué jugamos?

—Anda, no entres —insistió Dulcenombre—. Hazme caso —puso los brazos en cruz, con lo que su cuerpo adquirió una inmejorable prestancia de efebo alado—. Estoy guardándoles un secreto a Quínín y Carola.

Tía Socorro debió de husmear ese secreto con demasiada diligencia, quizá encontrara sin saberlo la pista de alguna fricción disonante, porque primero titubeó mientras retrocedía un poco de espaldas y luego avanzó con un ademán perentorio. Dijo lo que tal vez fuera más coherente de lo que parecía. Dijo:

—Cuéntame una cosa —entornó los ojos como si le importara mucho averiguarlo—. ¿Cuántos años tiene Quínín?

—Veintidós o veintisiete, según —dijo Dulcenombre—. Como yo.

—Me encanta —dijo tía Socorro—. Voy a enterarme.

—Espera —reiteró Dulcenombre mientras se contoneaba otra vez con los brazos abiertos.

Marianita hizo entonces algún ruido y tía Socorro se volvió con una presteza incontrolada. Se dirigió hacia donde estábamos y, antes de llegar, cambió al parecer de actitud y se detuvo, quedándose un instante de perfil.

—Qué deferencia —dijo—. Ahora os portáis como si estuviéseis bien educados y os vais al estudio —me miró a mí—. Los tres.

Dulcenombre tocó entonces muy levemente con los nudillos en la puerta de tía Carola. Un repique multiplicado por las varias clandestinidades reunidas de pronto en aquella zona de la casa. Y en ese mismo momento, no antes ni después, se abalanzaron adentro de mi cabeza las figuras abrazadas de Quinín y de tía Carola. Fue como una morbosa, lacerante acotación imaginativa, un vislumbre angustioso. Miré a primo Aurelio y tenía —creo yo— ese gesto de rabia silente del que no quiere llorar. Pero antes de que los primos pudiesen decirme nada, me fui a toda prisa hacia el patio, no sé en busca de qué. El barandal acolchado, la geométrica alfombra que clareaba por el reborde de los escalones, el rellano divisorio desde el que se veían ya las ánforas y los tinajones de aspidistras, la claridad tersa que bajaba del toldo y bruñía el mármol del piso, los herrajes de la cancela esfumados en un encuadre incoloro, el leopardo disecado en cuyo fanal flotaba, deforme, el dibujo de los alizares. El ama Remedios estaba en la antecocina, sentada en un sillón cortijero que la volvía más diminuta, las manos cruzadas sobre la falda y la vista clavada en las manos. Me miró como preguntándome si quería alguna cosa, pero yo me asomé sin decir nada a la habitación donde hacían los dulces, que estaba vacía, y luego me volví y atravesé el patio en dirección a la cancela. Un itinerario donde competían sin posible apelación el apocamiento y la temeridad.

Hacía viento y las acacias de la placita resonaban como resuena el mosto hirviendo en los barriles. No me fui a mi casa, o me fui muy despacio, dando un rodeo por los callejones que confluían cerca de las tapias de la bodega. Quería ordenar y no podía el turbión de las imágenes entrevistas tras la puerta donde estaban tía Carola y Quinín. Me imaginaba —deseaba hacerlo— la escena vituperable: ella evolucionando ante él, haciendo como si estuviera sola, usando de su mano más lánguida para tentarlo, y él dejándose querer con una recíproca delectación femenina, meciéndose entre el vaho sofocante que saldría del hermoso cuerpo de ella. Un amasijo de furia y repugnancia, la fijación de una sedicente desdicha donde los celos tenían el mismo sucio valor que la vergüenza. Esas suposiciones interpoladas en otras. No entendía por qué recónditos motivos se había prestado Dulcenombre a aquellas tercerías indignas, sirviendo de encubridora y vigilante de esa alianza tan desigual entre su hermano y tía Carola. Y luego la pregunta más incontestable: ¿en razón de qué tortuosas querencias se habían confabulado los tres para que fuese precisamente el andrógino Quinín quien se amigara con tía Carola? Y, por otra parte, ¿no suponía la actitud de primo Aurelio una prueba sumaria de sus secretas inclinaciones por quien lo mismo podía ser

Dulcenombre que Quinín, es decir, por alguien tanto más apetecible cuanto más equidistante entre el hombre y la mujer? Mi propia intuición se negaba a rechazar por impensables todas esas conjeturas.

Vagué por sitios que apenas recordaba. Una calle pina que venía a dar a una plaza escoltada de palmeras, un paseo solado como un mosaico, una mansión recién encalada entre unos muros ruinosos y un jardincillo fragante, una fuente de cuya taza colgaban las crenchas del verdín, los paredones simétricos de las bodegas azuleando con el anochecer. Por primera vez en mi vida, me atreví a entrar en una taberna para beber un repulsivo vaso de pedrojiménez. Sentía la náusea apelmazada como un nublo que iba evolucionando frente a mí conforme yo avanzaba. Un olor a frutas descompuestas, un olor a espartería, otro módico olor a piel enjabonada. El tedio agazapándose por el caserío aledaño al arrabal. Un juego de luces verdinegras trastornando el vuelo de los vencejos. Y esa belleza desmantelada, esa majestuosa indigencia de una canción que parecía salir de un pozo y haber sido azotada por muchos vientos antiguos.

Mi madre me estaba esperando, pero no me dijo si era tarde. Tampoco yo sabía si lo era. Fingí que no me encontraba bien y subí a mi cuarto a acostarme. Y mientras estaba haciéndolo, tuve la justa presunción de haber encontrado una respuesta definitiva.

Mi decisión de no ver nunca más a tía Carola duró una semana justa. Yo no aparecí en esos días por casa de los primos y anduve todo el tiempo como convaleciente de un infortunio agotador, creyendo que mi ausencia también supondría la menos inadvertida de las venganzas. Cuando pensaba entonces en tía Carola tenía la misma sensación que cuando descubrí a tío Alfonso María en la cochera. Aunque por razones nada coincidentes, también yo había tenido algo de observador artero de una obscenidad. Me anonadaba y me seducía a la vez imaginarme tan a lo vivo el cuerpo de tía Carola apretado contra el de Quinín, esas carnes casi idénticas lubricadas por una exudación ambigua, algo parecido a una lujuria no del todo compartida por personas de distinto sexo. A veces, en tanto que lo consideraba, creí notar el aviso desconcertante de una apetencia que me inclinaba —como le ocurría posiblemente a primo Aurelio— hacia Quinín, no sólo porque era a él a quien había elegido tía Carola, sino por un mandato directo del deseo. ¿O era a Dulcenombre a quien yo me refería en el fondo, tratando confusamente de desdoblarla en la figura gemela del hermano? De todos modos, un despecho ansioso, un sinsabor que la repentina carencia de celos hacía más irrazonable, se me iba interfiriendo en el encono de haber sido excluido de un pacto en el que yo merecía participar.

Pero una tarde, mientras me abstraía viendo llover desde el balcón de mi cuarto, sentí un rumor tupido, olí una fragancia floral que remitía a otra más inconfundible, y me volví sabiendo que iba a encontrarme con tía Carola. Y allí estaba ciertamente, una efigie áurea que la escasa luz volvía más ambarina, su mirada celeste sombreada de un dulce atisbo de reconvención. No decía nada, sólo permanecía detenida en un lugar del cuarto que promediaba de todas las disculpas, esa imagen inamovible y ya de algún modo distinta que no se acomodaba en absoluto con ninguna contigua realidad.

—¿Estás enfadado? —susurró al fin tía Carola.

Yo no contesté y ella se fue acercando, la mano de la caricia levantada a la altura de mi cabeza, el gesto de saber lo que yo pensaba.

—Si quieres —dijo ella—, me voy.

Y ya estaba su mano detenida en mi mejilla, la palma sedosa abarcándome la mejilla, sus ojos en busca de los míos, y yo sin hablar y sin querer mirarla. El sesgo de la lluvia irrumpía ahora en los cristales y ese rumor creó en el cuarto un clima taciturno, como de víspera de un viaje no deseado. Tía Carola se inclinó entonces para besarme y yo esquivé primero esa boca en la que parecía brillar el rastro furtivo de la de Quinín, pero enseguida supe que esa misma constancia se correspondía con una tentación súbita, una apetencia anhelante y vengativa. Algo debió notar tía Carola, porque se apartó un momento y me observó con una expresión que en cierto modo la hacía discrepar de ella misma. Y entonces fui yo quien se volvió para besarla, no en ningún previsto lugar, no rozando apenas su piel, sino en el justo espacio de la boca. Ella rehusó durante un voluptuoso segundo y luego entreabrió sus labios y sorbió los míos con una lenta y rezumante blandura. Me parecía entrar en aquella boca como en un sexo, tanteaba con una indecisión febril por no sé qué embozos carnales y ya cuando sentí el vientre de tía Carola apretado contra el mío, la reciprocidad acuciante de esa tensión que la postura desequilibraba, se apartó ella con alguna brusquedad y salió a toda prisa de la habitación.

Tardé en reaccionar bastante menos de lo presumible. Y no lo hice con la impresión de haber aceptado ningún destino abyecto, sino con un júbilo envanecido y remunerador. En eso consistía de algún modo mi supervivencia, ésa era la demostración plenaria de haber recuperado, ya en razón de una edad distinta a la que yo tenía, el favor de tía Carola. Aún me vibraba por todo el cuerpo la apretura palpitante de su cuerpo, saboreaba una saliva con el regusto general de su carne, un aroma infantil a limón y arena caliente, y eso me hacía creer —no sin alguna zozobra— que había sido por fin admitido en el mismo pacto amoroso que sellara tía Carola con Quinín y Dulcenombre. Abrí el balcón y dejé que la lluvia tibia me mojara la cara. Y no sé qué más hice, probablemente desocupar mi memoria de todo lo que no supusiera la constatación táctil de aquella felicidad.

No me atreví, sin embargo, a volver enseguida a casa de los primos. Tampoco yo quería verlos entonces, sobre todo a Aurelio, el cual iba ya todas las mañanas a la bodega para iniciarse en asuntos relacionados con la exportación y, a la vez, con los trasiegos de las criaderas. Desde hacía algún tiempo, cuando volvía a casa, traía él el mismo aliento vinoso que el padre, una parecida cadencia en el habla, una inclinación simétrica a los menosprecios y las siestas fatigosas. Yo sabía que primo Aurelio y Custodia

—la costurera— andaban encontrándose de noche en algún rincón del traspatio o en la antigua capilla, y que él, sin decirme nada directamente, me lo había querido dar a entender con una afectación donde también alentaba como el obcecado refrendo de su hombría. Una displicencia y una jactancia igualmente enfadosas. Pero no era eso, o no era sólo eso, lo que me distanciaba entonces de primo Aurelio, sino el hecho de que todas aquellas actitudes (entre las que también se incluían la anglofilia, el hedonismo y el culto a la tradición) se parecían mucho al remedo ominoso de lo que yo había detestado tantas veces, sin saberlo precisar, en el padre. Aunque a lo mejor todo ese rechazo no era más que otra vacilante excusa para ir demorando el reencuentro con tía Carola.

Fue por entonces cuando mi padre y tío Alfonso María organizaron una fiesta en Bensaudejo, una dehesa en la que yo no había estado nunca y que caía por los montes de Alcaduz. Según oí decir, el festejo lo habían preparado en honor de no sé qué capitoste, el mismo que había conseguido restituirles a los Romero-Bárcena todas esas tierras, más de dos mil hectáreas pertenecientes al patrimonio de los Conticinio y expropiadas de uso en los años de la República. La finca había sido ocupada tiempo atrás por unas familias de colonos oriundas de la sierra, que lograron desmontar a trechos el pedregal, sembrar habas y maíz morocho y meter ganado menor en las breñas. Pero finalmente la colonia había sido declarada ilegal y tío Alfonso María (por supuesto que sin consultar con mi madre ni con tía Carola) adhesionó otra vez parte de aquellas tierras, dedicándolas a ganado bravo, después de arrendar el pasto de los marjales y de dejar el resto —no menos de ochocientas hectáreas— para coto de montería. Y allí mismo, en esa finca recuperada, se decidió festejar debidamente tan memorable acto de justicia.

Yo hice el viaje con mis padres, pues a última hora no pude arreglármelas para ir en el mismo coche que tía Carola. Había que atravesar un valle con mucha variedad de verduras, todo tapizado de huertas y arboledas, siguiendo un poco el curso de un riachuelo que era más bien una sucesión de pozas enhebradas por desiguales vetas de agua. Luego se torcía por una pista forestal para trasponer los cerros yermos de Alcaduz y ya se entraba en una tierra del color del óxido, salpicada de grandes bloques de basalto y manchas de carrascales y encinares. El campo exhalaba un olor entreverado a especias y a esa calentura genital del mantillo proveniente de las fermentaciones milenarias de la coscoja. Otra vez sentía toda aquella salutífera emanación llegándome de algún lugar conminativo del pretérito, quizá de un luminoso día entre los majuelos de Cerroperdigón o de una noche excitante por las

cárcavas de La Valerita, tal vez de aquel paseo en velero con tía Carola y la mujer de David Leiston, cuando llegamos hasta la linde fluvial de Argónida, o de la tarde en que fuimos con el cochero Epifanio a recoger el león y veíamos pasar los plantíos de remolacha, los olivares, las hazas de avena. Ese efluvio general que era para mí el de todas las remembranzas emocionantes del campo.

Llegamos a Bensaudejo a media mañana y había ya bastante gente en el rellano y por los porches frontales del casal. El casal era un viejo edificio de piedra blanqueada, con los huecos y cornisas enmarcados de almagre. En tiempos, había hecho las veces de casa de máquinas de la cooperativa y tío Alfonso María lo mandó puntualmente restaurar y acondicionar a manera de un pabellón de caza, cuya inauguración también sirvió de pretexto para agasajar a quien había hecho posible aquel rescate después de tan arduas instancias a la razón.

Cuando bajamos del coche, primo Aurelio procedía a hacer una exhibición de doma vaquera por la otra parte del rellano, montado en uno de los potros que habían hecho traer en previsión de que algún invitado quisiera darse una vuelta por el monte. Una vez más —y ahora también sin ningún suficiente motivo—, me exasperó ese engreimiento del primo, ese pavoneo que parecía reclamar una atención admirativa por parte de toda la concurrencia. A medida que me acercaba, incluso me fue irritando también la actitud de tío Alfonso María, quien se dedicaba a alabar con satisfacción vociferante, la fusta a manera de puntero, cada nueva pericia del jinete.

Busqué en vano a tía Carola por el porche. Tampoco la encontré dentro de la casa, ni en el salón ni en el comedor, donde ya estaban reunidos algunos invitados. El salón era de mucha amplitud y formaba una ele, con una hermosa chimenea de piedra berroqueña al fondo, sobre la que lucía un gran dibujo coloreado del blasón de los Malcorta. Las paredes aparecían atiborradas de bodegones, trofeos de caza, grabados de tema ecuestre y cinegético, fotos de monterías y safaris. Algunos de esos ornamentos ya los había visto yo en la sala donde tío Alfonso María había reunido en tiempos todo lo relacionado con la cacería. De repente, por la escalera volada que subía a los dormitorios, vi bajar a tía Carola del brazo de Marianita. Un encontronazo emocional, dos contrapuestas imágenes sensoriales, un temor. No quise acercarme directamente, sino que me desvié por donde supuse que ellas iban a pasar. Y así fue. Tía Carola me dio un beso de lo más evasivo, con una naturalidad que era como el augurio de una decepción, y me dejó con Marianita mientras ella se adelantaba a saludar al mayoral. Me imaginé de

pronto que era mi madre quien así se comportaba. Apenas oí lo que la prima me decía.

—Creí que no ibas a venir.

Yo miraba alejarse a tía Carola, un desplazamiento mudo haciendo más ruidoso el cerco de las conversaciones.

—Estás muy raro —continuó ella, la prima—. Ni vas por casa ni sé por dónde te metes —me buscó los ojos con una melosa inclinación de la cabeza—. ¿Te pasa algo?

No sé qué le respondí. Nos fuimos para la puerta que daba al porche y, cuando salimos, uno de los mozos que servía las copas cruzó por delante del caballo con el que primo Aurelio seguía haciendo de las suyas, y lo asustó. El caballo hizo un extraño, corcoveó de mala manera y retrocedió, aturdido, entre dos de los poyetes que contorneaban el rellano. Fue sólo un momento, porque primo Aurelio lo dominó con manifiesta destreza, obligándolo a bracear sin moverse de donde estaba. Tío Alfonso María se acercó entonces al criado y, aun sin mirar para él, hizo ademán de golpearlo con la fusta.

—Mierda —dijo.

Era su manera de castigar por junto al aguafiestas y al potro encabritado. El mozo debió sentirse rebasado por la perplejidad, ya que soltó la bandeja que llevaba, y una botella y varias copas rodaron por el terrizo. Tenía la cara lívida y una mirada seca y estupefacta.

—Recoge eso y lárgate —le dijo tío Alfonso María—. Rápido.

Nadie parecía haber prestado atención al incidente. El criado recogió la botella y unas copas intactas y luego buscó los cristales de las que se habían roto. Tío Alfonso María se adelantó entre tanto hasta donde estaba el caballo y le habló al hijo diciéndole:

—Ya está bien —sujetó al potro por el freno—. Llévatelo.

Primo Aurelio obedeció al padre en silencio y condujo al caballo hacia la trasera del casal. Iba primero al paso y luego inició un trote airoso. Prima Marianita y yo nos fuimos tras él. Por aquella parte quedaba la vivienda del casero —un antiguo colono que se lo pensó mejor— y el galpón donde habían instalado provisionalmente unas pesebreras. Primo Aurelio descabalgó de un salto, sin usar los estribos, palmeó el potro por la cruz y lo dejó irse a la querencia del pienso. Un mozo lo cogió de la brida antes de llegar al cobertizo.

—Que no beba —le dijo primo Aurelio, y se volvió luego hacia mí—. ¿Te has fijado?

—Le duele la boca —dije yo.

—Los he dejado turulatos —dijo Aurelio—. No hay quien me gane encima de un caballo —se golpeaba los botos con la fusta—. ¿O no te has dado cuenta?

—A Quín le habría gustado verte —dijo Marianita con una viveza que excluía cualquier sarcasmo.

—Aquí no se admiten cabritos —repuso primo Aurelio.

Sentí un líquido espeso adherido a la garganta, un sopetón de la sangre chocando con las paredes de la memoria. Y luego vislumbré la cara de Quín debidamente confundida con la de Dulcenombre, una superposición de rasgos cuya coincidencia los hacía más irreconocibles. Me fui hacia el galpón para aliviarme de ese rebote impúdico que venía ya como de muy lejos, y me quedé mirando a uno de los potros. La cara de Quín otra vez, ahora nítida. Oí acercarse a los primos y tuve la sensación de que un adversario venía a atacarme por la espalda.

—Ese rucio tampoco está mal —dijo primo Aurelio—, es hijo de *Granadilla*, una yegua de los Benijalea.

Yo no contesté. El mozo terminó de desensillar el caballo que había montado primo Aurelio y, después de conducirlo al pesebre, se dirigió hacia la vivienda del casero. Una bruma malva flotaba sobre los quejigos del fondo de las lomas.

—Han traído un charrete —dijo Marianita—. Podríamos engancharlo y dar un paseo por ahí.

Primo Aurelio no pareció haber oído. Se adelantó hasta donde yo estaba y me empujó con cierta rudeza para acercarse más al rucio.

—Quita —masculló.

Di un trapiés y me fui contra una pila de forraje. Vi como un chisporroteo de bengala invadiendo el cobertizo y después la materialización de unos latidos dentro de los ojos. Una forma constelada de la humillación, una rabia carente de asideros. Me levanté de pronto y me abalancé contra primo Aurelio, impelido en parte por una suerte de arbitrario sentimiento vindicativo y, en parte también, por una gratuita violencia. Primo Aurelio aguantó la embestida y me agarró de los brazos sin perder la calma. Yo forcejeé como pude y, en un descuido, logré ponerle una zancadilla y los dos rodamos por el suelo cerca de las patas del rucio. Marianita nos observaba en silencio y con una fijeza ansiosa, las yemas de los dedos apretadas contra los dientes, como si la pelea tuviese el sentido de un desafío por ella propiciado. Al rucio le fulgía el temor en los ojos y trastabillaba con el ronزال tenso, mientras primo Aurelio y yo seguíamos forcejeando por el terrizo, entre las

boñigas y la paja fangosa. Me crucé de pronto con la mirada obtusa de Marianita y eso me acrecentó un ímpetu que tenía algo de desquite carnal. Logré situarme encima de primo Aurelio y apretarle la cara contra las bostas, pero un estirón del pelo me incrustó por dentro de la cabeza las clavijas de un desgarró insufrible. Primo Aurelio se zafó entonces y acertó a ponerse de pie y a sacudirse de la cara los restos de pajuz. Yo también me levanté y los dos nos quedamos frente a frente, sucios y exhaustos, viéndonos mutuamente desconocidos a través de un lagrimeo doloroso. Sólo se oía el compás jadeante de la respiración y los nerviosos respingos del rucio. No sé cuánto tiempo estuvimos así. Marianita se acercó finalmente, la cara encendida y un temblor húmedo en los labios, y dijo usando de una tenue ronquera:

—No ha ganado ninguno.

Primo Aurelio seguía mirándome sin moverse. No pudo evitar un trémolo demasiado agudo para balbucir:

—Ya verás.

Se hizo entonces más audible el ajeteo de la fiesta. Y yo pensé de repente en tía Carola como si la hubiese desagraciado de alguna injuriosa hostilidad. Salí del galpón sin decir nada y me dirigí a campo traviesa hacia los vestigios podridos de unos chozos de colonos que aún asomaban por la linde del quejigal.

Ya nada iba a ser lo mismo. Anduve vagando por las lomas, casi me perdí siguiendo las pistas de un acudidero de venados y no volví al casal hasta que, ya entre dos luces, empezó a martirizarme el hambre. Pero no quise aparecer por la fiesta, sino que me asomé a la vivienda del casero y le pedí a una mujer que andaba por allí que me fuera a buscar algo de comer. Mi aspecto tenía que resultar por lo menos extravagante, porque la mujer me examinó primero con manifiesta prevención y sólo se decidió a dejarme entrar en la casa cuando le dije quién era. Aun así, llamó al que debía de ser el casero y yo le expliqué lo mejor que pude que me había ido a pasear hasta cerca de los pastizales y que estaba muy cansado para volver a la fiesta. No sé si aquello resultaba creíble, pero me trajeron queso y cecina y unas grandes rebanadas de pan moreno. Damascos, no quise.

Ella me miraba comer de hito en hito y sin decir palabra, como si tratase de relacionar mi mucha hambre con mi dudosa filiación. Era una mujer muy pulcra y cenceña, de piernas renegridas y magras y pechos impensadamente voluminosos. Tenía una mirada insumisa y se secaba constantemente con los dedos medio y pulgar la salivilla que le manaba por las comisuras de los labios. El presunto casero debía de ser el marido y, aun siendo tan distinto a la mujer, había algo entre ellos, quizá el contagio recíproco de la convivencia en aquel monte, que los hacía parecerse el uno al otro sin ninguna precisa razón.

—¿Aviso a la señora? —me preguntó él.

Yo negué con la cabeza y terminé de comerme aquel queso que sabía directamente a manjar del paraíso. Se empezó a oír entonces la pesadumbre errática de una guitarra, con lo que también pareció agrandarse el hosco tamaño de las sombras. La mujer vertió un chorreón de agua en el aparato del carburo y prendió el pitorro, por el que empezaba a resoplar el gas. Dijo sin acabar de mirarme:

—Nosotros éramos de la colonia.

—Calla —dijo él—. A qué viene eso.

Ella agachó un poco la cabeza, pero no se calló. Y a saber por qué recónditas dependencias de la soledad, quiso hacerme partícipe de las muchas

penalidades vividas años antes, cuando todo empezó a ir de mal en peor en la colonia. El grano y las habas se pudrían inevitablemente en los sombrajos, y los que prefirieron aguantar tuvieron que malvender hasta los chivos.

—Había una sola caja para meter a los muertos —siguió ella recordando—. Fíjese usted. Si uno se moría, lo llevaban en esa caja al cementerio del caserío —suspiró con una desolación inocente—. Echaban el cuerpo en la hoyanca y se iban otra vez con la caja. Para el próximo.

—De eso sí —dijo él—. De otra cosa no le pregunte.

—O sea —concluyó la mujer—, que ni morir se como Cristo nos enseña.

—Tonteras —dijo él con una gesticulación que intentaba ser paciente sin conseguirlo—. Quién se acuerda ya de los malos tiempos.

Y algo más iba a añadir cuando empezó a sonar una bocina y supuse que me andaban buscando. Ya había caído la noche y fue como si me descubriese a mí mismo en aquel cuarto que la oscilación lívida del acetileno hacía más inverosímil. Las palabras de la mujer me habían ido suministrando no ninguna clase de conmiseración sino una penosa incomodidad. Veía entre las rugosidades de la pared el dibujo de una cabeza provista de un yelmo. Me apresuré entonces a dar las gracias y salí al campo. Un resplandor añil perseveraba aún por el fondo de los marjales y todo aquel derredor parecía vibrar con la resonancia de un fanal majestuoso. Se oían voces cercanas que enseguida se volvían remotas y que mancillaban la quietud escalofriante de la noche. Creí ver unos bultos sigilosos deslizándose entre los castaños. Una inseguridad repentina apostada en lo oscuro, un llamamiento obstinado al que en ningún caso podía responder. Eso fue todo lo que sentí entonces. O quizá también, conforme me acercaba a los porches del casal y me iba cruzando con la mucha gente que todavía quedaba por allí, el trasunto de una mueca aborrecible de primo Aurelio repetida por dentro de las sombras.

Ya nada iba a ser lo mismo. Me lo fui repitiendo durante el camino de vuelta y durante muchos días más. Apenas salí de casa en todo ese tiempo y deambulaba por las habitaciones como si anduviera buscando alguna menos demoledora instalación de la abulia. Ese contradictorio autocastigo, ese empecinamiento en querer y no querer ver a tía Carola, en desear y rehusar una reconciliación con primo Aurelio. Y al filo de todo eso —sin previo aviso— la evocación absorta de una suplencia: la de prima Marianita, convertida otra vez de pronto en la única que de verdad podía estar siempre conmigo.

Y ocurrió algo por esos días que iba a quebrar indirectamente mi encierro. Fue una historia extraña y truculenta que nunca se llegó a aclarar del todo y que empezó de la peor manera. Poco después de que tío Alfonso María

decidiese dar libertad a Mediadora —su querida—, ésta desapareció sin dejar rastro. Dos de los hermanos de la muchacha se personaron entonces en la bodega, con ánimo de preguntarle al señor si podía facilitarles alguna pista. Por supuesto que el señor ni los recibió ni les proporcionó otra pista que la de mandarles decir por dónde se iba a la calle. De modo que los familiares de la manumisa formalizaron la denuncia pertinente. Y así estaban las cosas cuando un día, después de llevar nueve en paradero desconocido, encontraron a Mediadora descomponiéndose en el interior de un coche, junto a un aislado almacén de los Berengaria. La muchacha estaba reclinada con cierta indolencia al lado del asiento del conductor, y podía haber tenido algo de beatífica a no ser porque estaba putrefacta.

Según el forense, llevaba cinco días muerta y, según testigos ocasionales, también llevaba cinco días en posición de cadáver sentado. Uno de estos testigos recordaba haberla visto un viernes, de modo que —como el hallazgo se efectuó un martes— la cuenta estaba clara, aun suponiendo que el coche hubiese sido llevado hasta allí con Mediadora ya difunta. Todos los que la vieron pensaron que la muchacha esperaba a alguien o que se trataba de un escarceo amoroso, pero naturalmente nadie se imaginó que la ocupante no salía del coche porque ya había salido del mundo. En todo caso, quien la vio por primera vez un viernes, volvió a verla un lunes, cosa que lo llevó a sospechar que cuatro días era un plazo de lo más meritorio, incluso calculando que la espera estuviese propiciada por la más borrasca de las pasiones. Pasarían por allí transeúntes desprevenidos, conculcarían la debida paz niños en avanzado estado de insurrección, mirarían de soslayo mujeres desfallecidas de otra forma, tal vez tía Socorro cruzaría cerca acordándose de lo que no tenía que hacer para mezclar las yemas con el almíbar, mientras la que fuera amiga del marido se agusanaba dentro del coche. Por cinco veces calentaría el sol la carne gélida de Mediadora y por otras cinco se iría emponzoñando la noche con el hedor del cadáver.

El episodio ocasionó mucho revuelo y tío Alfonso María tuvo esta vez que avenirse a que el juez lo interrogara, si bien impuso como condición (aunque sólo fuese por redundar en sus prerrogativas) que la entrevista se efectuara en el casino y no en el juzgado. Pero de ahí no pasó la cosa. Se supo que el coche en que apareció el cadáver había sido alquilado por alguien que usó un nombre falso; se supo asimismo que Mediadora había encontrado la muerte por asfixia y que el proveedor que la intentara violar aún seguía inutilizado tras su estancia en la jaula del león. Y nada más se supo, salvo que

la víctima había estado días antes en un hotel del puerto vecino, acompañada de un gerifalte forastero cuyo historial lo eximía de toda sospecha.

Mi madre respondió con una exclamación de incierta raigambre católica cuando se enteró de casi todo, más que nada de que su hermano había tenido comercios adulterinos con la difunta.

—Qué grosería —comentó—. Vivir en pecado con una pecadora ya es como pedir habitación en el infierno.

—En mi familia —replicó tía Socorro sin querer aludir seguramente a su frenético hermano—, siempre han sido muy aficionados a la cama. A la ajena, quiero decir.

—Los Hardy, peor —añadió mi madre—. Se acuestan por gusto y ya no se levantan. Ahora hay tres acostados.

Después de ese intercambio de opiniones, mi madre requirió de inmediato los sufragios espirituales del superior de la Compañía y se dispuso a ofrecer, de mancomún con tía Socorro, una novena de desagravio a Santa María Egipciaca, arrepentida entre las arrepentidas. Y fue entonces, durante esos dimes y diretes, cuando volví a ver a los primos y a tía Carola, a cada cual por su turno.

Un día, me pidió mi padre que no dejase de ir a la bodega, que quería mostrarme el funcionamiento de un nuevo sistema de vinificación, a partir de unas modernas máquinas estrujadoras que acababan de importar. Y así lo hice. Era una tarde de mucho recalmón, con los árboles aplastados contra un cielo color sombra de huesos y un olor híbrido a ozono y bajamar. El escritorio de la bodega ya había perdido aquel aire doméstico que siempre tuvo, ahora se parecía más a la oficina de una fábrica y yo apenas conocía ya a la mayoría de los empleados. Pasamos por una mampara corrediza a un patinillo y, de allí, a una de las bodegas de crianza y luego a otra que quedaba a la derecha y que retenía más que ninguna el hálito de una especie de emulsión placentaria.

No más atravesar la arcada medianera descubrí a tío Alfonso María y a primo Aurelio y a alguien más al fondo de una andana. Estaban catando el vino de unas botas de extracción y quien primero nos vio entrar fue el primo. No pensé en cómo íbamos a comportarnos, o tal vez preferí no pensar en otra cosa que en mantenerme a una distancia dignificada por la indiferencia. Pero sucedió lo menos predecible, pues primo Aurelio avanzó hacia donde yo estaba y, antes de llegar, ya me había adelantado una mano y preparado un gesto consecutivamente afable. Yo estreché esa mano y le devolví otro gesto

cordial y el primo me besó entonces y me sacudió por los hombros diciéndome que hacía un siglo que no me dejaba ver.

Tío Alfonso María apenas me miró. Se puso a hablar con mi padre y ya nos fuimos todos a la nave donde habían instalado la nueva máquina estrujadora. Yo atendía las explicaciones de mi padre —aunque tampoco las atendía enteramente— sobre las ventajas productivas de ese nuevo proceso de vinificación. Estuvimos por allí hasta el atardecer y luego nos acercamos a tomar una copa a casa de tío Alfonso María. El tiempo se había entreabierto como una tenaza y sólo iba a cerrarse para sostener un último fragmento de credulidad.

Subimos primo Aurelio y yo casi a la vez que bajaban tía Carola y Marianita. Era la misma improbable escena de hacía semanas, meses, años, el encuentro habitual que aconteció o pudo acontecer allí mismo y a esa precisa hora de la noche antes de que hubiésemos acabado mutuamente de reconocernos. Prima Marianita y yo disfrazándonos de amantes furtivos por la cochera, mi madre recién llegada de un lugar opaco para decirme que no tuviera miedo, primo Aurelio y yo junto a las llamas que salían del alambique, tía Carola poniéndome su mano en la mejilla. La única que no había acudido era, como solía, tía Socorro. Así que nuevamente estábamos reunidos en la galería del primer piso, preparando quizá una cacería en Bensaudejo, una merienda en La Valerita o en Cerroperdigón, una travesía hasta la raya de Argónida. Y de pronto, a través de un espejo que colgaba de la pared lateral, sentí el fogonazo retrospectivo que hacía otra vez visible el cofre, esa imagen irredenta que aún conservaba la autonomía de un secreto punitivo y tentador. Todo iba a seguir siendo lo mismo.

Fue como el último tramo de una injusticia. La bodega se había ido convirtiendo cada vez más en un negocio ajeno, y si bien los Romero-Bárcena y los Hardy conservaban todavía una importante participación, ya no eran de hecho ni propietarios ni gerentes de la vieja empresa familiar. Mi padre seguía ocupándose del departamento de exportaciones —donde también yo había empezado a trabajar—, pero tío Alfonso María fue haciéndose poco a poco más prescindible y llegó un momento en que sólo requerían sus servicios para cuestiones de selección y corrección de mostos, que en eso seguía siendo el mejor. Todo se iba pues acomodando a otro funcionamiento general de la vida y tío Alfonso María también modificó de alguna secundaria manera su carácter y sus hábitos, aunque no —por supuesto— la facultad operativa de sus preeminencias. Ni su rango de conde de Malcorta ni su condición de patriota benemérito podían quedar ni remotamente afectados por ninguna vicisitud financiera.

Aunque mi padre seguía tan reservado como siempre, tío Alfonso María estaba convencido —y así lo proclamaba— que la debilidad, cuando no la manifiesta descomposición del régimen, acabarían propiciando el descalabro. Pues todo lo que ellos, los mentores del saneamiento nacional, habían tan providencialmente restablecido, estaba siendo ya socavado con inadvertida contumacia. Un peligro cierto y una deplorable falta de energía para erradicarlo. Teniendo en cuenta además que ni siquiera la tradición parecía merecer ninguna clase de salvaguardias, nada iba ya a librarse del acoso de tantos resentidos por libre y agitadores por cuenta ajena. También yo empezaba a sospecharlo.

Una abrumadora prueba de esos avisos se concretó en la venta de La Valerita y en el cambio de residencia de los Romero-Bárcena. Un día supe por mi madre que habían tenido que liquidar esa finca para atender a otras obligaciones de la empresa y que, además, tío Alfonso María no iba a tener otro remedio, después de resistirse de muchos modos, que cerrar la vieja casa paterna y trasladarse con los suyos a un piso del ensanche. Era una irremediable decisión y un despiadado tributo a los montaraces tiempos que

corrían. Ni podían ya mantener a más de cuatro personas de servicio —sin contar los estorbos del ama Remedios y el cochero Epifanio—, ni aquella mansión tenía ya más sentido que el de un despilfarro permanente. De manera que tío Alfonso María optó por deshacerse de La Valerita —que aún pertenecía en proindiviso a los tres hermanos— y cambiar de casa. Las dos decisiones las tomó con el mismo enfurecimiento con que se habría visto forzado a aceptar una injusta deportación.

Cuando recibió la noticia, tía Socorro lloró durante un día entero con su noche, y luego arbitró su propia venganza, que fue más bien de índole compensatoria: incrementar la producción de tocinos de cielo hasta los más altos niveles competitivos del orgullo. Algo que en puridad nunca llegó a conseguir. Pero lo que sí quiso salvar juiciosamente de tantas suciedades y llevarse a la nueva casa fue tal vez lo más utilitario: una colección de facistoles filipinos, una escupidera de Pickman que había pertenecido a la madre del suegro, dos palmatorias de plata y lapislázuli heredadas de otra abuela suya, un aparato de cascar huevos inventado por su hermano Ignacio antes de sobrevenirle la berrea, dos muñecas de natural perverso, una capillita de palo de Pernambuco y un galápago con pinta de leproso. Cada una de esas cosas —incluido el infecto quelonio— debían de tener para tía Socorro un valor de aproximado origen fetichista. Lo demás se lo dejó elegir al marido. Ella ya había sacrificado buena parte de su dignidad para andar ocupándose de otras renunciaciones.

La segunda mañana de la mudanza, salí más temprano de la bodega y me fui a casa de los primos. Había dos capitonés frente al portón, y unos pocos muebles de tamaño discreto se apilaban a ambos lados del zaguán. En el patio sólo vi a un hombre medio andrajoso, con aspecto de haberse confundido de actividad y que permanecía cabizbajo entre los tinajones como un caballo viejo bajo el sol. Le pendía de la boca algo que lo mismo podía ser un tallo de aspidistra que una hilacha de moco. No me miró cuando pasé cerca de él y empecé a subir la escalera. Arriba, en el gabinete que quedaba más cerca del pasillo, estaba primo Aurelio, fijos los ojos en uno de los dos lienzos atribuidos a Roelas que colgaban de la pared lateral. El lienzo representaba a un Santiago peleador, un Santiago matamoros dispuesto a entrar en liza, como surgido de un fondo de resplandores gloriosos, la espada en posición de decapitar y el bayo alzado de manos. Era el único cuadro de buen porte que tío Alfonso María había querido que le llevarsen a la nueva casa.

—Ya ves —dijo primo Aurelio, y señaló para unos enseres amontonados en la puerta de la galería—. Se están llevando algunas cosas. O muchas,

según.

Yo contesté con un gesto remunerativo y Aurelio me cogió de improviso una mano, la retuvo usando de una cariñosa suavidad y la soltó casi enseguida.

—Quieren arramblar con todos nosotros —musitó—. No lo van a conseguir.

—No —repuse.

Y en eso entró en el gabinete tía Carola y fue como si también entrase un último residuo del pasado. Sólo ellos dos y el cochero Epifanio se habían quedado ese día en casa para controlar un poco las incidencias del traslado. Ni Marianita ni los tíos quisieron asistir a aquella especie de postrimería de casi un siglo de encumbrada historia familiar. Había allí una resonancia anómala, como un eco equivocado de dirección, y algo similar al aliento fabril que dejan las maderas despertadas de sus letargos antiguos. Yo no le dije nada a tía Carola, quizá me lo impidiera ese retraimiento púdico que coarta a veces, en el momento menos razonable, al que fervorosamente desea ser afectuoso. El cochero Epifanio, compungido y tardón, cruzó por la galería junto a dos ganapanes. Tía Carola se sentó en un escabel, arrodillándose primero, las piernas muy juntas y dobladas hacia atrás. Así parecía más aniñada y medrosa. Nos observó un instante mientras trataba de desentenderse con una sonrisa plácida, y dijo:

—Habrà que irse.

—Espera —dijo primo Aurelio, y repitió—: espera un poco.

—Voy a asomarme al traspatio —dije yo.

Tía Carola se levantó entonces y anduvo a mi lado por aquella parte de la galería. El sol entraba hasta allí a través de una franja que el toldo no había llegado a cubrir y fulguraba en la cristalera incluso con ferocidad. Se oía el arrastre de un mueble como si fuera un insulto. Tía Carola se puso la mano en la frente a modo de visera.

—Qué luz —dijo con la misma apatía que tantas otras veces—. ¿Cómo te va por la bodega?

—Me gusta lo que hago —contesté demasiado deprisa—. Bien.

—Sólo van a caber unos pocos muebles, en la otra casa. Ya está casi llena.

Me imaginé que no era de eso de lo que quería hablarme tía Carola, cuyas actitudes y las de mi madre habían adquirido una semejanza que me aturdiría de algún modo. Pero ya estaba allí Aurelio y hubo otro silencio que tampoco hacía falta romper. El primo me echó un brazo por los hombros y se inclinó para asomarse al patio.

—Hoy terminan —dijo.

Hoy terminan, pensé yo, y supe que también aquel desorden irreparable me identificaba más que nunca con primo Aurelio. Sentí cómo me iba llegando a la memoria una fragancia pretérita, una fragancia de muchas cosas juntas, inesperadamente alentadoras. Salía ahora un hombre de la habitación que fue de don Ismael cargando con una pequeña mesa castellana, y otros dos se esforzaban por sacar del recibidor una consola isabelina.

—Ahora vengo —dije.

Y me interné por el pasillo de la derecha. Una expectación de puertas que se cierran solas, la certidumbre biológica de que al lado de un vacío hay siempre otro, la insatisfacción de no haber sabido prever lo que ahora sería mi recuerdo de todo aquello. Esas habitaciones devastadas, perplejas, esas habitaciones desmanteladas eran también la prolongación sensitiva de las de mi propia casa. Percibí la sombra, el reverso de la sombra de unos años vivificantes y contradictorios, de un tiempo que consistía de súbito en la circulación simultánea de muchas imágenes divergentes. Todas aquellas secuencias familiares reproducidas ahora en una sucesión de objetos, rincones, muebles, adornos congelados por la soledad. Abuelo Sebastián muerto, la mano de tía Carola acariciándome antes de parecerse a la de mi madre, el encanto desventurado de abuela Adelaida, Marianita llamándome en lo oscuro, los extravíos de tía Socorro, Aurelio recién llegado de Wimbledon, el cada vez menos distante tío Alfonso María...

—¿Qué haces?

Era tía Carola. Me cogió del brazo y permaneció callada junto a mí, la palpación de su pecho acrecentada por la presión, dos miradas simétricas fijas en ninguna parte.

—Tenemos que irnos —dijo ella—. Ven.

Y nos volvimos sin más para la galería. Aurelio continuaba allí, junto al cochero Epifanio, y llamaba ahora a dos cargadores que transportaban un gran espejo de moldura barroca. Los cargadores dejaron el espejo en el suelo y uno de ellos acudió muy despacio, el ademán del que aguarda un momento mejor para la desobediencia.

—Ya me estáis poniendo eso donde estaba —le dijo primo Aurelio, señalando hacia el pasillo con una mano enteriza donde blandía un papel.

Al cargador le atravesaban el rostro las cicatrices de una inferioridad amenazadora. Se quedó un instante indeciso.

—Andando —encareció el primo.

Y era la voz de su padre. El cargador no contestó, sino que se volvió hacia donde lo aguardaba el compañero y se fueron los dos otra vez con el espejo por donde habían venido. Se oían arrastres, exclamaciones, gorgoteos de grifos, pisadas que nunca hasta entonces habían pertenecido al ámbito sonoro de la casona. Y ya bajamos los tres al patio (había un ánfora rota en un rincón) y salimos a la calle sin hablar. Un viento caliente zarandeaba las acacias de la plaza, trasteaba por el callejón que conducía a las tapias de la bodega, justo donde tía Carola había estacionado el coche. Ella me dijo que subiera, que íbamos a ir a almorzar al piso, y yo subí pensando que todos nosotros, desde que abuelo Sebastián fundara la casa, teníamos algo de clan solidario al que ningún asedio de los otros podía desunir.

La nueva residencia de los Romero-Bárcena estaba situada al final de un reciente ensanche urbano, en una zona ajardinada colindante con lo que muy pronto dejarían de ser pegujales y solares en venta. Era un piso muy amplio y luminoso, dispuesto en dos alturas, con una terraza esquinada que cubría la longitud de seis o siete habitaciones y desde la que se alcanzaban a ver unas brumosas colinas de huertos y viñedos. Ya estaba todo prácticamente amueblado y disponible y ya todo tenía una apariencia de estreno casi acongojante. Vi una vitrina que había estado en el recibidor de arriba de la casona y fue como si hubiese descubierto una disposición errónea de la realidad. Tía Socorro y tío Alfonso María estaban con mi madre en un salón del fondo y, cuando entramos, también lo hizo prima Marianita por otra puerta.

—Fíjate qué estrecheces —le decía tía Socorro a mi madre—. No hay sitio ni para *Agustín*, el galápago —cambió nerviosamente de postura—. La única ventaja es que a lo mejor me tropiezo con tu hermano.

—Parece amplio —replicó mi madre—. Nunca pensé que fuesen tan amplios estos pisos.

—Gente arriba y abajo —dijo Aurelio—. Como en el cine.

—Se cabe y punto —dijo el tío, los ojos perdidos por una lontananza esquiva—. Si es que nos dejan esos pajarracos de mierda.

—Ya sabes que *Agustín* está muy delicado —continuó tía Socorro sin dirigirse a nadie—. Tendré que hacerle un jardincito en la terraza.

—El otro día me encontré con Dulcenombre en el ropero —dijo mi madre—. ¿Ya no os veis?

—Quita —dijo tía Socorro acompañándose del gesto de espantar una mosca—. Prefiero callarme.

Ni tía Socorro ni yo miramos a tía Carola. Yo me había sentado con ella en el mismo sofá en que estaba mi madre, mientras Aurelio permanecía de pie. Un criado —que había sido mayordomo del tío y aún continuaba en la casa— entró con una bandeja tintineante. Fue dejando en la mesita unas copas y dos botellas, una de fino y otra de oloroso. Iba a servir el vino cuando lo interrumpió tío Alfonso María.

—Puedes irte —dijo, y se volvió hacia mi madre—. Todo empezó con lo del capellán. Será una casualidad, pero ahí empezó todo, maldita sea —le rascó un resto de cápsula a una botella—. Hasta que yo diga basta.

—¿Has traído esa escopeta, el máuser? —cortó tía Carola. Sentí como si una astilla de esa interrogación se me hubiese clavado en la memoria. Tía Socorro fue llenando las copas, preguntando primero a cada uno qué clase de vino quería. Yo tomé oloroso.

—Esa reliquia —repuso tío Alfonso María—. Por ahí está.

—¿A que sí —dijo Aurelio—, a que es de la guerra?

Volvió a aparecer el criado con unos platitos, que fue distribuyendo por la mesa central y por otras dos auxiliares.

—Mi bautismo de fuego —dijo tío Alfonso María—. Con ese cacharro me cargué a la primera lagartija. Le di en semejante sitio, me acuerdo muy bien —bebió el último buchito de su copa—. A lo mejor va a servirme otra vez, no me extrañaría nada.

—Jesús —dijo mi madre.

Distinguí de pronto, a través de una ventana desde la que se veía la azotea de enfrente, lo que parecían ser dos hombres cargando con una barca boca abajo, las cabezas tapadas por las bordas. Ni me pareció verosímil la escena ni me decidí a comentar lo que probablemente era una visión ilusoria.

—¿Cuándo viene Gregorio? —le preguntó tía Socorro a mi madre con cara de no importarle demasiado.

—Tal como están las cosas —dijo tío Alfonso María—, al que se confíe, lo machacan. No quieren darse cuenta.

—Creo que el sábado —dijo mi madre—. Ya se trae por fin al niño de Swansea —acarició una medallita—. Esa criatura.

—El ama Remedios sí es un problema —se lamentó tía Socorro lánguidamente—. Dime qué hago con ella, danzando por aquí con esos achaques.

Se oyeron unos ladridos que parecían proceder de dentro de la casa. Y eso le sumó a la sonoridad del salón una disidencia inquietante.

—El perro de Elvira —dijo Marianita—. Se oye como si estuviera en la terraza.

—La cuñada de Remigia Amboscoturnos —precisó tía Socorro—. Vive aquí abajo —le rondó por la boca un rictus condescendiente—. Una mujer muy guapa, lo más parecido que hay a la mujer de tu prójimo.

—Me puedo hartar el día menos pensado —le decía tío Alfonso María a su hijo—. Y si yo me hartó, o sea, si se me hinchan las pelotas, no van a saber ni dónde meterse. Como antes.

Aurelio asentía en silencio y prima Marianita me hizo entonces un gesto de complicidad y salió pausadamente del salón. Yo esperé un momento y me fui detrás de ella. Estaba esperándome a mitad de un corredor largo y estrecho y me condujo, por otro lateral, hasta una habitación que olía a estuco fresco y parecía retener el aire destemplado de una sala de espera. No más entrar, también lo hizo primo Aurelio. Debió seguirnos sin que yo me diera cuenta.

—Mi cuarto de estar —dijo Marianita.

—Fui a casa hace un rato —susurré como sorprendiéndome de una aclaración que ya no iba a tener nunca ese mismo sentido.

—Me gusta esto —dijo ella—. No hay casi nada de lo que yo tenía, pero me gusta.

Se oía por el corredor el arrastre de lana de los pasos del ama Remedios, un rumor que tenía ya algo de anacrónico.

—Tengo que volver a casa —dijo Aurelio con la nobiliaria seguridad de un Malcorta—. A quedarme en mi sitio.

—Esto no va a durar —dije yo—. Seguro que no va a durar.

Marianita se arrodilló entonces ante una cómoda y abrió el cajón inferior a poquitos, primero un lado y luego el otro.

—Los Romero-Bárcena —deletreó Aurelio— lucharon como los que más. Para que pudiésemos vivir con la cabeza muy alta —la levantó hacia el techo—. Fundaron una casa, crearon una bodega. Es la obra del padre de todos nosotros. ¿O no?

—Sí —dije.

Marianita sacó del cajón un cofre de palosanto y lo puso encima de la cómoda.

—Una cosa —habló sin moverse, con un acento delicado y conciliador—. Este cofre me lo dio abuelo poco antes de morir. Me dijo que, si lo querías, podía regalártelo.

—¿A mí? —me extrañé.

—Me dijo que te gustaba jugar con él —siguió ella mientras se hacía mayor observándome—. Que una vez, de niño, guardaste aquí unas onzas de oro y lo escondiste para que nadie se enterara —parecía disculparse por haber hecho trampas en un juego inocuo—. Apareció con la mudanza, lo tenía guardado mamá.

Yo me acerqué y abrí el cofre con un ambiguo estupor. Fue igual que si abriera una jaula vacía. No había nada dentro, no había sino nada, pero de allí salió el aliento empolvado de una remota infracción, la apremiante y sumaria clave de un secreto que nunca me atreví a confesar y del que me defendí olvidándolo.

—¿Te pasa algo? —dijo Aurelio.

Yo hice algún somero ademán negativo, quizás hiciera algún ademán exculpatorio. No sé. Ese viejo cofre cuarteado y con el mismo olor ultramarino que el bargueño de don Ismael, le asignaba por fin a mi voluntad una luz que era también una convicción; ese viejo cofre vacío, con la veta de la madera desfigurada por una inmemorial profanación de barnices, suponía ya la prueba decisoria, el vaticinio material de una nueva reglamentación de mi conciencia. Descubría al mismo tiempo un trecho confuso y un itinerario infalible, una oscuridad retrospectiva y un horizonte solar.

—Si quieres —dijo Marianita— te lo llevas. Puedes ponerlo en tu cuarto —se me acercó con la misma actitud de timidez amorosa que usaba a veces Aurelio—. ¿Dónde lo vas a poner?

Yo cogí el cofre, me incliné ante el cajón de la cómoda de donde lo sacara Marianita y lo volví a guardar allí con una emoción reverente.

—En la casa del padre —dije.

*Sanlúcar de Barrameda - Madrid,
abril de 1985 - junio de 1987*

J. M. Caballero Bonald

En la casa del padre



Lectulandia